Ana la de Avonlea
Serie Ana de las Tejas Verdes, 2

Por

Lucy Maud Montgomery



CAPÍTULO PRIMERO

Un vecino airado

Una alta y delicada muchacha, de poco más de dieciséis años, con ojos grises y un cabello que sus amigos llamaban «castaño claro», se había sentado una hermosa tarde de agosto sobre la ancha escalera de caliza roja de una granja de la isla del Príncipe Eduardo, firmemente decidida a traducir unos versos de Virgilio.

Pero una tarde de agosto, con las brumas azules que ornaban las cuestas cultivadas, las brisas susurrantes como duendes entre los álamos y un danzarín esplendor de rojas amapolas que brillaban contra el oscuro seto de pinos jóvenes en un rincón del bosque de cerezos, se prestaba más a soñar que a las lenguas muertas. El Virgilio se deslizó descuidadamente al suelo y Ana, con la mandíbula entre las manos y los ojos sobre el espléndido banco de mullidas nubes que se extendían justo sobre la casa del señor J. A. Harrison cual una gran montaña blanca, estaba muy lejos, en un mundo delicioso, donde cierta maestra de escuela llevaba a cabo una labor magnífica, modelando los destinos de futuros estadistas e inspirando las mentes y los corazones juveniles con elevadas ambiciones.

Hablando con franqueza, si se miraba la cruda realidad (cosa que, debemos confesar, Ana hacía muy pocas veces, y sólo por obligación), no parecía haber material muy prometedor para celebridades en la escuela de Avonlea; pero no se puede decir qué puede pasar si una maestra emplea para bien su influencia. Ana poseía ciertas ideas rosas sobre qué podía llegar a hacer una maestra sólo con tomar por el camino correcto e imaginaba una escena, que ocurriría cuarenta años más adelante, con un famoso personaje, la razón exacta de su fama era dejada en una conveniente oscuridad; pero Ana pensaba que sería muy hermoso que se tratara del rector de una universidad o de un primer ministro del Canadá, quien hacía una gran reverencia frente a sus arrugadas manos y le aseguraba que ella fue quien alentara por vez primera su ambición y que todo su éxito se debía a las lecciones que ella prodigara tanto tiempo atrás en la escuela de Avonlea. Esta placentera visión fue hecha pedazos por una interrupción de lo más desagradable.

Una vaca Jersey apareció corriendo por el sendero y unos segundos más tarde llegó el señor Harrison… si es que «llegar» era el término apropiado para describir su manera de irrumpir.

Saltó la empalizada sin esperar a abrir la puerta y se puso frente a la sorprendida Ana, que se había puesto en pie de un salto y le contemplaba algo perpleja. El señor Harrison era su nuevo vecino y ella nunca se lo había

encontrado cara a cara antes, aunque lo había visto de lejos un par de veces.

A principios de abril, antes de que Ana regresara de la Academia de la Reina, el señor Robert Bell había vendido su granja que lindaba con la hacienda de los Cuthbert por el oeste, y se había mudado a Charlottetown. Su granja había sido comprada por un cierto J. A. Harrison cuyo nombre, junto con el hecho de que era originario de Nueva Brunswick, era todo cuanto se sabía de él. Pero antes de cumplir su primer mes en Avonlea se había ganado la reputación de ser un hombre raro, un «maniático», como dijera la señora Rachel Lynde. La señora Rachel era, por cierto, una mujer que hablaba de más, como recordarán aquellos que ya la conocen. El señor Harrison era distinto de las otras gentes y ésa era la característica esencial de un maniático, como todo el mundo sabe.

En primer lugar, llevaba la casa él solo y había declarado públicamente que no quería en sus posesiones esa tontería que son las mujeres. El sector femenino de Avonlea se vengó mediante horribles historias sobre su cocina y el manejo de la casa. Él había tomado a su servicio al pequeño John Henry Cárter de White Sands y éste fue quien dio pie a las habladurías. En primer lugar, jamás había hora fija para comer. Éste «comía un bocado» cuando sentía hambre y si John Henry estaba a mano en la ocasión, se acercaba a tomar su parte; pero si no lo estaba, debía esperar hasta el próximo momento de hambre del señor Harrison. El pequeño declaró tristemente que se hubiera muerto de hambre de no haber ido a su casa los domingos, y hartarse allí, y gracias también a que su madre le daba una cesta de comida para que llevara de vuelta consigo los lunes por la mañana.

En lo que se refería a fregar los platos, el señor Harrison nunca hacía la intentona de llevarlo a cabo a menos que llegara un domingo lluvioso; entonces los lavaba todos juntos en el barril del agua de lluvia y los dejaba allí hasta que se secaran.

Otra vez el señor Harrison se portó con tacañería. Cuando se le pidió que contribuyera para pagar el sueldo del reverendo Alian, dijo que esperaría a ver cuántos dólares de bondad sacaba de su prédica… Él no creía en eso de comprar las cosas a ciegas. Y cuando la señora Lynde fue a pedirle una contribución, y de paso a echar una mirada a la casa, le dijo que había más de pagano en las habladurías de las viejas de Avonlea que en cualquier otra parte que conociera y que con muchísimo gusto contribuiría a sufragar la misión de cristianizarlas, si ella se hacía cargo de la labor. La señora Rachel Lynde salió airada diciendo que era una suerte que la pobre señora Bell estuviera en su tumba, pues le hubiera roto el corazón ver el estado de la casa de la que tanto se enorgulleciera.

—¡La pobre fregaba el suelo un día sí y otro también —le dijo a Malilla

Cuthbert con tono indignado—, y si lo pudiera usted ver ahora! Tuve que alzarme las faldas para poder cruzarlo.

Y para colmo, el señor Harrison criaba una cotorra llamada Ginger. Nadie en Avonlea había criado hasta entonces una cotorra; en consecuencia, el hecho fue considerado como muy poco respetable. ¡Y además, qué clase de cotorra! Si se le hacía caso a John Henry Cárter, no había pájaro más hereje. Juraba terriblemente. La señora Cárter hubiera retirado inmediatamente a su hijo si hubiera estado segura de conseguir en seguida otra ocupación para él. Además, Ginger le había arrancado un trozo de cuello a John Henry, un día que se acercó a la jaula más de lo debido. La señora Cárter mostraba la marca a todo el mundo cuando el infortunado pequeño regresaba los domingos a casa.

Todas estas cosas cruzaron la mente de Ana cuando el señor Harrison estaba de pie ante ella, al parecer mudo de ira. Aun en un estado más amigable, no se podía considerar al señor Harrison como a un hombre atractivo; era bajo de estatura, gordo y calvo; y ahora con su redonda cara enrojecida por la ira, con prominentes ojos azules que casi se salían de las órbitas, le pareció a Ana la persona más fea que jamás viera. De pronto, el señor Harrison recuperó el habla.

—Esto no lo voy a aguantar —estalló— ni un solo día más, ¿me oye, señorita? Por mi alma, es la tercera vez, señorita… ¡la tercera vez! Advertí a su tía que no volviera a ocurrir… y ella la dejó… ella hizo… Qué quiere decir esto es lo que me gustaría saber y por eso estoy aquí, señorita.

—¿Me hace el favor de explicar qué es lo que ocurre? —preguntó Ana con su acento más digno. Lo había estado practicando a menudo últimamente, para tenerlo bien ensayado cuando comenzaran las clases nuevamente. Pero el acento pareció no producir efecto sobre el airado señor Harrison.

—¿Qué ocurre, señorita? Ya lo creo que ocurre algo. Lo que ocurre, señorita, es que he vuelto a encontrar la vaca de su tía entre mi avena, no hace ni media hora. Es la tercera vez. Fíjese: la encontré el último martes y otra vez ayer. Vine a decirle a su tía que no debía volver a ocurrir. Y ella ha dejado que ocurriera. ¿Dónde está su tía, señorita? Quisiera encontrarla para decirle lo que pienso… lo que piensa J. A. Harrison.

—Si se refiere a la señorita Marilla Cuthbert, ella no es mi tía, y se ha ido a East Grafton para ver a un pariente lejano que está muy enfermo —dijo Ana, con el debido aumento de dignidad en cada palabra—. Siento mucho que mi vaca haya irrumpido en su avena; es mi vaca y no de la señorita Cuthbert. Matthew me la regaló hace tres años cuando era ternera y se la compró al señor Bell.

—… ¡Que lo siente mucho! El sentirlo mucho no arregla nada. Vaya a ver los estragos que ha hecho su vaca en mi avena; la ha pisoteado toda.

—Lo siento muchísimo —repitió firmemente Ana—, pero quizás si usted conservara su cerca en mejor estado, Dolly no hubiera podido pasar. Es su parte de la cerca divisoria la que separa nuestros prados de su avena y el otro día noté que no estaba en muy buenas condiciones.

—Mi cerca está bien —gruñó el señor Harrison, más enfadado que nunca ante esta entrada del enemigo en su propio terreno—. La reja de una cárcel sería inútil para mantener fuera a ese demonio de vaca. Y le digo, pelirroja insignificante, que si esa vaca es suya, como dice, mejor haría usted en cuidar que no pisotee el grano de los demás en lugar de estar leyendo noveluchas amarillas —concluyó echando una mirada al inocente Virgilio forrado de canela que estaba a los pies de Ana.

En esos momentos había algo más rojo, además del cabello de Ana, que como sabemos era su punto débil.

—Prefiero tener el cabello rojo a no tener nada más que una línea alrededor de las orejas —contestó.

El tiro dio en el blanco, pues el señor Harrison era muy sensible a su calvicie. La ira le dominó otra vez y sólo atinó a contemplar mudo a Ana, quien recobró su tranquilidad y aprovechó la ventaja.

—Le puedo perdonar, señor Harrison, porque tengo imaginación. Puedo imaginar cuan doloroso es hallar una vaca en su avena y no le guardaré rencor por lo que ha dicho. Le prometo que Dolly nunca más volverá a entrar en su campo. Le doy mi palabra de honor.

—Bueno, cuídese si no ocurre así —murmuró el señor Harrison en un tono algo más suave. Pero partió airado y Ana siguió oyendo sus protestas hasta que se perdió en la distancia.

Con la mente tristemente turbada, Ana cruzó el campo y encerró a Dolly.

—No hay posibilidad de que salga, a menos que haga pedazos la cerca —reflexionó—. Ahora parece bastante tranquila. Me atrevería a decir que la avena le ha sentado mal. Ojalá la hubiera vendido al señor Shearer cuando me la pidió la semana pasada, pero me pareció mejor esperar a la subasta, así se van todas juntas. Creo que es verdad que el señor Harrison es un maniático. Por cierto que en él no hay nada de alma gemela.

Ana siempre estaba al acecho de almas gemelas.

Marilla Cuthbert llegaba al corral con el coche en el momento en que Ana regresaba de la casa y la muchacha corrió a preparar el té. Discutieron el asunto en la mesa.

—Me alegraré cuando haya terminado la subasta de ganado —dijo Marilla—. Es demasiada responsabilidad tener tanto ganado en el lugar, con nadie aparte de ese Martin, en quien no se puede confiar, para cuidarlo. Todavía no ha vuelto y eso que me prometió que regresaría anoche si le daba el día libre para ir al funeral de su tía. Te aseguro que no sé cuántas tías tiene. Es la cuarta que se le muere desde hace un año. Estaré agradecida cuando llegue la cosecha y el señor Barry se haga cargo de la granja. Tendremos que tener encerrada a Dolly en el corral hasta que venga Martin, pues debemos ponerla en el prado trasero y debe arreglarse la cerca. Confieso que éste es un mundo de dolor, como dice Rachel. Ahí tienes a la pobre Mary Keith muriéndose y no sé qué será de sus dos pequeños. Tiene un hermano en la Columbia Británica y le ha escrito sobre ellos, pero aún no tiene noticias.

—¿Cómo son los niños? ¿Qué edad tienen?

—Poco más de seis años… son mellizos.

—¡Oh, desde que la señora Hammond tuvo tantos, me interesan los mellizos! —dijo Ana—. ¿Son guapos?

—Te aseguro que no lo sabría decir; tan sucios estaban. Davy había estado fuera jugando con barro y Dora salió a buscarle. Davy la metió de un empujón dentro del montón más grande de barro y entonces, como ella llorara, se metió él también y chapoteó para demostrarle que no había motivo para llorar. Mary dijo que Dora era realmente una buena niña, pero que Davy estaba lleno de maldad. En realidad no ha tenido educación. Su padre murió cuando era pequeño y Mary ha estado enferma casi siempre desde entonces.

—Siempre siento lástima por los niños que no han tenido educación —dijo Ana seriamente—. Usted sabe que yo no la había tenido hasta que se hizo cargo de mí. Espero que su tío se ocupe de ellos. Dígame, ¿qué parentesco exacto hay entre la señora Keith y usted?

—¿Entre Mary y yo? Ninguno. Su marido era… primo tercero nuestro. Ahí viene la señora Lynde. Supongo que vendrá a preguntar por Mary.

—No le cuente lo del señor Harrison y la vaca —imploró Ana.

Manila lo prometió, pero la promesa fue innecesaria, pues la señora Lynde no había terminado de sentarse cuando dijo:

—Vi al señor Harrison echando la vaca de su campo de avena cuando regresaba a casa desde Carmody. ¿Armó mucho alboroto?

Ana y Manila cambiaron furtivamente una sonrisa divertida. Pocas cosas en Avonlea podían escapársele a la señora Lynde. Aquella misma mañana, Ana había dicho: «Si entrara alguien en su habitación, a medianoche, cerrara la puerta con llave, corriera las cortinillas y estornudara, la señora Lynde diría

al día siguiente que estaba muy fría la noche».

—Creo que se enfadó mucho —contestó Marilla—. Yo no estaba en casa. Le echó un buen sermón a Ana.

—Me parece un hombre muy desagradable —dijo Ana, con un movimiento ofensivo de su rojiza cabeza.

—Nunca has dicho una verdad más grande —confirmó solemnemente la señora Rachel—. Supe que habría inconvenientes cuando Robert Bell vendió su hacienda a un hombre de Nueva Brunswick, eso es. No sé qué será de Avonlea, con tanta gente nueva. Pronto, ni siquiera estaremos seguros en nuestra propia cama.

—¿Es que vienen más forasteros? —preguntó Marilla.

—¿No lo sabía? Ahí tiene a la familia de los Donnell, en primer lugar. Han alquilado la vieja casa de Peter Sloane. Peter ha empleado al hombre para que cuide del molino. Son del Este y nadie sabe nada de ellos. Luego tiene la familia del descuidado de Thomas Cortón, que se mudará desde White Sands y será una carga pública. Él está tísico… cuando no roba… y su mujer es una comodísima criatura que no hace nada. Lava los platos sentada. La señora de George Pye se ha hecho cargo del sobrino huérfano de su marido, Anthony Pye. Irá a estudiar a tu colegio, Ana, de manera que puedes esperar problemas por ese lado; eso es. Y también tendrás otro alumno forastero. Paul Irving viene de los Estados Unidos a vivir con su abuela. ¿Recuerda usted a su padre, Marilla… Stephen Irving, el que dejó plantada a Lavanda Lewis en Grafton?

—No creo que la dejara plantada. Tuvieron una disputa… Supongo que fue culpa de ambos.

—Bueno, de todos modos no se casó con ella y la pobre se ha vuelto muy rara desde entonces, según dicen, viviendo sola en la pequeña casa de piedra a la que llaman la Morada del Eco. Stephen se fue a los Estados Unidos y se dedicó a los negocios con su tía; allí se casó con una yanqui. Nunca volvió a su casa natal, desde entonces, aunque su madre fue a visitarle un par de veces. Su mujer murió hace dos años y él mandó al chico aquí por un tiempo. Tiene diez años y no sé si será un alumno deseable. Nunca se puede aventurar nada sobre esos yanquis.

La señora Lynde contemplaba a todos aquellos que habían tenido la desgracia de nacer fuera de la isla del Príncipe Eduardo, con un decidido aire de duda. Podían ser buenas gentes, desde luego, pero era preferible dudarlo. Tenía una ojeriza especial a los yanquis. Su marido había sido defraudado una vez en diez dólares por un bostoniano y ni los ángeles ni las celebridades, ni poder alguno podría haber convencido a la señora Rachel de que todos los Estados Unidos no eran responsables de ello.

—La escuela de Avonlea no irá peor por un poco de sangre nueva —dijo Marilla secamente—, y si se parece algo a su padre, será un buen chico. Stephen Irving era el mejor muchacho que viviera por estos lugares, aunque alguno le llamara orgulloso. Creo que la señora Irving estará muy contenta con él. Ha estado muy sola desde que murió su marido.

—Oh, el chico podrá ser bueno, pero será distinto de los niños de Avonlea —dijo la señora Rachel, poniendo punto final al tema. Sus opiniones sobre cualquier persona, lugar o cosa eran siempre consistentes y definitivas.

—¿Qué es eso que he oído de que vas a formar una sociedad de fomento del pueblo, Ana?

—Sólo hablé del tema con mis compañeros en el Club de Debates —dijo Ana ruborizándose—. Les pareció muy bien, al igual que al señor Alian y a su esposa. Muchos pueblos la tienen.

—Bueno, tendréis un sinfín de dificultades. Mejor no te metas, Ana, eso es. A la gente no le gusta que la «fomenten».

—Pero no vamos a tratar de «fomentar» a la gente. Es a Avonlea. Hay muchísimas cosas que podrían hacerse para embellecerla. Por ejemplo, ¿no sería una mejora que pudiéramos convencer al señor Levi Boulter de que derribara la vieja casa que hay en sus tierras?

—Por cierto que sí —admitió la señora Rachel—. Esa vieja ruina es una vergüenza para la comarca desde hace años. Pero si los de «fomento» pudieran instar a Levi Boulter a que haga algo por la comunidad sin cobrar, quisiera estar allí para verlo y oírlo. No quisiera descorazonarte, Ana, pues hay algo de bueno en tu idea, aunque supongo que la habrás sacado de alguna inútil revista yanqui, pero tendrás las manos ocupadas con el colegio y te aconsejo como amiga que no te preocupes del «fomento». Aunque sé que seguirás adelante si se te ha metido en la cabeza. Eres de las que siempre llevan adelante lo que se proponen.

Algo en el perfil de los labios de Ana decía que la señora Rachel no estaba errada. Tenía el corazón puesto en la formación de la Sociedad de Fomento. Gilbert Blythe, que enseñaría en White Sands pero que regresaría a casa los viernes por la noche hasta el lunes por la mañana, estaba entusiasmado con la idea y los demás apreciaban cualquier cosa que significara reuniones ocasionales y en consecuencia algo de «diversión». Ahora, respecto al «fomento», nadie, excepto Gilbert y Ana, tenía una idea muy clara al respecto. Habían conversado y planeado todo hasta que en su mente existió una Avonlea ideal, ya que no en otra parte.

La señora Rachel aún tenía otra noticia.

—Le han dado la escuela de Carmody a una tal Priscilla Grant. ¿Tú no fuiste a la Academia de la Reina con alguien de ese nombre, Ana?

—Sí, así es. ¡Priscilla enseñando en Carmody! ¡Qué bien! —exclamó Ana, con los ojos grises tan brillantes que la señora Lynde se preguntó si alguna vez decidiría si Ana era o no una chica hermosa.

CAPÍTULO DOS

Una venta rápida y un arrepentimiento instantáneo

Ana fue de compras a Carmody la tarde siguiente y llevó a Diana Barry consigo. Diana era, desde luego, un miembro activo de la Sociedad de Fomento y las dos muchachas no hablaron de otra cosa durante el viaje.

—Lo primero que debemos hacer tan pronto empecemos es pintar —dijo Diana cuando pasaron frente al salón de actos de Avonlea, un edificio algo desaseado construido en una hondonada del bosque, con abetos a su alrededor —. Es un lugar de aspecto desagradable y debemos arreglarlo antes de que consigamos que el señor Levi Boulter derribe la casa. Papá dice que no tendremos éxito en eso. Levi Boulter es demasiado mezquino para gastar su tiempo en esas pequeñeces.

—Quizá deje que los muchachos la derriben si le prometen cargar las planchas y hacer leña con ellas —dijo Ana esperanzada—. Debemos hacer cuanto podamos y contentarnos con ir lentamente al principio. No podemos esperar que todo salga bien de improviso. Debemos educar primero el sentimiento popular.

Diana no estaba muy segura de qué significaba exactamente eso de educar el sentimiento popular, pero sonaba bien y se sentía orgullosa de pertenecer a una sociedad que tenía tales miras.

—Anoche pensé algo que podíamos hacer, Ana. ¿Conoces el terreno triangular donde se juntaban los caminos de Carmody, Newbridge y White Sands? Está cubierto de abetos jóvenes; pero ¿no quedaría bien si lo limpiáramos y dejáramos sólo los dos o tres abedules que hay allí?

—Espléndido —dijo Ana alegremente—. Y colocaremos un asiento rústico bajo los abedules. Y cuando llegue la primavera pondremos un parterre de flores en medio y plantaremos geranios.

—Sí; pero debemos inventar algo para conseguir que la vieja señora de Hiram Sloane tenga su vaca fuera del camino, o de lo contrario se comerá los geranios —rio Diana—. Empiezo a comprender qué significa educar el

sentimiento popular. Ahí tienes la vieja casa de Boulter. ¿Has visto algo más destartalado? Y colocada justo junto al camino. Una casa vieja, sin ventanas, siempre me hace pensar en algo muerto y sin ojos.

—Creo que una casa vieja y desierta es un espectáculo muy triste —dijo Ana soñadoramente—. Siempre me hace pensar en su pasado y llorar por sus antiguas alegrías. Manila dice que una gran familia creció en ese viejo edificio hace ya muchos años y que era un lugar muy bonito, con un hermoso jardín y rosales por todas partes. Estaba lleno de niños, risas y cantos y ahora está vacío y nada lo cruza fuera del viento. ¡Cuán triste y solitaria debe sentirse! Quizá todos ellos regresan en las noches de luna, los fantasmas de los pequeños de tiempo atrás, de las rosas y los cantos… y por un tiempo la vieja casa puede soñar que es otra vez joven y alegre.

Diana movió la cabeza.

—Ahora ya no imagino cosas así, Ana. ¿No te acuerdas cuánto se enfadaron mamá y Marilla cuando imaginamos que había fantasmas en el Bosque Embrujado? Aún hoy no puedo cruzarlo tranquila al anochecer; y si empiezo a imaginar tales cosas sobre la vieja casa de los Boulter, también tendré miedo de pasar por allí. Además, esos niños no han muerto; han crecido y les va muy bien. Uno de ellos es carnicero. Y, de todas maneras, las flores y los cantos no pueden tener fantasmas.

Ana suspiró levemente. Quería mucho a Diana y siempre habían sido buenas amigas. Pero mucho tiempo atrás había aprendido que cuando se aventuraba en el reino de la fantasía, debía hacerlo sola. Era una senda encantada por donde no podía seguirla ni el ser más querido.

Mientras las chicas estaban en Carmody cayó un chaparrón; no duró mucho, sin embargo, y la vuelta a casa, entre sendas donde las gotas de lluvia chispeaban sobre los setos y los valles cubiertos de hojarasca, donde los helechos mojados llenaban el aire de aromático olor, fue deliciosa.

Pero justo cuando doblaron para entrar en el sendero de los Cuthbert, Ana vio algo que echó a perder la belleza del paisaje.

Ante ellas, a la derecha, se extendía el amplio campo del señor Harrison, húmedo y lujurioso, con avena tardía, gris verdosa; y allí, en medio, mirándolas tranquilamente por encima de las campanillas, pastaba una vaca Jersey.

Ana dejó caer las riendas y se puso en pie, con un gesto en los labios que no presagiaba nada bueno para el depredador cuadrúpedo.

No dijo palabra, pero bajó ágilmente por la rueda y saltó la cerca antes de que Diana comprendiera qué había ocurrido.

—Ana, vuelve —gritó, como si hubiera recobrado su voz—. Echarás a perder tu vestido con el grano húmedo… lo echarás a perder. ¡No me escucha! Bueno, nunca podrá sacar sola esa vaca. Debo ir a ayudarla.

Ana corrió entre el grano como enloquecida. Diana saltó vivamente del coche, aseguró el caballo en un poste, se echó las faldas de su lindo vestido sobre los hombros, cruzó la cerca y empezó la persecución de su frenética amiga. Podía correr más rápido que Ana, a quien molestaba su falda empapada, y pronto la alcanzó. Tras ellas dejaron una senda capaz de romperle el corazón al señor Harrison cuando la viera.

—Ana, detente, por el amor de Dios —dijo resollando la pobre Diana—. Estoy sin respiración y tú estás completamente empapada.

—Tengo… que… sacar… esa… vaca… antes que… el señor Harrison… la vea —exhaló Ana—. No… me importa… ahogarme… si… sólo… podemos… hacer eso.

Pero la vaca Jersey parecía no ver razón de peso para abandonar su sabrosa comida. Tan pronto se le hubieron acercado las dos muchachas, giró y salió corriendo hacia el extremo opuesto del campo.

—¡Arréala! —gritó Ana—. ¡Corre, Diana, corre!

Diana corrió. Ana también, y la maldita vaca corrió por todo el campo como posesa. Ana creyó que lo estaba. Pasaron unos buenos diez minutos antes de que la hicieran salir por la senda de la esquina al campo de los Cuthbert.

Es innegable que Ana estaba muy lejos de la calma en esos momentos. Tampoco la tranquilizó mucho contemplar un carricoche detenido del otro lado del sendero, donde estaban sentados el señor Shearer y su hijo, ambos de Carmody, ostentando una amplia sonrisa.

—Sospecho que más le hubiera valido haberme vendido esa vaca cuando quise comprársela la semana pasada, Ana —murmuró el señor Shearer.

—Se la vendo ahora si la quiere —dijo la arrebatada y desgreñada dueña —. Se la puede llevar en este mismo momento.

—Trato hecho. Le daré los veinte dólares que le ofrecí, y Jim se la llevará a Carmody. Saldrá con el resto del embarque esta noche. El señor Reed de Brighton quiere una vaca Jersey.

Cinco minutos más tarde, Jim Shearer y la vaca subían por el camino, y la impulsiva Ana marchaba hacia «Tejas Verdes» con sus veinte dólares.

—¿Qué dirá Morilla? —preguntó Diana.

—Oh, no le importará. Dolly era mi vaca y seguramente que no hubiera

conseguido más de veinte dólares en la subasta. Pero querida, si el señor Harrison ve ese sembrado sabrá que ella entró otra vez, después de haberle dado palabra de honor de que eso no volvería a ocurrir. Bueno, eso me ha dado una lección sobre no dar mi palabra de honor respecto a las vacas. Una vaca capaz de saltar una cerca y escaparse de un establo no merece confianza alguna.

Marilla había ido a visitar a la señora Lynde y cuando regresó ya sabía todo respecto a la venta de Dolly, pues la señora Rachel había visto desde su ventana la mayor parte de la transacción, y adivinado el resto.

—Supongo que será mejor que se haya ido; pero tienes la costumbre de hacer las cosas de una manera demasiado precipitada, Ana. Lo que no entiendo es cómo pudo salir del establo. Debe haber hecho pedazos la pared.

—No se me ocurrió mirar —dijo Ana— pero ahora iré a ver. Martin no ha regresado. Quizá se le han muerto algunas tías más. Creo que es algo como lo de Peter Sloane y los octogenarios. La otra noche, la señora Sloane estaba leyendo un periódico y le dijo a su marido: «Veo que acaba de fallecer otro octogenario. ¿Qué es un octogenario, Peter?». Y el señor Sloane dijo que no lo sabía, pero que deben ser criaturas muy enfermas, porque lo único que se sabía de ellas es que se morían. Eso es lo que pasa con las tías de Martin.

—Martin es igual que todos esos franceses —dijo Marilla disgustada—. No se puede confiar en ellos para nada.

Marilla estaba revisando las compras de Ana cuando oyó un grito en el establo. Un minuto después, la muchacha entraba corriendo en la cocina y se retorcía las manos.

—Ana Shirley, ¿qué ocurre ahora?

—Oh, Marilla, ¿qué voy a hacer? Esto es terrible. Y es culpa mía. ¿Cuándo aprenderé a reflexionar y a no ser una atolondrada? La señora Lynde siempre dijo que yo haría algo horrible algún día y ya lo he hecho.

—¡Ana, eres un ser exasperante! ¿Qué has hecho ahora?

—¡He vendido la vaca Jersey del señor Harrison… la que le compró al señor Bell… al señor Shearer! Dolly está todavía en el establo.

—¿Ana Shirley, estás soñando?

—Eso quisiera. No es un sueño, aunque parece una pesadilla. Y la vaca del señor Harrison debe de estar a estas horas en Charlottetown. Oh, Marilla, creí que había terminado de meterme en camisa de once varas y heme aquí otra vez. ¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer? No hay nada que hacer, niña, excepto ir a ver al señor Harrison.

Le podemos ofrecer nuestra vaca si no quiere el dinero. Es tan buena como la suya.

—Estoy segura de que se enfadará muchísimo —se quejó Ana.

—Ya lo creo. Parece ser un tipo irritable. Yo iré a explicarle todo, si quieres.

—No, no soy tan mezquina como para eso —exclamó Ana—. Todo ha sido culpa mía y por cierto que no voy a escapar al castigo. Iré sola y ahora mismo. Cuanto antes termine, mejor, pues será muy humillante.

La pobre Ana cogió su sombrero y sus veinte dólares y, cuando salía, se le ocurrió mirar por la puerta de la despensa.

Sobre la mesa reposaba una tarta de nueces que había horneado aquella mañana… una masa particularmente apetitosa escarchada con azúcar rosa y adornada con nueces de nogal. Ana la había preparado para el viernes por la noche, cuando la juventud de Avonlea pensaba reunirse en «Tejas Verdes» para organizar la Sociedad de Fomento. Pero ¿qué eran ellos comparados con el lógicamente ofendido señor Harrison? Ana pensó que una tarta así debería de ablandar el corazón de cualquier hombre, especialmente de uno que debía hacer su comida, y rápidamente la metió en una caja. Se la llevaría al señor Harrison como ofrecimiento de paz.

«Eso si me da oportunidad de decir algo», pensó apesadumbradamente, mientras subía por el sendero cercado y atravesaba los campos, dorados por la luz del atardecer de agosto. «Ahora sé perfectamente cómo se siente la gente cuando va camino de la horca».

CAPÍTULO TRES

El señor Harrison en la intimidad

La casa del señor Harrison era un antiguo edificio blanqueado con cal, de aleros bajos, levantado frente a un espeso monte de abetos.

El señor Harrison estaba sentado en la galería bajo la parra, disfrutando de su pipa y del atardecer. Cuando se dio cuenta de quién venía por el sendero, se incorporó rápidamente, se metió en la casa y cerró la puerta. Su reacción fue simplemente el resultado de su desagradable sensación de sorpresa, mezclada con una buena cantidad de vergüenza por su arranque de mal genio del día anterior. Pero esta actitud casi barrió los restos de valor que restaban en el corazón de Ana.

«Si está tan malhumorado ahora, qué será cuando se entere de lo que he hecho», reflexionó miserablemente mientras llamaba a la puerta.

Pero el señor Harrison abrió sonriendo con timidez y la invitó a pasar con tono amable y amistoso, si bien no exento de nerviosismo. Había dejado su pipa y se había puesto la chaqueta; le ofreció amablemente a Ana una silla polvorienta y su acogida podría haber pasado por agradable si no hubiera sido por la charla de una cotorra que estaba espiando a través de los barrotes de una jaula con perversos ojillos dorados. No bien Ana hubo tomado asiento, Ginger exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¿A qué viene esta insignificante pelirroja? —Sería difícil determinar qué rostro estaba más rojo, si el del señor Harrison o el de Ana.

—No haga caso de la cotorra —dijo el señor Harrison, echándole una furiosa mirada a Ginger—. Está… está siempre diciendo tonterías. Me la dio mi hermano, que era marino. Los marinos no suelen usar un lenguaje muy fino y las cotorras son pájaros que todo lo imitan.

—Es lo que pensé —dijo la pobre Ana, sofocando su resentimiento con el recuerdo de su diligencia. No podía permitirse el tratar airadamente al señor Harrison dadas las circunstancias. Cuando se ha vendido la vaca de un hombre sin que éste lo sepa ni haya dado su consentimiento, no se puede tener en cuenta el que su cotorra repita cosas poco halagüeñas. De todos modos, «la insignificante pelirroja» no se encontraba todo lo humilde que hubiera sido de desear.

—He venido a confesarle algo, señor Harrison —dijo resueltamente—. Es… es sobre… la vaca Jersey.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el señor Harrison nervioso—, ¿otra vez ha entrado a pisotear mi avena? Bueno, no tiene importancia… no importa si lo ha hecho. No tiene importancia… en absoluto. Yo… Y yo estuve muy brusco ayer. No importa si lo ha hecho.

—Oh, si sólo fuera eso —suspiró Ana—. Pero es diez veces peor. Yo no…

—¡Bendito sea Dios! ¿Quiere decir que se ha metido en mi trigo?

—No… no… en el trigo no. Pero…

—¡Entonces, en los repollos! ¿Se ha metido entre los repollos que estaba cultivando para la exposición, eh?

—No tienen nada que ver los repollos, señor Harrison. Se lo contaré todo… a eso he venido; pero, por favor, no me interrumpa. Me pone nerviosa. Déjeme hablar y no diga nada hasta que haya terminado; y no hay duda de que entonces sí que hablará —concluyó Ana, diciendo esto último para sus

adentros.

—No diré ni una palabra —dijo el señor Harrison, y así lo hizo. Pero Ginger no había prometido nada y seguía gritando a intervalos «Pelirroja insignificante», hasta que Ana terminó por enfurecerse.

—Ayer encerré a mi vaca Jersey en nuestro establo. Esta mañana fui a Carmody y cuando regresaba, vi una Jersey entre su avena. Diana y yo la perseguimos y no puede imaginarse el trabajo que nos dio. Yo estaba terriblemente mojada y cansada, y en ese momento apareció el señor Shearer y me ofreció comprar la vaca. En un instante se la vendí por veinte dólares. Éste fue mi error. Debí haber esperado y consultado a Marilla. Pero tengo una terrible predisposición para hacer las cosas sin pensarlas; cualquiera que me conozca puede atestiguarlo. El señor Shearer se llevó la vaca en seguida para despacharla en el tren de la tarde.

—¡Pelirroja insignificante! —chilló Ginger en tono de profundo desprecio.

Al llegar a este punto, el señor Harrison se levantó y, con una expresión que hubiera llenado de terror a cualquier pájaro que no fuera una cotorra, se llevó la jaula de Ginger a una habitación contigua y cerró la puerta. Ginger gritó, juró e hizo otras cosas más de acuerdo con su reputación, pero al final, al ver que la habían dejado sola, cayó en un triste silencio.

—Discúlpeme y continúe —dijo el señor Harrison tomando asiento nuevamente—. Mi hermano el marinero nunca le enseñó educación a ese pájaro.

—Llegué a casa y después del té fui al establo, señor Harrison. —Ana se inclinó hacia delante, juntó las manos con su viejo gesto de la infancia mientras sus grandes ojos grises se clavaban implorantes en el turbado rostro del señor Harrison—. Encontré mi vaca encerrada en el establo. Era su vaca la que había vendido al señor Shearer.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el señor Harrison, pasmado ante este desenlace—. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Oh, no es extraordinario en lo más mínimo que yo me meta en enredos y traiga siempre dificultades a la gente —dijo Ana tristemente—, me distingo por eso. A usted puede parecerle que ya estoy demasiado crecida para ello. Cumpliré diecisiete años en marzo… pero parece que no fuera así, señor Harrison: ¿sería demasiado esperar que usted me perdonara? Me temo que sea demasiado tarde para traerle la vaca de vuelta, pero aquí está el dinero que me dieron por ella… o puede quedarse con la mía si lo prefiere. Es una vaca muy buena. No puedo decirle cuánto lamento todo esto.

—Bueno, bueno —dijo el señor Harrison vivamente—. Ni una palabra más

sobre el asunto, señorita. No tiene importancia… ninguna importancia. Se trata de un accidente. Yo también soy a veces muy precipitado, señorita; demasiado precipitado. Pero no puedo evitar el decir todo lo que pienso, y la gente tiene que aceptarme como soy. Ahora que si esa vaca hubiera estado entre mis repollos… Pero no importa, no lo hizo y todo está bien. Creo que más bien me quedaré con su vaca, ya que quiere usted desembarazarse de ella.

—Oh, gracias, señor Harrison. Estoy tan contenta de que no esté ofendido. Temía que se enfadara.

—Y supongo que tendría un miedo terrible de venir aquí a contármelo después del alboroto que armé ayer, ¿eh? Pero no debe hacerme caso. Soy un viejo gruñón; eso es todo… Siempre listo para decir la verdad, sin importarme que sea un poco cruda.

—Como la señora Lynde —dijo Ana antes de que pudiera evitarlo.

—¿Quién? ¿La señora Lynde? No me diga que me parezco a esa vieja chismosa —dijo el señor Harrison irritado—. No me parezco… ni un poquito. ¿Qué trae en esa caja?

—Una tarta —exclamó Ana jocosamente. En su alivio ante la inesperada amabilidad del señor Harrison, su humor se remontó—. La traje para usted… pensé que no comería tarta muy a menudo.

—No, es verdad, y me gusta mucho. Le estoy muy agradecido. Tiene muy buen aspecto. Espero que el sabor también sea bueno.

—Lo es —dijo Ana confidencialmente—. En mis tiempos he hecho tartas que no lo eran, como puede decirle la señora Alian; pero ésta está muy bien. La había hecho para la Sociedad de Fomento, pero puedo hacer otra para ellos.

—Muy bien, pero le diré, señorita, que debe ayudarme a comerla. Pondré agua a calentar y tomaremos una taza de té. ¿Qué le parece?

—¿Me permitirá prepararlo? —preguntó Ana dubitativamente.

El señor Harrison rio entre dientes.

—Veo que no confía usted mucho en mi habilidad para preparar el té. Está equivocada… Puedo hacer un té tan bueno como no ha tomado usted nunca. Pero vaya. Afortunadamente, el domingo llovió y hay un montón de platos limpios.

Ana saltó prestamente y comenzó a trabajar. Lavó la tetera varias veces antes de poner dentro el té. Luego repasó la cocina y puso la mesa, sacando los platos de la despensa. El estado de ésta la horrorizó, pero inteligentemente no dijo nada. El señor Harrison le indicó dónde estaba el pan y la mantequilla y una lata de melocotón. Ana adornó la mesa con un ramo de flores del jardín y

cerró los ojos a las manchas del mantel. Pronto estuvo hecho el té y Ana se encontró sentada frente al señor Harrison ante su propia mesa, sirviéndole el té y hablando libremente de su escuela, sus amigos y sus planes. Apenas podía creerlo.

El señor Harrison había vuelto a llevar a Ginger, diciendo que el pobre pájaro se sentiría muy solitario y Ana, dispuesta a perdonar a todos y a todo, le ofreció una nuez. Pero los sentimientos de Ginger habían sido heridos muy gravemente y rechazó todo intento de amistad. Se sentó pensativamente en su percha y acomodó sus plumas hasta que quedó convertida en una pelota verde y oro.

—¿Por qué la llama Ginger? —preguntó Ana, a quien le gustaban los nombres apropiados y pensaba que Ginger no combinada en absoluto con ese magnífico plumaje.

—Mi hermano el marino la bautizó así. Quizá tenga algo que ver con su temperamento. Yo reflexiono mucho sobre este pájaro. Usted se sorprendería si supiera cuánto. Claro está que también tiene sus defectos. Me ha costado muchos disgustos. Mucha gente protesta contra su costumbre de jurar, pero no se la puedo quitar. Lo he intentado y también lo intentaron otras personas. Alguna gente tiene prejuicios contra los loros. Es una estupidez, ¿no es cierto? A mí me gustan. Ginger me hace mucha compañía. Nada podría inducirme a abandonarla… nada en el mundo, señorita.

El señor Harrison pronunció la última frase con tanto sentimiento como si hubiera sospechado en Ana un latente designio de persuadirlo de que dejara a Ginger. Sin embargo, a Ana estaba comenzando a gustarle ese extraño, inquieto y agitado hombrecillo y antes de que terminaran de tomar el té, se habían convertido en dos buenos amigos. El señor Harrison se interesó sobre la Sociedad de Fomento y aprobó la idea.

—Muy bien. Adelante. Hay montones de cosas que mejorar en este pueblo… y también personas.

—¡Oh! No sé —saltó Ana. Para sí misma o entre sus compañeros más íntimos, podía admitir que en Avonlea y en sus habitantes había pequeñas imperfecciones fácilmente remediables. Pero el que lo dijera un forastero como el señor Harrison, era algo completamente distinto—. Creo que Avonlea es un lugar encantador y que la gente también es muy agradable.

—Tiene usted el genio muy vivo —comentó el señor Harrison, examinando las arrebatadas mejillas y los indignados ojos de su opositora—. Avonlea es un lugar bastante decente o yo no me hubiera establecido en él; pero supongo que hasta usted admitirá que tiene algunos defectos.

—Me gusta más por ellos —respondió Ana lealmente—. No me gustan los

lugares o las personas que no tienen fallos. Pienso que una persona verdaderamente perfecta sería algo muy poco interesante. La señora de Milton White decía que ella nunca conoció una persona perfecta, pero que ha oído lo suficiente sobre una… la primera esposa de su marido. ¿No le parece que debe ser muy desagradable estar casado con un hombre cuya primera esposa ha sido perfecta?

—Sería más desagradable estar casado con la perfecta esposa —declaró el señor Harrison con repentino e inexplicable ardor.

Cuando terminaron de tomar el té, Ana insistió en lavar los platos, aunque el señor Harrison le aseguró que aún quedaban en la casa platos suficientes para varias semanas. También hubiera deseado de todo corazón barrer, pero no se veía la escoba por ningún lado y Ana no quiso preguntar dónde estaba por temor de que no hubiera.

—Venga a verme de vez en cuando —sugirió el señor Harrison cuando Ana ya se iba—. No estoy lejos y las personas deben ser atentas. Me interesa la sociedad que van a fundar. Me parece que va a ser divertido. ¿A quién van a atacar primero?

—No vamos a meternos con personas… sólo tenemos intenciones de mejorar lugares —dijo Ana con dignidad. Sospechaba que el señor Harrison se estaba burlando del proyecto.

Cuando se fue, éste quedó observándola por la ventana: una forma delgada y juvenil que corría ágilmente a través del campo en medio del resplandor crepuscular.

—Soy un viejo rudo y solitario —dijo Harrison en alta voz— pero hay algo en esa chiquilla que me hace sentir joven otra vez y es una sensación tan agradable que me gustaría que se repitiera de vez en cuando.

—¡Pelirroja insignificante! —gritó Ginger.

El señor Harrison amenazó con el puño a la cotorra.

—Pájaro del demonio —gruñó—, ojalá te hubiera retorcido el pescuezo cuando mi hermano el marino te trajo a casa. ¿Nunca terminarás de meterte en líos?

Ana corrió a su casa alegremente y relató su aventura a Marilla, quien estaba no poco alarmada por su larga ausencia y a punto de salir a buscarla.

—El mundo es hermoso, después de todo, Marilla —concluyó Ana.

—La señora Lynde se quejaba el otro día de que el mundo no valía mucho. Dijo que cada vez que se espera algo placentero, es seguro que desilusiona; que nada ocurre como se espera. Bueno, quizá sea verdad. Pero tiene su lado

bueno, también. Las cosas malas tampoco suceden como se las espera… casi siempre resultan mucho mejor de lo que se piensa. Yo esperaba una experiencia terriblemente fea cuando fui a ver al señor Harrison esta tarde y en lugar de ello, él fue muy amable y casi llegué a pasarlo bien. Creo que seremos verdaderos amigos si nos hacemos unas cuantas concesiones el uno al otro. Pero sin embargo, Marilla, le aseguro que jamás volveré a vender una vaca sin asegurarme antes de quién es el dueño. ¡Y no me gustan las cotorras!

CAPÍTULO CUATRO

Opiniones contrarias

Una tarde, al caer el sol, Jane Andrews, Gilbert Blythe y Ana Shirley vagaban junto a una cerca a la sombra de las ramas de los abetos que el viento agitaba suavemente, allí donde un atajo conocido como el Camino de los Abedules llegaba al camino real. Jane había ido a pasar la tarde con Ana, quien la acompañaba parte del camino de regreso; junto a la cerca encontraron a Gilbert y, en aquel momento, los tres estaban charlando sobre el funesto mañana, pues ese mañana era el primero de septiembre y comenzaban las clases. Jane iría a Newbridge y Gilbert a White Sands.

—Tenéis una ventaja sobre mí —suspiró Ana—. Enseñaréis a niños que no os conocen, pero yo tengo por alumnos a mis propios condiscípulos y la señora Lynde dice que tiene miedo de que no me respeten como lo harían con un extraño, a menos que sea muy severa desde el comienzo. ¡Oh, me parece una responsabilidad tan grande!

—Sospecho que nos irá bien —dijo Jane en tono reconfortante. Ella no estaba turbada por la aspiración de ejercer una influencia benéfica. Tenía intención de ganarse honradamente el sueldo, gustar a los síndicos y conseguir que su nombre estuviera en la lista de honor del inspector escolar. No tenía más ambiciones—. Lo principal es mantener el orden y un maestro debe ser severo para conseguirlo. Si mis alumnos no hacen lo que les digo, les castigaré.

—¿Cómo?

—Dándoles una buena azotaina, desde luego.

—¡Oh, Jane, no lo harás! —gritó Ana sorprendida—. ¡Jane, no podrás!

—Desde luego que sí, si es que lo merecen —contestó Jane decidida.

—Yo jamás podría azotar a un niño —dijo Ana con igual decisión—. No creo en absoluto en esas cosas. La señorita Stacy nunca nos azotó y mantenía

un orden perfecto, y el señor Phillips siempre lo hacía y no guardaba orden alguno. No, si no puedo seguir adelante sin azotes, renunciaré a la enseñanza. Hay mejores modos de manejar alumnos. Trataré de ganarme su afecto y entonces ellos querrán hacer lo que yo les diga.

—Supongamos que no fuera así —dijo la práctica Jane.

—De todos modos no les azotaría. Estoy segura de que no serviría para nada. Querida Jane, no azotes a tus alumnos, no importa lo que hagan.

—¿Qué piensas sobre esto, Gilbert? —preguntó Jane—. ¿No te parece que hay niños que merecen unos azotes de vez en cuando?

—¿No te parece que azotar a un niño… cualquier niño… es cruel y bárbaro? —exclamó Ana, con la cara enrojecida por el ansia.

—Bueno —dijo Gilbert lentamente, dudando entre sus convicciones y su deseo de estar a tono con el ideal de Ana—, las dos estáis equivocadas. Yo no creo que deba azotarse mucho a los niños. Creo, como tú dices, Ana, que hay mejores maneras de manejarlos y que el castigo corporal debe ser el último recurso. Pero, por otro lado, como dice Jane, creo que hay niños a los que no queda más remedio que dar algún que otro azote de vez en cuando. Mi regla será: el castigo corporal como último recurso.

Gilbert, al tratar de complacer a ambos bandos, no consiguió, como suele pasar, quedar bien con ninguno. Jane movió la cabeza.

—Azotaré a mis alumnos cuando se porten mal. Es la manera más corta y fácil de convencerles.

Ana echó una mirada de desilusión a Gilbert.

—Jamás azotaré a un niño —repitió con firmeza—. Estoy segura de que no es ni correcto ni necesario.

—Supón que un muchacho te contesta cuando le mandas que haga algo —dijo Jane.

—Le haré quedar fuera de hora y le hablaré con firmeza y bondad —dijo Ana—. Todas las personas tienen algo de bondad si uno es capaz de encontrarlo. Es deber del maestro descubrirlo y desarrollarlo. Eso es lo que nos dijo nuestro profesor de Pedagogía en la Academia de la Reina. ¿Crees que podrás encontrar algo de bueno en un niño si lo azotas? Es mucho más importante enseñar la bondad a los niños que las ciencias, dice el profesor Rennie.

—Pero al inspector le da por examinarles en ciencias; y no hará un informe muy bueno si no le contestan correctamente.

—Prefiero que mis alumnos me quieran y me consideren después de

muchos años como una auxiliadora, a figurar en la lista de honor —afirmó Ana decididamente.

—¿No castigarás de ninguna manera a los niños cuando se porten mal? —preguntó Gilbert.

—Oh, sí, supongo que tendré que hacerlo, aunque sé que odiaré la obligación. Pero puedo ponerles de rodillas o hacerles escribir frases.

—Supongo que no castigarás a las niñas haciéndolas sentar con varones —dijo Jane socarronamente.

Gilbert y Ana se miraron, sonriéndose tontamente. Una vez, Ana se había visto obligada a sentarse junto a Gilbert como castigo y las consecuencias habían sido tristes y amargas.

—Bueno, el tiempo dirá cuál es la mejor forma —dijo Jane filosóficamente cuando se separaron.

Ana regresó a «Tejas Verdes» por el Camino de los Abedules, umbrío, susurrante, aromático a través del Valle de las Violetas y cruzando Willowmere, donde la luz y las sombras se besaban bajo los pinos; pasó por el Sendero de los Amantes… todos lugares que ella y Diana bautizaron tanto tiempo atrás. Caminaba lentamente, gozando de la dulzura del bosque y los campos y del estrellado crepúsculo veraniego, y pensando juiciosamente en los nuevos deberes que debía afrontar al día siguiente. Cuando llegó al patio de «Tejas Verdes», la voz alta y decidida de la señora Lynde salía por la abierta ventana de la cocina.

«La señora Lynde ha venido a darme un buen consejo para mañana», pensó Ana con una sonrisa; «pero no creo que deba entrar. Sus consejos son como pimienta… Excelentes en pequeñas cantidades, pero algo dolorosos en dosis altas. Iré a charlar con el señor Harrison».

Ésta no era la primera vez que Ana iba a ver al señor Harrison desde el notable asunto de la vaca de Jersey. Había estado allí varias tardes y se habían hecho muy buenos amigos, aunque en ocasiones Ana se encontraba algo molesta ante la franqueza de que él se jactaba. Ginger todavía la miraba con sospecha y nunca dejaba de saludarla sarcásticamente con un «pelirroja insignificante». El señor Harrison había tratado en vano de quitarle la costumbre, dando un salto cada vez que ella entraba y exclamando: «¡Bendito sea Dios! Aquí está esa chica otra vez», o algo por el estilo. Pero Ginger le veía la intención y lo desdeñaba. Ana nunca sabría cuántos cumplidos le hacía el señor Harrison a sus espaldas. Por cierto que jamás los repetía en su presencia.

—Bueno, supongo que ha estado en el bosque haciendo provisión de

vergajos para mañana —fue su saludo cuando Ana subió los escalones.

—Le aseguro que no —contestó ella indignada: Ana era siempre un excelente blanco para las bromas, pues se lo tomaba todo muy a pecho—. Nunca tendré un vergajo en mi escuela, señor Harrison. Desde luego que tendré un puntero, pero sólo lo usaré para señalar.

—¿De manera que piensa usar un cinturón? Creo que tiene razón. El vergajo duele más en el momento, pero el cinturón pica mucho más tiempo.

—No emplearé nada parecido. No voy a azotar a mis alumnos.

—¡Dios bendito! —exclamó el señor Harrison, con genuina sorpresa—. ¿Cómo se las arreglará para mantener el orden?

—Gobernaré con el cariño, señor Harrison.

—No servirá —contestó su interlocutor—; no dará resultado alguno, Ana. «Si dejas el vergajo, se te echa a perder el niño». Cuando yo iba al colegio, el maestro me azotaba regularmente cada día, pues decía que aunque no estuviese haciendo nada malo, lo estaba planeando.

—Los métodos han cambiado desde sus días escolares, señor Harrison.

—Pero la naturaleza humana, no. Recuerde mis palabras, nunca podrá gobernar a los niños sin tener un vergajo a mano. Es algo imposible.

—Bueno, primero probaré como yo creo que debe hacerse —dijo Ana, que tenía una voluntad bastante fuerte y solía aferrarse tenazmente a sus teorías.

—Veo que es usted bastante testaruda —fue la respuesta—. Bueno, veremos. Algún día cuando se sulfure, y la gente con cabellos como los suyos se sulfura fácilmente, se olvidará de esos bellos principios y les dará una azotaina. De todos modos, es usted muy joven para enseñar… demasiado joven e infantil.

Aquella noche, Ana fue a acostarse con un ánimo bastante pesimista. Durmió poco y cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente, estaba tan pálida y trágica, que Marilla se alarmó e insistió en que tomara una taza del horrible té de jengibre. Ana lo sorbió pacientemente, aunque sin poder imaginar qué bien podía hacer el té de jengibre. De haber sido un brebaje mágico, capaz de conferir edad y sabiduría, la muchacha hubiese tomado un litro sin pestañear.

—Marilla, ¿y si fracaso?

—No podrás fracasar por completo en un día y hay muchos más —respondió Marilla—. Lo que ocurre contigo es que esperas enseñarlo todo a esos niños y reformarles al instante y si no lo consigues, crees que has fracasado.

CAPÍTULO CINCO

Una maestra de cuerpo entero

Cuando Ana llegó a la escuela esa mañana (por primera vez en su vida había atravesado el Camino de los Abedules sorda y ciega a sus encantos), todo estaba calmo y tranquilo. La maestra que la precediera había acostumbrado a los niños a que estuvieran en su sitio cuando ella llegara y cuando Ana entró al aula se enfrentó con estiradas filas de «resplandecientes caritas mañaneras» y brillantes e inquisidores ojos. Colgó su sombrero y miró a sus alumnos con la esperanza de no parecer tan asustada y tonta como se sentía y de que ellos no advirtieran que estaba temblando.

La noche anterior había estado levantada casi hasta las doce, preparando un discurso sobre el comienzo de las clases. Lo había revisado y corregido concienzudamente y luego aprendido de memoria. Era un discurso muy bueno y expresaba grandes ideas, especialmente la de la ayuda mutua y el diligente esfuerzo por aprender. El único inconveniente estaba en que no podía recordar ni una palabra. Después de lo que le pareció un año (en realidad unos diez segundos) dijo desmayadamente.

—Abran sus Biblias, por favor —y se hundió sin respiración en su silla bajo el crujir de las tapas de los pupitres. Mientras los niños leían sus versículos, Ana ordenó sus vacilantes sentidos y examinó al batallón de pequeños peregrinos que marchaban hacia el País de la Sabiduría.

A algunos de ellos, por supuesto, los conocía muy bien. Sus condiscípulos habían terminado el año anterior, pero el resto había ido a la escuela con ella, exceptuando a los de primer grado y a otros diez alumnos recién llegados a Avonlea. Ana, secretamente, sentía más interés por esos diez que por aquellos cuyos alcances conocía al dedillo. Seguramente, iban a ser tan vulgares como los demás; pero por otra parte también podía haber un genio entre ellos. Era una idea estremecedora.

En un pupitre del rincón se encontraba sentado Anthony Pye. Tenía una sombría carita morena y miraba a Ana con una expresión hostil en sus negros ojos. Ana decidió inmediatamente que se ganaría el afecto del niño y derrotaría a los Pye por completo.

En el otro rincón, un niño extraño se encontraba junto a Arty Sloane. Era un niño de aspecto divertido, nariz chata, cara pecosa y enormes ojos celeste claro orlados por pestañas blanquecinas. Probablemente sería el niño de los Donnell. Y si el parecido servía para algo, su hermana era la que estaba

sentada al otro lado del pasillo, junto a Mary Bell. Ana pensó qué clase de mujer sería su madre para mandar la niña a la escuela así vestida. Llevaba un vestido de seda rosa pálido, adornado con una gran cantidad de encajes; zapatos de cabritilla blanca y medias de seda. Su rubio cabello estaba sujeto en innumerables bucles artificiales coronados por un rimbombante nudo de cinta rosa más grande que su cabeza. A juzgar por su expresión, se encontraba muy satisfecha consigo misma.

Ana pensó que la pálida chiquilla de suaves cabellos que le caían sobre los hombros debía ser Annetta Bell, cuyos padres se habían instalado en el distrito escolar de Newbridge, pero que estaban ahora en Avonlea a causa de haber corrido su casa 50 metros al norte del antiguo lugar.

Tres descoloridas niñas sentadas juntas en un solo banco eran, sin duda alguna, las Cortón; y con toda seguridad que la pequeña belleza de largos y rizados cabellos color avellana y ojos castaños que miraban con coquetería a Jack Gillis por encima de su Biblia, era Prillie Rogerson, cuyo padre acababa de casarse en segundas nupcias y había traído a la niña desde Grafton, donde vivía su abuela.

Ana no podía ubicar a una niña alta y desgarbada que parecía tener demasiados brazos y piernas y que estaba sentada en uno de los últimos bancos; pero luego descubrió que se llamaba Barbara Shaw y que había ido a vivir a Avonlea con una tía. También averiguó que la vez que Barbara se las arregló para atravesar el pasillo sin tropezar ni pisar los pies de ningún alumno, los estudiantes anotaron el inusitado hecho sobre la pared del patio para conmemorarlo.

Pero cuando los ojos de Ana se encontraron con los del niño que estaba sentado en el banco de enfrente, se sintió sacudida por un extraño estremecimiento, como si hubiera hallado a su genio. Supo que ése debía ser Paul Irving y que por una vez había tenido razón la señora Rachel Lynde cuando profetizó que no sería como los otros niños de Avonlea. Más aún, Ana comprendió que no era como ningún otro niño del mundo, y que allí había un alma semejante a la suya que asomaba a los ojos azul oscuro que la observaban con tanta intensidad.

Sabía que Paul tenía diez años, pero no aparentaba más de ocho. Tenía la carita más hermosa que había visto en criatura alguna, con rasgos de exquisita delicadeza y finura rodeados por un halo de rizados cabellos castaños. Su boca era delicada y fuerte, de rojos labios que se tocaban suavemente y cuyas curvas se afinaban hasta terminar en pequeños rincones que casi formaban hoyuelos. Tenía una expresión grave y meditabunda, como si su espíritu fuera mucho más viejo que su cuerpo. Ana le sonrió suavemente y su rostro brilló con una amplia sonrisa que pareció iluminar todo su ser. Fue algo involuntario,

que no surgió por algún motivo o esfuerzo externo, sino simplemente el relámpago de una personalidad oculta, preciosa y delicada. Con este rápido cambio de sonrisas Ana y Paul cimentaron su amistad para siempre, antes de haber cruzado una palabra.

El día pasaba como un sueño. Ana nunca pudo recordarlo claramente más adelante. Casi le parecía que era otra persona la que estaba allí enseñando. Escuchó lecciones, corrigió sumas y ordenó copias mecánicamente. Los niños se comportaron bastante bien; sólo se presentaron dos casos de indisciplina. Morley Andrews fue descubierto haciendo correr un par de grillos amaestrados por el pasillo. Ana lo dejó durante media hora en penitencia sobre la tarima y (lo que Morley sintió aún más profundamente) confiscó sus grillos, los guardó en una caja y al regresar de la escuela los soltó en el Valle de las Violetas; pero Morley estaba seguro de que Ana se los había guardado para su propia diversión.

El otro delincuente fue Anthony Pye, quien hizo caer por el cuello de Aurelia Clay las últimas gotas de agua que quedaban en su botella para limpiar la pizarra. Ana hizo quedarse a Anthony durante el recreo y le explicó cómo se comportaban los caballeros, y que éstos nunca echaban agua por el escote de las damas. Le dijo que deseaba que todos sus alumnos fueran caballeros. Su pequeño sermón fue amable y lleno de sentimiento, pero Anthony permaneció absolutamente insensible.

La escuchó en silencio, con la misma expresión hosca, y bufó desdeñosamente; cuando se retiró, Ana suspiró; se recobró al recordar que ganar el efecto de un Pye, como edificar Roma, no era obra de un día. De cualquier modo, era de dudar que en los Pye hubiera algún afecto que ganar; pero Ana esperaba cosas mejores de Anthony, quien tenía apariencia de poder convertirse en un niño bastante bueno si se conseguía ignorar su entrecejo fruncido.

Cuando la clase hubo terminado y los niños se retiraron, Ana se arrojó rendida sobre su silla. Le dolía la cabeza y se sentía desanimada. No había ninguna razón para ello, ya que no había ocurrido nada serio, pero Ana se sentía inclinada a pensar que nunca terminaría por gustarle la enseñanza. Y ¡qué horrible sería estar haciendo todos los días algo que no te gusta durante… bueno, digamos cuarenta años! Ana no había terminado de decidir si se pondría a llorar allí o esperaría hasta llegar a su cuarto en «Tejas Verdes», cuando oyó un taconeo y un crujir de sedas sobre el piso del patio, y al momento siguiente se encontró frente a una mujer cuya apariencia le hizo recordar una crítica del señor Harrison sobre una dama excesivamente engalanada que había visto en una tienda de Charlottetown. «Parecía una mezcla de figurín y pesadilla».

La recién llegada estaba ataviada con un suntuoso traje de seda celeste, con volantes y fruncidos por todas partes. Su cabeza estaba coronada por un inmenso sombrero blanco, adornado con tres largas plumas de avestruz algo duras. Un velo de gasa rosa profusamente salpicado por lunares negros le colgaba desde el borde del sombrero hasta los hombros y flotaba vaporoso a sus espaldas.

Llevaba todas las joyas que pueden amontonarse en el cuerpo de una sola mujer, y exhalaba un fuerte olor a perfume.

—Soy la señora Donnell, la señora de H. B. Donnell —anunció— y he venido a verla por algo que me dijo Clarissa Almira a la hora de comer. Es algo que me ha incomodado excesivamente.

—Lo siento —balbuceó Ana, tratando vanamente de recordar algún incidente relacionado con los niños Donnell.

—Clarissa Almira me dijo que usted pronunció nuestro nombre Donnell. Ahora bien, señorita Shirley: la correcta pronunciación de nuestro apellido es Donnell, acentuando la última sílaba. Espero que lo recordará en el futuro.

—Haré lo posible —murmuró Ana ahogando el deseo de echarse a reír—. Supongo que debe ser terrible que pronuncien mal su apellido.

—Sí que lo es, y Clarissa Almira también me dijo que usted llama James a mi hijo.

—Él me dijo que se llamaba así —protestó Ana.

—Debí haberlo supuesto —dijo la señora Donnell en un tono que significaba que la gratitud de los niños no era cosa de esperar en estos tiempos de perversión—. Ese niño tiene gestos plebeyos, señorita Shirley. Cuando nació quise llamarlo St. Clair, suena tan aristocrático, ¿no le parece? Pero su padre insistió en que debía llamarse James, igual que su tío. Yo accedí porque el tío James era un solterón rico y viejo. ¿Y quiere creer, señorita Shirley, que cuando nuestro inocente niño tenía cinco años el tío James se casó y ahora tiene tres hijos propios? ¿Ha oído alguna vez una ingratitud semejante? Cuando llegó a casa la invitación para la boda (porque tuvo la desvergüenza de enviarnos una invitación), dije: «Para mí se acabó James». Desde ese día llamé a mi hijo St. Clair y así quiero que lo llamen todos. Su padre se obstina en decirle James y el niño también tiene una incomprensible preferencia por ese nombre tan vulgar. Pero su nombre es St. Clair y St. Clair debe quedarle. Será tan amable de recordarlo, ¿no es cierto, señorita Shirley? Muy agradecida. Le dije a Clarissa Almira que estaba segura de que todo era una mala interpretación y que con una palabra se arreglaría. Donnell… acentuado en la última sílaba… St. Clair… y no tener en cuenta James. ¿Lo recordará? Muy agradecida.

Cuando la señora Donnell se retiró, Ana cerró la puerta de la escuela y partió camino a su casa. Al pie de la colina encontró a Paul Irving en el Camino de los Abedules. Había recogido para ella un ramo de orquídeas silvestres que los niños de Avonlea llamaban «lirios de arroz».

—Por favor, señorita. Encontré estas flores en el campo del señor Wright —dijo vacilante— y me volví a dárselas porque pensé que usted era la clase de dama a quien le gustan, y porque… —alzó sus grandes y hermosos ojos azules— porque me gusta usted, señorita.

—Gracias, querido —dijo Ana cogiendo las fragantes flores. El desconsuelo y la debilidad desaparecieron de su espíritu como si las palabras de Paul hubieran sido un soplo de magia y la esperanza volvió a inundar su corazón como alegre manantial. Atravesó el Camino de los Abedules con paso ligero, acompañada por el perfume de sus orquídeas.

—Bueno, ¿cómo te fue? —quiso saber Marilla.

—Pregúntemelo dentro de un mes y podré contestarle. Ahora no puedo… Ni yo misma lo sé… Estoy empezando a digerirlo. Tengo la sensación de que me han hurgado en los pensamientos hasta dejarlos turbados. Lo único que tengo seguridad de haber hecho hoy, es haberle enseñado a Cliffie Wright la letra «A». No la sabía. ¿No le parece que ya es algo haber lanzado un alma por un sendero que puede terminar en Shakespeare y en el Paraíso Perdido?

La señora Lynde fue más tarde llevándole nuevos estímulos. La buena señora había parado a los escolares al pasar por su portal para preguntarles si les gustaba la nueva maestra.

—Y todos dicen que eres muy buena, Ana, excepto Anthony Pye. Debo admitirlo. Dijo que «no tiene nada bueno, igual que todas las maestras». Es la levadura de los Pye. Pero no tiene importancia.

—No voy a darle importancia —dijo Ana con tranquilidad— y voy a hacer que Anthony Pye me quiera. Lo ganaré con paciencia y bondad.

—Bueno, nunca puede aventurarse nada respecto a un Pye —dijo la señora Rachel cautamente—. Son muy contradictorios, como los sueños. Y en cuanto a esa señora Donnell, a mí no me convence con su Donnell, te lo aseguro. El nombre es Donnell y siempre lo ha sido. Esa mujer está loca, eso es. Tiene una perrita a la que llama Reinita y que come con la familia en la mesa, en un plato chino. Thomas dice que el mismo Donnell es un hombre sencillo y trabajador, pero no tuvo mucho tino para elegir esposa, eso es.

CAPÍTULO SEIS

Toda clase y condición de hombres… y de mujeres

Un día de septiembre en la isla del Príncipe Eduardo; un viento refrescante que sopla desde el mar sobre las dunas; un largo camino rojo, que serpentea entre campos y bosques, ora rodeando un grupo de abetos, ora bordeando un plantío de arces jóvenes con grandes helechos bajo ellos, ora hundiéndose en una hondonada donde brilla el arroyuelo que sale y entra de los bosques, ora arrollándose entre cintas de doradas cañas y ásteres azul humo; el aire lleno del chirrido de millares de grillos, esos alegres veraneantes de las colinas; un gordo poni marrón por el camino; dos muchachas tras él, plenas de la simple e impagable alegría de la vida y la juventud.

—¡Oh! Es un día paradisiaco, Diana —y Ana suspiró de felicidad—. El aire tiene magia. Mira el púrpura en el fondo del valle. ¿Hueles los pinos que se secan? Viene de esa hondonada soleada donde el señor Eben Wright ha estado cortando estacas. Es una bendición vivir en un día así; pero el olor de los pinos es celestial. Eso es dos tercios Wordsworth y un tercio Ana Shirley. No parece posible que haya pinos que se sequen en el cielo. Y sin embargo, me parece que el cielo no sería perfecto si no se recibiera una bocanada de aroma de los pinos al cruzar sus bosques. Quizá tengamos allí el olor sin que mueran los pinos. Sí, creo que debe ser así. Ese aroma delicioso debe ser el alma de los pinos… y desde luego que en los cielos habrá almas justas.

—Los árboles no tienen alma —respondió la práctica Diana—; pero es verdad que el olor de los pinos que se secan es hermoso. Haré un almohadón y lo llenaré con agujas de pino. Tú también podrías hacer uno, Ana.

—Creo que sí, y lo usaré para las siestas. Estoy segura que soñaré entonces que soy una dríada o una ninfa de los bosques.

Pero en este mismo momento estoy contenta de ser Ana Shirley, la maestra de Avonlea que recorre este camino en un día tan dulce y hermoso.

—Es un día hermoso, pero la tarea que nos espera no tiene nada de hermosa —suspiró Diana—. ¿Cómo te dio por ofrecerte para pedir por este camino, Ana? Casi todos los «maniáticos» de Avonlea viven aquí y nos tratarán como si estuviéramos pidiendo para nosotros. Es el peor camino de todos.

—Por eso lo elegí. Seguro que Gilbert y Frederic se hubieran hecho cargo de este camino si se lo hubiera pedido. Pero sabes, Diana, me siento responsable de la S. F. A., ya que fui la primera en sugerirla y me parece que debo hacerme cargo de la tarea más desagradable. Lo siento por ti; pero no necesitas decir una palabra en los lugares raros. Yo hablaré… La señora Lynde diría que nadie mejor para ello. Esta señora no sabe si aprobar o no nuestra

obra. Se inclina a ello, cuando recuerda que el señor Alian y su esposa la apoyan, pero el hecho de que las sociedades de fomento se originaran en los Estados Unidos es un defecto muy grande. De manera que se coloca entre las dos opiniones y sólo el éxito nos justificará a sus ojos. Priscilla va a escribir un informe para nuestra próxima reunión; espero que será bueno, pues su tía es una escritora muy inteligente y no dudo que será cosa de familia. Nunca olvidaré el estremecimiento que me dio cuando supe que la señora Charlotte E. Morgan era tía de Priscilla. Parecía tan hermoso que yo fuera amiga de la muchacha cuya tía escribiera Los días de Edgewood y El jardín de los pimpollos.

—¿Dónde vive la señora Morgan?

—En Toronto; Priscilla dice que visitará la isla el próximo verano y que es posible que nos conceda una entrevista. Parece demasiado bello para ser verdad; pero es algo placentero para pensar después de acostarse.

La Sociedad de Fomento de Avonlea ya estaba organizada. Gilbert Blythe era presidente; Fred Wright, vicepresidente; Ana Shirley, secretaria y Diana Barry, tesorera. Los «fomentadores», como se les bautizó prontamente, se reunían una vez cada quince días en casa de uno de los miembros. Se admitía que no se podrían hacer muchas mejoras, debido a lo avanzado de la estación, pero pensaban planear la campaña para el siguiente verano, reunir y discutir ideas, escribir y leer informes y, como decía Ana, educar el sentimiento popular.

Desde luego que hubo cierta desaprobación y, cosa que los «fomentadores» sintieron más aún, una buena cantidad de ridículo. Se supo que el señor Elisha Wright dijo que el nombre más apropiado sería «Club de Noviazgos». La señora de Hiram Sloane dijo que había oído que los «fomentadores» tenían pensado arar la vera de los caminos y plantar allí geranios. El señor Levi Boulter apercibió a todos sus vecinos de que los «fomentadores» insistirían en que todo el mundo echara abajo sus casas para reconstruirlas según planos aprobados por la sociedad. El señor James Spencer mandó decir que deseaba que le hicieran el favor de traspalear la colina de la iglesia. Eben Wright, le dijo a Ana que deseaba que los «fomentadores» indujeran al viejo Josiah Sloane a que cuidara sus patillas. El señor Lawrence Bell expresó que daría una lechada de cal a sus establos si eso les gustaba, pero que no pensaba poner cortinas de encaje a las ventanas del establo. El señor Major Spencer preguntó a Clifton Sloane, un fomentador que acarreaba leche a la fábrica de queso de Carmody, si era verdad que para el verano siguiente todos deberían tener sus lecheras pintadas a mano y con un tapete bordado…

A pesar de ello, o quizá, a causa de la propia naturaleza humana, como consecuencia de ello, la sociedad se lanzó valerosamente a trabajar en la única

mejora que podría tener esperanza de terminar aquel otoño. En la segunda reunión, en casa de los Barry, Oliver Sloane propuso que iniciaran una suscripción para reparar y pintar el Edificio Comunal; Julia Bell lo apoyó, con la molesta sensación de estar haciendo algo poco femenino. Gilbert lo puso a votación y fue aprobado por unanimidad y Ana tomó nota en sus minutas. El paso siguiente fue nombrar un comité y Gertie Pye, decidido a no dejar que Julia Bell se llevara todos los laureles, osadamente sugirió que la señorita Jane Andrews fuera presidenta de dicha comisión. Habiendo sido apoyada y votada también esa proposición, Jane devolvió el cumplido, nombrando a Gertie en la comisión, junto con Gilbert, Ana, Diana y Frederic Wright. La comisión eligió sus rutas en cónclave privado. A Ana y Diana les tocó el camino de Newbridge; a Gilbert y Frederic, el de White Sands, y a Jane y Gertie, el de Carmody.

—Eso se debe —explicó Gilbert a Ana, mientras volvían andando a casa a través del Bosque Embrujado— a que todos los Pye viven a lo largo de ese camino y no darán un céntimo a menos que se lo pida uno de ellos.

Ana y Diana salieron el sábado siguiente. Fueron hasta el fin del camino e hicieron colectas rumbo a sus casas, empezando por la casa de los Andrews.

—Si Catherine está sola, puede que saquemos algo —dijo Diana—; pero si Eliza anda por allí, no.

Eliza estaba allí, con gesto más adusto que de costumbre. La señorita Eliza era uno de esos seres que dan la impresión de que la vida es un valle de lágrimas y que una sonrisa, por no hablar de una carcajada, es un gasto innecesario de energía. Las «chicas» Andrews habían sido «chicas» durante unos cincuenta años y parecían ir en camino de permanecer en ese estado hasta el fin de su peregrinación terrenal. Se decía que Catherine no había abandonado las esperanzas por entero; pero Eliza, que era pesimista de nacimiento, nunca las tuvo. Vivían en una pequeña casa marrón construida en un soleado calvero del bosque de hayas de Mark Andrews. Eliza se quejaba de que era terriblemente caluroso en verano, pero Catherine decía que era hermoso y cálido en invierno.

Eliza se hallaba zurciendo, no porque fuera necesario, sino como protesta contra el frívolo encaje que tejía su hermana. La primera escuchó con una mueca y la segunda con una sonrisa, mientras las muchachas les explicaban su misión. En honor a la verdad, cada vez que Catherine miraba a su hermana, se borraba su sonrisa de culpable confusión, pero ésta reaparecía al instante.

—Si tuviera dinero para derrochar —dijo Eliza con un gesto—, quizá le prendiera fuego para darme el gusto de ver la llama, pero no lo daré para ese edificio; ni un centavo. No trae beneficios a la comunidad; no es más que un lugar de diversión para que los jóvenes se reúnan, cuando estarían mejor

acostados en sus casas.

—¡Oh, Eliza!, los jóvenes deben tener alguna diversión —protestó Catherine.

—No veo la necesidad. Nosotras no pendoneábamos por sitios así cuando éramos jóvenes, Catherine Andrews. Este mundo se pone peor cada día.

—A mí me parece que mejora —dijo Catherine.

—¡Te parece! —La voz de Eliza expresó el mayor desprecio—. Lo que te parezca no tiene valor, Catherine Andrews. Los hechos son hechos.

—Bueno, a mí siempre me gusta ver el lado bueno, Eliza.

—No hay tal lado bueno.

—Oh, ya lo creo que sí —gritó Ana, que no podía resistir tal herejía en silencio—. Hay muchos lados buenos, señorita Andrews. El mundo es un lugar hermoso.

—Cuando haya vivido tanto como yo, no tendrá una opinión tan elevada de él —respondió amargamente Eliza—, y tampoco tendrá tanto entusiasmo por mejorarlo. ¿Cómo está su madre, Diana? Parece muy desmejorada últimamente. Está terriblemente decaída. Dígame, Ana, ¿cuánto tiempo tardará Marilla en quedarse ciega?

—El médico cree que sus ojos no empeorarán si tiene cuidado —balbuceó Ana. Eliza movió la cabeza.

—Los médicos siempre hablan así cuando quieren mantener esperanzada a la gente. Si yo fuera ella, no me haría muchas ilusiones. Es mejor estar preparada para lo peor.

—¿No debería una estar también preparada para lo mejor? —rogó Ana—. Hay tantas posibilidades de que ocurra como de lo contrario.

—Mi experiencia afirma que sí, y tengo cincuenta y siete años contra tus dieciséis —respondió Eliza—. ¿Se van ya? Bueno, espero que esa nueva sociedad de ustedes sea capaz de evitar que Avonlea se hunda más aún, aunque tengo pocas esperanzas de ello.

Ana y Diana salieron y se alejaron a toda velocidad. Apenas pasaron la curva del bosque de hayas, una rolliza figura cruzó corriendo el prado del señor Andrews haciéndoles señas con los brazos. Era Catherine Andrews y estaba tan agitada que casi no podía hablar, pero echó un par de monedas de veinticinco centavos en la mano de Ana.

—Ésta es mi contribución a la pintura del salón —murmuró entrecortadamente—. Me hubiera gustado dar un dólar, pero no me atrevo a

coger más dinero de mis gastos, pues Eliza se daría cuenta. Estoy realmente interesada en esa sociedad y creo de verdad que van a hacer mucho bien. Soy optimista. Tengo que serlo, viviendo con Eliza. Debo volver antes de que me eche de menos… cree que estoy alimentando a los pollos. Espero que tengan suerte con la colecta y no se preocupen por lo que dijo Eliza. El mundo está mejorando; claro que sí.

La casa siguiente fue la de Daniel Blair.

—Ahora bien, todo depende de si su mujer está o no en casa —dijo Diana, mientras avanzaba, dando saltos por el sendero cruzado de raíces—. Si está, no nos darán un centavo. Todo el mundo dice que Daniel Blair no se atreve a cortarse los cabellos sin pedirle permiso a su mujer que es bastante tacaña. Dice que debe ser justa antes que generosa. Pero la señora Lynde afirma que ese «antes» es tan grande, que la generosidad nunca llega.

Ana contó a Marilla su experiencia en casa de los Blair.

—Atamos el caballo y llamamos a la puerta de la cocina. Nadie acudió, pero la puerta se hallaba abierta y podíamos escuchar a alguien que andaba por la despensa, y se movía con cautela. No podíamos distinguir las palabras, pero Diana dice que le parecieron juramentos por el sonido. No pude creer que fuera el señor Blair, siempre tan callado y dócil; pero hay que reconocer que tenía razones, pues al final, Marilla, cuando el pobre hombre apareció en la puerta, rojo como una amapola, tenía puesto uno de los grandes delantales de su mujer. «No me puedo librar de esta maldita cosa», dijo, «porque está anudada muy fuerte y no puedo romperla, de manera que me tendrán que perdonar, señoritas». Le rogamos que no le diera importancia y entramos, sentándonos. El señor Blair también lo hizo; se echó el delantal a la espalda y lo enrolló, pero parecía tan avergonzado que sentí lástima de él y Diana dijo que creía que habíamos llegado en un momento inconveniente. «Oh!, no» dijo el señor Blair, tratando de sonreír, «ya sabe usted que es muy gentil. Estoy un poco atareado… preparando una tarta. Mi mujer recibió un telegrama de Montreal avisándole que su hermana llega esta noche y ha ido a esperar el tren; me ha dejado el encargo de hacer una tarta para el té. Escribió la receta y me dijo qué debía hacer, pero ya he olvidado la mitad de las instrucciones. Aquí dice: "Sazónese al gusto". ¿Qué querrá decir eso? ¿Y qué ocurre si mi gusto es diferente al de los demás? ¿Será suficiente una cucharadita de vainilla para una torta?». Sentí más piedad que nunca por el pobre hombre. No parecía hallarse en su mundo. Sabía que existían maridos dominados y ahora tuve la sensación de ver uno. Tuve la tentación de decirle: «Señor Blair, si me ofrece un donativo para pintar el edificio, le mezclaré los ingredientes». Pero de pronto pensé que no era caritativo aprovecharse de un semejante en desgracia. De manera que me ofrecí para amasarla sin condiciones. Aceptó al momento mi oferta. Dijo que acostumbraba hacer el pan antes de casarse, pero que la

temida tarta podía más que él y que sin embargo deseaba no desilusionar a su mujer. Me consiguió otro delantal y Diana batió los huevos mientras yo amasaba. El señor Blair andaba entre nosotras y nos alcanzaba los ingredientes. Se había olvidado completamente de su delantal y cuando corría, éste se agitaba tras él y Diana creía morirse de risa. Dijo que sería capaz de hornear la tarta, que estaba acostumbrado… y entonces nos pidió la lista y nos dio cuatro dólares. De manera que fuimos recompensadas. Pero aunque no hubiera recibido un centavo, me parecía haber hecho una obra caritativa al ayudarle.

La siguiente parada fue en casa de Theodore White. Ni Ana ni Diana habían estado allí antes y sólo tenían una lejana amistad con la señora White, que no era muy dada a la hospitalidad. ¿Debían ir por la puerta principal o por la otra? Mientras se consultaban en voz baja, la señora White apareció en la puerta principal con un manojo de periódicos. Los puso deliberadamente uno por uno sobre el porche y los escalones y luego por el camino hasta los mismos pies de sus sorprendidas visitantes.

—¿Me harían el favor de limpiarse los pies en la hierba y luego caminar sobre estos papeles? —dijo ansiosamente—. Acabo de fregar toda la casa y no quiero más polvo dentro. Ese camino está embarrado a causa de la lluvia de ayer.

—No te vayas a reír —murmuró Ana, mientras caminaban sobre los diarios—. Te ruego que no me mires, Diana, no importa lo que diga, o no seré capaz de reprimir la risa.

Los periódicos llegaban a través del salón hasta una inmaculada sala de estar. Las muchachas se sentaron en las sillas más cercanas y explicaron su misión. La señora White las escuchó gentilmente, interrumpiendo sólo un par de veces; una, para cazar una mosca aventurera, y la otra, para levantar una brizna de hierba que cayera del vestido de Ana. Ésta se sintió horriblemente culpable, pero el ama de casa aportó dos dólares que pagó en seguida, «para evitar que volviéramos a buscarlos», como dijo Diana cuando salían. La señora White reunió otra vez los periódicos antes de que las muchachas desataran el poni y cuando salían del campo, la vieron muy ocupada pasando un cepillo al salón.

—Siempre he oído que la señora White era la mujer más pulcra del mundo y ahora lo creo —dijo Diana, dejando en libertad su risa reprimida tan pronto como pudo.

—Me alegro de que no tenga niños —dijo Ana solemnemente—. Sería algo terrible para ellos.

En casa de los Spencer, la señora Isabella les hizo pasar un mal rato

diciendo cosas inconvenientes sobre todos los habitantes de Avonlea. El señor Thomas Boulter se negó a dar algo porque, cuando veinte años antes construyeron el edificio, no lo hicieron donde él recomendara. La señora Esther Bell, que era el vivo retrato de la salud, se pasó media hora detallando sus dolores y achaques y puso tristemente cincuenta centavos, pues no estaría allí el año siguiente para hacerlo otra vez; no, estaría en su tumba.

La peor recepción, sin embargo, fue en casa de Simón Fletcher. Cuando entraron al jardín, vieron dos caras que las observaban desde la ventana del porche. Pero, aunque llamaron y esperaron pacientemente, nadie acudió. Como resultado, fueron dos muchachas indignadas quienes salieron del jardín. Hasta Ana admitió que comenzaba a descorazonarse. Pero la marea cambió. Le tocaba el turno a varias casas de los Sloane, donde casi todo el mundo contribuyó y desde allí al final les fue bien, con algún tropiezo ocasional. La última visita fue a lo de Robert Dickson, junto al puente de la laguna. Se quedaron a tomar el té aunque estaban cerca de casa, para no ofender a la señora Dickson, que tenía reputación de ser una mujer muy «susceptible». Mientras estaban allí, llegó la vieja señora de James White.

—Acabo de estar en casa de Lorenzo —anunció—. En este momento es el hombre más orgulloso de Avonlea. ¿Qué les parece? Hay un nuevo muchachito allí… y después de siete chicas, es todo un acontecimiento.

Ana aguzó el oído y cuando salieron dijo:

—Voy directamente a casa de Lorenzo White.

—Pero no vive en el camino de White Sands y está bastante lejos de nuestra ruta —protestó Diana—. Gilbert y Fred le pedirán su contribución.

—No irán por allí hasta el sábado y para entonces será muy tarde —dijo Ana firmemente—. La novedad habrá desaparecido. Lorenzo White es terriblemente mezquino, pero se suscribirá a cualquier cosa en estos momentos. No debemos dejar perder una oportunidad como ésta.

El resultado justificó la previsión de Ana. El señor White las recibió en el jardín, brillante como el sol de Pascua. Cuando Ana le pidió una contribución, accedió, entusiasmado.

—Seguro, seguro. Póngame con un dólar más que la suscripción más alta que tengan.

—Serán cinco dólares; el señor Daniel Blair puso cuatro —dijo Ana con miedo. Pero Lorenzo no pestañeó.

—Cinco serán y aquí tienen el dinero. Ahora, quiero que vengan a casa. Hay algo que vale la pena ver… algo que pocas veces han visto aún. Entren y den su opinión.

—¿Qué diremos si el niño no es guapo? —murmuró Diana temblando mientras seguían dentro de la casa al excitado Lorenzo.

—¡Oh!, seguramente que le encontraremos algo bonito —dijo Ana—. Siempre pasa así con los niños.

Sin embargo, el bebé era precioso y el señor White tuvo por bien pagados sus cinco dólares con el honesto placer de las niñas ante el rollizo recién llegado. Pero ésa fue la primera y única vez que Lorenzo hiciera un donativo.

Ana, terriblemente cansada, hizo un esfuerzo más aquella noche por el bien público, cruzando el campo para ver al señor Harrison, quien, como de costumbre, fumaba su pipa en la galería con Ginger a su lado. Hablando con precisión, estaba en el camino a Carmody, pero Jane y Gertie, que no le conocían sino de oído y mal, habían rogado nerviosamente a Ana que lo visitara.

El señor Harrison, sin embargo, rehusó de plano suscribir un centavo y la petición de Ana cayó en saco roto.

—Pero yo creía que usted aprobaba nuestra sociedad, señor Harrison —se quejó.

—Y así es… y así es… pero mi aprobación no llega hasta mi bolsillo, Ana.

Al mirarse al espejo antes de acostarse, Ana reflexionó de la siguiente manera: «Unas pocas experiencias más como las que he tenido hoy me tornarán tan pesimista como la señorita Eliza Andrews».

CAPÍTULO SIETE

El sentido del deber

Un apacible atardecer de octubre, Ana se recostó en su silla y suspiró. Estaba sentada ante una mesa cubierta de libros de texto y ejercicios, pero las hojas de papel apretadamente escritas que se encontraban frente a ella no parecían tener ninguna relación aparente con estudios o deberes.

—¿Qué sucede? —preguntó Gilbert que había llegado a la puerta abierta de la cocina a tiempo para escuchar el suspiro.

Ana se ruborizó y escondió los papeles debajo de unas redacciones de sus alumnos.

—Nada terrible. Sólo trataba de fijar en el papel algunos de mis pensamientos, tal como me lo aconsejara el profesor Hamilton, pero no puedo

hacerlo de manera que me satisfagan. Parecen tan torpes y tontos en blanco y negro. Las fantasías son como sombras, vacilantes y danzarinas. Pero si sigo probando, quizá algún día aprenda el secreto. Sabes bien que no dispongo de mucho tiempo. Cuando termino de corregir deberes y redacciones, no siempre tengo ganas de escribir algo mío.

—Te estás desenvolviendo maravillosamente en la escuela, Ana. Todos los chicos te quieren —dijo Gilbert tomando asiento sobre el escalón de piedra.

—¡Oh!, no, Anthony Pye no me quiere y no quiere hacerlo. Lo que es peor, no me respeta. Se limita a observarme con desprecio y debo confesarte que esto me preocupa muchísimo. No es que sea tan malo… sólo algo malicioso, pero no es peor que los demás. Rara vez me desobedece, pero acepta mis órdenes con un desdeñoso aire de tolerancia, como si considerara que no vale la pena discutir la cuestión… y es un mal ejemplo para los demás. He tratado por todos los medios de ganar su afecto, pero estoy empezando a temer que no lo conseguiré nunca. Me gustaría, pues es un buen chico; además es un Pye y podría quererlo, si me dejara.

—Probablemente todo sea el resultado de lo que escucha en su casa.

—No, en absoluto. Anthony es un pequeño muy independiente y se forma sus propios juicios sobre las cosas. Siempre ha acudido a los hombres y dice que las mujeres no saben enseñar. Bueno, veremos qué se consigue con paciencia y amabilidad. Me gusta salvar dificultades y enseñar es verdaderamente interesante. Paul Irving compensa por todo lo que les falta a los otros. Ese niño es un perfecto encanto, Gilbert; y un genio, por añadidura. Estoy segura de que el mundo oirá hablar de él algún día —concluyó Ana con acento conmovido.

—A mí también me gusta enseñar —respondió Gilbert—. Es un buen adiestramiento, Ana. He aprendido más en las semanas que llevo enseñando en White Sands, que en todos mis años de colegio. Parece que a todos nos va muy bien. He oído decir que a la gente de Newbridge le gusta Jane, y creo que White Sands está bastante satisfecho con éste tu humilde servidor. Todos, excepto el señor Andrew Spencer. Anoche, cuando regresaba a casa, me encontré con la señora de Peter Blewett y me dijo que creía que era su deber informarme de que el señor Spencer no aprobaba mis métodos de enseñanza.

—¿Has notado —preguntó Ana reflexivamente— que cuando alguien te dice que cree su deber informarte sobre una cosa determinada, debes prepararte para oír algo desagradable? ¿Por qué será que nunca consideran un deber decirte algo agradable que hayan escuchado sobre ti? La señora de H. B. Donnell volvió ayer otra vez a la escuela y me dijo que creía que era su deber informarme de que la señora de Harmon Andrews no aprobaba el que yo les leyera cuentos de hadas a los niños, y que el señor Rogerson pensaba que

Prillie no adelantaba lo suficiente en aritmética. Si Prillie perdiera menos tiempo en hacer guiños a los muchachos por encima de su pizarra adelantaría más. Estoy completamente segura de que James Gills le hace las sumas en clase, pero nunca he podido pescarlo con las manos en la masa.

—¿Has conseguido reconciliar al vástago de la señora Donnell con su bendito nombre?

—Sí —rio Ana—; pero fue una labor verdaderamente difícil. Al principio, cuando lo llamaba «St. Clair», no hacía caso hasta que lo repetía dos o tres veces; y luego, cuando los otros niños le tocaban con el codo, miraba con un aire tan agraviado como si le hubiera llamado John o Charlie y él no hubiera tenido por qué saber a quién se refería. De manera que una tarde le hice quedar después de clase y le hablé muy amablemente. Le dije que su madre quería que le llamara St. Clair y que no podía oponerme a sus deseos. Lo comprendió así, pues es un niño muy razonable, y dijo que yo podía llamarlo St. Clair, pero que «le daría una tunda» al compañero que lo hiciera. Por supuesto, tuve que reprenderlo por usar esos términos. Desde entonces yo le llamo St. Clair, y los muchachos le dicen James y todo marcha bien. Me ha confesado que quiere ser carpintero, pero la señora Donnell dice que debo hacer de él un profesor universitario.

La mención de la universidad dio un nuevo giro a los pensamientos de Gilbert, y durante un rato hablaron de sus planes y sueños; grave, seria, esperanzadamente, como hablan los jóvenes mientras el futuro es aún un sendero no hollado, lleno de posibilidades maravillosas.

Gilbert había decidido ya que sería médico.

—Es una profesión magnífica —dijo con entusiasmo—. Un hombre debe luchar por algo durante toda su vida. ¿No ha definido alguien al hombre como un animal de lucha? Y yo deseo luchar contra la enfermedad, el dolor y la ignorancia. Quiero hacer en el mundo mi parte de trabajo real y honesto, Ana; contribuir en algo a la suma de la inteligencia humana que han venido acumulando todos los hombres de bien desde el comienzo de los siglos. Los hombres que han vivido antes que yo han hecho tanto por mí, que quiero demostrar mi gratitud haciendo algo por los que vendrán después. Me parece que es la única manera de cumplir con las obligaciones hacia la raza.

—A mí me gustaría contribuir a la vida con algo de belleza —dijo Ana soñadoramente—. No es mi deseo exacto hacer que la gente sepa más… aunque reconozco que ésa es la más noble de las ambiciones. Pero me gustaría hacer que los demás pudieran ser más felices y alegres gracias a mí; darles pequeñas alegrías que nunca hubieran disfrutado de no haber nacido yo.

—Creo que todos los días cumples tu ambición, Ana —dijo Gilbert con

admiración.

Y tenía razón. Ana era una de esas criaturas que iluminaban por naturaleza. Cuando hubo pasado junto a una vida con una sonrisa o una palabra, el poseedor de aquella vida la pudo ver, por lo menos durante ese instante, hermosa y llena de esperanzas.

Por fin, Gilbert se incorporó pesarosamente.

—Bueno, debo correr a casa de los MacPherson. Moody Spurgeon llega hoy de la Academia de la Reina para pasar el domingo en su casa y va a traerme un libro que me envía el profesor Boyd.

—Y yo debo preparar el té para Marilla. Fue a ver a la señora Keith y regresará pronto.

Cuando llegó Marilla, Ana ya tenía el té preparado; los leños crepitaban en el fuego, la mesa estaba adornada con ramas de pino y rojas hojas de arce, y el aroma del jamón y las tostadas llenaba el ambiente. Pero Marilla se sentó en su silla con un profundo suspiro.

—¿Le molestan los ojos? ¿Le duele la cabeza? —inquirió Ana con ansiedad.

—No, sólo estoy cansada… y preocupada por Mary y sus niños. Mary está peor; no durará mucho. Y en cuanto a los mellizos, no sé qué será de ellos.

—¿No han tenido noticias del tío?

—Sí. Mary recibió una carta suya. Está trabajando en un aserradero y «haciéndolo temblar», aunque no sé qué quiere decir eso. De cualquier modo, dice que no tiene posibilidades de poder hacerse cargo de los niños hasta la primavera. Espera estar casado para entonces y tener una casa donde llevarlos; pero dice que Mary debe conseguir que algún vecino se los tenga durante el invierno. Ella dice que no puede atreverse a pedirle a ninguno que lo haga. Mary nunca se llevó bien del todo con la gente de East Grafton. Ahí está el asunto. Y al fin y al cabo, Ana, estoy segura que Mary quiere que me haga cargo de los niños; no dijo una palabra, pero me lo pidió con los ojos.

—¡Oh! —Ana juntó las manos estremeciéndose—. Y por supuesto que lo hará. ¿No es cierto, Marilla?

—Todavía no me he decidido —dijo ésta agriamente—. No decido las cosas tan precipitadamente como tú, Ana. El ser primos terceros es muy poco parentesco, y es una terrible responsabilidad cuidar de dos niños de seis años, mellizos para colmo.

Marilla tenía la convicción de que los mellizos eran el doble de malos que los otros niños.

—Los mellizos son muy interesantes… por lo menos un par —dijo Ana—. El asunto se torna monótono sólo cuando hay dos o tres. Y creo que a usted le vendría bien tener algo en qué entretenerse mientras yo estoy en la escuela.

—No me parece que sea como para entretenerse… yo diría que nos traerá más preocupaciones y dolores de cabeza que otra cosa. No sería un riesgo tan grande si por lo menos fueran de la edad que tú tenías cuando me hice cargo de ti. Dora no me preocupa tanto, parece buena y tranquila. Pero Davy es un chiquillo travieso.

A Ana le gustaban mucho los niños y suspiraba por los mellizos Keith. Aún se mantenía vivo en ella el recuerdo de su propia niñez desvalida. Sabía que el único punto vulnerable de Marilla era su profunda devoción hacia lo que creía su deber. Y Ana diestramente preparó su argumento con esa base.

—Si Davy es desobediente, razón de más para pensar en educarlo convenientemente; no sabemos qué será de ellos, ni qué influencias extrañas pueden recoger. Suponga que se hacen cargo de ellos los Sprott, que son sus vecinos. La señora Lynde dice que Henry Sprott es el hombre peor hablado que ha conocido en su vida y no puede usted imaginarse las palabras que dicen sus hijos. ¿No sería horrible que los mellizos las aprendieran? Suponga que se van con los Wiggins. La señora Lynde dice que el señor Wiggins vende todo cuanto puede y alimenta a su familia con leche descremada. A usted no le gustaría que sus parientes se murieran de hambre, ¿no es así? Me parece, Marilla, que es su deber hacerse cargo de ellos.

—Supongo que sí —dijo Marilla tristemente—. Creo que le diré a Mary que me haré cargo de ellos. No debes ponerte tan contenta, Ana. Eso significará un aumento de trabajo para ti. Yo no puedo coser por culpa de mis ojos, de manera que deberás hacerte cargo de la confección y el arreglo de sus ropas. Y a ti no te gusta coser.

—Lo odio —dijo Ana con calma—, pero si usted acepta hacerse cargo de esos niños por un sentido del deber, seguramente que por la misma causa yo puedo coser. Hace bien a la gente realizar cosas que no le gusten… con moderación, se entiende.

CAPÍTULO OCHO

Marilla adopta mellizos

La señora Rachel Lynde se hallaba sentada junto a la ventana de su cocina, tejiendo una colcha, tal como estuviera varios años antes, cuando Matthew Cuthbert había aparecido en su carricoche sobre la colina con lo que la señora

Lynde bautizara «su huérfana importada». Pero aquello había ocurrido en primavera; esto pasaba a fines de otoño y los árboles estaban desnudos y los campos secos y pardos. El sol se ponía con abundante púrpura y oro tras los oscuros bosques del oeste de Avonlea, cuando un coche tirado por un hermoso jaco bajó la colina. La señora Lynde lo miró de hito en hito.

—Ahí está Marilla, que regresa del funeral —dijo a su marido, que estaba recostado en el sillón de la cocina. Thomas Lynde se recostaba más que de costumbre en su sillón por aquel entonces, pero su mujer, que era tan ducha en notarlo todo fuera de su hogar, aún no había caído en ello—. Y trae los mellizos consigo… Sí, ahí está Davy, inclinándose a tirarle de la cola al poni, mientras Marilla le riñe. Dora está sentada muy envarada. Siempre parece estar así. Bueno, la pobre Marilla va a tener bastante de qué ocuparse este invierno, no cabe duda. Y sin embargo, dadas las circunstancias, no veo que le quedara más remedio que hacerse cargo de ellos. Tendrá a Ana para que le ayude. La muchacha está contentísima. Y tiene un cierto don para tratar niños, eso es. Parece que fuera ayer cuando el pobre Matthew trajo a Ana y todos se rieron ante la idea de Marilla y la crianza de una niña. Y ahora ha adoptado mellizos. Uno nunca acaba de sorprenderse.

El gordo poni cruzó el puente del Valle de Lynde y entró al sendero de «Tejas Verdes». La cara de Marilla no era muy alegre. Desde East Grafton llevaba recorridos quince kilómetros y Davy Keith parecía poseído por el baile de San Vito. El hacerle sentar quieto escapaba a las fuerzas de Manila y durante todo el camino había estado con el temor constante de que cayera detrás del coche y se rompiera el cuello o fuera a parar a las patas traseras del poni. Finalmente, le amenazó con azotarle tan pronto llegara a casa. En seguida Davy se sentó en su regazo, haciendo caso omiso de los ruidos, le echó sus brazos regordetes al cuello y le dio un abrazo de oso.

—No creo que lo diga de veras —dijo besándole afectuosamente la arrugada mejilla—. No parece una señora capaz de azotar a un niño nada más que porque no se queda quieto. Cuando era como yo ¿no le resultaba muy difícil estarse quieta?

—No, siempre me quedaba quieta cuando me lo ordenaban —dijo Marilla, hablando secamente aunque sentía ablandársele el corazón ante las impulsivas caricias de Davy.

—Bueno, creo que eso fue porque era nena —respondió el niño, volviendo a su lugar después de otro abrazo—. Alguna vez fue una niña, supongo, aunque sea muy divertido pensarlo. Dora se puede sentar quieta… pero a mí no me parece divertido. Me parece muy tonto ser niña. Dora, te voy a despertar un poco.

El método empleado por Davy era apoderarse de los rizos de Dora y darles

un tirón. Dora lanzó un chillido y se puso a llorar.

—¿Cómo puedes ser tan malo cuando tu pobre madre acaba de ser enterrada? —dijo Marilla tristemente.

—Pero a ella le gustó morirse —dijo Davy confidencialmente—. Lo sé porque me lo dijo. Estaba terriblemente cansada de estar enferma. Hablamos mucho la noche antes de que muriera. Me contó que me iba a llevar con Dora durante el invierno y me pidió que fuera bueno. Voy a ser bueno, pero ¿no se puede ser tan bueno moviéndose como estando quieto? Y dijo que también debía ser bueno con Dora y protegerla y así lo voy a hacer.

—¿Llamas ser bueno a tirarle del pelo?

—Bueno, no voy a dejar que nadie más lo haga —dijo Davy, cerrando el puño y frunciendo el ceño—. Lloró porque es una nena. Me alegro de ser hombre, pero no de ser mellizo. Cuando la hermana de Jimmy Sprott le contradice, él le dice: «Soy mayor que tú, por lo tanto sé más» y eso la hace callar. Pero no le puedo decir eso a Dora y se empeña en pensar distinto de mí. ¿Me puede dejar guiar el coche un rato, ya que soy hombre?

Marilla era la mujer más agradecida cuando entró en su campo, donde la noche otoñal danzaba entre las amarillentas hojas. Ana estaba en la puerta, lista para bajar a los mellizos. Dora se sometió con calma a que la besaran, pero Davy respondió a la bienvenida de Ana con uno de esos cariñosos abrazos y el alegre anuncio de: «Yo soy el señor Davy Keith».

Durante la cena, Dora se comportó como una señorita, pero la actitud de Davy dejó mucho que desear.

—Tengo tanta hambre que no me deja tiempo para comer correctamente —dijo cuando Marilla lo reprendió—. Dora no tiene ni la mitad de hambre que yo. Mire todo el ejercicio que hice para venir aquí. Esa torta es lo mejor de lo mejor. Hacía muchísimo tiempo que no comíamos torta en casa, porque mamá estaba demasiado enferma para hacerla y la señora Sprott decía que ya era demasiado hacernos el pan. Y la señora Wiggins nunca les pone ciruelas a sus tortas. ¿Puedo servirme otro trozo?

Marilla hubiera dicho que no, pero Ana cortó un generoso pedazo. Sin embargo, recordó a Davy que debía decir «gracias». Éste hizo una mueca y le dio un buen mordisco. Cuando hubo terminado con su trozo, dijo:

—Si me diera otro trozo, le daría las gracias por él.

—No, ya has comido bastante torta —respondió Marilla, en un tono que Ana conocía y que Davy llegaría a conocer en el futuro como definitivo.

Davy guiñó el ojo a Ana e inclinándose de pronto sobre la mesa, le quitó a Dora su trozo de torta, al cual la niña había dado sólo un pequeño bocado y,

abriendo cuanto pudo la boca, se metió el trozo íntegro. Los labios de Dora temblaron y Marilla quedó muda de horror. Ana exclamó, con su tono «magistral»:

—¡Oh, Davy!, los caballeros no hacen cosas así.

—Ya lo sé —dijo el niño tan pronto pudo hablar—; pero yo no soy un caballero.

—¿Pero no lo quieres ser? —dijo la sorprendida Ana.

—Claro que sí. Pero uno no es un caballero hasta que es mayor.

—Ya lo creo que sí —se apresuró a decir Ana, creyendo ver una buena oportunidad para sembrar para el futuro—. Se puede empezar a ser caballero cuando se es pequeño. Y los caballeros nunca arrebatan cosas a las chicas, ni se olvidan de dar las gracias, ni tiran de los cabellos.

—Entonces no se divierten mucho —dijo Davy con franqueza—. Sospecho que esperaré a crecer, antes de serlo.

Marilla, con aire resignado, había cortado otro trozo para Dora. No se sentía capaz de lidiar a Davy en aquellos momentos. Había sido un día duro para ella, con el funeral y el largo viaje. En aquel momento contemplaba el futuro con un pesimismo digno de Eliza Andrews.

Los mellizos no se parecían mucho, aunque ambos eran rubios. Dora tenía largos y suaves rizos, siempre arreglados. Davy poseía unos indomables cabellos rubios. Los ojos castaños de Dora eran suaves y dulces; los de Davy, tan inquietos como los de un trasgo. La nariz de Dora era recta; la de su hermano, positivamente chata. La boca de Dora era «fruncida»; la de Davy, toda sonrisas y, además, tenía un hoyuelo en una sola mejilla, lo que le daba un aspecto cómico cuando reía. Alegría y travesuras danzaban en los rincones de su boca.

—Será mejor que os acostéis —dijo Marilla, que pensaba que ésa era la mejor forma de deshacerse de ellos—. Dora dormirá conmigo y tú puedes poner a Davy en la buhardilla del oeste. ¿Tú no tienes miedo de dormir solo, Davy?

—No, pero no pienso ir a dormir hasta dentro de un rato.

—Oh, ya lo creo que sí.

Eso fue cuanto dijo la sufrida Marilla, pero en su tono había algo que hizo callar al mismo Davy. El pequeño subió obediente con Ana.

—Cuando sea grande, lo primero que haré será estar levantado toda la noche para ver qué ocurre —le dijo en tono confidencial.

En los años que siguieron, Marilla no pudo pensar en aquella primera semana de la estancia de los mellizos sin echarse a temblar. En realidad, no fue peor que las que siguieron, pero le pareció así en razón de la novedad. Apenas había un momento del día en que Davy no estuviera portándose mal o planeando hacerlo, pero su primera hazaña notable ocurrió dos días después de su llegada, un domingo por la mañana, un día hermoso y cálido, como si fuera de septiembre. Ana le vistió para ir a la iglesia mientras Marilla arreglaba a Dora. Davy al comienzo protestó enérgicamente por tener que lavarse la cara.

—Marilla la lavó ayer, y la señora Wiggins me fregó con jabón duro el día del funeral. Es bastante para una semana. No veo la ventaja de estar tan limpio. Es muchísimo más cómodo estar sucio.

—Paul Irving se lava la cara todos los días por su propia voluntad —dijo Ana astutamente.

Davy vivía en «Tejas Verdes» desde hacía poco más de cuarenta y ocho horas, pero ya adoraba a Ana; y odiaba a Paul Irving desde que oyera a Ana alabarle con entusiasmo al día siguiente de su llegada. Si Paul Irving se lavaba todos los días, eso arreglaba el asunto. Él, Davy Keith, lo haría también, aunque se muriera. La misma consideración lo hizo someterse mansamente a otros detalles del arreglo personal y, cuando todo hubo terminado, parecía un chico guapo. Ana casi sintió orgullo maternal cuando le condujo al viejo banco de los Cuthbert.

Davy se comportó bastante bien al comienzo, ocupado en mirar de reojo a los pequeños y en descubrir cuál era Paul Irving. Los dos primeros himnos y el primer Evangelio pasaron sin novedad. El señor Alian se hallaba predicando cuando se produjo la hecatombe.

Lauretta White estaba sentada delante de Davy, con la cabeza ligeramente inclinada y el cabello que caía en dos largas trenzas, entre las cuales se veía la tentadora línea de su blanco cuello, rodeado de encaje. Lauretta era una niña de ocho años, regordeta y de aspecto plácido, que se conducía irreprochablemente en la iglesia ya desde el primer día en que su madre la llevó, cuando tenía sólo seis meses.

Davy echó mano a su faltriquera y extrajo… una oruga, peluda y serpenteante. Marilla le vio y quiso detenerle, pero era demasiado tarde. Davy la dejó caer en el cuello de Lauretta.

En mitad del sermón del señor Alian se oyeron unos gritos desgarradores. El ministro se detuvo sorprendido y abrió los ojos. Todas las cabezas de la congregación se alzaron. Lauretta White bailaba una especie de danza en su banco, rascándose frenéticamente la espalda.

—¡Oh, mami… mamita… Oh… sácala… oh… sácala… oh… ese nene

malo me la puso en el cuello… oh… mami… está cada vez más abajo… oh… oh…!

La señora White se puso en pie y con cara rígida sacó a la histérica Lauretta de la iglesia. Sus gritos se perdieron en la distancia y el señor Alian continuó con el sermón. Pero todos tuvieron la sensación de que aquello había fracasado. Por primera vez en su vida, Malilla no siguió el texto y Ana se sentó con las mejillas arreboladas por la mortificación.

Cuando regresaron a casa, Marilla acostó a Davy y le obligó a quedarse así todo el día. No le dio comida alguna, excepto té con pan y mantequilla. Ana se lo sirvió y se sentó tristemente a su lado, mientras él comía con aspecto poco arrepentido. Pero la mirada de reproche de Ana le turbaba.

—Supongo —dijo reflexivamente— que Paul Irving no hubiera dejado caer una oruga en el cuello de una niña estando en la iglesia; ¿no es así?

—Desde luego que no —dijo Ana, tristemente.

—Bueno, entonces siento un poco haberlo hecho —concedió Davy—. Pero era una bonita oruga… la cogí en los escalones de la capilla cuando entramos. Me daba pena que se perdiera. Dime, ¿no era divertido oír gritar a esa nena?

La Sociedad de Ayuda se reunió el martes por la tarde en «Tejas Verdes». Ana se apresuró a regresar a casa desde la escuela, pues sabía que Marilla necesitaría cuanta ayuda pudiera darle. Dora, pulcra y correcta, con su vestido blanco bien almidonado y una faja negra, estaba sentada en la sala con los miembros de la Sociedad; respondía formalmente cuando le hablaban, y se quedaba callada cuando no, y en todo momento se comportaba como una niña modelo. Davy, horriblemente sucio, estaba en el establo jugando con barro.

—Le dije que podía hacerlo —dijo Marilla apesadumbrada—. Pensé que así no haría algo peor. De esa forma sólo se ensucia. Terminaremos de tomar el té antes de llamarle para que tome el suyo. Dora puede estar con nosotras, pero jamás me atrevería a dejar sentar a la mesa a Davy con toda esta gente aquí.

Cuando Ana fue a avisar a los invitados que el té estaba preparado, no halló a Dora en la sala. La señora de Jasper Bell dijo que Davy la había llamado desde la puerta. Una rápida consulta con Marilla en la despensa dio como resultado la decisión de hacer tomar el té juntos, más tarde, a ambos niños.

El té estaba casi concluido cuando el comedor fue invadido por una desesperada figura. Marilla y Ana miraron con desmayo y las visitantes con sorpresa. ¿Podría eso ser Dora, esa cosa indescriptible y llorosa con un vestido empapado y goteante y unos cabellos desde los que caía el agua sobre la nueva

alfombra de Marilla?

—Dora, ¿qué te ha ocurrido? —gritó Ana, echando una mirada culpable a la señora de Jasper Bell, de quien se decía que su familia era la única en el mundo a la que nunca ocurrían accidentes.

—Davy me hizo caminar por la cerca de la pocilga —lloriqueó Dora—. Yo no quería, pero él me llamó miedosa y me caí en la pocilga y se me ensució el vestido y el cerdo se me echó encima. Mi vestido estaba horrible, pero Davy dijo que si me ponía bajo la bomba, el agua me limpiaría y yo me puse allí y él bombeó, pero el vestido no está limpio y mi faja y mis zapatos están echados a perder.

Ana hizo sola los honores de la mesa, mientras Marilla vestía nuevamente a Dora con sus antiguas ropas. Davy fue atrapado y enviado a la cama sin cenar. Ana fue a su habitación al caer la tarde y le habló seriamente. Éste era un método que le merecía mucha fe, aunque no justificado por completo por los resultados. Le dijo que se sentía muy avergonzada por su conducta.

—También yo lo estoy ahora —admitió Davy—, pero lo malo es que siempre siento las cosas después de haberlas hecho. Dora no me ayudó a jugar con el barro porque tenía miedo de ensuciarse y eso me hizo enfadar. Supongo que Paul Irving no hubiera hecho caminar a su hermana por la cerca de la pocilga si hubiera sabido que se caería.

—No, ni siquiera lo hubiera soñado. Paul es un perfecto caballerito.

Davy cerró fuertemente los ojos y pareció pensarlo un rato. Entonces echó sus brazos al cuello de Ana, hundiendo su carita arrebolada en el hombro de la muchacha.

—Ana, ¿no me quieres un poquito, aunque no sea tan bueno como Paul?

—Sí —dijo Ana sinceramente. Le era imposible no querer a Davy—. Pero te querría más si no fueses tan malo.

—Yo… yo hice algo más hoy —siguió Davy en voz baja—. Ahora lo siento, pero tengo muchísimo miedo de decírtelo. ¿No te enfadarás mucho? ¿Y no se lo dirás a Marilla?

—No sé, Davy, quizá deba decírselo. Pero creo que puedo prometerte no hacerlo si tú me das tu palabra de que nunca lo volverás a hacer.

—No, no lo haré más. De cualquier manera, no es probable que encuentre otro este año. Éste lo hallé en los escalones del sótano.

—Davy, ¿qué es lo que has hecho?

—Puse un sapo en la cama de Marilla. Puedes ir y sacarlo si quieres. Pero dime, Ana, ¿no sería gracioso dejarlo allí?

—¡Davy Keith! —Ana se escapó de entre los brazos del niño y atravesó el vestíbulo corriendo rumbo al dormitorio de Marilla. La cama se encontraba ligeramente arrugada. Retiró las sábanas rápidamente y apareció el sapo observándola parpadeante, debajo de una almohada.

—¿Cómo haré para sacar este horrible bicho? —murmuró Ana con un estremecimiento. Pensó en la pala para la leña y se deslizó abajo a buscarla mientras Marilla estaba ocupada en la despensa. Ana tuvo bastantes inconvenientes en su tarea de transportar el sapo escaleras abajo, pues éste saltó fuera de la pala tres veces y una de ellas Ana pensó que lo había perdido en el vestíbulo. Por fin, cuando lo depositó en la huerta, exhaló un largo suspiro de alivio.

—Si Marilla lo supiera, nunca en su vida volvería a meterse tranquila en la cama. Estoy muy contenta de que ese pecador se haya arrepentido a tiempo. Ahí está Diana haciéndome señas desde su ventana. Me alegro. Siento verdadera necesidad de un poco de diversión, pues con Anthony Pye en la escuela y Davy Keith en casa, mis nervios ya han sufrido todo lo que pueden soportar en un día.

CAPÍTULO NUEVE

Una cuestión de color

—Esa vieja chismosa de Rachel Lynde estuvo hoy otra vez aquí importunándome para que contribuyera para comprar una alfombra nueva para la sacristía —dijo el señor Harrison airadamente—. Es la mujer que más detesto de todas las que conozco. Puede condensar en sus palabras todo un sermón, texto, comentario y aplicación, y arrojarlo como un ladrillo.

Ana, que estaba sentada sobre el borde de la galería disfrutando del encanto del suave viento del oeste que soplaba a través del campo recién arado, en el gris atardecer de noviembre, silbando una exquisita melodía entre los enroscados abetos detrás del jardín, volvió su rostro soñador.

—La dificultad está en que usted y la señora Lynde no se entienden —explicó—. Ése es el error de siempre cuando dos personas no se gustan. A mí tampoco me gustó la señora Lynde al principio; pero en cuanto comencé a comprenderla, aprendí.

—La señora Lynde puede ser del gusto de algunas gentes, pero yo no iba a seguir comiendo bananas porque me dijeran que iba a aprender a que me gustaran si lo hacía —gruñó el señor Harrison—. Y en cuanto a comprenderla, entiendo que es una entrometida consumada, y así se lo dije.

—Oh, eso debe haber herido mucho sus sentimientos —dijo Ana en tono de reproche—. ¿Cómo pudo decir algo semejante? Yo le dije algunas cosas terribles a la señora Lynde hace mucho tiempo, pero fue porque me encontraba fuera de mis casillas. No podría haberlas dicho deliberadamente.

—Era la verdad, y yo siempre la digo a quienquiera que sea.

—Pero usted no dice toda la verdad —objetó Ana—. Sólo expresa la parte desagradable de ella. Por ejemplo, usted me ha dicho una docena de veces que mi cabello es rojo, pero nunca ha dicho que tengo una bonita nariz.

—Me atrevería a afirmar que eso ya lo sabe sin necesidad que se lo diga —rio el señor Harrison.

—También sé que tengo cabello colorado… aunque está mucho más oscuro que antes… de modo que tampoco hay necesidad de que me lo estén diciendo.

—Bueno, bueno, trataré de no volver a mencionarlo, ya que es tan sensible. Debe perdonarme, Ana. He adquirido la costumbre de ser franco y la gente no debe hacerme caso.

—Pero es que no se puede dejar de tener en cuenta. Y no ayuda en nada el hecho de que sea un hábito. ¿Qué pensaría usted de una persona que anduviera pinchando a la gente con agujas y alfileres y diciendo «Perdóneme, no haga caso… es simplemente una costumbre mía», creería que está loco, ¿no es cierto? Y en cuanto a que la señora Lynde es una entrometida, puede que sí. ¿Pero le ha dicho usted que tiene un gran corazón, que siempre ayuda a los pobres y que nunca dice una palabra cuando Timothy Cortón le roba una escudilla de manteca y le dice a su esposa que la ha comprado? La señora Cortón protestó la primera vez que se encontraron diciendo que sabía a nabos y la señora Lynde sólo le dijo que lamentaba mucho que hubiera salido tan mala.

—Supongo que tiene algunas cualidades —concedió el señor Harrison de mala gana—. La mayoría de las personas las tienen. Hasta yo mismo, aunque no lo parezca. Pero de cualquier modo, no voy a dar nada para la alfombra. Me parece que aquí la gente está siempre pidiendo dinero. ¿Qué tal va su proyecto de pintar el edificio?

—Estupendamente. Tuvimos una reunión de la S. F. A. el viernes por la noche y nos encontramos con que tenemos suficiente dinero para pintar el edificio y también para retejar el techo. La mayoría de las personas contribuyeron generosamente, señor Harrison.

Ana era una chica muy dulce pero sabía ser irónica cuando lo requería la ocasión.

—¿De qué color van a pintarlo?

—Nos hemos decidido por un verde muy bonito. Claro está que el techo será rojo oscuro. El señor Roger Pye va a traer hoy la pintura de la ciudad.

—¿Quién hace el trabajo?

—El señor Joshua Pye, de Carmody. Ya casi ha concluido con el tejado. Tuvimos que darle a él el trabajo, porque todos los Pye… y usted sabe que son cuatro familias… dijeron que no darían ni un centavo a menos que se encargara a Joshua la tarea. Habían reunido doce dólares entre todos y nos pareció que era demasiado dinero para perderlo, aunque algunas personas creen que no debimos haber cedido ante los Pye. La señora Lynde dice que tratan de manejarlo todo.

—La principal cuestión es si este Joshua hace bien el trabajo. Si lo hace, no tiene importancia a qué familia pertenece.

—Tiene buena reputación como trabajador, aunque dicen que es un hombre muy peculiar. Apenas habla.

—Entonces es muy peculiar —dijo el señor Harrison secamente—. O por lo menos las gentes de aquí lo llamarán así. Yo nunca tuve mucho de charlatán hasta que vine a Avonlea, y entonces tuve que comenzar a hablar en defensa propia o la señora Lynde hubiera dicho que era mudo y habría iniciado una suscripción para enseñarme a hablar por señas. ¿Ya se va, Ana?

—Debo hacerlo. Tengo que remendar algo para Dora esta tarde. Además Davy probablemente esté enloqueciendo a Marilla con alguna nueva travesura. Esta mañana lo primero que dijo fue: «¿Adónde va la oscuridad, Ana? Quiero saberlo». Le dije que iba dando la vuelta por la otra parte del mundo, pero después del desayuno declaró que no era así… que se metía en el pozo. Marilla dice que hoy lo encontró cuatro veces colgado del brocal tratando de alcanzar la oscuridad.

—Es un diablillo —declaró el señor Harrison—. Ayer vino hasta aquí y arrancó seis plumas de la cola de Ginger antes de que yo pudiera salir del establo. El pobre bicho ha quedado atontado desde entonces. Esos chicos deben ser un terrible problema para ustedes.

—Todo lo que vale la pena tener da algún trabajo —dijo Ana, resolviendo secretamente perdonar a Davy su próxima travesura, fuera lo que fuera, por haberla vengado de Ginger.

El señor Roger Pye llevó la pintura para esa misma noche y Joshua Pye, un hombre rudo y taciturno, comenzó a pintar al día siguiente. No fue molestado en su tarea. El edificio estaba situado en lo que llamaban «el camino bajo». A fines de otoño, este camino estaba siempre húmedo y lleno de barro y la gente

iba a Carmody por el camino «alto». El edificio se encontraba tan estrechamente rodeado de bosques de pinos que resultaba invisible a menos que se estuviera muy cerca. El señor Joshua Pye pintó en medio de la soledad e independencia tan gratas a su insociable corazón.

El viernes por la tarde terminó el trabajo y se fue a su casa en Carmody. Poco después de su partida la señora Rachel Lynde desafió el barro del camino y, llevada por la curiosidad, fue a ver qué parecía el edificio con nueva pintura. Cuando dobló la curva de los abetos lo vio.

Y lo que vio afectó a la señora Lynde singularmente. Soltó las riendas, juntó las manos y exclamó, mirando como si no creyera a sus propios ojos:

—¡Providencia bendita!

Luego se echó a reír casi histéricamente.

—Debe haber algún error… tiene que haberlo. Yo sabía que esos Pye se harían un lío.

La señora Lynde volvió a su casa y contó a cuantas personas encontró por el camino lo acontecido con el edificio. La noticia se extendió como la pólvora. Gilbert Blythe, que se hallaba en su casa estudiando, lo oyó de labios de un empleado de su padre y corrió sin respiro hasta «Tejas Verdes» encontrándose en el camino con Fred Wright. Hallaron a Diana Barry, Jane Andrews y Ana Shirley, que eran la desgracia personificada, en el patio de «Tejas Verdes» bajo los grandes sauces sin hojas.

—Seguro que no es verdad, Ana —exclamó Gilbert.

—Es verdad —respondió Ana, que parecía la musa de la tragedia—. La señora Lynde vino a decírmelo de regreso de Carmody. ¡Oh, es simplemente horrible! De qué vale preocuparse por mejorar algo.

—¿Qué es lo horrible? —preguntó Oliver Sloane que llegaba en ese momento con una caja de cartón que traía de la ciudad para Marilla.

—¿No te has enterado? —dijo Jane coléricamente—. Bueno, pues simplemente esto: Joshua Pye ha pintado nuestro edificio de azul, en vez de verde… un azul brillante del tono que se usa para pintar carros y carretillas. Y la señora Lynde dice que es el color más espantoso que pueda imaginarse para un edificio, especialmente, combinado con techo rojo. Cuando lo oí, me podrían haber derribado con una pluma. Es desesperante, después de todos los inconvenientes que tuvimos.

—¿Cómo diablos pudo haber sucedido algo semejante? —gimió Diana.

La culpa de este imperdonable desastre finalmente cayó sobre los Pye. Los «fomentadores» habían decidido usar pinturas Morton-Harris y los botes de

esta pintura estaban numerados de acuerdo a los colores del muestrario. Un comprador elegía el tono en el muestrario y lo encargaba según el número correspondiente. El 147 era el que correspondía al verde deseado y cuando el señor Roger Pye les mandó decir a los «fomentadores» con su hijo John Andrew que iba a la ciudad y que les traería la pintura, éstos le dijeron que querían el 147. John Andrew siempre lo negó, pero el señor Roger Pye declaró firmemente que su hijo le había dicho 157; de ahí el error.

Aquella noche reinó la consternación en las casas de Avonlea donde vivía algún «fomentador». La tristeza en «Tejas Verdes» era tan intensa que incluso sosegó a Davy. Ana lloraba sin consuelo.

—Debo llorar, aun cuando casi tenga diecisiete años, Marilla —gimió—. Es tan mortificante. Y es el toque de difuntos para nuestra sociedad. Seremos el hazmerreír de todo el pueblo.

Sin embargo, en la vida, como en los sueños, las cosas a menudo suceden al contrario. La gente de Avonlea no se rio; se enfadó muchísimo. Habían puesto su dinero para pintar el edificio y consecuentemente se sentían terriblemente agraviados por el error. La indignación popular se centralizó en los Pye. Roger Pye y John Andrew habían estropeado el asunto entre los dos; y en cuanto a Joshua Pye, debía ser tonto de nacimiento para no sospechar que había algún error cuando abrió las latas y vio el color de la pintura. Ante estas críticas, Joshua Pye replicó que el gusto de Avonlea en cuanto a colores no era asunto suyo, cualquiera fuera su opinión al respecto; que él había sido contratado para pintar, no para discutir sobre el color, y que estaba decidido a cobrar por su trabajo. Los «fomentadores» le pagaron con amargura en el corazón después de haber consultado al señor Peter Sloane, que era juez de Paz.

—Tendrán que pagarle —les dijo Peter—. No pueden hacerlo responsable por el error desde el momento en que él sostiene que nunca se le dijo de qué color era la pintura sino que le entregaron los botes y se le encomendó la tarea. Pero es una terrible vergüenza y ese edificio realmente está espantoso.

Los desgraciados «fomentadores» pensaban que la gente de Avonlea tendría más prejuicios que nunca en su contra, pero en cambio, la simpatía pública se volcó en su favor. La gente pensó en el vehemente y entusiasta grupo que había trabajado tan duro por llevar a cabo un proyecto tan mal terminado. La señora Lynde les dijo que siguieran adelante y demostraran a los Pye que realmente había gente en el mundo que podía hacer las cosas sin equivocarse. El señor Major Spencer les mandó decir que sacaría todos los troncos que había a lo largo del camino frente a su granja y lo cubriría de césped, a sus propias expensas. Y la señora de Hiram Sloane fue un día a la escuela y llamó a Ana misteriosamente al vestíbulo, para decirle que si la

«sociedad» quería plantar geranios en el cruce de los caminos para la primavera, no debían preocuparse por su vaca, pues ella se encargaría de que el vagabundo animal se mantuviera dentro de los límites convenientes. Hasta el señor Harrison rio en privado si es que a eso se le podía llamar risa, pero aparentemente era todo simpatía.

—No importa, Ana; la mayoría de las pinturas se ponen cada vez más feas, pero ese azul es tan feo desde el principio, que puede que se ponga mejor cuando se decolore con el tiempo. Y el techo está muy bien retejado y pintado. Ahora, la gente podrá sentarse en el salón cuando llueva sin temor a las goteras. De cualquier modo, habéis conseguido muchísimo.

—Pero el edificio azul de Avonlea será objeto de burlas en todos los pueblos vecinos de ahora en adelante —dijo Ana amargamente.

Y debe confesarse que así fue.

CAPÍTULO DIEZ

Davy busca sensaciones

Mientras regresaba a casa caminando desde la escuela, a través del Camino de los Abedules, Ana se sentía convencida de que la vida era muy hermosa. Aquel día había sido bueno; todo había transcurrido bien en su pequeño reino. St. Clair Donnell no se había peleado con ninguno de los otros muchachos a causa de su nombre; la cara de Prillie Rogerson se hallaba tan hinchada por culpa del dolor de muelas, que no trató de coquetear ni una vez con sus vecinos. Barbara Shaw sólo tuvo un accidente: derramó el agua sobre el piso; y Anthony Pye no asistió a clase.

—¡Qué hermoso ha sido este mes de noviembre! —dijo Ana, que no se había librado del todo de su infantil costumbre de hablar sola—. Noviembre es generalmente un mes tan desagradable; es como si el año se diera cuenta de improviso de que se está volviendo viejo y se pusiera a llorar. Este año envejeció grácilmente, igual que una augusta anciana que sabe que puede ser encantadora a pesar de sus cabellos grises y de sus arrugas. Hemos tenido hermosos días y deliciosos crepúsculos. Estos últimos quince días han sido muy pacíficos y hasta Davy se ha portado casi bien. Creo que está progresando mucho. Qué tranquilos están hoy los bosques… sin un murmullo excepto el susurrar del viento entre las copas. Parece como resaca en una playa lejana. ¡Qué bellos son los bosques! ¡Hermosos árboles, os amo a cada uno de vosotros como si fuerais un amigo!

Ana se detuvo para abrazar un abedul y besar su corteza. Diana, que la vio

al dar la vuelta al sendero, rio.

—Ana Shirley, tú pretendes hacernos creer que has crecido. Creo que cuando estás sola eres tan infantil como antes.

—Bueno, uno no puede librarse de improviso de la costumbre de ser niña —dijo Ana alegre—. He sido niña durante catorce años y llevo apenas tres de persona mayor. Creo que siempre me sentiré niña en los bosques. Estos paseos a casa desde el colegio son casi el único momento para soñar, exceptuando esa media hora más o menos antes de dormir. Estoy tan atareada enseñando, estudiando y ayudando a Marilla con los mellizos, que no tengo otro momento para la imaginación. Tú no sabes qué espléndidas aventuras tengo durante un rato después de acostarme, cada noche. Siempre imagino que soy alguien muy brillante, espléndido y triunfador… una gran prima donna o una enfermera de la Cruz Roja, o una reina. Anoche fui una reina. Se puede tener toda la diversión sin los respectivos inconvenientes y se puede dejar de ser una reina cuando se desea, cosa que no ocurre en la vida real. Pero aquí, en los bosques, prefiero imaginar cosas bastante distintas. Soy una dríada que vive en un viejo pino o un pequeño duende del bosque que se oculta bajo una hoja arrugada. Ese abedul que me viste besar es una hermana mía. La única diferencia es que ella es un árbol y yo un ser humano, pero la desigualdad no es muy grande. ¿A dónde ibas, Diana?

—A casa de los Dickson. Prometí a Alberta que la ayudaría a cortar su nuevo vestido. ¿Puedes ir allí más tarde y acompañarme de regreso a casa, Ana?

—Puedo… ya que Fred Wright no está en el pueblo —dijo Ana, con expresión inocente.

Diana enrojeció, movió la cabeza y se marchó. Sin embargo, no parecía ofendida.

Ana tenía la intención de ir a casa de los Dickson aquella noche, pero no fue. Cuando llegó a «Tejas Verdes» se encontró con un estado de cosas que desvaneció de su mente cualquier otro pensamiento. Marilla, con los ojos fuera de las órbitas, la esperaba en el patio.

—¡Ana, Dora se ha perdido!

—¡Dora! ¡Perdida! —Ana miró a Davy que movía el portón y descubrió diversión en sus ojos—. Davy, ¿sabes tú dónde está?

—No, no lo sé —respondió el niño tercamente—. No la he visto desde la hora del almuerzo, te lo juro.

—He estado fuera desde la una —dijo Marilla—. Thomas Lynde se puso enfermo de improviso y Rachel me mandó buscar. Cuando me fui, Dora estaba

jugando con su muñeca en la cocina y Davy andaba en el establo, entre el barro. Hace apenas media hora que he regresado y no se ve a Dora por ninguna parte. Davy dice que no la ha visto desde que me fui.

—Así es —aseguró éste firmemente.

—Debe andar por alguna parte —dijo Ana—. Nunca se iría sola muy lejos; ya sabe lo tímida que es. Quizás esté durmiendo en una de las habitaciones.

Marilla negó con la cabeza.

—He recorrido toda la casa. Pero puede que esté en alguno de los edificios.

Llevaron a cabo un cuidadoso registro. Cada rincón de la casa, del campo y de los edificios auxiliares fue revisado por aquellas dos aturdidas criaturas. Ana recorrió los huertos y el Bosque Embrujado, gritando el nombre de Dora. Marilla cogió una vela y exploró el sótano. Davy las acompañó por turno, sugiriendo multitud de lugares donde pudiera estar. Finalmente, se volvieron a encontrar en el patio.

—Es de lo más misterioso —gimió Marilla.

—¿Dónde puede estar? —dijo Ana desesperada.

—Quizá se cayó al pozo —sugirió Davy alegremente.

Ana y Marilla se miraron asustadas. Ese pensamiento les había perseguido durante toda la búsqueda, pero no se atrevieron a decirlo.

—Puede que sí —murmuró Marilla.

Ana, sintiéndose a punto de desmayar, fue al brocal y miró. El balde estaba dentro, en su repisa. Abajo, lejos, brillaba el agua quieta. El pozo de los Cuthbert era el más profundo de Avonlea. Si Dora… pero Ana no podía enfrentarse a la idea. Se estremeció y volvió.

—Ve a buscar al señor Harrison —dijo Marilla retorciéndose las manos.

—El señor Harrison y John Henry no están. Han ido a la ciudad. Iré a buscar al señor Barry.

El señor Barry llegó con una larga cuerda que tenía en su extremo algo así como una garra metálica, que fuera en sus tiempos una horquilla para hierba. Marilla y Ana miraban, muertas de miedo, mientras el señor Barry rastreaba el pozo y Davy, a horcajadas sobre la puerta, observaba el grupo con una cara que indicaba una gran diversión.

Finalmente, el señor Barry sacudió la cabeza con aire aliviado.

—No puede estar aquí. Sin embargo, es muy curioso dónde puede haberse ido. Venga aquí, joven, ¿está seguro de no tener idea de dónde está su

hermana?

—Le he dicho una docena de veces que no —dijo Davy con aire ofendido—. Quizá un mendigo vino y la robó.

—Tonterías —dijo Marilla secamente, aliviada del terrible temor del pozo—. Ana, ¿crees que se pudo quedar en lo del señor Harrison? No ha hecho más que hablar de la cotorra desde que la llevaste a verla.

—No puedo creer que Dora se aventure a ir tan lejos ella sola, pero iré a ver.

Nadie miraba en ese momento a Davy, pues de lo contrario hubieran percibido un cambio decisivo en su cara. Bajó muy calladamente de la puerta y corrió, con toda la rapidez que le permitían sus gordas piernas, al establo.

Ana cruzó apresuradamente el campo en dirección a la casa de Harrison, sin muchas esperanzas. La casa estaba cerrada con llave, las persianas echadas y no había signo de vida en el lugar. Se detuvo en la galería y llamó a Dora.

Ginger, en la cocina, chilló y juró con fiereza repentina, pero entre sus chillidos, Ana oyó un quejumbroso grito desde el pequeño cobertizo del patio que servía de depósito de herramientas al señor Harrison. Ana corrió hasta la puerta, la abrió y halló a una desgraciada mortal con cara llorosa sentada desamparadamente encima de un puñado de clavos.

—¡Oh, Dora, Dora, qué susto nos has dado! ¿Cómo has venido a parar aquí?

—Davy y yo vinimos a ver a Ginger —sollozó Dora—, pero no le pudimos ver; Davy sólo la hizo jurar golpeando la puerta. Entonces me trajo aquí, salió corriendo y cerró la puerta y yo no pude salir. Lloré y lloré; tenía mucho miedo, y ahora tengo hambre y frío; creí que nunca vendrías, Ana.

—¿Davy? —Pero Ana no pudo decir nada más. Llevó a Dora a casa con el corazón dolorido. Su alegría al encontrar a la niña sana y salva fue ahogada por el dolor ante el comportamiento de Davy. La hazaña de encerrar a Dora podía ser perdonada con facilidad. Pero Davy había mentido… a sangre fría. Ésa era la triste realidad y Ana no podía cerrar los ojos ante ella. Se hubiera puesto a llorar de desilusión. Había llegado a querer mucho al niño… nunca hasta ahora había sabido cuánto… y la hería terriblemente descubrir que era culpable de una mentira deliberada.

Marilla escuchó el relato en un silencio que no presagiaba nada bueno para Davy. El señor Barry se rio y dijo que el pequeño debía ser tratado sin contemplaciones. Cuando aquél se hubo marchado, Ana consoló y arropó a la llorosa y temblequeante Dora, le dio la cena y la acostó. Entonces regresó a la cocina, justo cuando Marilla entraba ceñuda, trayendo a tirones al renuente y

sucio Davy, a quien encontrara escondido en el más oscuro rincón del establo. Le puso sobre el felpudo en medio del suelo y fue a sentarse junto a la ventana del este. Ana estaba sentada junto a la ventana del oeste. Y entre ambas, de pie, el reo. Su espalda daba a Marilla y era una espalda asustada, mansa, sumisa. Pero su cara estaba vuelta hacia Ana y, aunque avergonzada, en ella brillaba una lucecita de camaradería, como si supiera que se había portado mal y que sería castigado por ello, pero contaba con Ana para reírse de todo más tarde.

Pero en los ojos grises de Ana no halló ni siquiera la sombra de una sonrisa, como había ocurrido en otras ocasiones. Ahora había algo más… algo feo y repulsivo.

—¿Cómo te puedes portar así, Davy? —preguntó tristemente.

Davy se agitó incómodo.

—Lo hice nada más que por divertirme. Todo ha estado tan terriblemente tranquilo por aquí, que creí que sería divertido dar un buen susto; y lo fue.

A pesar del temor y del remordimiento, Davy se rio ante el recuerdo.

—Pero dijiste una mentira, Davy —continuó Ana, más triste que nunca.

Davy pareció perplejo.

—¿Qué es una mentira? ¿Quiere decir un camelo?

—Quiere decir algo que no es verdad.

—Desde luego que lo hice —dijo Davy francamente—. De lo contrario ustedes no se hubieran asustado. Tenía que decirla.

Ana sentía su reacción ante el temor y la ansiedad. La impertinente actitud de Davy fue la gota que hizo desbordar el vaso. Dos grandes lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Oh, Davy!, ¿cómo pudiste hacerlo? —dijo una voz temblorosa—. ¿No sabes el mal que has hecho?

Davy estaba estupefacto. ¡Ana lloraba! ¡Había hecho llorar a Ana! Una ola de verdadero remordimiento azotó su corazoncito. Corrió hacia Ana, saltó a su falda, le echó los brazos al cuello y rompió a llorar.

—No sabía que era malo decir camelos —sollozó—. ¿Cómo podías esperar que lo supiera? Todos los hijos del señor Sprott decían camelos cada día y eran capaces de jurarlo. Supongo que Paul Irving nunca los dice y he tratado con todas mis ganas de ser tan bueno como él, pero ahora supongo que nunca me volverás a querer. Pero creo que pudiste decirme que estaba mal. Lamento terriblemente haberte hecho llorar, Ana, y nunca volveré a decir un

camelo.

Davy hundió su cara en el hombro de Ana y lloró a gritos. Ésta, en un repentino relámpago de comprensión, le apretó contra sí y miró a Malilla sobre su rizada cabecita.

—Él no sabía que estaba mal contar mentiras, Marilla. Creo que debemos perdonarle por esta vez, si nos promete que nunca volverá a decir cosas que no sean verdad. Y no digas «camelos», Davy, di «mentiras» —dijo la maestra.

—¿Por qué? —preguntó Davy, descendiendo y mirándola con una cara inquisidora y llorosa—. ¿Por qué camelo no es tan bueno como mentira? Quiero saber. Es una palabra tan larga como la otra.

—Porque «camelo» no quiere decir exactamente mentira.

—Hay un enorme montón de cosas que está mal hacer —dijo Davy con un suspiro—. Nunca creí que fueran tantas. Siento mucho que esté mal contar cam… mentiras, porque es muy útil; pero ya que es así, nunca volveré a decir más. ¿Qué me van a hacer por decirlas esta vez? Quiero saber.

Ana miró interrogativamente a Marilla.

—No quiero ser demasiado dura con el niño —dijo Marilla—. Me atrevo a decir que nadie le dijo nunca que está mal decir mentiras y esos niños de Sprott no fueron compañeros adecuados para él. La pobre Mary se hallaba demasiado enferma para enseñarles correctamente y no se puede esperar que un niño de seis años sepa esas cosas por instinto. Supongo que debemos pensar que no sabe nada correctamente y comenzar desde el principio. Pero debe ser castigado por encerrar a Dora y no puedo pensar en otra cosa fuera de enviarle a la cama sin cenar y eso ya lo hemos hecho muchas veces. ¿Puedes sugerir alguna otra cosa, Ana? Creo que deberías, ya que tanta imaginación tienes.

—Pero los castigos son horribles y a mí sólo me gusta imaginar cosas placenteras —dijo Ana, abrazando a Davy—. En el mundo existen tantas cosas horribles que de nada sirve imaginar más.

Por fin, Davy fue enviado a acostarse, como de costumbre, y quedarse allí hasta el mediodía siguiente. Evidentemente estuvo pensando, pues cuando Ana subió algo más tarde a su cuarto, le oyó llamarla suavemente por su nombre. Al entrar le halló sentado en su cama, con los codos sobre las rodillas y la barbilla entre las manos.

—Ana —dijo solemnemente—, ¿está mal para todos, eso de decir cam… mentiras? Quiero saber.

—Sí, cierto.

—¿Está mal en una persona mayor?

—Sí.

—Entonces —dijo Davy decididamente—, Marilla es mala, porque las dice. Y es peor que yo, porque yo no sabía que estaba mal y ella sí.

—Davy Keith, Marilla jamás dijo una mentira en su vida —dijo Ana indignada.

—Claro que sí. El martes me dijo que me ocurriría algo horrible si no rezaba cada noche; no he rezado desde hace casi una semana, nada más que para ver qué me ocurría y no me ha pasado nada —concluyó el niño en tono afligido.

Ana sofocó un loco deseo de reír, ante la convicción de que no era el momento adecuado, y se lanzó al salvamento de la reputación de Manila.

—Pero, Davy Keith —dijo solemnemente—. Algo horrible te ha ocurrido hoy.

Davy parecía escéptico.

—Supongo que te refieres a ser mandado a la cama sin cenar —dijo desdeñosamente—, pero eso no es horrible. Desde luego que no me gusta, pero me han mandado ya tantas veces a la cama, que me estoy acostumbrando a ello. Y no ahorráis nada con mandarme sin cenar tampoco, porque como el doble durante el desayuno.

—No me refiero a que te enviaran a la cama sino al hecho de que dijeras una mentira. Y, Davy —Ana se inclinó sobre los pies de la cama y señaló impresionantemente al culpable con un dedo—, decir algo que no sea verdad es casi lo peor que puede ocurrirle a un muchacho… casi lo peor. De modo que verás que Marilla te dijo la verdad.

—Pero creí que algo malo sería emocionante —protestó Davy en tono herido.

—Marilla no tiene la culpa de lo que hayas pensado. Las cosas malas no son siempre emocionantes. A menudo no son más que malas y estúpidas.

—Fue muy divertido veros a Marilla y a ti mirando al pozo —dijo Davy abrazándose las piernas.

Ana guardó la compostura hasta que bajó y entonces cayó en el sofá de la sala y rio hasta que le dolieron los costados.

—Me gustaría saber el chiste —dijo Marilla algo amoscada—. Hoy no he visto mucho de qué reírse.

—Ya reirá cuando oiga esto —aseguró Ana. Y Marilla rio, lo que demostró

cuánto había avanzado su educación desde que adoptara a Ana. Pero suspiró inmediatamente después.

—Supongo que no debí haberle dicho eso, aunque escuché a un ministro decírselo una vez a un niño. Pero me irritó mucho. Fue esa noche en que tú estabas en el festival de Carmody y yo le acosté. Dijo que no veía la razón de rezar hasta ser lo suficientemente mayor como para ser de alguna importancia para Dios. Ana, no sé qué vamos a hacer con ese niño. No parece tener límite. Me siento completamente descorazonada.

—Oh, no diga eso, Marilla. Recuerde cuan mala era yo cuando vine aquí.

—Ana, tú nunca fuiste mala… nunca; ahora lo veo, ahora que he aprendido cómo es la verdadera maldad. Siempre te estabas metiendo en camisa de once varas, lo admito, pero tus razones eran siempre buenas. Davy es malo por el mero placer de serlo.

—Oh, no; no creo que sea realmente malo —dijo Ana—. Sólo es travieso. Y esto es muy tranquilo para él solo. No tiene otros niños con quienes jugar y su mente necesita algo en qué ocuparse. Dora es tan peripuesta que no sirve para compañera de juegos de un muchacho. Creo de verdad que sería mejor dejarle ir a la escuela, Marilla.

—No —dijo Marilla resueltamente—. Mi padre decía siempre que ningún niño debe ser encerrado entre las paredes de un colegio hasta que tenga siete años y el señor Alian afirma lo mismo. Los mellizos podrán recibir algunas lecciones en casa, pero no irán al colegio hasta cumplir los siete.

—Bueno, entonces debemos tratar de reformar a Davy en casa —dijo Ana alegremente—. Con todos sus defectos, es realmente un chiquillo que sabe hacerse querer. No puedo evitar quererle. Marilla, puede que esté mal decirlo, pero, honestamente, me gusta más Davy que Dora con todo lo buena que es ella.

—Pues a mí me pasa lo mismo y no sé por qué —confesó Marilla—. Y no es correcto, pues Dora no da trabajo alguno. No podría haber niña mejor y uno no se da cuenta de su existencia.

—Dora es demasiado buena —dijo Ana—. Se portaría tan bien aunque no hubiera nadie que le dijera que debe hacerlo. Nació educada, de modo que no nos necesita. Y creo —concluyó Ana, poniendo el dedo en la llaga—, que siempre amamos más a quien nos necesita. Davy nos necesita terriblemente.

—Necesita algo —asintió Marilla—. Y Rachel Lynde diría que es una buena azotaina.

CAPÍTULO ONCE

Realidad y fantasía

Enseñar es realmente una tarea muy interesante —escribió Ana a una compañera de la Academia de la Reina—. Jane dice que le resulta monótono, pero a mí me parece todo lo contrario. Cada día hay casi la seguridad de que ocurra algo gracioso y los niños dicen cosas muy divertidas. Jane dice que castiga a sus discípulos cuando dicen gracias y probablemente por ello encuentra monótona la tarea. Esta tarde, el pequeño Jimmy Andrews estaba tratando de deletrear jaspeado sin conseguirlo. «Bueno», dijo finalmente, «no puedo deletrearlo pero sé lo que significa».

«¿Qué?», le pregunté.

«La cara de St. Clair Donnell, señorita».

Es verdad que St. Clair es muy pecoso, pero trato de impedir que los demás lo comenten, porque yo era pecosa antes y bien que lo recuerdo. Pero no creo que a St. Clair le importe. Si le pegó a Jimmy en el camino cuando volvían a sus casas, fue porque lo llamó St. Clair. Me enteré de la paliza, pero no oficialmente, de modo que no me di por enterada.

Ayer estaba tratando de enseñar a sumar a Lottie Wright. Le dije: «Si tú tienes tres caramelos en una mano y dos en la otra, ¿cuántos tendrías entre todos?».

«Un bocado», dijo Lottie.

Y en la clase de Historia Natural, cuando les pedí que me dieran una buena razón por la cual no debían matarse los sapos, Benjie Sloane respondió gravemente: «¡Porque llovería al día siguiente!». Es tan difícil no echarse a reír, Stella. Tengo que aguantarme la risa hasta que llego a casa y Marilla dice que la pone nerviosa escuchar salvajes gritos de alegría procedentes de la buhardilla, sin causa aparente. Dice que un hombre de Grafton que se volvió loco había comenzado así.

Rose Bell dice que William Tyndale escribió el Nuevo Testamento.

¡Claude White dice que un glaciar es un hombre que vende helados!

Creo que lo más difícil dentro de la enseñanza, así como lo más interesante, es conseguir que los niños te confíen sus verdaderas impresiones sobre las cosas. Un día de tormenta la semana pasada, los reuní a mi alrededor a la hora del almuerzo y traté de que conversaran como si yo fuera uno de ellos. Les pedí que me hablaran de sus principales deseos. Algunas de las respuestas fueron bastante vulgares: muñecas, caballitos, patines. Otras

resultaron decididamente originales. Hester Boulter quería usar el vestido de los domingos todos los días y comer en la sala. Hannah Bell deseaba ser buena sin tener que preocuparse por conseguirlo. Marjory White, que tiene diez años, quería ser viuda. Al preguntarle el porqué, respondió gravemente que si una no se casa la gente la llama solterona, y si lo hace, el marido la manda, pero siendo viuda no hay peligro ni de una cosa ni de la otra. El deseo más notable fue el de Sally Bell: ¡quería una luna de miel! Le pregunté si sabía lo que significaba y dijo que le parecía que era una bicicleta muy bonita, porque su primo de Montreal salió en «luna de miel» cuando se casó y siempre había tenido la última novedad en bicicletas.

Otro día les pedí que me contaran la travesura más terrible que hubieran cometido. No pude conseguir que los más grandes lo hicieran, pero los de tercer grado contestaron con toda franqueza. ¡Eliza Bell había prendido fuego al fajo de tarjetas de su tía! Al preguntarle si había tenido intenciones de hacerlo, respondió: «No a todas. Sólo quería quemar un pedacito para ver cómo ardía y en un momento todo el paquete se convirtió en una hoguera». Emerson Gillis había gastado en caramelos diez centavos que debía haber guardado para la colecta de la Misión. El peor crimen de Annetta Bell fue comer unas peras azules que crecían en el cementerio. Willie White se había deslizado por el tejado del establo un montón de veces con los pantalones de los domingos. «Pero me castigaron haciéndome llevar los pantalones remendados a la Escuela Dominical durante todo el verano, y cuando a uno lo castigan por algo no hay que arrepentirse», declaró Willie.

Desearía que pudieras ver algunas de sus redacciones. Y tanto lo deseo, que te envío copia de algunas que han escrito recientemente. La semana pasada les dije a los de cuarto grado que quería que me escribieran cartas sobre lo que deseaban y añadí la sugerencia de que podían escribir sobre algún lugar que hubieran visitado o alguna persona o cosa que despertara su interés. Debían escribir sus misivas en verdadero papel de carta, meterlas en un sobre y dirigírmelas sin ayuda de nadie. El viernes pasado por la mañana hallé un montón de cartas sobre mi escritorio y esa misma tarde volví a constatar que la enseñanza tiene sus satisfacciones tanto como sus penas. Estas redacciones compensarían muchas cosas. Aquí está la de Ned Clay, con la dirección y ortografía originales.

«Señorita maestra Shirley,

»Tejas Verdes.

»Querida maestra. Pienso que le escribiré una redacción sobre los pájaros, los pájaros son animales muy útiles, mi gato caza pájaros. Se llama William pero papá lo llama tomas, es todo rayado y el invierno pasado se le eló una oreja, si no fuera por eso sería un lindo gato.

»Mi tío adoptó un gato, fue un día a su casa y no se quiso ir. Tío le deja dormir en su mesedora y mi tía dice que lo cuida mas que a sus propios hijos, eso no es verdad, debemos ser buenos con los gatos y darles leche fresca pero no debemos ser mejores con ellos que con nuestros propios hijos, esto es todo lo que puedo pensar y nada más.

»EdwardBlakeClay».

La carta de St. Clair Donnell es, como de costumbre, breve y va derecho al grano. St. Clair nunca gasta palabras. No creo que eligiera el tema ni que haya agregado la posdata por malicia. Es sólo que no tiene mucho tacto o imaginación.

«Querida Srta. Shirley.

»Nos ha pedido que describamos algo raro que hayamos visto. Yo describiré el Salón de Avonlea. Tiene dos puertas, una adentro y otra afuera. Tiene seis ventanas y una chimenea. Tiene dos extremos y dos lados. Está pintado color azul. Esto es lo que lo hace raro. Está en el camino bajo que va a Carmody. Es el tercero de los edificios importantes de Avonlea. Los otros son la iglesia y la herrería. Allí hace reuniones el club, y lecturas y conferencias.

»Suyo sinceramente.

»James Donnell.

»P.S. El salón es azul muy brillante».

»La carta de Annetta Bell fue muy larga, lo que me sorprendió, pues el escribir ensayos no es su fuerte y generalmente son tan breves como los de St. Clair. Annetta es una chiquilla muy tranquila y un modelo de buen comportamiento, pero no hay en ella ni una chispa de originalidad. Aquí tienes su carta.

«Mi muy querida maestra,

»Creo que le escribiré esta carta para decirle cuanto la quiero. La quiero con todo mi corazón, mi alma y mi pensamiento… con todo lo que hay en mí… y quiero servirla para siempre. Será mi más alto privilegio. Por eso es que me esfuerzo tanto por ser buena en la escuela y por estudiar mis lecciones. Usted es tan hermosa, señorita. Su voz es como música y sus ojos como pensamientos regados por el rocío. Es usted como una majestuosa reina. Su cabello es como oro ondeante. Anthony Pye dice que es rojo, pero usted no debe hacerle ningún caso a Anthony.

»Hace apenas unos pocos meses que la conozco, pero no puedo creer que haya habido un tiempo en que no la conociera… que usted no hubiera llegado a mi vida para bendecirla y santificarla. Siempre recordaré este año como el más magnífico de mi vida, porque es el que la ha traído a mí. También es el

año que nos mudamos de Newbridge a Avonlea. Mi amor por usted ha enriquecido mi vida y me aparta del mal y la perversidad. Todo esto se lo debo a usted, mi dulce maestra.

»Nunca olvidaré cuan hermosa estaba la última vez que la vi con aquel vestido negro y flores en el cabello. Así la veré siempre, aun cuando ambas seamos ancianas y grises. Para mí siempre será joven y bella, amada maestra. Siempre pienso en usted… por la mañana, al mediodía y al atardecer. La quiero cuando ríe y cuando suspira y hasta cuando me mira con desdén. Nunca la vi enfadada, aunque Anthony Pye dice que siempre lo está, pero sé que a él lo mira enfadada porque se lo merece. La amo en cada vestido… parece usted más adorable con cada traje nuevo que con el último que usaba. Mi muy querida maestra, buenas noches. El sol se ha puesto y las estrellas brillan… estrellas tan brillantes y hermosas como sus ojos. Beso sus manos y su rostro, querida. Quiera Dios protegerla y prevenirla contra todo mal.

»Su afectuosa alumna,

»Annetta Bell».

Esta extraordinaria carta me confundió enormemente. Estaba tan segura de que Annetta no podía haberla escrito como que no podía volar. Cuando fui a la escuela al día siguiente, paseé con ella hasta el arroyo durante el recreo y le pedí que me dijera la verdad sobre la carta. Annetta lloró y confesó claramente. Dijo que nunca había escrito una carta y que no sabía cómo hacerlo o qué decir, pero que había un paquete de cartas de amor en el cajón de arriba de la cómoda de su madre, escritas por un viejo pretendiente.

«No era papá», sollozó Annetta, «era uno que estudiaba para pastor y por eso podía escribir cartas tan encantadoras pero después de todo mamá no se casó con él. Pero yo pensé que las cartas eran hermosas y que podía copiar algunas cosas y escribírselas a usted. Puse "maestra" donde decía "señora", agregué algo de mi parte y cambié algunas palabras. Puse "vestido" en lugar de "humor". No sabía bien lo que quería decir "humor" pero supuse que era algo para ponerse. No creí que usted notaría la diferencia. No veo cómo pudo darse cuenta que no era mía del todo. Usted debe ser terriblemente inteligente, señorita».

Le dije a Annetta que estaba muy mal copiar una carta ajena y hacerla pasar por propia. Pero temo que lo único que Annetta sienta es haber sido descubierta.

«Y es que yo la quiero, señorita», sollozó. «Esto era verdad aunque el ministro lo escribiera primero. La quiero con todo mi corazón».

Es muy difícil regañar a alguien en tales circunstancias.

Aquí está la carta de Barbara Shaw. No puedo reproducir las manchas del original.

«Querida señorita,

»Usted dijo que podíamos escribir sobre una visita. Yo sólo hice una visita una vez. Fui a ver a mi tía Mary el invierno pasado. Mi tía Mary es una mujer muy especial y una gran ama de casa. La primera noche que estuve allí tomamos té. Yo golpeé un porrón y lo rompí. Tía Mary dijo que tenía ese porrón desde que se casó y que nunca se había roto. Cuando nos levantamos, le pisé el vestido y se soltaron todos los frunces de su falda. A la mañana siguiente cuando me levanté golpeé el cántaro contra la palangana y la rajé y durante el desayuno volqué una taza de té sobre el mantel. Cuando estaba ayudando a tía Mary a fregar, dejé caer un plato de porcelana y se rompió. Esa tarde me caí por la escalera y me torcí un tobillo y tuve que quedarme en cama una semana. Oí que la tía Mary le decía a tío José que era una suerte porque de lo contrario hubiera roto toda la casa. Cuando mejoré ya era tiempo de irme a casa. Las visitas no me gustan mucho. Me gusta más ir a la escuela, especialmente desde que llegué a Avonlea.

»Sinceramente suya,

»Barbara Shaw».

La de Willie White comienza así:

«Estimada señorita:

»Quiero hablarle sobre mi tía la Brava. Vive en Ontario y un día fue al granero y vio un perro en el patio. El perro no tenía por qué estar allí y entonces ella agarró un palo y le pegó fuerte y lo llevo al granero y lo enceró. Poco después llegó un hombre buscando un león imaginario (quería quizá decir domesticado) que se había escapado de un circo. Y resultó que el perro era un león y que mi tía la Brava lo había encerrado a palos en el granero. Fue un milagro que no la comiera pero ella fue muy brava. Emerson Gillis dice que si ella pensó que era un perro no fue más valiente que si en realidad lo hubiera sido. Pero Emerson esta celoso porque él no tiene una tía Brava, solo tiene tíos.

He guardado lo mejor para el final. Te ríes de mí porque pienso que Paul es un genio pero estoy segura que su carta te convencerá de que es un niño poco común. Paul vive con su abuela, junto a la playa, y no tiene compañeros de juego… verdaderos compañeros. Recordarás que nuestro profesor de pedagogía nos decía que no debíamos tener «preferencias» entre nuestros alumnos, pero no puedo evitar querer a Paul Irving más que a los otros. Aunque no creo que esto traiga mal alguno, pues todos quieren a Paul, hasta la señora Lynde que dice que nunca hubiera creído que llegaría a gustarle tanto

un yanqui. También lo quieren mucho sus compañeros de escuela. A pesar de sus sueños y fantasías no hay en él nada de debilidad o feminidad. Es muy varonil y se destaca en todos los juegos. Recientemente luchó con St. Clair Donnell porque dijo que el Union Jack iba delante de «las barras y estrellas» como bandera: El resultado de la batalla fue un empate y un acuerdo mutuo para adelante respecto al patriotismo de ambos. St. Clair dice que él puede pegar más fuerte, pero que Paul da más veces.

Ésta es la carta de Paul:

«Mi querida señorita,

»Nos dijo que podíamos escribir sobre algunas personas interesantes que conociéramos. Creo que la gente más interesante que conozco es la de las rocas y voy a contarle algo respecto a ellos. Nunca le hablé a nadie de ellos, excepto a abuela y a papá, pero me gustaría que usted los conociera porque sé que entiende estas cosas. Hay muchas personas que no entienden, de modo que no vale la pena contarles nada. Mi gente de las rocas vive en la playa. Acostumbro a visitarla todas las tardes antes de que llegue el invierno. Ahora no puedo ir hasta la primavera, pero allí estarán, porque nunca cambian… es lo bueno que tienen. Norah es la primera que conocí y creo que es a la que más quiero. Vive en la ensenada de Andrews y tiene cabellos y ojos negros y lo sabe todo sobre las sirenas y algas marinas. Tiene que oír las historias que cuenta. Luego están los Mellizos Marineros. No viven en ningún lado; navegan todo el tiempo, pero a menudo vienen a la playa a conversar conmigo. Son un par de alegres marineros y lo han visto todo en el mundo… y más de lo que hay en el mundo. ¿Sabe lo que le pasó una vez al más joven de los Mellizos Marineros? Estaban navegando y entró en un claro de luna. Usted sabe señorita que un claro de luna es la huella que marca la luna llena en el agua cuando se asoma sobre el mar. Bueno, el menor de los Mellizos Marineros navegó a lo largo del claro de luna hasta que llegó justo hasta la luna misma y vio una puerta de oro, la abrió y navegó a través de ella. Tuvo algunas aventuras maravillosas en la luna, pero el contarlas haría muy extensa esta carta.

»Luego está la Dama Dorada de la cueva. Un día paseando por la parte baja de la playa hallé una caverna grande y al rato me encontré con la Dama Dorada. Tiene cabellos de oro que le llegan hasta los pies y su vestido es todo brillante y resplandeciente como oro vivo. Y tiene un arpa de oro y todo el día toca melodías… siempre se puede oír su música desde la playa si se escucha con cuidado, pero la mayoría de las personas piensan que es sólo el viento entre las rocas. Nunca le he hablado a Norah de la Dama Dorada. Temía que pudiera herir sus sentimientos. Hasta se siente herida si hablo demasiado tiempo con los Mellizos Marineros.

»Siempre me encuentro con los Mellizos en las Rocas Rayadas. El más joven es de muy buen genio, pero el mayor puede ser terriblemente feroz a veces. Tengo mis sospechas sobre él. Creo que sería pirata si se atreviera. Hay en él algo realmente misterioso. Una vez juró, y yo le dije que si volvía a hacerlo podía evitarse venir a la playa a hablar conmigo, pues le había prometido a abuelita que nunca andaría con alguien que jurara. Puedo asegurarle que se asustó bastante, y dijo que si lo perdonaba me llevaría hasta la puesta del sol. De manera que al día siguiente, al atardecer, cuando me encontraba sentado en las Rocas Rayadas, el mayor de los Mellizos vino navegando por el mar en un bote encantado y yo subí a él. El bote era de perla y arco iris, como la parte de adentro de las conchas de los mejillones, y su vela como claro de luna. Bueno, navegamos justo rumbo a la puesta del sol. Piense, señorita, he estado en el ocaso.

»El ocaso es una tierra llena de flores, como un gran jardín, y las nubes son canteros. Entramos a un gran puerto color oro y bajamos del barco directamente sobre una gran pradera cubierta de ranúnculos tan grandes como rosas. Me quedé allí muchísimo rato. Parecía casi un año, pero el Mellizo mayor dijo que fueron unos minutos. Como ve, en la tierra del ocaso, el tiempo es más largo que aquí.

»Su alumno que la quiere,

»Paul Irving.

»P.D.: Desde luego, esta carta no es verdad. P.I.».

CAPÍTULO DOCE

Un día tempestuoso

En realidad todo comenzó la noche antes con una interminable vigilia por culpa de un dolor de muelas. Cuando Ana se levantó en la oscura y amarga mañana de invierno, la vida se le presentaba amarga e indigna de vivirse.

Fue a la escuela en un estado de ánimo no muy angelical. El aula estaba fría y llena de humo, pues el fuego se negaba a arder, y los niños se reunían en grupos, temblando de frío. Ana los mandó sentar en un tono más seco que de costumbre. Anthony Pye fue a su pupitre con su acostumbrado aire impertinente y ella le vio murmurarle algo a su compañero y luego echarle una mirada con mal gesto.

A Ana le parecía que nunca hasta entonces habían chirriado tanto los lápices; Barbara Shaw se acercó al pupitre con una suma y tropezó con el cubo

del carbón, con resultados desastrosos. El carbón se esparció por toda la habitación, la pizarra se rompió en pedazos y cuando se levantó, su cara, cubierta de polvillo de carbón, hizo reír enormemente a los muchachos.

Ana alzó los ojos de su libro de lectura.

—Realmente, Barbara —dijo con frialdad—, si no puedes moverte sin caer sobre algo, será mejor que te quedes en tu asiento. Es una verdadera desgracia para una niña de tu edad ser tan torpe.

La pobre Barbara volvió a su asiento a trompicones, mientras las lágrimas que le corrían por la cara se combinaban con el polvillo del carbón para darle un aspecto grotesco. Nunca hasta entonces le había hablado con tono así su querida maestra, de manera que la niña estaba desolada. La conciencia le dio un pinchazo, pero ello sólo sirvió para aumentar su irritación y el segundo curso recuerda todavía aquella clase, al igual que la inclemente lección de aritmética que la siguiera. Justo en el instante en que Ana se hallaba haciendo las sumas, St. Clair Donnell llegó sin respiración.

—St. Clair, llegas media hora tarde —le recordó fríamente—. ¿Por qué?

—Señorita, tuve que ayudar a mamá a hacer la torta de ciruelas para el almuerzo, porque esperamos visitas y Clarissa Almira está enferma —fue la respuesta de St. Clair, dada con voz muy respetuosa pero que sin embargo provocó gran regocijo entre sus condiscípulos.

—Siéntate y, como castigo, soluciona los seis problemas de la página ochenta y cuatro —dijo Ana.

St. Clair pareció algo sorprendido ante el tono, pero fue mansamente a su asiento y cogió su pizarra.

Entonces pasó a hurtadillas un paquete a Joe Sloane. Ana le sorprendió y tomó una fatal resolución sobre el envoltorio.

La anciana señora de Hiram Sloane se había dedicado últimamente a la manufactura y venta de «tortas de nueces», como forma de acrecentar sus menguados ingresos. Las tortas eran especialmente tentadoras para los pequeños y durante varias semanas, Ana tuvo no poco trabajo por esa causa. Camino del colegio, los escolares gastaban sus monedas en lo de la señora de Hiram, trayendo las tortas a clase y, si era posible, comiéndolas y convidando allí a sus compañeros. Ana les previno de que si las seguían llevando, se las confiscaría y a pesar de eso, ante sus mismos ojos, allí estaba St. Clair Donnell pasando una de ellas, envuelta en el papel de listas blancas y azules que usaba la señora Sloane.

—Joseph —dijo Ana en voz baja—, trae aquí ese paquete.

Joe, sorprendido y confundido, obedeció. Era un gordo que siempre

enrojecía y se echaba a temblar cuando tenía miedo. Nunca nadie pareció más culpable que el pobre Joe en aquel momento.

—Echa eso al fuego —dijo Ana. Joe la miró sorprendido.

—Por… por… fa… favor, señ… señorita —comenzó.

—Haz lo que te digo, sin discutir.

—Pero… pero… señ… señorita, son… son… —tartamudeó desesperado Joe.

—Joseph, ¿vas a obedecer o no? —dijo Ana.

Alguien más seguro de sí mismo también hubiera titubeado ante el tono y la peligrosa luz de los ojos de Ana. Era ésta una nueva maestra, como nunca la vieran antes los niños. Joe, con una dolorida mirada a St. Clair, fue hasta la estufa, abrió la gran puerta cuadrada del frente y echó dentro el paquete azul y blanco, antes que St. Clair, que se había puesto en pie de un salto, pudiera decir palabra. Entonces se echó atrás, justo a tiempo.

Por unos pocos instantes, los aterrorizados ocupantes del colegio no supieron si lo que ocurrió fue una erupción volcánica o un terremoto. El paquete de aspecto inocente que Ana supusiera, imprudentemente, que contenía las tortas de la señora de Hiram, en realidad escondía fuegos de artificio que el señor Warren Sloane había enviado desde la ciudad el día anterior por intermedio del padre de St. Clair, con la intención de celebrar su cumpleaños esa noche. Los cohetes estallaron como truenos y las ruedas, quemándose por el piso, se movían locamente de un lado a otro. Ana se derrumbó sobre su silla, pálida de desesperación, y las otras niñas se subieron a sus bancos. Joe Sloane quedó como transfigurado en medio de la conmoción y St. Clair, riendo como loco, iba de un extremo a otro del pasillo. Prillie Rogerson se desvaneció y Annetta Bell se puso histérica.

Pareció transcurrir un siglo, aunque en realidad fueron sólo unos pocos minutos, antes de que se extinguiera la última rueda. Ana se recobró y corrió a abrir las puertas para dejar salir el gas y el humo que llenaban la habitación. Ayudó a las niñas a llevar a la inconsciente Prillie a la galería, donde Barbara Shaw, con su ansia por ser útil, echó un balde de agua medio helada sobre la cabeza y los hombros de la pobre muchacha, antes de que nadie pudiera detenerla.

Pasó una hora antes de que se restaurara la tranquilidad; el silencio podía palparse. Todos comprendieron que ni la explosión había podido aclarar la atmósfera mental de la maestra. Nadie, excepto Anthony Pye, se atrevía a murmurar palabra. Ned Clay hizo chirriar accidentalmente su lápiz mientras calculaba una suma, vio la mirada de Ana y deseó que la tierra le tragara. La

clase de geografía les hizo viajar por el continente a una velocidad que los mareó. La de gramática fue un escrupuloso y agotador análisis. Chester Sloane, al deletrear «odorífero» con dos erres, tuvo la sensación de que no podría sobrevivir a tal desgracia.

Ana sabía que se había puesto en ridículo y que el incidente sería el hazmerreír aquella tarde, pero tal seguridad sólo la enfadaba más. En un estado de ánimo más tranquilo, el incidente habría terminado en risas, pero ahora era imposible; de manera que lo ignoró con helado desdén.

Cuando Ana regresó a clase después de almorzar, todos los niños se hallaban en sus asientos como de costumbre y todas las caras se inclinaban sobre los pupitres, con aspecto estudioso, excepto la de Anthony Pye. Éste contemplaba a Ana por encima de su libro, con los negros ojos brillando de curiosidad y burla. Ana abrió el cajón de su escritorio para buscar una tiza y apareció un ratón que corrió por encima del mueble y saltó al suelo. Ana dio un brinco y lanzó un grito, como si se hubiera tratado de una serpiente, y Anthony Pye se rio a carcajadas.

Entonces se hizo el silencio; un silencio incómodo y pavoroso. Annetta Bell dudaba entre dar rienda suelta o no a su histeria, especialmente ya que no sabía dónde había ido el ratón. Pero decidió que no. ¿Quién se atrevería a darse el lujo de la histeria con una maestra de cara tan blanca y ojos tan brillantes, de pie ante uno?

—¿Quién puso ese ratón en mi escritorio? —dijo Ana.

Su voz era bastante baja, pero hizo correr un estremecimiento por la espalda de Paul Irving. Joe Sloane la, miró, sintiéndose responsable de la cabeza a los pies, pero tartamudeó:

—Yo… yo… no… no… señ… señorita. Ana no prestó atención al infeliz Joe. Miró a Anthony Pye y éste le devolvió la mirada, sin confundirse ni avergonzarse.

—Anthony, ¿fuiste tú?

—Sí, yo fui —fue la insolente respuesta.

Ana cogió su puntero. Era un instrumento largo y pesado.

—Ven aquí, Anthony.

Aquél estuvo muy lejos de ser el castigo más severo que sufriera Anthony Pye. Ana, aun en el estado tormentoso de aquellos momentos, no podría haber castigado cruelmente a un niño. Pero el puntero dio en el lugar preciso y, finalmente, el valor de Anthony le abandonó; dio un respingo y le saltaron las lágrimas.

Ana, cuya conciencia despertó de improviso, dejó caer el puntero y envió a Anthony a su sitio. Se sentó frente a su escritorio, sintiéndose avergonzada, arrepentida y amargamente mortificada. Su enfado se había desvanecido y hubiera dado cualquier cosa por poder hallar el alivio de las lágrimas. De manera que toda su jactancia había terminado en esto, en el castigo corporal de uno de sus alumnos. ¡Cómo alardearía Jane de su triunfo! Pero, peor que esto, y lo que más amargura le causaba es que había perdido su última oportunidad de ganarse a Anthony Pye. Ahora ya no la querría más.

Ana, mediante lo que alguien llamó «un esfuerzo hercúleo», fue capaz de retener sus lágrimas hasta llegar a casa. Allí se encerró en su habitación y lloró sobre la almohada toda su vergüenza, su remordimiento y su desilusión. Lloró tanto rato que Marilla se alarmó, invadió la habitación e insistió en saber qué ocurría.

—Lo que ocurre es que me remuerde la conciencia —lloró Ana—. ¡Oh!, ha sido un día tan terrible, Marilla. Estoy tan avergonzada de mí misma. Me salí de mis casillas y azoté a Anthony Pye.

—Me alegra saberlo —dijo Marilla con decisión—. Debiste haberlo hecho hace tiempo.

—Oh, no, no, Marilla. Y no sé cómo voy a poder volver a mirar otra vez a la cara a esos niños. Creo que me he humillado terriblemente. No sabe usted cuan enfadada, odiosa y horrible estuve. No puedo olvidar la expresión en los ojos de Paul Irving… parecía tan sorprendido y desilusionado. Oh, Marilla, he tratado con todas mis fuerzas de ser paciente y de ganarme el afecto de Anthony Pye… y ahora no habrá servido para nada.

Marilla pasó su mano encallecida por el trabajo por la revuelta cabellera de la muchacha, con un gesto de ternura. Cuando decrecieron los sollozos de Ana, dijo en tono muy suave para lo que era ella:

—Ana, te tomas las cosas demasiado a pecho. Todos cometemos errores, pero la gente los olvida. Y los días terribles llegan para todos. En lo que se refiere a Anthony Pye, ¿por qué te preocupas de que no te quiera? Es el único.

—No puedo evitarlo. Deseo que todos me aprecien y me hace daño cuando alguien no me quiere. Y ahora, no ocurrirá eso con Anthony Pye. Oh, Marilla, hoy he cometido una idiotez. Le voy a contar todo.

Marilla escuchó el relato sonriendo ligeramente de vez en cuando. Ana nunca lo supo. Cuando ésta hubo terminado, dijo abruptamente:

—Bueno, no importa. Eso ha terminado y mañana será otro día. Todavía hay errores, como acostumbras a decir. Baja conmigo a cenar. Veremos si una taza de té y algunos buñuelos te levantan el espíritu.

—Los buñuelos no curan una mente enferma —dijo Ana desconsolada.

Pero Marilla pensó que era una buena señal que aceptara su sugerencia.

La alegre mesa de la cena, con las brillantes caras de los mellizos y los inigualables buñuelos de Marilla, de los que David comiera cuatro, le «levantaron el espíritu» en forma considerable. Aquella noche durmió bien y despertó a la mañana siguiente para hallar que el mundo y ella estaban transformados. Durante las horas de oscuridad, había nevado suave y profundamente y la hermosa blancura, que chispeaba al escarchado sol, parecía como un manto de caridad echado sobre los errores y humillaciones del pasado.

«Cada mañana se empieza de nuevo, cada mañana el mundo es hecho otra vez», cantaba Ana mientras se vestía.

A causa de la nieve, tuvo que tomar por el camino para ir al colegio y se le ocurrió que era una impía coincidencia que Anthony Pye pasara por allí, justo cuando dejaba el sendero que venía desde «Tejas Verdes». Se sintió tan culpable como si las cosas fuesen a la inversa. Pero ante su indescriptible sorpresa, Anthony no sólo se quitó la gorra, cosa que nunca hiciera antes, sino que dijo:

—Está mal para caminar. ¿Le puedo llevar los libros, señorita?

Ana entregó sus libros dudando de si estaba despierta.

Anthony llegó al colegio en silencio, pero cuando Ana cogió sus libros, sonrió al niño… no con la estereotipada sonrisa «amable» con que le había obsequiado persistentemente, sino con un repentino relámpago de camaradería. Anthony sonrió; no, a decir verdad, Anthony hizo una mueca. Generalmente no se supone que una mueca sea algo respetuoso; así y todo, Ana sintió que si no había ganado aún el cariño de Anthony, de un modo u otro tenía su respeto. La señora Lynde fue a verla el domingo siguiente y lo confirmó.

—Bueno, Ana, creo que estás triunfando con Anthony Pye, eso es. Dice que él cree que tienes algo de bueno, después de todo, aunque seas una chica. Dice que le castigaste «justo y tan bien como un hombre».

—Nunca esperé ganarlo a fuerza de golpes —dijo Ana tristemente, sintiendo que sus ideas habían fracasado en algo—. No parece justo. Estoy segura de que mi teoría sobre la bondad no puede ser errónea.

—No; pero los Pye son una excepción a toda regla conocida; eso es —declaró la señora Lynde con convicción. Cuando se enteró el señor Harrison exclamó:

—De modo que llegó a hacerlo.

Y Jane machacó sobre ello sin misericordia.

CAPÍTULO TRECE

Una dorada excursión

Ana, camino a «La Cuesta del Huerto», se encontró con Diana que corría hacia «Tejas Verdes», justo donde el musgoso y viejo puente cruzaba el arroyo detrás del Bosque Embrujado. Ambas se sentaron al margen de la Burbuja de la Dríada, donde los menudos abetos se desplegaban cual diminutas hadas de cabellos verdes que despertaran de un sueño.

—Justamente iba a invitarte para la celebración de mi cumpleaños el sábado próximo —dijo Ana.

—¿Tu cumpleaños? ¡Pero si fue en marzo!

—No fue culpa mía —rio Ana—. Si mis padres me hubieran consultado nunca hubiera ocurrido en esa fecha. Yo habría elegido nacer en primavera, por supuesto. Debe ser delicioso llegar al mundo junto con las flores de mayo y las violetas. Siempre sentirías que eras su hermana adoptiva. Pero ya que no es así, lo mejor que puedo hacer es celebrar mi cumpleaños en primavera. Priscilla llega el sábado, y Jane estará en su casa. Iremos al bosque y pasaremos un día dorado tomando contacto con la primavera. Ninguna de nosotras la conocemos realmente todavía, pero allí la hallaremos mejor que en ningún otro lado. De cualquier modo, quiero explorar todos esos campos y sitios solitarios. Estoy segura que hay allí montones de hermosos escondrijos que nunca han sido realmente vistos aunque se les haya mirado. Nos haremos amigas del viento, del cielo y del sol; traeremos la primavera a casa en nuestros corazones.

—Suena magnífico —dijo Diana con algo de secreta desconfianza ante la magia de las palabras de Ana—. Pero ¿no habrá aún mucha humedad en algunos sitios?

—Oh, llevaremos zapatos de goma —fue la concesión de Ana a lo práctico —. Y quiero que el sábado vengas temprano y me ayudes a preparar la merienda. Voy a hacer las cosas más exquisitas… cosas que estén de acuerdo con la primavera… pequeñas tortas de jalea, bizcochos, tortitas cubiertas con clara de huevo batido, rosa y amarillo, y pastel de ranúnculo. Y también debemos llevar emparedados, aunque no son muy poéticos.

El sábado se presentó como el día ideal para una excursión. Un día azul, de cálida brisa, sol, y un viento travieso que cruzaba las praderas y las huertas.

Sobre cada colina y el campo alumbrado por el sol, se extendía el verde salpicado de flores.

El señor Harrison, que se hallaba trillando en la parte de atrás de su granja y sintiendo aún en su sobrio y maduro espíritu algo de la magia de la primavera, vio cuatro muchachas que llevaban canastas y que saltaban por el límite de su campo, donde había un tupido monte de abedules y pinos. El eco de sus alegres voces y risas, llegó hasta él.

—Es tan fácil ser feliz en un día como éste, ¿no es cierto? —estaba diciendo Ana con verdadera filosofía anística—. Tratemos de que éste sea un verdadero día dorado, chicas, un día que siempre podamos recordar con deleite. Venimos en busca de belleza y nos negamos a ver otra cosa.

—Jane, tú estás pensando en algo malo que ocurrió ayer en la escuela.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jane confundida.

—Oh, conozco la expresión… la he visto a menudo en mi propio rostro. Pero aléjalo de tu mente, querida. Espera hasta el lunes… ¡Oh, chicas, chicas, mirad esa alfombra de violetas! Allí hay algo para la galería de cuadros del recuerdo. Cuando tenga ochenta años, si es que llego, cerraré los ojos y veré las violetas tal como las veo ahora. Es el primer hermoso regalo que nos da nuestro día.

—Si un beso pudiera verse, creo que sería parecido a una violeta —dijo Priscilla.

A Ana le brillaron los ojos.

—Me alegro tanto que hayas expresado ese pensamiento, Priscilla, en vez de pensarlo y guardártelo para ti. Este mundo sería mucho más interesante, aunque es muy interesante, de cualquier modo, si la gente contara sus verdaderos pensamientos.

—Sería muy violento escuchar a algunas personas —dijo Jane cuerdamente.

—Supongo que sí, pero sería su propia culpa por pensar cosas desagradables. De todos modos, hoy podemos expresar todas nuestras ideas porque no vamos a pensar más que cosas hermosas. Todos pueden decir lo que les venga a la mente. Eso es conversar. Aquí hay un pequeño sendero. Explorémoslo.

El sendero estaba lleno de recovecos; era tan estrecho que las chicas caminaban en fila india y, así y todo, las ramas de los abetos rozaban sus rostros. Debajo de los árboles había aterciopeladas almohadillas de musgo y más adelante, donde los árboles eran más pequeños y escasos, el terreno mostraba una gran variedad de plantas verdes.

—¡Qué cantidad de «orejas de elefante»! —exclamó Diana—. Voy a recoger un buen ramo. ¡Son tan bonitas!

—¿Cómo es posible que unas flores tan graciosas tengan un nombre tan horrible? —preguntó Priscilla.

—Porque la persona que las vio por primera vez no tenía nada de imaginación, o quizá tenía demasiada —dijo Ana—. ¡Oh, chicas, mirad eso!

Eso era un charco poco profundo que se encontraba en el centro de un pequeño claro al final del camino.

Si la estación hubiera estado más adelantada, se hubiera secado y en su lugar habrían crecido polipodios, pero en ese momento era una brillante y plácida lámina, plana como una bandeja y clara como el cristal. Un anillo de finos y jóvenes abedules la encerraban y pequeños pinos orlaban sus márgenes.

—¡Qué hermoso! —dijo Jane.

—Bailemos alrededor como ninfas de los bosques —gritó Ana y dejó su cesta y extendió las manos.

Pero el baile no tuvo éxito porque el terreno estaba fangoso y a Jane se le salieron los zapatos de goma.

—Una no puede ser ninfa de los bosques si tiene que usar zapatos de goma —afirmó.

—Bueno, debemos bautizar este lugar antes de marcharnos —dijo Ana condescendiendo ante la lógica indiscutible de los hechos.

—Que cada una sugiera un nombre y lo echaremos a suertes. ¿Diana?

—«Laguna de los Abedules» —sugirió ésta rápidamente.

—«Lago de Cristal» —dijo Jane. Ana, de pie, detrás de ellas, imploró a Priscilla con los ojos que no dijera otro nombre de ese estilo, y Priscilla salió del paso con «Vaso Centellante». Y Ana eligió «El espejo de las Hadas».

Los nombres fueron escritos en tiras de corteza de abedul con un lápiz del colegio que Jane llevaba en el bolsillo, y los colocaron dentro del sombrero de Ana. Luego Priscilla cerró los ojos y escogió uno.

—«Lago de Cristal» —leyó Jane triunfalmente.

Y «Lago de Cristal» se llamó. Y si Ana pensó que la suerte le había jugado al charco una mala pasada, no lo dijo. Siguieron a través de la vegetación y llegaron a los pastos nuevos de la parte de atrás de la plantación del señor Silas Sloane. Cruzaron éste y se hallaron en la entrada de una senda que iba a parar a los bosques y decidieron explorarla también. Ésta premió su curiosidad

con una sucesión de sorpresas. Primero bordearon el campo del señor Sloane y se encontraron con una huerta de cerezas silvestres en flor. Las jovencitas se colgaron los sombreros del brazo y adornaron sus cabezas con los mullidos capullos. Luego el camino dobló en ángulo recto y desembocó en un bosque de abetos tan espeso y oscuro que caminaban en medio de una penumbra como de anochecer, sin un resplandor de cielo o un rayo de sol.

—Aquí es donde viven los duendes malignos del bosque —murmuró Ana—. Son endiablados y maliciosos, pero no pueden hacernos daño porque estamos en primavera. Allí había uno que nos espiaba detrás de aquel ensortijado y viejo abeto, ¿no habéis visto un grupo en aquel gran hongo moteado que acabamos de pasar? Las hadas buenas siempre viven en los lugares soleados.

—Quisiera que hubiera hadas en realidad —dijo Jane—. ¿No sería estupendo que nos concedieran tres deseos… o aunque sea uno? ¿Qué pediríais si os concediera un deseo? Yo pediría ser rica, hermosa e inteligente.

—Yo desearía ser alta y esbelta —dijo Diana.

—Y yo, ser famosa —expresó Priscilla. Ana pensó en su cabello, pero en seguida consideró que no valía la pena.

—Yo pediría que fuera siempre primavera, en nuestro corazón y en nuestra vida —dijo.

—Pero eso —dijo Priscilla— sería desear que este mundo fuera como el cielo.

—Sólo como una parte del cielo. En las otras partes sería verano y otoño. Sí, y un poco invierno también. Creo que a veces también querría en el cielo campos brillantes por la nieve blanca. ¿Y tú, Jane?

—Yo…, yo no sé —dijo Jane incómoda. Jane era una buena muchacha, miembro de la iglesia, y que trataba concienzudamente de vivir para su profesión y de creer todo lo que le habían enseñado. Pero que, por eso mismo, nunca pensó en el cielo más de lo necesario.

—El otro día Minnie May me preguntó si en el cielo vamos a usar todos los días nuestros mejores vestidos —rio Diana.

—¿Y no le dijiste que sí? —preguntó Ana.

—¡Por Dios, claro que no! Le dije que allí no pensaríamos para nada en vestidos.

—Oh, yo creo que sí… un poquito —dijo Ana seriamente—. En toda la eternidad habría tiempo de sobra para ello sin descuidar otras cosas más importantes. Yo creo que todos llevaremos hermosos vestidos; o supongo que

más bien debería decir túnicas. Primero querría usarlas rosa por unos cuantos siglos; eso me daría tiempo para que me cansara de él, estoy segura. Me gusta tanto el rosa; y nunca podré usarlo en este mundo.

Al pasar los abetos, el camino desembocaba en un pequeño claro bañado por el sol, donde un largo puente cruzaba el arroyo. Luego llegó la gloria de unas hayas iluminadas por el sol, donde el aire era como vino transparente y las hojas frescas y verdes, y el piso, un mosaico de flores y rayos de sol. Después, más cerezos silvestres y un pequeño valle de flexibles abetos, y luego una cuesta, tan empinada que las jóvenes perdieron el aliento al escalarla; pero cuando alcanzaron la cima y miraron al vacío, les aguardaba la más maravillosa de las sorpresas.

A lo lejos se veían los fondos de las granjas que daban al camino alto de Carmody. Justo delante de ellas, bordeado de hayas y abetos pero abierto hacia el sur, había un pequeño rincón y en él, un jardín o lo que una vez fue jardín. Lo rodeaba un muro de piedra cubierto de hierbas y musgo. A lo largo de la parte oriental, crecía un grupo de cerezos, blanco como una ventisca. Aún había huellas de viejos senderos y una doble hilera de rosales en el medio; pero el resto del terreno era una sábana amarilla y blanca de narcisos que se destacaban con sus etéreos capullos movidos por el viento sobre el fresco césped verde.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamaron tres de las muchachas. Ana sólo miraba con elocuente silencio.

—¿Cómo es posible que alguna vez haya habido un jardín aquí? —dijo Priscilla asombrada.

—Debe ser el jardín de Hester Gray —dijo Diana—. He oído a mamá hablar de él, pero nunca lo había visto y no suponía que todavía pudiera existir. ¿Conoces la historia, Ana?

—No, pero el nombre me resulta familiar.

—Sí: lo has visto en el cementerio. Está enterrada en el rincón, bajo el álamo. Tú conoces la pequeña lápida marrón que tiene esculpidas dos puertas que se abren: «A la sagrada memoria de Hester Gray, 22 años de edad». Jordán Gray está enterrado junto a ella, pero no tiene lápida. Es raro que Marilla nunca te haya contado nada. Claro que ocurrió hace como treinta años y todos lo han olvidado.

—Bueno, si hay una historia, debemos escucharla —dijo Ana—. Sentémonos aquí entre los narcisos y que Diana la cuente. Vaya, chicas, hay cientos de narcisos… han crecido por todas partes. Parece como si el jardín estuviera alfombrado con rayos de luna y sol combinados. Éste es un descubrimiento que vale la pena. ¡Pensar que he vivido seis años a un par de

kilómetros de este lugar sin haberlo visto! Adelante, Diana.

—Hace mucho tiempo —comenzó Diana— esta granja pertenecía al anciano señor David Gray. Él no vivía en ella. Vivía en la que ahora pertenece a Silas Sloane. Tenía un hijo, Jordán, quien un invierno se fue a trabajar a Boston y se enamoró de una joven llamada Hester Murray. Trabajaba en una tienda pero odiaba su tarea. Criada en el campo, siempre ansiaba regresar. Cuando Jordán le pidió que se casara con él, ella dijo que lo haría si la llevaba a algún lugar tranquilo donde sólo viera campos y árboles. De modo que la trajo a Avonlea. La señora Lynde dijo que él corría un gran riesgo al casarse con una yanqui, y es verdad que Hester era muy delicada y muy mala ama de casa; pero mamá dice que era muy bonita y dulce y que Jordán besaba el suelo que ella pisaba. Bueno, el señor Gray le dio a Jordán esta finca, el joven edificó una casita pequeña aquí detrás y la pareja vivió en ella durante cuatro años. Ella no salía mucho y nadie venía a verla excepto mamá y la señora Lynde. Jordán le hizo este jardín y ella estaba loca de alegría y pasaba aquí la mayor parte del tiempo.

»No era muy buena ama de casa, pero tenía un don especial para las flores. Y entonces enfermó. Mamá dice que cree que ya estaba tísica antes de llegar a Avonlea. Realmente nunca guardó cama, pero cada día se ponía más y más débil. Jordán no quiso que nadie viniera a ocuparse de ella. Lo hacía todo él y mamá cuenta que era tan delicado y amable como una mujer. Todos los días la envolvía en un chal y la llevaba al jardín, donde yacía en un banco completamente feliz. Dicen que todas las mañanas y las noches hacía que Jordán se arrodillara a su lado y rezaban para que la muerte la sorprendiera en el jardín. Y su súplica llegó a los cielos. Un día Jordán la sentó en el banco, recogió todas las rosas que había y las desparramó sobre ella y ella le sonrió… y cerró los ojos… y eso —concluyó Diana suavemente— fue el final.

—¡Qué historia tan tierna! —suspiró Ana enjugando sus lágrimas.

—¿Qué fue de Jordán? —preguntó Priscilla.

—Después de la muerte de Hester, vendió la granja y se fue a Boston. El señor Jabez Sloane compró la finca y transportó la casita hacia el camino. Jordán murió diez años después y fue traído a Avonlea y enterrado junto a Hester.

—No puedo entender cómo podía querer vivir aquí, lejos de todo —dijo Jane.

—Oh, yo eso puedo entenderlo con facilidad —dijo Ana inmediatamente —. Yo no podría desearlo por una cosa muy sencilla, pues aunque amo los campos y los bosques, también quiero a la gente. Pero puedo comprenderlo en Hester. Ella estaba mortalmente cansada del ruido de la gran ciudad y del ir y

venir de las gentes. Sólo deseaba escapar de todo eso hacia algún lugar apacible, verde y amistoso, donde poder descansar. Y tuvo justamente lo que deseaba, cosa que creo que consiguen muy pocas personas. Antes de morir pasó cuatro años maravillosos, cuatro años de perfecta felicidad, de modo que creo que debemos envidiarla más que compadecerla; y cerrar los ojos y quedarse dormida entre rosas con el ser que ha querido más en el mundo, sonriente… ¡oh, me parece maravilloso!

—Ella plantó esos cerezos —dijo Diana—. Le dijo a mamá que no viviría para comer sus frutos pero que quería pensar que algo que había plantado seguiría viviendo y ayudando a hacer el mundo más hermoso después de su muerte.

—Estoy tan contenta de haber venido por aquí —dijo Ana con los ojos brillantes—. Es mi cumpleaños adoptivo y este jardín y su historia son mi regalo. ¿Ha dicho alguna vez tu madre cómo era Hester Gray, Diana?

—No… sólo que era bonita.

—Casi me alegro, pues puedo imaginármela sin que estorbe la realidad. Pienso que era muy ligera y pequeña, de suaves y ondulados cabellos negros; grandes, dulces y tímidos ojos castaños y pensativo y pálido rostro.

Las jóvenes dejaron sus cestas en el jardín de Hester y pasaron el resto de la tarde vagabundeando por los bosques y campos que lo rodeaban, descubriendo lindos rincones y senderos. Cuando tuvieron hambre comieron en el lugar más bonito de todos… sobre la empinada margen de un arroyuelo, donde los abedules se alzaban sobre la hierba. Las muchachas se sentaron contra las raíces e hicieron justicia a las maravillas de Ana; hasta los poco poéticos emparedados fueron muy apreciados por los voraces apetitos estimulados por el aire fresco y por el ejercicio. Ana había llevado vasos y limonada para sus invitadas, pero por su parte bebió agua fría del arroyo con un cubo hecho de corteza de abedul. El cubo goteaba y el agua sabía a tierra, como ocurre siempre con el agua de los arroyos en primavera; pero, para la ocasión, Ana lo encontraba más apropiado que la limonada.

—¡Mirad ese poema! —dijo repentinamente, señalando con el dedo.

—¿Dónde? —Jane y Diana miraban como si esperaran ver rimas rúnicas en los abedules.

—Allí… abajo, en el arroyo… ese viejo leño verde y musgoso con el agua que corre por encima y ese haz de rayos de sol que cae justamente contra él y se sumerge en el charco. ¡Oh, es el poema más hermoso que he visto!

—Yo más bien lo llamaría cuadro —dijo Jane—. Un poema tiene estancias y versos.

—Oh, no, querida —Ana sacudió su cabeza coronada con cerezo silvestre —. Las estancias y versos son sólo las vestiduras de un poema, así como tus volantes y frunces no son realmente tú, Jane. El verdadero poema está en el alma que hay en él… y ese hermoso trozo es el alma de un poema no escrito. No se ve un alma todos los días… ni siquiera la de un poema.

—Me pregunto a qué se parecerá un alma, un alma de persona —dijo Priscilla soñadoramente.

—Yo diría que a eso —dijo Ana señalando un radiante rayo de sol que brillaba a través de un abedul—. Sólo que con rasgos y formas. Me gustan las almas graciosas hechas de luz. Y algunas están atravesadas por manchas rosadas y estremecimientos… otras tienen un suave brillo como rayos de luna sobre el mar… y otras son pálidas y diáfanas como niebla y amanecer.

—Una vez leí que las almas eran como flores —dijo Priscilla.

—Entonces la tuya es como un dorado narciso —dijo Ana—, y la de Diana como una rosa muy roja. Y la de Jane como un capullo de manzano, rosa, edificante y dulce.

—Y la tuya una violeta blanca, con listas rojas en el corazón —concluyó Priscilla.

Jane le susurró a Diana que ella no podía entender de qué estaban hablando.

Las jovencitas regresaron a casa a la luz de un tranquilo y dorado atardecer, con las cestas llenas de narcisos del jardín de Hester; Ana llevó unos cuantos al cementerio al día siguiente y los puso sobre su tumba.

Los petirrojos silbaban en los pinos y las ranas cantaban en los pantanos. Todos los valles estaban bordeados por una luz topacio y esmeralda.

—Bueno, después de todo, hemos pasado un rato agradable —dijo Diana, como si hubiera esperado todo lo contrario cuando saliera.

—Ha sido un día dorado —dijo Priscilla.

—Me gustan muchísimo los bosques —añadió Jane. Ana nada dijo. Estaba mirando el cielo a lo lejos, hacia el occidente, y pensando en la pequeña Hester Gray.

CAPÍTULO CATORCE

Un peligro conjurado

Un viernes por la tarde, Ana, al regresar desde la oficina de correos a casa, fue interceptada por la señora Lynde, quien, como de costumbre, se hallaba muy atareada con todos los chismes.

—Acabo de estar en lo de Timothy Cortón, a ver si me puede prestar a Alice Louise por unos pocos días para que me ayude —dijo—. La tuve la semana pasada, pues, aunque es muy lenta, es mejor que nada. Pero está enferma y no puede venir. Timothy estaba allí sentado, tosiendo y quejándose. Se ha estado muriendo durante diez años y estará así otros diez más. Los de su clase no terminan nada nunca, ni siquiera el morirse. Son una familia sin voluntad y sólo Dios sabe qué será de ellos.

La señora Lynde suspiró como si dudara del conocimiento celestial sobre tales gentes.

—Marilla fue otra vez el martes al oculista, ¿no es así? ¿Qué piensa el especialista?

—Está muy contento —dijo Ana alegremente—. Dice que sus ojos han mejorado y que cree que el peligro de la pérdida completa ha pasado. Pero cree que ya no podrá leer mucho ni volver a hacer trabajos finos de costura. ¿Cómo van sus preparativos para el bazar?

La Sociedad de Damas de Ayuda estaba preparando una feria y cena, y la señora Lynde se hallaba al frente de la empresa.

—Bastante bien… y, a propósito, la señora Alian piensa que estaría bien decorar una caseta como cocina antigua y servir una cena de judías, buñuelos, pastel y cosas por el estilo. Estamos reuniendo por todas partes accesorios antiguos. La señora de Simón Fletcher nos va a prestar las alfombras trenzadas de su madre; la señora de Levi Boulter, algunas sillas viejas, y la tía Mary Shaw nos prestará la vieja alacena con puertas de vidrio. Supongo que Marilla nos permitirá llevar sus candelabros de bronce. Y también queremos todos los platos viejos que sea posible. La señora Alian desea especialmente una verdadera fuente de porcelana azul, si es que podemos encontrarla. Pero nadie parece tener ninguna. ¿Sabes tú de alguien que la tenga?

—La señorita Josephine Barry. Le escribiré pidiéndole que nos la preste para la ocasión.

—Bueno, me gustaría que lo hicieses. Creo que tendremos esa cena dentro de unos quince días. El tío Abe Andrews profetiza tormentas para esa época, por lo que es seguro que tendremos buen tiempo.

El susodicho «Tío Abe» tenía por lo menos de común con los otros profetas el no serlo en su tierra. En realidad, se le consideraba como a una broma, pues pocas de sus predicciones meteorológicas se habían cumplido. El

señor Elisha Wright, que se creía el ingenioso del pueblo, acostumbraba decir que en Avonlea nadie miraba los periódicos de Charlottetown para conocer el estado del tiempo. No, simplemente se lo preguntaban al tío Abe y esperaban lo contrario. Sin amilanarse, el tío Abe seguía profetizando.

—Queremos que se lleve a cabo la feria antes de las elecciones —continuó la señora Lynde—, pues es seguro que vendrán los candidatos y gastarán mucho dinero. Los «conservadores» sobornan a diestra y siniestra, de manera que también se les puede dar una oportunidad de gastar por una vez su dinero en forma honesta.

Ana era una decidida conservadora, en recuerdo de Matthew, pero nada dijo. Prefirió no hablar de política con la señora Lynde.

La muchacha tenía una carta para Marilla, con el matasellos de la Columbia Británica.

—Probablemente es del tío de los niños —dijo excitada cuando llegó a casa—. Marilla, quisiera saber qué dice respecto a ellos.

—Lo mejor será abrirla —fue la seca respuesta de Marilla. Un agudo observador hubiera comprobado que también estaba excitada, pero hubiera muerto antes de darlo a entender.

Ana abrió la carta y echó una mirada a los desaliñados y mal escritos renglones.

—Dice que no puede hacerse cargo de los niños esta primavera… que ha estado enfermo la mayor parte del invierno y que su boda ha sido aplazada. Quiere saber si los podemos tener hasta el otoño y que entonces él se hará cargo. Desde luego que lo haremos, ¿no, Marilla?

—Creo que no nos queda otra alternativa —dijo Marilla algo secamente, aunque con un secreto alivio—. De todos modos, ahora no son tan molestos como antes… o quizá sea que nos hemos acostumbrado a ellos. Davy parece haber progresado mucho.

—Sus modales son mucho mejores —dijo Ana cautelosa, como si no estuviera preparada para decir lo mismo sobre su moral.

Ana había regresado a casa la tarde anterior, para encontrar que Marilla había ido a una reunión en la Sociedad de Ayuda, que Dora dormía en el sofá de la cocina y que Davy, junto al armario de la sala de estar, paladeaba feliz las famosas confituras de ciruelas amarillas de Marilla… cosa que se le prohibiera tocar. Parecía culpable cuando Ana le sorprendió y le sacó del armario.

—¡Davy Keith! ¿No sabes que está muy mal que comas esas cosas, cuando se te ha dicho que no toques nada de ese armario?

—Sí, sé que estuvo mal —admitió Davy incómodo—, pero las confituras de ciruela son muy ricas, Ana. Entré a echar una mirada y parecían tan buenas que quise probar un poquito. Metí el dedo… —Ana lanzó un gemido—, y me lo chupé. Y estaba tan bueno que me pareció mejor meter una cuchara y me lancé.

Ana le dio una explicación tan seria sobre el pecado de robar confituras, que Davy sintió remordimientos y, en medio de besos, prometió su arrepentimiento y no volver a hacerlo.

—De todos modos, en el cielo habrá bastante dulce, lo que es un consuelo —dijo complaciente. Ana preludió una sonrisa.

—Quizá lo haya… si lo queremos —dijo—; pero ¿qué te hace pensar eso?

—Pero, si está en el catecismo.

—¡Oh, no! El catecismo no dice nada parecido, Davy.

—Pero te digo que sí —insistió David—. Es en esa pregunta que Marilla me explicó el domingo pasado. «¿Por qué debemos amar a Dios? Porque conserva y redime» y «conserva» es un nombre para los dulces.

—Voy a beber un poco de agua —dijo Ana apresurada.

Cuando regresó, le costó bastante tiempo y trabajo explicarle que «conserva» se refería a fines mucho más espirituales.

—Bueno, ya me parecía demasiado bueno para ser verdad —dijo Davy con un suspiro de desilusión—. Y, además, no sé cómo podría Dios encontrar tiempo para hacer dulces, si hay un infinito sábado, como dice el himno. No creo que me guste ir al cielo. ¿No habrá nunca sábados en el cielo, Ana?

—¡Sí, sábados y toda clase de días hermosos! Y cada día será más hermoso que el anterior, Davy —aseguró Ana, que estaba contenta de que Marilla no anduviera por allí para llevarse una sorpresa. Ésta, innecesario es decirlo, llevaba a cabo la instrucción teológica de los mellizos según el antiguo sistema y no aceptaba las especulaciones sobre el tema. Cada domingo, les enseñaba a Dora y Davy un himno, una pregunta del catecismo y dos versículos bíblicos. Dora aprendía dócilmente y recitaba como una pequeña máquina, quizá con la misma comprensión e interés de un verdadero mecanismo. Davy, por el contrario, poseía una viva curiosidad y sus frecuentes preguntas hacían temblar a Marilla.

—Chester Sloane dice que en el cielo no haremos otra cosa que caminar todo el día vestidos de blanco, tocando el arpa y que espera no tener que ir hasta que sea viejo, porque entonces puede que le guste. Y dice que es horrible llevar faldas blancas y a mí me parece lo mismo. ¿Por qué los ángeles no pueden llevar pantalones, Ana? A Chester Sloane le interesan todas esas cosas

porque será pastor. Debe ser pastor, porque su abuela dejó dinero para que vaya al colegio y no podrá tenerlo a menos que sea pastor. Ella pensó que un pastor era una cosa muy respetable para la familia. Chester dice que no le importa mucho, que más le gustaría ser herrero, pero que tiene intenciones de divertirse cuanto pueda antes de ser pastor, porque no cree que después sea posible. Yo no seré pastor. Seré comerciante como el señor Blair, y tendré montones de caramelos y plátanos. Pero iría a tu cielo si me dejasen tocar una armónica en lugar del arpa. ¿Crees que me dejarían?

—Sí. Creo que te lo permitirán, si quieres —fue todo cuanto pudo decir Ana sin reír.

La S. F. A. se reunió en lo del señor Harmon Andrews esa tarde y se pidió asistencia completa, ya que debían tratarse importantes asuntos. La S. F. A. estaba en estado floreciente y ya habían conseguido maravillas. A comienzos de la primavera, el señor Major Spencer cumplió su promesa y apisonó, niveló y plantó la zona de su granja que daba al camino. Una docena de otros caballeros, algunos apremiados por la determinación de no dejar que un Spencer se les adelantara, otros acuciados por «fomentadores» de su propio clan, siguieron su ejemplo. El resultado fue que hubo largas bandas de suave césped aterciopelado donde antes hubiera maleza de mal aspecto. Las fachadas de las granjas que no estaban arregladas parecían tan feas por contraste, que sus propietarios sentían secreta vergüenza y eran impulsados a ver qué podían hacer en otra primavera. El triángulo en el cruce de caminos también había sido limpiado y plantado y el parterre de geranios de Ana, no mancillado por ninguna vaca vagabunda, ya estaba en su centro.

En conjunto, los «fomentadores» pensaban que les iba muy bien, a pesar de que el señor Levi Boulter, que fuera entrevistado con fina táctica por un comité cuidadosamente elegido, les dijera de malos modos, respecto a la vieja casa, que no la pensaba tocar.

En esta reunión especial tenían pensado redactar una petición a los síndicos del colegio, rogándoles humildemente que se pusiera una cerca a las tierras de la escuela y también se discutió sobre la plantación de unos pocos árboles ornamentales junto a la iglesia, si lo permitían los fondos de la sociedad, ya que, como dijera Ana, de nada servía iniciar otra suscripción mientras quedara azul el Salón. Los miembros estaban reunidos en el comedor y Jane ya se preparaba a presentar la moción para nombrar una comisión que informara sobre el precio de dichos árboles, cuando Gertie Pye hizo su entrada, peripuesta como de costumbre. Gertie tenía el hábito de llegar tarde, «para hacer más efectiva su entrada», como decían las gentes mal intencionadas. La entrada de Gertie en esta ocasión fue, por cierto, efectiva, pues se detuvo dramáticamente en mitad del salón, alzó los brazos, hizo girar los ojos y exclamó:

—Acabo de oír algo horroroso. ¿Qué os parece? El señor Judson Parker va a alquilar toda la cerca de su granja que da al camino a una compañía de productos farmacéuticos para que ponga un anuncio.

Por una vez en su vida, Gertie Pye produjo toda la sensación que deseara. No hubiera conseguido más de haber echado una bomba entre los «fomentadores».

—No puede ser verdad —dijo Ana.

—Eso es lo que dije en cuanto lo supe —dijo Gertie, que estaba disfrutando en grado sumo—. Yo dije que no podía ser verdad, que Judson Parker no tendría corazón para hacerlo. Pero papá lo encontró esta tarde, le preguntó y él dijo que era verdad. ¡Imagínate! Su granja da al camino de Newbridge y será horrible ver los anuncios de píldoras y emplastos, ¿no os parece?

Los «fomentadores» tuvieron una noción demasiado exacta. Hasta los menos imaginativos pudieron representarse el grotesco efecto de medio kilómetro de cerca adornada con tales anuncios. Todo pensamiento respecto al colegio y a la iglesia se desvaneció ante este nuevo peligro. Se olvidaron todas las reglas parlamentarias y Ana, desesperada, omitió tomar nota en sus actas. Todos hablaron a un tiempo, haciendo un ruido horrible.

—Tengamos calma —dijo Ana, la más excitada de todos— y tratemos de pensar en la manera de evitarlo.

—No sé cómo lo vas a hacer —exclamó Jane amargamente—. Todos saben cómo es Judson Parker. Es capaz de hacer cualquier cosa por dinero. No tiene ni una chispa de espíritu público ni sentido alguno de la belleza.

La perspectiva no era muy buena. Judson Parker y su hermana eran los únicos Parker en Avonlea, de manera que no se podían esperar influencias familiares. Martha Parker era una dama de cierta edad (demasiado cierta) que desaprobaba a los jóvenes en general y a los «fomentadores» en particular. Judson era un hombre jovial, de suave hablar, tan natural y gentil, que era sorprendente cuan pocos amigos tenía. Quizá se había dedicado demasiado a los negocios, cosa que rara vez sirve a la popularidad. Poseía reputación de ser muy «agudo» y era opinión general que «no tenía muchos principios».

—Si Judson Parker tiene ocasión de «conseguir un penique decente», no la perderá —comentó Frederic Wright.

—¿No hay alguien que tenga influencia sobre él? —preguntó Ana desesperada.

—Va a White Sands a ver a Louisa Spencer —informó Carrie Sloane—. Quizá ella podría convencerle de que no alquile la cerca.

—Ella no —dijo Gilbert con énfasis—. La conozco bien. No «cree» en las Sociedades de Fomento, pero sí en los dólares. Es más probable que le empuje a hacerlo.

—Lo único que queda por hacer es nombrar una comisión que lo visite y proteste —dijo Julia Bell—. Y debemos enviar chicas, pues con los varones será rudo. Pero yo no iré, de manera que no es necesario que me nombréis.

—Mejor que enviemos a Ana sola —dijo Oliver Sloane—; es la única capaz de lidiar con él.

Ana protestó. Deseaba ir y hablar, pero debía llevar otros consigo «para apoyo moral». Por lo tanto, se nombró a Diana y a Jane para que se lo dieran. La reunión se disolvió con zumbidos como de avispas indignadas. Ana se hallaba tan preocupada que no durmió hasta el amanecer y entonces soñó que los síndicos habían puesto una cerca alrededor de la escuela, con la inscripción «Pruebe Píldoras Pínpura» pintada a todo lo largo.

El comité visitó a Judson Parker la tarde siguiente. Ana luchó elocuentemente contra su nefasto designio y Diana y Jane la apoyaron valientemente. Judson fue zalamero, suave, lisonjero; les hizo algunos cumplidos sobre la delicadeza de los girasoles; lamentó mucho negar algo a tan bellas jóvenes… pero los negocios son los negocios y no podía dejar que en esta época tan difícil los sentimientos se cruzaran en su camino.

—Pero les voy a decir qué haré —dijo guiñando un ojo—. Le diré al agente que use colores bonitos, rojo y amarillo, por ejemplo. Y le insistiré que de ninguna manera puede pintar el anuncio de azul.

El derrotado comité se retiró, pensando cosas que la censura no nos permite repetir.

—Hemos hecho cuanto nos ha sido posible y debemos confiar en la Providencia —dijo Jane, imitando inconscientemente el tono y gesto de la señora Lynde.

—Quizá el señor Alian pudiera hacer algo —reflexionó Diana. Ana negó con la cabeza.

—No, de nada vale molestar al señor Alian, especialmente ahora que tiene el niño tan enfermo. Judson se le escurriría, como a nosotras, aunque ahora le ha dado por ir a la iglesia regularmente. Pero eso es sólo porque el padre de Louise Spencer es viejo y se fija mucho en esas cosas.

—Judson Parker es el único en Avonlea a quien se le pudo ocurrir alquilar la cerca —dijo Jane indignada—. Ni Levi Boulter ni Lorenzo White lo hubieran hecho, con lo poco pródigos que son. Tienen demasiado respeto por la opinión pública.

La opinión pública se fijó por cierto en Judson Parker cuando el tema trascendió, pero eso no sirvió de mucho. Judson se reía y la desafiaba. Los «fomentadores» estaban tratando de resignarse a la idea de ver echada a perder con anuncios la parte más hermosa del camino a Newbridge, cuando Ana se puso en pie ante la presidencia y anunció que el señor Judson Parker le había dado instrucciones para que informara a la Sociedad de que no iba a alquilar su cerca a la Compañía de Específicos.

Jane y Diana se quedaron mirándola como si no creyeran en sus oídos. La etiqueta parlamentaria, que se guardaba estrictamente en la S. F. A., la inhibió y no pudieron dar rienda suelta a su curiosidad. Pero después de la sesión, Ana fue asediada en busca de noticias. Ella no tenía explicaciones que dar. Judson Parker la había alcanzado en el camino, diciéndole que tenía decidido solidarizarse con la S. F. A. en su odio contra los anuncios farmacéuticos. Eso fue todo cuanto dijo Ana, en aquel instante o después, y era la pura verdad; pero cuando Jane Andrews, camino a casa, confió a Oliver Sloane su firme creencia de que había algo detrás de aquel cambio, también dijo la verdad.

La noche anterior, Ana había ido a ver a la anciana señora Irving por el camino de la costa, regresando a casa por un atajo que la llevó a la costa y luego por el bosque de abetos cerca de los Dickson, por una senda que salía al camino real justo un poco más allá del Lago de las Aguas Refulgentes, más conocido para las gentes sin imaginación como la laguna de los Barry.

En dos carricoches detenidos junto al camino se hallaban dos hombres. Uno era Judson Parker; el otro, Jerry Corcoran, un hombre de Newbridge al que, según palabras de la señora Lynde, «nunca había podido probársele nada». Era viajante de aperos agrícolas y prominente personalidad política. Estaba metido en cuanto enjuague político había. Y como Canadá se hallaba en vísperas de elecciones, Jerry era un hombre muy ocupado desde semanas atrás, pues recorría toda la región en busca de votos para su candidato. En el momento en que Ana emergió de entre la maleza, le escuchó decir a Corcoran:

—Si vota usted por Amesbury, Parker… bueno, yo tengo un pagaré por unas herramientas que recibiera usted en la primavera. Supongo que no le molestaría que fuera destruido, ¿no?

—Bu… eno, ya que me lo pide así —respondió Judson con un guiño—, creo que lo haré. Un hombre debe vigilar sus intereses en estos tiempos.

En ese instante, ambos vieron a Ana y la conversación cesó abruptamente. Ana saludó con frialdad y siguió, con la barbilla un poco más alta que de costumbre. Pronto la alcanzó Parker.

—¿Quiere que la lleve, Ana? —le preguntó ingenuamente.

—No, gracias —dijo ella, con un ligero desdén en su voz que percibió la

no muy sensible conciencia de Judson. Su cara se enrojeció y tiró enojado de las riendas, pero al instante recapacitó. Miró incómodo a Ana, que seguía andando, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. ¿Había oído la inequívoca oferta de Corcoran y su clara aceptación? ¡Maldito Corcoran! ¡Si tuviera al menos la costumbre de no decir las cosas tan claro! ¡Y malditas maestras pelirrojas que aparecen cuando menos uno lo esperaba! Si le había oído, seguramente que lo contaría. Aunque a Judson Parker le preocupaba bien poco la opinión pública, ser conocido, como vendedor de su voto era algo muy feo y si llegaba alguna vez a oídos de Isaac Spencer, adiós sus esperanzas de ganar la mano de Louisa, con su futuro de heredar a un rico granjero. Judson sabía que no le miraban ya del todo bien, de manera que no podía correr riesgo alguno.

—Ejem… Ana, querría verla sobre ese asunto de que conversamos el otro día. He decidido no alquilar la cerca a esa compañía. Una sociedad con miras como la de ustedes debe ser alentada.

Ana dejó de lado su frialdad.

—Gracias.

—Y… y… no hace falta que mencione mi conversación con Jerry.

—No tenía la menor intención de hacerlo —dijo Ana fríamente—, hubiera preferido ver todas las cercas de Avonlea pintadas antes de negociar con un hombre capaz de vender su voto.

—Bueno, bueno —asintió Judson, imaginando que se comprendían magníficamente uno a otro—. Nunca la creí capaz. Desde luego que le estaba tomando el pelo a Jerry… se cree tan sagaz. No tengo intenciones de votar a Amesbury. Votaré a Grant como siempre… ya lo verá cuando lleguen las elecciones. Y está bien lo de la cerca; se lo puede decir a los «fomentadores».

«En este mundo tiene que haber gente de todas clases, como he oído a menudo, pero creo que hay algunas de las que se podría prescindir», reflexionó Ana esa noche ante el espejo de su cuarto. «No podría haber mencionado esa desgracia a nadie, de modo que mi conciencia está tranquila a ese respecto. En realidad no sé a qué o a quién hay que agradecérselo. Yo no hice nada para conseguirlo. Y es difícil creer que la Providencia emplee medidas como las que usan hombres como Judson Parker y Jerry Corcoran».

CAPÍTULO QUINCE

Comienzan las vacaciones

Ana miraba la puerta de la escuela en un dorado y tranquilo atardecer, cuando los vientos silbaban entre los abedules alrededor del patio y las sombras eran largas y perezosas junto a los bosques. Arrojó la llave al fondo de su bolsillo con un suspiro de satisfacción. El año escolar había concluido; la habían nombrado maestra para el curso del próximo año con expresiones satisfactorias. Sólo el señor Harmon Andrews le dijo que debía usar la correa más a menudo… y tenía ante sí dos meses de deliciosas y anheladas vacaciones. Ana se sentía en paz con el mundo y consigo misma mientras bajaba la colina con su cesta llena de flores en la mano. Desde que brotaron las primeras flores de mayo, Ana nunca había dejado de hacer su visita semanal a la tumba de Matthew. Toda la gente de Avonlea, excepto Marilla, había olvidado al tranquilo, tímido y poco importante Matthew Cuthbert, pero su memoria permanecía viva en el corazón de Ana. Nunca olvidaría al buen anciano que había sido el primero en brindar amor y simpatía a su hambrienta niñez. Al pie de la colina se hallaba un niño sentado en una valla a la sombra de los abetos, un niño de grandes ojos soñadores y hermoso y sensible rostro. Bajó sonriente a reunirse con Ana, pero había rastros de lágrimas en sus mejillas.

—Se me ocurrió esperarla, señorita, porque sabía que iba para el cementerio —dijo y se cogió de su mano—. Yo también voy… llevo este ramo de geranios para la tumba de abuelito Irving de parte de abuelita. Y mire, señorita, voy a poner este manojo de rosas blancas junto a la tumba de abuelito en memoria de mi mamá… porque no puedo llegar hasta su tumba. ¿Cree usted que ella se enterará?

—Sí, Paul, estoy segura.

—¿Sabe, señorita? Hoy hace tres años que murió mamá. Es muchísimo tiempo, pero duele tanto como antes, y también la extraño tanto como antes. A veces me parece que no puedo soportar tanta pena.

La voz de Paul tembló y corrió un estremecimiento por sus labios. Bajó la vista hacia las rosas con la esperanza de que su maestra no viera las lágrimas que había en sus ojos.

—Y así y todo —dijo Ana suavemente— no querrías que dejara de lastimarte… no querrías olvidar a tu mamá aunque pudieras.

—No, por supuesto, no querría. Eso es exactamente lo que siento. Es usted tan buena al comprenderlo, señorita. Nadie me entiende tan bien, ni siquiera abuelita, aunque es tan buena conmigo. Papá lo comprende bastante bien, pero no puedo hablarle mucho de mamá porque lo pone muy triste. Cuando se cubre la cara con las manos, sé que debo detenerme. Pobre papá, debe sentirse terriblemente solo sin mí; pero no tiene más que un ama de llaves. Y cree que éstas no son apropiadas para educar a un niño, especialmente cuando él tiene

que estar tanto tiempo fuera de casa por sus negocios. Las abuelas son lo mejor, después de las madres. Algún día, cuando crezca, volveré junto a papá y no nos separaremos nunca más.

Paul le había hablado tanto a Ana de su madre y su padre que la joven sentía como si los hubiera conocido. Pensaba que la madre debía haber sido muy parecida al niño en temperamento y disposiciones, y tenía idea de que Stephen Irving era un hombre más bien reservado, que poseía una profunda y tierna naturaleza que escondía escrupulosamente al mundo.

—Papá no es un hombre con el que resulte muy fácil trabar amistad —le había dicho una vez Paul—. No tuve realmente intimidad con él hasta que murió mamá. Pero es espléndido cuando se ha aprendido a conocerlo. Lo quiero más que a nadie en el mundo; después a abuelita, y luego a usted, señorita. La querría a usted después de papá si no fuera mi deber querer más a mi abuela por todo lo que está haciendo por mí. Usted comprende, señorita. Aunque desearía que me dejara la lámpara en mi cuarto hasta que me durmiera. Se la lleva inmediatamente después de que me acuesto, porque dice que no debo ser cobarde. No soy miedoso, pero me gustaría tener la luz. Mamá siempre se sentaba junto a mí y me sostenía la mano hasta que me dormía. Supongo que me malcriaba. Usted sabe que las mamas a veces lo hacen.

No, Ana no lo sabía, aunque podía imaginarlo. Pensó tristemente en su «mamá», la madre que pensara que ella era «totalmente hermosa», que había muerto hacía tanto tiempo y que se encontraba enterrada junto a su joven esposo en una tumba lejana que nadie visitaba. Ana no podía recordar a su madre y por esta razón, casi envidiaba a Paul.

—La semana que viene cumplo años —dijo Paul mientras subían la roja colina, bajo los rayos del sol de junio— y papá me escribió diciendo que me mandaba algo que según él es lo que más podía gustarme. Creo que ya llegó, pues abuelita tiene la biblioteca siempre cerrada con llave, y eso no lo ha hecho nunca. Y cuando le pregunto por qué, me mira misteriosamente y responde que los niños no deben ser tan curiosos. Es muy excitante cumplir años. ¿No le parece? Voy a cumplir once. Nadie lo diría al verme, ¿no es cierto? Abuelita dice que soy muy pequeño para mi edad y que es porque no como suficiente potaje. Hago lo posible, pero abuela sirve unos platos tan generosos. No hay nada mezquino en la abuela, puedo asegurárselo. Desde aquella vez que usted y yo hablamos de las oraciones camino de la escuela, cuando me dijo que debíamos rezar para salvar las dificultades, le he pedido a Dios todas las noches que me concediera gracia suficiente para ser capaz de comer todo mi potaje. Pero nunca lo he conseguido hasta hoy y aún no sé si será porque tengo muy poca gracia o demasiado potaje. Abuelita dice que papá creció a fuerza de potaje y en su caso sí que resultó bien, pues tendría

que ver la espalda que tiene. Pero algunas veces —suspiró Paul con aire meditabundo— creo realmente que el potaje será mi muerte.

Ana se permitió una sonrisa aprovechando que Paul no la miraba. Todo Avonlea sabía que la anciana señora Irving estaba educando a su nieto de acuerdo con los viejos métodos de la dieta y la moral.

—Esperemos que no, querido —dijo Ana alegremente—. ¿Cómo está tu gente de las rocas? ¿Sigue portándose bien el mayor de los mellizos?

—Tiene que hacerlo —aseguró Paul enfáticamente—. Sabe que de otro modo, no seré su amigo. Yo creo que está realmente lleno de maldad.

—¿Y Norah? ¿Ha descubierto ya a la Dama Dorada?

—No, pero creo que sospecha. Estoy casi seguro que la última vez que fui a su caverna, me vigilaba. A mí no me importa si se entera. Yo no querría que ocurriera sólo por su bien, ya que eso iba a herir sus sentimientos. Pero si ella está decidida a herir sus sentimientos, no puede evitarse.

—Si alguna noche voy hasta la playa contigo, ¿crees que yo también podré ver a tu gente de las rocas? Paul sacudió la cabeza gravemente.

—No, no creo que usted pueda verles. Pero podrá ver la suya. Usted es de la clase de personas que pueden. Los dos somos de esa clase. Usted lo sabe, señorita —agregó apretando la mano en señal de camaradería—. ¿No es espléndido ser así, señorita?

—Espléndido —asintió Ana fijando sus brillantes ojos grises en los brillantes ojos celestes del niño. Ana y Paul sabían:

Cuan hermoso es el reino

que nos abre la imaginación.

Y ambos conocían el camino que iba al país de la felicidad. Allí la rosa de la alegría florecía inmortal en el valle y el arroyo; y las nubes nunca oscurecían el rayo del sol; las dulces campanas nunca emitían sonidos discordantes y abundaban los buenos espíritus. El conocer la situación geográfica de ese país… «al este del sol, al oeste de la luna»… es un don inapreciable y que no puede comprarse. Debe ser el regalo de las buenas hadas al nacer, y los años no pueden mutilarlo o quitarlo. Es preferible poseerlo viviendo en una buhardilla, que habitar palacios sin él.

El cementerio de Avonlea continuaba siendo el solitario campo cubierto de césped. A decir verdad, los «fomentadores» ya habían pensado en él. Y Priscilla Grant había leído en la última reunión un informe sobre cementerios. Los «fomentadores» tenían la esperanza de poder reemplazar algún día la sucia, destartalada y vieja cerca de madera por una limpia verja de alambre,

hacer regar el césped y enderezar los ladeados monumentos.

Ana puso sobre la tumba de Matthew las flores que llevaba y luego fue hacia el pequeño rincón a la sombra del álamo donde dormía Hester Gray. Desde el día de la excursión primaveral, Ana siempre ponía flores sobre la tumba de Hester cuando visitaba la de Matthew. La tarde anterior había caminado hasta el desierto jardincillo entre los bosques y recogido algunas de las rosas blancas de Hester.

—Pensé que te gustarían más que cualesquiera otras —dijo suavemente.

Ana se encontraba allí sentada, cuando vio una sombra en el suelo junto a ella, alzó la vista y vio a la señora Alian. Volvieron juntas a sus casas.

La señora Alian ya no tenía el rostro de joven novia que ostentara cuando el ministro la llevara a Avonlea cinco años atrás. Había perdido algo de su lozanía juvenil, y se encontraban sufridas líneas junto a su boca y ojos. Algunas eran debidas a una pequeña tumba que se hallaba en ese mismo cementerio; y otras más nuevas habían surgido durante la reciente enfermedad de su hijito, felizmente ya fuera de peligro. Pero sus hoyuelos eran tan dulces como siempre y sus ojos tan claros, brillantes y sinceros; la lozanía juvenil que faltaba a su rostro, estaba ahora más que compensada por una gran ternura y fuerza.

—Supongo que estás pensando en tus vacaciones, Ana —dijo cuando dejaron el cementerio.

—Sí… puedo saborear la palabra como un dulce manjar. Creo que el verano será maravilloso. Por una parte, la señora Morgan vendrá a la isla en julio y Priscilla la traerá aquí. Ante ese pensamiento, siento uno de mis viejos «estremecimientos».

—Espero que lo pases bien, Ana. Has trabajado muy duro este año y con provecho.

—Oh, no sé. He adelantado tan poco en tantas cosas. No he hecho lo que me proponía cuando empecé a enseñar en el otoño; no he vivido de acuerdo con mis ideales.

—Ninguno de nosotros lo consigue —dijo la señora Alian con un suspiro —. Pero tú sabes lo que dice Lowell, Ana. «No el fracaso, sino los bajos ideales, son el crimen». Debemos tener ideales y tratar de vivir de acuerdo con ellos, aun cuando nunca tengamos éxito. La vida sería algo muy triste sin ellos. Con ellos, es grande y magnífica. Afírmate bien en tus ideales, Ana.

—Lo intentaré. Pero tengo que abandonar la mayoría de mis teorías —dijo la joven riendo un poco—. Cuando empecé a enseñar, tenía la más hermosa colección de teorías que pueda imaginarse, pero han ido derrumbándose.

—Hasta la teoría del castigo corporal —afirmó la señora Alian.

Ana enrojeció.

—Nunca me perdonaré por golpear a Anthony.

—Tonterías, querida, se lo merecía. No has tenido inconvenientes con él desde entonces y ha comenzado a pensar que no hay nadie como tú. Tu bondad ganó su afecto después de que la idea de que «una chica no sirve» fue expulsada de su testaruda mente.

—Puede haberlo merecido, pero la cuestión no está ahí. Si yo hubiera decidido serena y deliberadamente que debía azotarle porque merecía el castigo, no me sentiría como me siento. Pero la verdad señora Alian, es que me enfurecí y por eso le pegué. No pensaba si era justo o injusto. Quizá si él no lo hubiera merecido lo habría hecho igual. Es eso lo que me humilla.

—Bueno, todos cometemos equivocaciones, querida, de manera que olvídalo. Debemos lamentar nuestros errores y aprender de ellos, pero nunca llevarlos con nosotros hacia el futuro. Ahí va Gilbert Blythe en su bicicleta. También vuelve a su casa a pasar las vacaciones, supongo. ¿Cómo les va con sus estudios?

—Bastante bien. Esperamos terminar con Virgilio esta noche. Nos quedan sólo veinte versos. Después, no estudiaremos más hasta septiembre.

—¿Piensas ir a la universidad?

—Oh, no sé —Ana miró soñadoramente hacia el azul horizonte—. Los ojos de Marilla nunca mejorarán más que ahora, aunque estamos muy agradecidos de que no los pierda por completo. Y luego están los mellizos; en realidad, no creo que su tío los mande a buscar nunca. Quizá la universidad me convendría, pero no pienso mucho en ello para no sentirme defraudada.

—Bueno, me gustaría verte en la universidad, Ana, pero si no vuelves, no debes sentirte descontenta por ello. En cualquier lado que estemos, hacemos nuestra vida. Después de todo, la universidad sólo puede ayudarnos a hacerla más fácil. Nuestra vida puede ser amplia o angosta, de acuerdo a lo que ponemos en ella, no a lo que obtenemos. La vida es rica aquí y en todas partes, sólo con que aprendamos a abrir nuestros corazones a su riqueza y plenitud.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —dijo Ana meditativamente—. Y sé que hay muchas cosas por las que debo estar agradecida… tantas… mi trabajo; Paul Irving; mis queridos mellizos y todos mis amigos. Estoy muy agradecida a la amistad, señora Alian. Embellece tanto la vida.

—No hay duda de que la verdadera amistad es algo muy reconfortante —dijo la señora Alian—. Y debemos tener un alto ideal de ella y nunca mancharla con ninguna falta a la verdad o a la sinceridad. Me temo que el

nombre de amistad a menudo se ha degradado por una especie de intimidad que no tiene nada de verdadera amistad.

—Sí… como la de Gertie Pye y Julia Bell. Tienen mucha intimidad y van juntas a todas partes, pero Gertie siempre está diciendo cosas desagradables de Julia a sus espaldas, y todos piensan que está celosa de ella porque se alegra cuando alguien la crítica. Creo que es una profanación llamar a eso amistad. Si tenemos amigos debemos sólo buscar lo bueno que hay en ellos y darles lo mejor que tenemos, ¿no le parece? La amistad debe ser la cosa más hermosa del mundo.

—La amistad es muy hermosa —sonrió la señora Alian—; pero algún día…

Se detuvo repentinamente. En el delicado rostro de Ana, con sus cándidos ojos y movedizos rasgos, había aún más de niña que de mujer. El corazón de Ana hospedaba sólo sueños de amistad y ambición, y la señora Alian no deseaba barrer las flores de su dulce inconsciencia. De modo que dejó que los años del futuro terminaran su frase.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La sustancia de las esperanzas

—Ana —dijo Davy con tono de ruego, mientras subía al sofá forrado en cuero, donde Ana estaba sentada, leyendo una carta—. Ana, tengo un hambre terrible. No tienes idea.

—Te traeré un trozo de pan con mantequilla —respondió Ana, ausente. Evidentemente, la carta contenía algunas noticias excitantes, pues sus mejillas estaban tan sonrosadas como las rosas del seto y sus ojos brillaban como nunca.

—Pero no tengo hambre de pan con mantequilla —respondió Davy con tono que sonaba a disgustado—. Tengo hambre de torta de ciruelas.

—Oh —rio Ana, dejando su carta y dándole un abrazo al niño—. Ésa es una clase de hambre que puede soportarse con toda facilidad, Davy. Ya sabes que una de las reglas de Marilla es que no puedes comer otra cosa que pan con mantequilla entre comidas.

—Bueno, dame un pedazo… por favor.

Davy había por fin aprendido a decir «por favor», pero siempre lo añadía como un eco. Miró con aprobación el generoso trozo que le trajera Ana.

—Siempre le pones una buena ración de mantequilla, Ana. Marilla la pone bastante delgada. Entra mejor con mucha mantequilla.

La rebanada «entró» con bastante facilidad, a juzgar por su rápida desaparición. Davy bajó del sofá cabeza abajo, dio una doble voltereta sobre la alfombra y anunció con decisión:

—Ana, me he decidido respecto al cielo. No quiero ir allí.

—¿Por qué no? —dijo Ana gravemente.

—Porque está en el desván de Simón Fletcher y a mí no me gusta ese señor.

—¡El cielo en el desván de Simón Fletcher! —tartamudeó Ana, demasiado sorprendida para reír—. Davy Keith, ¿quién te ha metido en la cabeza esa idea estrafalaria?

—Milty Boulter dice que es allí donde está. La lección se refería a Elias y Elíseo y me puse de pie para preguntarle a la señorita Rogerson dónde estaba el cielo. Pareció terriblemente confundida. Estaba algo enfadada, porque cuando nos preguntó qué le dejó Elias a Eliseo cuando fue al cielo, Milty Boulter dijo: «su ropa vieja», y todos nos reímos antes. Quisiera poder pensar antes de actuar, así no haría nada malo. Pero Milty no quiso ser irrespetuoso. Es que no le dio tiempo a pensar. La señorita Rogerson dijo que el cielo está donde se halla Dios y que no debía hacer preguntas así. Milty me dio con el codo y dijo en voz baja: «El cielo está en el desván de tío Simón y te lo voy a explicar cuando volvamos a casa». De modo que lo hizo cuando regresábamos. Milty se da mucha maña para explicar las cosas. Aunque no sepa nada, habla mucho y uno tiene igual la explicación. Su madre es hermana del señor Simón y fue con ella al funeral cuando murió Jane Ellen, su prima. El pastor dijo que había ido al cielo, aunque Milty dice que yacía frente a ellos en el ataúd. Pero supone que después se llevaron el ataúd al desván. Bueno, él le preguntó que dónde estaba el cielo donde había ido Jane, y ella señaló el techo y dijo: «Allí arriba». Milty sabía que arriba no había nada más que el desván, de manera que es así como se enteró y desde entonces le da mucho miedo subir al desván de su tío.

Ana puso a Davy sobre sus rodillas e hizo cuanto pudo para aclarar aquel error teológico. Estaba mucho mejor preparada que Marilla para la labor, pues recordaba su propia niñez y poseía una instintiva comprensión por las ideas que tienen los pequeños de las cosas que son claras y fáciles para los mayores. Acababa de convencer a Davy de que el cielo no estaba en el desván de Simón Fletcher cuando entró Marilla desde el jardín, donde ella y Dora estuvieran recogiendo guisantes. Dora era muy laboriosa y nunca estaba más contenta que cuando ayudaba en las tareas que le permitían sus dedos gordezuelos.

Alimentaba las gallinas, juntaba astillas, secaba platos y llevaba recados. Era pulcra, fiel y obediente; nunca había que decirle dos veces que hiciera una cosa y jamás olvidaba ninguno de sus pequeños deberes. Davy, al contrario, era desatento y olvidadizo, pero poseía la innata virtud de hacerse querer y Ana y Marilla le querían más.

Mientras Dora pelaba orgullosa los guisantes y Davy hacía barquitos con las vainas, con mástiles de cerilla y velas de papel, Ana informó a Marilla del maravilloso contenido de la carta.

—Marilla, ¿qué le parece? Acabo de recibir una carta de Priscilla y me dice que la señora Morgan está en la isla y que el jueves, si hace buen tiempo, vendrán a Avonlea, más o menos a las doce. Pasarán la tarde con nosotros e irán al hotel de White Sands al anochecer, porque algunos americanos amigos de la señora Morgan se alojan allí. ¡Oh, Marilla!, ¿no es hermoso? Apenas si puedo creer que no sueño.

—Me atrevo a decir que la señora Morgan se parece mucho a los demás mortales —dijo Marilla secamente, aunque se sentía un poquito excitada también. La señora Morgan era una dama famosa y su visita, un acontecimiento fuera de lo común—. Entonces, ¿vendrán a almorzar?

—Sí. ¿Puedo hacer yo todo el almuerzo? Quiero tener la sensación de que soy capaz de hacer algo por la autora de El jardín de los pimpollos, aunque no sea más que cocinarle el almuerzo. No se opone, ¿no es cierto?

—Por Dios, no me gusta tanto andar cerca del fuego en julio como para ofenderme si alguna otra persona lo hace. Bienvenida al trabajo.

—Gracias —dijo Ana, como si Marilla le hubiera hecho un favor tremendo —. Esta misma noche prepararé el menú.

—Procura no hacer muchas florituras —dijo Marilla, un poco alarmada por lo de «menú»—. A ver si haces una de las tuyas.

—No «florearé», si con eso quiere decir que haré platos demasiado extravagantes. Eso sería afectación y, aunque sé que no poseo el sentido y seguridad que debe tener una muchacha de diecisiete años y una maestra, no soy tan tonta como para eso. Pero que todo esté tan bien como sea posible. Davy, no dejes esas vainas de guisantes en la escalera, alguien puede pisarlas y resbalar. Empezaremos con una sopa ligera… ya sabe que puedo hacer una sabrosa crema de cebollas… y luego un par de pollos al horno. Serán los dos pollos blancos. Les he tenido mucho afecto desde que nacieron. Pero sé que deben ser sacrificados alguna vez y ninguna ocasión mejor que ésta. Pero, Marilla, yo no puedo matarlos, ni siquiera en honor de la señora Morgan. Le tendré que pedir a John Henry Cárter que venga a hacerlo por mí.

—Yo lo haré —se ofreció Davy— si Marilla los sostiene de las patas, porque creo que usaré las dos manos para el hacha. Es fantástico verlos saltar después de degollados.

—Luego serviré guisantes y judías; patatas con crema y ensalada de lechuga —resumió Ana—, y de postre, tarta de limón con crema batida, queso y café. Mañana prepararé la tarta y arreglaré mi vestido blanco de muselina. Debo decírselo a Diana esta noche, pues querrá hacer lo mismo con el suyo. Las heroínas de la señora Morgan casi siempre visten de muselina blanca y Diana y yo hemos resuelto que así habíamos de vestir si alguna vez la conocíamos. Será un cumplido muy delicado, ¿no le parece? Davy, querido, no debes meter la vaina de los guisantes en las rendijas del suelo. Debo invitar al señor Alian y a su mujer y a la señorita Stacy, pues todos tienen muchas ganas de conocer a la señora Morgan. Es una fortuna que venga mientras está aquí la señorita Stacy. Davy querido, no hagas navegar las vainas de los guisantes en el cubo de agua. Espero que hará buen tiempo el jueves y me parece que sí, porque anoche, cuando el tío Abe fue a visitar al señor Harrison, dijo que iba a llover casi toda la semana.

—Es buen signo —afirmó Marilla.

Ana corrió esa noche a «La Cuesta del Huerto» para llevarle las noticias a Diana, que también se excitó por ellas, y allí discutieron el asunto, sentadas en la hamaca bajo el gran sauce del jardín de los Barry.

—Ana, ¿puedo ayudarte a cocinar? —imploró Diana—. Tú sabes que sé hacer una exquisita ensalada de lechuga.

—Ya lo creo —dijo la muchacha—. Y te necesitaré para decorar. Quiero que el comedor sea un rosal. Espero que todo transcurra bien. Las heroínas de la señora Morgan nunca se meten en camisa de once varas o tienen dificultades y siempre son tan seguras y tan buenas amas de casa. Parecen serlo de nacimiento. Recuerda que Gertrudis, la de Los días de Edgewood, manejaba la casa de su padre cuando sólo tenía ocho años. Cuando yo tenía esa edad, sabía poco fuera de criar niños. La señora Morgan debe ser una autoridad en niñas, porque ha escrito mucho sobre ellas y quiero que tenga una buena opinión de nosotras. Lo he imaginado todo de distintas maneras… cómo será, qué dirá y qué le diré yo. Y estoy muy ansiosa respecto a mi nariz. Tiene siete pecas. Aparecieron en la excursión de la S. F. A., cuando anduve al sol sin sombrero. Supongo que soy una ingrata al preocuparme por ellas, cuando debería estar agradecida de no tener por toda la cara como de costumbre; pero hubiera deseado que no aparecieran. Todas las heroínas de la señora Morgan poseen una tez perfecta. No puedo recordar una sola peca entre ellas.

—Las tuyas no se distinguen mucho —la consoló Diana—. Prueba un poco de jugo de limón esta noche.

Al día siguiente, Ana hizo la tarta, preparó su vestido de muselina blanca y barrió cada habitación de la casa, procedimiento bastante innecesario, pues «Tejas Verdes» estaba en perfecto orden, tan caro a Marilla. Pero la muchacha sentía que una mota de polvo sería execrable en una casa que debía visitar Charlotte E. Morgan. Hasta limpió el cuarto de útiles que había bajo la escalera, aunque no existía la más remota posibilidad de que la señora Morgan mirara allí.

—Es que quiero tener la sensación de que todo está en orden, aunque ella no lo vea —le dijo a Marilla—. Ya sabe que en su libro Llaves doradas, hace que Alice y Louisa, sus dos heroínas, tomen como divisa el verso de Longfellow:

En los antiguos días del arte

los constructores, con cuidado extremo,

levantaban cada parte, diminuta e invisible,

pues los ojos de Dios todo lo ven.

Y por ello siempre barrían el sótano y no olvidaban barrer bajo sus camas. Tendría la conciencia intranquila si supiera que este armario estaba desordenado cuando la señora Morgan esté en la casa. Desde que leímos Llaves doradas en abril, Diana y yo hemos adoptado ese verso como nuestro lema.

Esa noche, John Henry Cárter y Davy mataron dos pollos blancos y Ana los aderezó, siendo esta desagradable tarea glorificada por el destino de las aves.

—No me gusta desplumar pollos —le dijo a Marilla—; pero es una suerte que este trabajo no nos exija concentrarnos en él. He estado pelando pollos con las manos pero en la imaginación he vagado por la Vía Láctea.

—Me he dado cuenta que habías tirado por el suelo más plumas que de costumbre —observó Marilla.

Luego Ana acostó a Davy y le hizo prometer que se portaría perfectamente al día siguiente.

—Si mañana me porto tan bien como pueda ser posible, ¿dejarás que pasado mañana me porte tan mal como quiera? —preguntó Davy.

—No puedo prometerte eso —dijo Ana discretamente pero os llevaré remando hasta la otra orilla del lago; bajaremos a las dunas y haremos picnic.

—Trato hecho —exclamó Davy—. Seré bueno; tú ganas. Tenía intenciones de ir a lo del señor Harrison a tirarle guisantes a Ginger con mi nueva pistola, pero será lo mismo otro día. Supongo que una excursión a la playa lo

compensará.

CAPÍTULO DIECISIETE

Un capítulo de accidentes

Ana se despertó tres veces durante la noche y caminó hacia la ventana para estar segura de que la predicción del tío Abe no iba a cumplirse. Finalmente, la mañana apareció perlada y lustrosa, con un cielo azul lleno de un plateado resplandor, y el maravilloso día llegó. Diana apareció poco después del desayuno con una cesta de flores que le colgaba de un brazo y su vestido de muselina del otro, pues no se lo pondría hasta que hubiera terminado los preparativos de la comida. Mientras tanto, durante la tarde, usó su vestido rosa estampado y un delantal de linón con un montón de maravillosos volantes y fruncidos. Y estaba muy pulcra, bonita y sonrosada.

—Estás simplemente adorable —dijo Ana admirada. Diana suspiró.

—Pero he tenido que agrandar otra vez todos mis vestidos. Peso casi dos kilos más que en julio pasado, Ana. ¿Dónde terminará todo esto? Las heroínas de la señora Morgan son siempre altas y esbeltas.

—Bueno, olvidemos nuestras preocupaciones y pensemos en las alegrías —dijo Ana alegremente—. La señora Alian dice que siempre que recordemos algo que nos preocupe, debemos pensar también en algo agradable que pueda contrarrestarlo. Si tú eres ligeramente rolliza, también tienes los más encantadores hoyuelos; y si yo tengo una nariz pecosa, su forma es perfecta. ¿Crees que el jugo de limón va bien?

—Sí, eso creo —dijo Diana con aire crítico.

Y muy alegre Ana se dirigió hacia el jardín que estaba lleno de tenues sombras y oscilantes luces doradas.

—Decoraremos la sala, primero. Tenemos mucho tiempo, porque Priscilla dijo que estarían aquí a las doce y media a más tardar, de modo que comeremos a la una.

Hay dudas de que en ese momento pueda haber habido en todo Canadá o Estados Unidos un par de muchachas más excitadas y felices. Cada tijeretazo que cortaba una rosa o una campanilla parecía cantar: «Hoy viene la señora Morgan». Ana se preguntaba cómo el señor Harrison podía continuar segando heno plácidamente en el campo detrás del sendero, como si no fuera a pasar nada.

La sala de «Tejas Verdes» era un aposento algo sombrío y sereno, con rígidos muebles, almidonadas cortinas de encaje y blancos tapetes siempre colocados en perfecto ángulo, excepto en las ocasiones en que quedaban colgando de los botones de algún desafortunado. Ni siquiera Ana había obtenido nunca permiso para infundirle algo de gracia, pues Manila no permitía alteraciones. Pero es maravilloso lo que pueden conseguir las flores si se les da oportunidad. Cuando Ana y Diana terminaron con la habitación, ésta quedó irreconocible. Un gran jarrón azul lleno de margaritas florecía sobre la pulida mesa. El brillante manto negro de la chimenea francesa estaba adornado con rosas y helechos. En cada estante de la rinconera había un manojo de campanillas; los oscuros rincones de cada lado de la reja del hogar estaban iluminados por jarras llenas de brillantes peonías carmesí, y el hogar mismo, estaba encendido por amapolas. Todo este esplendor y colorido mezclado con los rayos del sol que caían a través de las madreselvas por las ventanas en una tempestuosa confusión de danzarinas sombras sobre el piso y las paredes, convertían al comúnmente fúnebre salón en la verdadera «glorieta» de la imaginación de Ana, y hasta provocó la admiración de Marilla, quien fue a criticar y se quedó alabando la obra de las jovencitas.

—Ahora debemos poner la mesa —dijo Ana con el tono de una sacerdotisa a punto de realizar un sacro rito en honor de alguna divinidad.

—Pondremos un gran jarrón con rosas silvestres en el medio, y una rosa frente a cada uno de los platos, y un ramo de capullos de rosa especialmente para la señora Morgan, una alusión a El jardín de los pimpollos.

La mesa fue puesta en la estancia, con el más fino mantel de linón de Marilla, su mejor porcelana, cristalería y plata. Se puede tener la seguridad de que cada artículo fue limpiado escrupulosamente hasta obtener el máximo de brillo y esplendor.

Luego las jóvenes fueron a la cocina, impregnada de apetitosas fragancias que emanaban del horno, donde ya estaban cocinándose admirablemente los pollos. Ana preparó las patatas y Diana los guisantes y las habas. Después, mientras Diana se metía en la despensa a condimentar la ensalada de lechuga, Ana, cuyas mejillas habían comenzado ya a ponerse carmesí tanto por la excitación como por el calor del fuego, preparó la salsa para los pollos, picó las cebollas para la sopa y finalmente batió la crema para sus tartas de limón.

¿Y qué era de Davy todo ese tiempo? ¿Cumplía la promesa de ser bueno? Por supuesto que sí.

Seguramente habría insistido en quedarse en la cocina, porque tenía curiosidad de verlo todo. Pero como se quedaba quieto sentado en un rincón, entretenido en deshacer los nudos de un pedazo de red para pescar arenques que se trajera de su última correría por la playa, nadie se opuso.

A las once y media, la ensalada de lechuga estaba hecha, los dorados círculos de las tartas adornados con la crema batida y todo a punto.

—Ahora será mejor que nos vayamos a vestir —dijo Ana— porque deben llegar alrededor de las doce. Comeremos a la una en punto, pues la sopa debe ser servida en cuanto esté hecha.

Ciertamente serios fueron los ritos relativos al atavío que se cumplieron en la buhardilla. Ana observó ansiosamente su nariz y se regocijó al comprobar que las pecas no se notaban en absoluto, gracias al jugo de limón, o quizá al rojo poco común de sus mejillas. Cuando estuvieron listas, parecían tan dulces, compuestas y juveniles como cualquiera de las «heroínas de la señora Morgan».

—Espero que seré capaz de decir algo de cuando en cuando, y que no me quedaré como muda —dijo Diana ansiosamente—. Todas las heroínas de la señora Morgan conversan tan maravillosamente. Pero mucho me temo que pareceré sin lengua y estúpida y estoy segura de decir «Ya sé». No lo he dicho a menudo desde que tuvimos a la señorita Stacy de maestra, pero en momentos de excitación siempre se me escapa. Ana, si dijera «Ya sé» delante de la señora Morgan me moriría de vergüenza. Y será casi tan malo como no tener nada que decir.

—Yo estoy nerviosa por un montón de cosas —dijo Ana—, pero no creo que haya que temer que no tenga de qué hablar.

Y, para hacerle justicia, así era.

Ana cubrió su vestido de muselina con un amplio delantal y fue a preparar la sopa. Marilla se había arreglado y había vestido a los mellizos. Nunca se mostró tan excitada.

A las doce y media llegaron los Alian y la señorita Stacy. Todo iba bien, pero Ana estaba empezando a ponerse nerviosa. Ya era tiempo de que llegaran Priscilla y la señora Morgan. Hacía frecuentes viajes a la puerta y miraba hacia el camino con la misma ansiedad con que su tocaya de la historia de Barba Azul espiaba por la ventana de la torre.

—Supongamos que no vienen —dijo con tono lastimoso.

—Ni lo pienses. Sería demasiado desconsiderado —dijo Diana, quien, sin embargo, estaba comenzando a tener desagradables presentimientos a ese respecto.

—Ana —dijo Marilla saliendo de la sala—. La señorita Stacy quiere ver la fuente de porcelana de la señorita Barry.

Ana fue a buscarla al armario de la estancia.

De acuerdo con su promesa a la señora Lynde, había escrito a la señorita Barry a Charlottetown, pidiéndosela prestada. La señorita Barry, que era una vieja amiga de Ana, se la envió inmediatamente, recomendándole que la cuidara, porque había pagado por ella veinte dólares. La fuente había sido usada en la Feria de la Sociedad de Ayuda y luego devuelta al armario de «Tejas Verdes», pues Ana no quería confiarle a nadie el que la llevara de vuelta a la ciudad.

Llevó la fuente cuidadosamente hacia la puerta del frente, donde se hallaban sus invitados gozando de la fresca brisa que soplaba del arroyo. Allí fue examinada y admirada. Entonces, justo en el momento en que Ana volvía a coger la fuente, se oyó un terrible estrépito en la despensa. Marilla, Diana y Ana corrieron, y esta última sólo se detuvo a dejar apresuradamente la preciosa fuente en el segundo escalón de la escalera.

Cuando llegaron a la despensa, sus ojos se encontraron con un espectáculo horripilante: un pequeño muchacho con apariencia de culpable bajaba de la mesa con la blusa estampada de amarillo; sobre la mesa yacían los destrozados fragmentos de lo que habían sido dos excelentes y cremosos pasteles de limón.

Davy había terminado de desenredar su red para arenques y la había arrollado como una pelota. Luego se dirigió hacia la despensa con el propósito de guardarla en el estante de arriba de la mesa, donde ya tenía un buen surtido de pelotas por el estilo, las cuales no servían para nada útil, salvo el placer de poseerlas. El niño tuvo que subirse a la mesa para alcanzar el estante desde un peligroso ángulo, algo que Marilla le había prohibido.

Esta vez el resultado fue desastroso. Davy resbaló y cayó de lleno sobre las tartas de limón. Su blusa limpia quedó arruinada por el momento, y las tortas de limón, para siempre.

—Davy Keith —dijo Marilla sacudiéndolo por un hombro—: ¿No te había prohibido volver a subir a esa mesa? ¿No te lo había prohibido?

—Me olvidé —gimió Davy—. Me ha dicho que no debo hacer tantas cosas que no puedo recordarlas todas.

—Bueno, vete arriba y quédate allí hasta después de la comida. Quizá para ese entonces las tengas bien ordenadas en tu memoria. No, Ana. No intentes interceder por él. No le estoy castigando porque echó a perder tus tartas; eso fue un accidente: lo hago por su desobediencia. Ve, Davy, he dicho.

—¿No almorzaré nada? —se quejó el niño.

—Puedes bajar después que hayamos terminado nosotras y comer en la cocina.

—Oh, bueno —dijo Davy algo más conforme—. Sé que Ana me guardará

unos ricos huesos. ¿No es cierto, Ana? Tú sabes que no estropeé tus tartas a propósito. Dime Ana, ya que están impresentables, ¿puedo llevarme algún trozo arriba?

—No, señorito Davy, no hay pastel de limón para usted —dijo Marilla empujándolo hacia el vestíbulo.

—¿Qué haré de postre? —preguntó Ana mirando apesadumbrada los destrozos.

—Saca un plato de dulce de fresas —dijo Manila consolándola—. En el tazón ha quedado suficiente crema batida como para ponerla encima.

Y llegó la una… pero no Priscilla o la señora Morgan. Ana se sentía morir. Todo estaba hecho de acuerdo a su turno, y la sopa ya en su punto.

—No creo que vengan, después de todo —dijo Marilla con enfado.

Ana y Diana se miraron en busca de consuelo. A la una y media Marilla volvió a aparecer.

—Niñas, debemos almorzar. Todos tienen hambre y no hay razón para esperar más tiempo. Está claro que Priscilla y la señora Morgan no vienen y no se gana nada esperando.

Ana y Diana empezaron a servir la comida, habiendo desaparecido todo el deleite que las embargara.

—No creo que pueda probar bocado —dijo Diana penosamente.

—Ni yo. Pero espero que todo esté bien para la señorita Stacy y el señor y la señora Alian —dijo Ana indiferentemente. Cuando Diana sirvió los guisantes, los probó y una peculiar expresión cubrió su rostro.

—Ana, ¿le pusiste azúcar a los guisantes?

—Sí —dijo Ana aplastando las patatas con aire de persona que siempre cumple con su deber—. Puse una cucharada de azúcar. Nosotros siempre lo hacemos. ¿No te gusta?

—Pero yo también eché una cucharada cuando los puse en la cocina —dijo Diana.

Ana dejó las patatas. A continuación probó los guisantes e hizo una mueca.

—¡Qué horror! No pensé que les hubieras puesto azúcar, porque sé que tu madre no lo hace. Pensé en ello por milagro, pues siempre me olvido.

—Creo que éste es un caso de demasiadas cocineras —dijo Marilla que había escuchado el diálogo con expresión algo culpable—. No creí que te acordarías del azúcar, Ana, pues estaba completamente segura de que nunca lo

habías hecho antes, de modo que… yo eché una cucharada.

Los invitados oyeron carcajada tras carcajada provenientes de la cocina, pero nunca supieron dónde estaba la broma. Sin embargo, aquel día no hubo guisantes en la mesa.

—Bueno —dijo Ana, y se tranquilizó con un suspiro—. De cualquier modo tenemos la ensalada y no creo que les haya pasado nada a las habas. Llevemos las cosas y olvidémoslo.

No se puede decir que aquel almuerzo fuera un notable éxito social. Los Alian y la señorita Stacy se esforzaron por salvar la situación y la usual placidez de Marilla no se alteró demasiado. Pero Ana y Diana, entre la desilusión y las consecuencias de la excitación del mediodía, no podían comer ni hablar. Ana trató heroicamente de tomar parte en la conversación en consideración a sus invitados; pero todo su brillo estaba apagado por los acontecimientos y, a pesar de su cariño por los Alian y la señorita Stacy, no podía dejar de pensar en lo agradable que sería cuando todos se hubieran retirado y ella pudiera enterrar su dolor y desilusión entre las almohadas de su cuarto.

Hay un viejo proverbio que a veces parece realmente una inspiración: «Nunca llueve, pero caen gotas». La medida de tribulaciones de aquel día no estaba colmada. Justo en el momento en que el señor Alian acababa de bendecir la mesa, se escuchó un ruido en las escaleras, como de un objeto pesado que cayera de escalera en escalera, para finalizar con un gran estruendo al llegar abajo. Todos corrieron al vestíbulo y Ana dio un grito de espanto.

Al pie de la escalera se veía una gran concha rosada entre los fragmentos de lo que había sido la fuente de la señorita Barry, y arriba de la escalera se hallaba un aterrorizado Davy, observando con ojos muy abiertos los desperfectos.

—Davy —dijo Marilla animosamente—, ¿tiraste esa concha a propósito?

—No, juro que no —sollozó Davy—. Sólo estaba aquí arrodillado, quietecito, mirándoles a través de la barandilla y mi pie dio contra esa cosa y la empujó. Y tengo mucha hambre… y me gustaría que me dieran una buena tunda en vez de mandarme siempre arriba y que me pierda todo lo bueno.

—No culpen a Davy —dijo Ana recogiendo los fragmentos con dedos temblorosos—. Fue culpa mía. Dejé la fuente allí y me olvidé. Estoy convenientemente castigada por mi descuido, pero ¡oh!, ¿qué dirá la señorita Barry?

—Bueno, tú sabes que sólo la había comprado, de modo que no es lo mismo que si la hubiera heredado —dijo Diana tratando de consolarla. Los

invitados se retiraron poco después, comprendiendo con todo tacto que era lo mejor que podían hacer. Diana y Ana lavaron los platos hablando menos que de costumbre. Luego Diana se fue a su casa con un gran dolor de cabeza y Ana con otro a su buhardilla, donde se quedó hasta el atardecer, cuando Manila regresó de la oficina de correos con una carta de Priscilla escrita el día anterior. La señora Morgan se había torcido un tobillo y no podía dejar su habitación.

Y, ¡oh!, querida Ana —escribía Priscilla—, estoy tan apenada, porque temo que ahora no podamos ir a «Tejas Verdes», pues cuando tía se restablezca del tobillo, tendrá que regresar a Toronto. Debe estar allí en una fecha determinada.

—Bueno —suspiró Ana dejando la carta sobre el rojo escalón de piedra de la puerta del patio, donde se hallaba sentada mientras caía el crepúsculo—. Siempre pensé que era demasiado bueno para que resultara verdad. Pero vaya… estas palabras suenan tan pesimistas como si fueran de Eliza Andrews, y estoy avergonzada de haberlas pronunciado. Después de todo no era demasiado bueno para ser verdad… cosas tan buenas como ésa se convierten en realidad para mí a cada rato. Y supongamos que los acontecimientos de hoy tienen también su lado gracioso. Quizá cuando Diana y yo seamos viejas y grises, nos podamos reír al recordarlos. Pero no creo que pueda hacerlo antes de esa época, porque en verdad ha sido una amarga desilusión.

—Con toda seguridad has de sufrir muchas desilusiones peores que ésa antes de que llegues a vieja —dijo Marilla, creyendo honestamente que estaba diciendo algo reconfortante—. Me parece, Ana, que nunca vas a poder quitarte la costumbre de poner todo tu corazón en las cosas y luego caer en la desesperación porque no las consigues.

—Sé que tengo inclinación a obrar así —asintió Ana tristemente—. Cuando pienso que va a pasar algo hermoso me parece volar por anticipado; y luego, al primer contratiempo me precipito a tierra de un golpe. Pero, realmente, Marilla, la parte del vuelo es gloriosa mientras dura. Es como remontarse hasta el ocaso. Creo que esto casi compensa el golpe.

—Bueno, quizá sea así —admitió Marilla—. Yo más bien prefiero caminar tranquilamente sin vuelo ni caída. Pero cada uno tiene su modo de vivir. Yo creía que había un solo camino recto, pero desde que te crie a ti y a los mellizos, no estoy tan segura. ¿Qué vas a hacer con la fuente de la señorita Barry?

—Devolverle los veinte dólares que pagó por ella, supongo. Estoy muy agradecida de que no sea una antigua herencia, porque en ese caso no habría dinero que pudiera pagarla.

—Quizá puedas conseguir una igual en alguna parte y comprársela.

—Me temo que no. Fuentes tan antiguas como ésa son muy escasas. La señora Lynde no pudo encontrar una por ningún lado. Ojalá la consiguiera, porque para la señorita Barry sería lo mismo una fuente que la otra, si es igualmente antigua y genuina. Marilla, mire esa gran estrella sobre los manzanos del señor Harrison con ese resplandor plateado enmarcado por el cielo. Me da la sensación de que es una plegaria. Después de todo, cuando uno puede ver estrellas y cielos como éstos, las pequeñas desilusiones y accidentes no pueden tener mucha importancia. ¿No le parece?

—¿Dónde está Davy? —preguntó Marilla, con una indiferente mirada a la estrella.

—En la cama. Le había prometido que mañana les llevaría de excursión a la playa. Por supuesto, el trato era que debía ser bueno. Pero él trató de serlo… Y no tengo valor para desilusionarlo.

—Tú y los mellizos sois capaces de ahogaros si remáis con ese bote —gruñó Marilla—. He vivido aquí sesenta años y todavía no he cruzado el lago.

—Bueno, nunca es tarde para remediarlo —dijo Ana en tono de ruego—. Suponga que mañana se viene con nosotros. Cerramos «Tejas Verdes» y pasamos todo el día en la playa, olvidándonos del mundo.

—No, gracias —respondió Marilla con indignado énfasis—. Daría un bonito espectáculo remando por el lago. Me parece oír a Rachel diciéndolo. Allí va el señor Harrison. ¿Crees que es cierto el murmullo que corre de que va a ver a Isabella Andrews?

—No, estoy segura que no. Sólo fue allí una tarde a tratar de negocios con el señor Harmon Andrews y la señora Lynde lo vio y dijo que iba en plan de cortejo porque llevaba cuello blanco. No creo que el señor Harrison llegue a casarse nunca. Parece tener prejuicios contra el matrimonio.

—Bueno, nunca se puede asegurar nada sobre estos viejos solterones. Y si llevaba cuello blanco, estoy de acuerdo con Rachel en que es muy sospechoso, porque nunca se le ha visto así anteriormente.

—Yo creo que sólo se lo puso porque deseaba llegar a un acuerdo comercial con el señor Andrews —dijo Ana—. Le he oído decir que es la única circunstancia en que un hombre debe preocuparse particularmente por su apariencia, porque si parece próspero, no es tan probable que la parte contraria trate de hacerle trampas. Realmente siento pena por el señor Harrison; no creo que esté satisfecho con la vida que lleva. Debe ser muy triste no tener a nadie más que una cotorra que cuidar, ¿no le parece? Pero me he dado cuenta de que al señor Harrison no le gusta que lo compadezcan. Bueno, a nadie le gusta, me

imagino.

—Ahí viene Gilbert subiendo la cuesta —dijo Marilla—. Si quiere que lo acompañes a remar por el lago, ponte la chaqueta y los zapatos de goma. Hay mucha humedad esta noche.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Una aventura en el camino «Tory»

—Ana —dijo Davy, mientras se sentaba en la cama y apoyaba la barbilla entre las manos—. Ana, ¿dónde va el sueño? La gente va a «dormir» cada noche y desde luego que sé que ése es el lugar donde yo hago las cosas que sueño, pero quiero saber dónde y cómo voy y vuelvo de allí sin saberlo, en camisón. ¿Dónde está?

Ana se hallaba arrodillada frente a la ventana de la buhardilla occidental, observando el cielo del atardecer, que era cual una gran flor con pétalos de azafrán y un centro amarillo brillante. Volvió la cabeza ante la pregunta de Davy y respondió soñadora:

Sobre las montañas de la luna,

en lo profundo del valle de las sombras.

Paul Irving hubiera comprendido esto o le hubiera hallado un significado propio; pero el práctico Davy, que, como comentaba a menudo Ana, desesperada, no poseía una partícula de imaginación, resultó perplejo y disgustado.

—Ana, creo que dices tonterías.

—Desde luego que sí, querido. ¿No sabes que sólo los tontos hablan todo el tiempo en serio?

—Bueno, me gustaría que me contestaras en serio cuando te pregunto en serio —dijo Davy, con tono ofendido.

—Oh, eres demasiado pequeño para comprender —dijo Ana. Pero se sintió algo avergonzada al decirlo, ya que ante el recuerdo de preguntas similares en su infancia, había hecho solemne voto de no decir nunca a un niño que era demasiado pequeño para comprender. Y hela allí haciéndolo. ¡Cuánto va del dicho al hecho!

—Bueno, hago cuanto puedo por crecer —dijo Davy—, pero es algo que no puedo acelerar. Si Marilla no fuera tan tacaña con sus dulces, creo que

podría crecer más rápido.

—Marilla no es tacaña —dijo Ana con severidad—. Eres muy ingrato al decir tal cosa.

—Hay una palabra que significa lo mismo y suena muchísimo mejor, pero no puedo recordarla —dijo Davy, frunciendo fuertemente el ceño—. Marilla la dijo el otro día.

—Si te refieres a ahorradora, es algo muy distinto de ser tacaña. Ser ahorradora es una excelente virtud en una persona. Si Marilla fuera tacaña, no se hubiera hecho cargo de ti y de Dora cuando murió tu madre. ¿Te hubiera gustado vivir con la señora Wiggins?

—¡Desde luego que no! —fue la enfática respuesta—. Ni tampoco quiero ir con el tío Richard. Prefiero vivir aquí, aunque Marilla sea esa larga palabra respecto a los dulces, porque tú estás aquí. Ana, ¿no me contarás un cuento antes de dormir? No quiero un cuento de hadas. Eso está bien para las nenas, pero yo quiero algo más excitante, con muchos tiros y muertos y una casa incendiada y cosas interesantes por el estilo.

Por fortuna para Ana, Marilla le gritó desde su habitación:

—Ana, Diana está haciendo señales en gran escala. Mejor será que vayas a ver qué desea.

Ana corrió a su buhardilla y vio los parpadeos de la luz en grupos de cinco desde la ventana de Diana, lo que significaba de acuerdo a su antiguo código infantil «ven al instante, pues tengo algo importante que decirte». Ana se echó a la cabeza un chal blanco y cruzó apresuradamente el Bosque Embrujado y el prado del señor Bell, en dirección a «La Cuesta del Huerto».

—Ana, tengo noticias para ti —dijo Diana—. Mamá y yo acabamos de regresar de Carmody y allí en la tienda del señor Blair vi a Mary Sentner, de Spencervale. Dice que las viejas Copp en el camino Tory tienen una fuente de porcelana y cree que es exactamente igual a la que se rompió. Dice que la venderán con gusto, pues Martha Copp nunca guarda nada que pueda vender, pero si no lo desean, en Spencervale, en lo de Wesley Keyson, hay otra y dice que sabe que la venderán, aunque no está segura de que sea exactamente de la misma calidad que la de tía Josephine.

—Mañana iré a Spencervale a verlas —dijo Ana resuelta—, y tú debes venir conmigo. Me sacaré un peso de encima, pues debo ir al pueblo pasado mañana y no me atrevería a enfrentarme a tía Josephine sin la fuente. Sería peor que la vez que tuve que confesarle lo del salto en la cama del cuarto de huéspedes.

Ambas muchachas rieron con el recuerdo, respecto al cual, si algún lector

desconoce y siente curiosidad, debemos referirnos a Ana de las Tejas Verdes.

Las muchachas partieron la tarde siguiente. Hasta Spencervale había quince kilómetros y el día no era muy placentero para viajar. Era muy caluroso y en el camino había el polvo de seis semanas de sequía.

—Espero que llueva pronto —suspiró Ana—. Todo está tan seco. Los pobres campos me dan lástima y los árboles parecen estar alzando sus brazos, en un ruego por la lluvia. Me entristezco cada vez que entro en mi jardín. Supongo que no debería estar quejándome de mi jardín cuando los campesinos sufren por sus cosechas. El señor Harrison dice que sus pastos están tan abrasados que las pobres vacas apenas si pueden encontrar bocado y que se siente culpable de crueldad con los animales cada vez que les mira a los ojos.

Después de un viaje agotador, las muchachas llegaron a Spencervale y entraron al camino «Tory», un camino verde y solitario, donde las hierbas en el pavimento daban evidencia de la falta de tránsito. A lo largo de casi toda su extensión, estaba bordeado por espesos abetos, con claros aquí y allá, por donde llegaba hasta el camino alguna granja o se veían los troncos calcinados.

—¿Por qué le llaman el camino «Tory»? —preguntó Ana.

—El señor Alian dice que es por la misma causa que se le dice arboleda a un lugar donde no hay árboles —dijo Diana—, pues nadie vive en este camino, excepto las Copp y el viejo Martin Bovyer en el extremo más alejado y él es liberal. El gobierno Tory construyó el camino nada más que para demostrar que hacía algo.

El padre de Diana era liberal, por cuya causa nunca discutían de política ella y Ana. Los habitantes de «Tejas Verdes» habían sido siempre conservadores.

Finalmente, las muchachas llegaron a la vieja casa de las Copp, un lugar de tal pulcritud exterior, que hasta «Tejas Verdes» hubiera empalidecido al contraste. La casa era de estilo muy antiguo, situada en una cuesta, hecho que obligara a hacer el edificio con un sótano de piedra en un extremo. La casa y los edificios auxiliares se hallaban perfectamente blanqueados con cal y no se veía un solo hierbajo en el peripuesto jardín de la cocina, rodeado por su empalizada blanca.

—Las cortinas están corridas —dijo Diana tristemente—. Creo que no hay nadie.

Y así era. Las muchachas se miraron perplejas.

—No sé qué hacer —dijo Ana—. Si estuviese segura de que la fuente es la que buscamos, no me importaría esperar. Pero si no lo es, puede que después sea demasiado tarde para ir a lo de Wesley Keyson.

Diana miró a una ventanita del sótano.

—Ésa es la ventana de la despensa, estoy segura —dijo—, porque la casa es igual a la de tío Charles en Newbridge y allí la ventana de la despensa está en ese lugar. La persiana no está echada, de modo que si subimos al techo de aquella caseta, podremos echar una mirada a la despensa y ver la fuente. ¿Te parece que estará mal?

—No, no lo creo —decidió Ana, tras la debida reflexión—, ya que nuestra razón no es la mera curiosidad.

Una vez arreglado este asunto de ética, Ana se dispuso a subir a la «caseta» antes mencionada, con techo a dos aguas, que en otro tiempo sirviera de cobertizo a los patos. Las Copp habían abandonado la crianza de patos, «porque eran animales muy desaseados», y la construcción no se usaba desde hacía años, excepto para guardar gallinas. Aunque escrupulosamente blanqueada, estaba destartalada y Ana no se sentía muy segura mientras subía apoyándose en un barril.

—Temo que no pueda resistir mi peso —dijo mientras pisaba con cuidado el tejado.

—Apóyate en la ventana —le aconsejó Diana y Ana le hizo caso.

Con alegría vio una fuente de porcelana exactamente igual a la que buscaba sobre el estante de la ventana. Eso fue todo lo que pudo ver antes de la catástrofe. En su alegría, Ana olvidó la precaria calidad de su sostén, dejó de apoyarse en el marco de la ventana, dio un impulsivo salto de placer… y se hundió hasta los sobacos en el techo y allí quedó colgada, incapaz de soltarse. Diana entró como pudo en la caseta y tomando de la cintura a su infortunada amiga, trató de bajarla.

—Oh… no —se quejó la pobre Ana—. Hay unas astillas largas que se me clavan. Mira a ver si puedes colocarme algo bajo los pies… quizá así pueda subir.

Diana metió el barril y Ana pudo apoyar los pies. Pero no se podía liberar.

—¿Podré sacarte si subo? —sugirió Diana. Ana negó desesperanzada.

—No… las astillas hacen mucho daño. Quizá me puedas sacar si encuentras un hacha. Oh, estoy empezando a creer que nací bajo una estrella maléfica.

Diana buscó cuidadosamente, pero no había hacha.

—Tendré que ir a buscar ayuda —dijo, y volvió junto a la prisionera.

—No —dijo Ana vehemente—. Si lo haces, todo el mundo lo sabrá y me moriré de vergüenza. No, tendremos que esperar que las Copp regresen y

pedirles que guarden el secreto. Sabrán dónde está el hacha y me sacarán. No estoy incómoda si me quedo quieta, incómoda de cuerpo, desde luego. ¿En cuánto evaluarán las Copp esta caseta? Tendré que pagar el daño que hice, pero no me importaría si comprendieran mis razones para espiar por la ventana de la despensa. Mi único consuelo es que la fuente es de la clase que busco y si la señorita Copp me la vende, me resignaré a lo que ha sucedido.

—¿Y qué ocurre si las Copp no regresan hasta entrada la noche… o hasta mañana?

—Supongo que tendrás que buscar otra ayuda —dijo Ana de mala gana—, ¡pero no debes ir a menos que sea indispensable! ¡Oh, querida!, ésta es una situación horrible. Mis desgracias no me importarían mucho si fueran románticas, como lo son siempre las de las heroínas de la señora Morgan, pero resulta que son siempre ridículas. Imagina qué dirán las Copp cuando lleguen y vean la cabeza y los hombros de una chica saliendo del tejado. Escucha, ¿no es un coche? No, Diana, creo que es un trueno.

Y lo era sin duda alguna. Diana, tras una apresurada peregrinación alrededor de la casa, volvió para anunciar que un nubarrón negro aparecía por el noroeste.

—Me parece que va a caer un chaparrón —exclamó—. Ana, ¿qué haremos?

—Debemos estar preparadas —dijo Ana tranquilamente. Un chaparrón parecía una tontería en comparación con lo que ya sucediera—. Será mejor que lleves el coche bajo ese alero. Por fortuna traje mi sombrilla. Ten, llévate mi sombrero. Marilla me dijo que era una tonta al ponerme mi mejor sombrero para venir por el camino Tory, con razón, como siempre.

Mientras caían las primeras gotas, Diana desató el poni y lo llevó bajo el alero. Allí se sentó a contemplar el chaparrón, que fue tan fuerte que apenas si pudo ver a Ana, que sostenía valientemente la sombrilla sobre su cabeza desnuda. No hubo muchos truenos, pero llovió durante casi una hora. Ocasionalmente, Ana echaba atrás la sombrilla y hacía un gesto de valor con la mano, ya que dadas las circunstancias, la conversación era imposible. Por fin cesó la lluvia, salió el sol y Diana se aventuró a través de los charcos.

—¿Te has mojado mucho? —preguntó ansiosa.

—No —contestó Ana alegremente—. Tengo bastante seca la cabeza y los hombros y las faldas sólo se me mojaron donde entró el agua por entre los listones. No te apiades de mí, Diana, pues yo no le he dado importancia. Todo el tiempo pensé cuánto bien hará esta lluvia y qué contento estará mi jardín; imaginemos qué pensarán las flores y los capullos cuando empiecen a caer las gotas. Imaginé un diálogo muy interesante entre los ásteres y los guisantes y el

espíritu guardián del jardín. Tengo pensado escribirlo en cuanto llegue a casa. Quisiera tener lápiz y papel para hacerlo ahora, porque quizá me olvide las mejores partes antes de llegar a casa.

La fiel Diana tenía lápiz y descubrió una hoja de papel de embalar en la caja del coche. Ana cerró la chorreante sombrilla, se puso el sombrero, desplegó el papel sobre una madera que le alcanzara Diana y escribió su idilio jardinero, en condiciones que no podrían ser consideradas como favorables para la literatura. Sin embargo, el resultado fue bastante bueno y Diana se sintió «arrebatada» cuando Ana se lo leyó.

—Oh, Ana, qué dulce… Envíalo a la Mujer Canadiense. Ana negó con la cabeza.

—Oh, no, no serviría para nada. No tiene argumento. No es más que una sucesión de fantasías. Me agrada escribirlas, pero no sirven para publicarse, pues los editores insisten en que tengan argumento, como dice Priscilla. Oh, ahí está la señorita Copp. Diana, ve y explícale, por favor.

La señorita Sarah Copp era una persona pequeña, vestida de negro, con un sombrero elegido menos con sentido de la moda que de la utilidad. Miró con toda la sorpresa que podía esperarse el espectáculo, pero cuando escuchó la explicación de Diana, fue todo piedad. Rápidamente abrió la puerta trasera, trajo un hacha y con unos pocos y hábiles golpes, puso a Ana en libertad. Ésta, ligeramente entumecida, se deslizó dentro de la prisión y salió libre una vez más.

—Señorita Copp —dijo ansiosamente—, le aseguro que miré por la ventana de su despensa sólo para ver si tenía una fuente de porcelana. No vi otra cosa, ni busqué otra cosa tampoco.

—Está bien —dijo amigablemente la señorita Sarah—. No tiene por qué preocuparse, no ha hecho daño alguno. Gracias a Dios, nosotras las Copp mantenemos presentable la despensa en cualquier momento y no nos importa quién la mira. En lo que se refiere al techo, me alegra que se haya roto, porque quizá ahora Martha acepte que lo derriben. Nunca lo hacía por temor a que pudiera servir de algo y yo debía blanquear la construcción cada primavera. Pero es inútil discutir con ella. Hoy se ha ido al pueblo; la he llevado a la estación. Usted quiere comprarme la fuente. Bueno, ¿cuánto me dará por ella?

—Veinte dólares —dijo Ana, que se hallaba preparada para negociar con las Copp, pues de otro modo, no hubiera ofrecido su precio desde el principio.

—Bueno, ya veré —dijo cautelosamente Sarah—. Por fortuna esa fuente es mía, de lo contrario no me atrevería a venderla cuando Martha no está aquí. De todas maneras, estoy segura de que protestará. Es la dueña de este establecimiento, se lo aseguro. Me estoy cansando de vivir bajo el dominio de

otra mujer. Pero, entren, por favor. Deben estar hambrientas. Les ofrezco té, pero les aviso que no esperen nada fuera de pan con mantequilla. Martha cerró bajo llave todas las tortas y el dulce antes de irse. Hace eso porque dice que soy demasiado extravagante cuando vienen visitas.

Las chicas estaban lo suficientemente hambrientas para aceptar cualquier cosa y disfrutaron del pan y de la magnífica mantequilla. Cuando terminaron de tomar el té, Sarah dijo:

—No sé si me importará vender la fuente. Pero vale veinticinco dólares. Es muy antigua.

Diana le asestó a Ana un débil puntapié por debajo de la mesa, queriendo decir con ello: «no aceptes; si resistes, aceptará los veinte». Pero Ana no estaba dispuesta a correr riesgos. Rápidamente accedió a dar veinticinco, con lo que la señorita Sarah lamentó no haber pedido treinta.

—Bueno, creo que se la pueden llevar. Quiero todo el dinero que pueda sacar ahora. El hecho es —la señorita Sarah alzó la cabeza enfáticamente con un orgulloso rubor que le cubría las pálidas mejillas— que voy a casarme con Luther Wallace. Estuvo enamorado de mí hace veinte años. Yo le quería mucho pero en aquel entonces él era muy pobre y papá lo puso de patitas en la calle. Supongo que no debí haberle dejado ir tan dócilmente, pero era tímida y temía a mi padre. Además, no sabía que los hombres eran tan escasos.

Cuando las jovencitas se encontraron fuera sanas y salvas, Diana conduciendo y Ana sosteniendo cuidadosamente la fuente, la verde soledad del camino «Tory» se sintió revivir con las risas juveniles.

—Mañana cuando vaya a la ciudad divertiré a tu tía Josephine contándole la «extraña y memorable historia» de esta tarde. Hemos pasado un momento de prueba, pero ya ha terminado. Tengo la fuente y la lluvia ha asentado el polvo admirablemente, de manera que «bien está lo que bien acaba».

—Aún no hemos llegado a casa —dijo Diana algo pesimista—. Y nadie puede decir qué puede ocurrir antes de que lleguemos. ¡Eres una joven única para tener aventuras, Ana!

—Tener aventuras es algo natural en algunas personas —dijo Ana serenamente—. O se tienen o no se tienen dotes para vivirlas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nada más que un día feliz

—Después de todo —le había dicho Ana a Marilla una vez—, creo que los días más hermosos y dulces no son aquellos en los que ocurren cosas espléndidas, maravillosas o excitantes, sino simplemente los que nos traen pequeños placeres sucesiva y suavemente, como perlas que se sueltan de un collar.

La vida en «Tejas Verdes» estaba llena de días así, pues las aventuras y desventuras de Ana, como las de otras personas, no ocurrían todas a la vez, sino que se encontraban esparcidas a lo largo del año, con largos intervalos de días felices e inocuos llenos de trabajo, sueños, risas y lecciones. Un día tal llegó en el mes de agosto. Por la mañana, Ana y Diana llevaron a los encantadores mellizos por la laguna hasta la arena a buscar «hierbas frescas» y a vagar en la marejada, sobre la que el viento cantaba el mismo canto desde el principio de los siglos.

Por la tarde, Ana fue hasta la vieja casa de los Irving a ver a Paul. Le halló acostado sobre la herbácea ribera junto al espeso bosque de abetos que resguardaba la casa por el norte, absorto en la lectura de un libro de hadas. Cuando la vio, se levantó radiante.

—¡Estoy tan contento de que haya venido, señorita! —dijo ansiosamente —. Abuelita no está. Se quedará a tomar el té conmigo, ¿no es cierto? Es tan triste tomar el té solo, señorita. Había considerado seriamente la posibilidad de pedirle a Mary Joe que se sentara a tomar el té conmigo, pero supuse que la abuelita no lo aprobaría. Dice que a los franceses hay que ponerlos en su lugar. Y, de cualquier modo, es difícil hablar con la joven Mary Joe. Sólo se ríe y dice: «Bueno, usted gana a todos los chicos que he conocido». Ésta no es mi idea sobre la conversación.

—Por supuesto que me quedaré a tomar el té —exclamó Ana alegremente —. Me moría porque me lo pidieras. Mi boca se hace agua pensando en los deliciosos panecillos de tu abuelita desde que vine a tomar el té la otra vez.

Paul se puso muy serio.

—Si dependiera de mí, señorita —dijo de pie delante de Ana, con las manos en los bolsillos y una repentina sombra de preocupación en su hermosa carita—, tendría usted panecillos.

»Pero depende de Mary Joe. He oído que la abuela le decía antes de irse que no me diera ninguna tortita porque eran demasiado fuertes para el estómago de los niños. Pero quizá Mary Joe quiera cortar algunas para usted si le prometo no probar ni una. Esperemos lo mejor.

—Sí, esperemos —accedió Ana con alegre filosofía—. Y si Mary Joe es de corazón duro y no me da ningún panecillo, no tiene la menor importancia, de modo que no debes preocuparte.

—¿Está segura que no le importaría? —preguntó Paul ansiosamente.

—Perfectamente segura, corazón.

—Entonces no me preocupa —dijo Paul con un largo suspiro de alivio—, especialmente porque en realidad creo que Mary Joe entrará en razón. En general no es una persona irrazonable, pero ha aprendido por experiencia que no es bueno desobedecer las órdenes de la abuela. Es una buena mujer, pero debe hacerse lo que ella dice. Esta mañana estaba muy contenta conmigo porque por fin pude arreglármelas para terminar mi plato de potaje. Fue un gran esfuerzo, pero triunfé. Abuelita dice que hará un hombre de mí. Pero, señorita, quiero hacerle una pregunta muy importante. Me contestará sinceramente, ¿verdad?

—Lo intentaré —dijo Ana.

—¿Cree usted que ando mal de la cabeza? —preguntó Paul como si toda su existencia dependiera de la respuesta.

—¡Oh, no, Paul, por Dios! por supuesto que no. ¿Quién te metió esa idea en la cabeza?

Mary Joe… pero no sabía que yo la estaba escuchando. Ayer vino a verla Verónica, la criada del señor Peter Sloane, y las oí hablar en la cocina mientras cruzaba el vestíbulo. Mary Joe decía: «Ese Paul es el señorito más raro que he conocido. Dice cosas tan extrañas que creo que está mal de la cabeza». Anoche no pude dormir pensando si Mary Joe tendría razón. De cualquier modo, no podía atreverme a preguntárselo a la abuelita, pero decidí preguntárselo a usted. Estoy muy contento de que piense que estoy bien de la cabeza.

—Por supuesto que sí. Mary Joe es una niña tonta e ignorante y nunca debes tener en cuenta lo que diga —dijo Ana indignada, resolviendo secretamente hacerle una discreta insinuación a la señora Irving sobre la conveniencia de refrenar la lengua de Mary Joe.

—Bueno, me ha quitado un peso de encima —dijo Paul—. Soy completamente feliz ahora, gracias a usted. No sería nada agradable estar mal de la cabeza. ¿No le parece, señorita? Supongo que Mary Joe habla así porque a veces le cuento lo que pienso sobre las cosas.

—Es una práctica algo peligrosa —admitió Ana, recordando su propia experiencia.

—Bueno, luego le diré los pensamientos que le conté a Mary Joe y podrá ver si hay algo de raro en ellos —dijo Paul—; pero esperaré hasta que empiece a oscurecer. Ésa es la hora en que siento necesidad de contar cosas y si no tengo a mano a nadie más tengo que decírselas a Mary Joe. Pero de ahora en

adelante no lo haré, si eso le hace pensar que estoy mal de la cabeza. Sufriré y aguantaré.

—Y si sufres mucho, puedes venir a «Tejas Verdes» a contarme a mí tus pensamientos —sugirió Ana con toda la seriedad que la hacía tan querida a los niños, quienes adoran ser tomados en serio.

—Sí, lo haré. Pero espero que no esté Davy cuando vaya, porque me hace muecas. No le doy mucha importancia, pues es un niño y yo ya soy grande. Pero así y todo, no es muy agradable que te hagan muecas. Y Davy hace algunas terribles. A veces temo que no pueda volver a recuperar sus propias facciones. Me las hace en la iglesia, cuando debo pensar en cosas sagradas. A Dora le gusto y ella me gusta a mí, pero no tanto como antes, desde que le dijo a Minnie May Barry que quería casarse conmigo cuando fuera mayor. Podré casarme con alguien cuando crezca, pero soy demasiado joven aún para pensar ya en ello. ¿No le parece?

—Muy joven —admitió Ana.

—Hablando de casamientos, eso me recuerda otra cosa que me ha estado preocupando —continuó Paul—. La semana pasada la señora Lynde vino a tomar el té con la abuelita, y ésta hizo que le mostrara un retrato de mamá, el que me mandó papá como regalo de cumpleaños. No tenía muchas ganas de enseñarlo a la señora Lynde. Es muy buena y amable, pero no la clase de persona a quien uno desea mostrarle la fotografía de su madre. Usted ya me entiende, señorita. Pero por supuesto que obedecí. La señora Lynde dijo que era muy guapa, pero que parecía una actriz y que debía haber sido muchísimo más joven que papá. Después añadió: «Un día de éstos es probable que tu papá vuelva a casarse. ¿Qué te parecería tener una nueva madre, Paul?». Bueno, la idea casi me deja sin respiración, señorita, pero no iba a permitir que la señora Lynde viera eso. Simplemente la miré fijamente… así… y le dije: «Señora Lynde, mi papá hizo bien las cosas al elegir a mi primera mamá, y puedo confiar en que hará lo mismo la segunda vez», y puedo confiar en él, señorita. Pero así y todo, espero que si alguna vez me da una nueva madre, pedirá mi opinión sobre ella antes de que sea demasiado tarde. Allí viene Mary Joe a llamarnos para tomar el té. Le preguntaré lo de los panecillos.

Como resultado de la «consulta», Mary Joe cortó el panecillo y agregó un plato de dulce. Ana sirvió el té y tuvieron una alegre merienda en la oscura y vieja sala cuyas ventanas estaban abiertas a la brisa del golfo, y hablaron de tantas «tonterías» que Mary Joe quedó escandalizada y a la tarde siguiente le contó a Verónica que «la mademoiselle del colegio» era tan rara como Paul. Después del té el niño llevó a Ana a su habitación para mostrarle el retrato de su madre, que había sido el misterioso regalo de cumpleaños que guardara la señora Irving en la biblioteca. El pequeño dormitorio de techos bajos de Paul

era un suave remolino de luz rojiza del sol que se ponía sobre el mar y movedizas sombras de los abetos que crecían junto a la ventana. En medio de todo ese suave brillo y encanto, se distinguía un dulce y juvenil rostro, con tiernos ojos maternales, colgado en la pared que daba a los pies de la cama.

—Ésa es mi mamá —dijo Paul con amoroso orgullo—. Conseguí que abuelita lo colgara allí, donde puedo verlo en cuanto abro los ojos por la mañana. Ahora ya no me importa no tener luz cuando me acuesto, porque pienso que mi madre está aquí conmigo. Papá acertó con el regalo de cumpleaños, aunque nunca me preguntó nada. ¿No es maravilloso cuánto saben los padres?

—Tu madre era muy guapa, Paul, y tú te pareces algo a ella. Pero sus ojos y cabellos son más oscuros que los tuyos.

—Mis ojos son del mismo color que los de papá —dijo Paul mientras cruzaba la habitación para amontonar todos los almohadones disponibles sobre el alféizar de la ventana—, pero el cabello de papá es gris. Tiene mucho, pero es gris. Papá tiene casi cincuenta años. Es ya maduro, ¿no le parece? Pero sólo viejo por fuera. Por dentro es tan joven como cualquiera. Ahora, señorita, por favor, siéntese aquí, y yo me sentaré a sus pies. ¿Puedo recostar mi cabeza sobre sus rodillas? Así es como nos sentábamos mamá y yo. ¡Oh, creo que es realmente espléndido!

—Ahora, quiero oír esos pensamientos que a Mary Joe le parecen tan extraños —dijo Ana acariciando la rizada cabecita.

Paul nunca necesitó que le presionaran para que contara sus pensamientos… por lo menos, a un alma gemela.

—Los imaginé una noche en el bosque de abetos —dijo soñadoramente—. Por supuesto no los creo, pero los imaginé. Y entonces quise contárselos a alguien y no estaba más que Mary Joe haciendo pan en la despensa. Me senté en un banco a su lado y dije: «Mary Joe, ¿sabes lo que pienso? Creo que el lucero de la tarde es un faro donde viven las hadas». Y Mary Joe me contestó: «Bueno, ya salió el niño raro. Las hadas no existen». Yo me sentí muy excitado. Por supuesto que sé que no hay hadas, pero nada me impide pensar que existen. Pero volví a insistir pacientemente. Dije: «Bueno, Mary Joe, ¿sabes lo que pienso? Pienso que después que se pone el sol, un ángel camina sobre el mundo… un ángel alto, blanco, con alas plateadas… y les canta a las flores y a los pájaros para que se duerman. También los niños pueden escucharlo si saben oírlo». Entonces Mary Joe levantó sus manos llenas de harina y dijo: «Bueno, eres un niño muy raro. Me haces sentir miedo». Y realmente parecía asustada. Entonces salí y le conté al jardín el resto de mis pensamientos. Ha muerto un pequeño abedul que había en el jardín y la abuela dice que ha sido a causa de la sal del mar; pero yo creo que la dríada que vivía

en él era una tonta que quiso vagar y conocer mundo y se ha perdido. Y al pobre árbol se le rompió el corazón de tristeza.

—Y cuando la pobre y tonta dríada, cansada del mundo, regrese en busca de su árbol, será su corazón el que quedará destrozado —dijo Ana.

—Sí; pero si las dríadas son tontas, deben atenerse a las consecuencias, como si fueran personas —dijo Paul gravemente—. ¿Sabe lo que pienso de la luna nueva, señorita? Creo que es un botecillo dorado, lleno de sueños.

—Y cuando una nube lo golpea algunos se desprenden y caen en nuestra mente cuando dormimos.

—Exacto, señorita. ¡Oh, usted si que entiende! Y también pienso que las violetas son pequeños recortes de cielo que caen cuando los ángeles cortan los agujeritos por donde brillan las estrellas. Y que los ranúnculos son viejos rayos de sol y que los guisantes se convierten en mariposas cuando van al cielo. Ahora bien, señorita, ¿ve algo que le resulte tan raro en estos pensamientos?

—No, querido, no tienen nada de raro; es extraño y hermoso que los piense un niño y por eso los califican de raros las personas que no serían capaces de imaginarlos ni aunque lo intentaran durante cien años. Pero continúa con ellos, Paul; creo que algún día serás poeta.

Cuando Ana regresó a su casa, halló a un niño de tipo muy diferente, esperando que le acostaran. Davy estaba malhumorado; cuando Ana lo hubo desnudado, se arrojó sobre el lecho y escondió la cara entre las almohadas.

—Davy, te has olvidado de decir tus oraciones —dijo Ana con reproche.

—No, no me he olvidado —respondió el niño desafiante—, pero no voy a rezar nunca más. Renuncio a tratar de portarme bien, porque no importa lo bueno que sea, tú siempre querrás más a Paul Irving. De modo que seré malo y por lo menos me divertiré.

—Yo no quiero más a Paul Irving —dijo Ana seriamente—. Te quiero tanto como a él, sólo que de diferente manera.

—Pero quiero que me quieras de la misma manera —insistió Davy.

—No se puede querer a personas diferentes de la misma forma. Tú no nos quieres a Dora y a mí del mismo modo, ¿no es cierto?

Davy se sentó y reflexionó.

—No… o… o… —admitió finalmente—. Quiero a Dora porque es mi hermana, pero a ti porque eres tú.

—Y yo quiero a Paul porque es Paul y a Davy porque es Davy —dijo Ana alegremente.

—Bueno, entonces diré mis oraciones —dijo Davy convencido—. Pero es mucho trabajo volver a levantarse. Rezaré dos veces mañana por la mañana, Ana. ¿Crees que estará bien?

—No —Ana positivamente no lo creía así. De manera que Davy saltó del lecho y se arrodilló frente a ella. Cuando terminó sus oraciones se incorporó y la miró.

—Ana, soy más bueno que antes.

—Sí, claro que sí, Davy —asintió Ana, quien nunca vacilaba en dar la razón a quien la tenía.

—Sé que soy más bueno —dijo Davy confidencialmente— y te diré por qué lo sé. Hoy Marilla me ha dado dos trozos de dulce, uno para mí y otro para Dora. Uno era mucho más grande que el otro y Marilla no me dijo cuál era el mío. Pero yo le di el más grande a Dora. Eso estuvo muy bien, ¿no es cierto?

—Muy bien, Davy, y muy caballeroso.

—Claro que como Dora no tenía mucha hambre, sólo comió la mitad y me dio el resto —admitió Davy—, pero eso yo no lo sabía cuando le di el pedazo más grande, de modo que fui bueno, Ana.

Al anochecer, Ana fue hasta la Burbuja de la Dríada y vio a Gilbert Blythe que llegaba cruzando el Bosque Embrujado. Repentinamente se dio cuenta de que Gilbert ya no era un colegial y de lo varonil y apuesto que parecía; alto, de rostro franco, con claros ojos y anchas espaldas. Ana pensó que Gilbert era muy buen mozo, aun cuando no se parecía a su ideal de hombre. Hacía ya mucho que ella y Diana habían decidido qué clase de hombre admiraban y sus gustos eran exactamente iguales. Debía ser muy alto y distinguido, de ojos melancólicos e inescrutables, y voz suave y simpática. No había nada de melancólico e inescrutable en la fisonomía de Gilbert, pero, por supuesto, eso no tenía importancia en cuestión de amistad.

Gilbert se destacó de entre los abetos y observó a Ana apreciativamente.

Si se le hubiera pedido a Gilbert que describiera su ideal de mujer, la respuesta hubiera correspondido punto por punto a Ana, incluyendo hasta las siete pecas que tanto la mortificaban. Gilbert era poco más que un muchacho, pero un muchacho tiene sus sueños como todos, y en los de Gilbert había siempre una joven de grandes y límpidos ojos grises y rostro tan fino y delicado como una flor. También había decidido que su futuro debía ser digno de sus virtudes. Hasta en la tranquila Avonlea se encontraban tentaciones. La juventud de White Sands era algo alocada y Gilbert se hacía popular en todas partes. Pero quería ser digno de la amistad de Ana y hasta, algún día, de su

amor; y cuidaba sus palabras, pensamientos y actos tan celosamente como si ella fuera a juzgarlos. Ejercía sobre él la inconsciente influencia de toda joven cuyos ideales son altos y puros, influencia que perduraría mientras ella continuara siendo fiel a esos ideales y que desaparecería si faltara a ellos.

Para Gilbert, el principal encanto de Ana consistía en que nunca cayera en los defectos de tantas jóvenes de Avonlea; los pequeños celos, las rivalidades, la lucha por ser preferidas. Ana se mantenía apartada de todo eso, no intencionadamente, sino simplemente porque no entraba dentro de su impulsiva naturaleza ni de sus aspiraciones.

Pero Gilbert no intentaba traducir en palabras sus pensamientos; tenía muy buenas razones para saber que Ana cortaría despiadada e indiferentemente todo intento de brote de sentimentalismo; o se reiría de él, lo que era diez veces peor.

—Realmente pareces una verdadera dríada bajo ese abedul —dijo burlonamente.

—Adoro los abedules —dijo Ana apoyando su mejilla contra el blanco raso del delicado tronco, con uno de sus encantadores y espontáneos gestos.

—Entonces te alegrará saber que el señor Major Spencer ha decidido plantar una hilera de abedules blancos a lo largo de todo el camino de su granja, por consejo de la S. F. A. —dijo Gilbert—. Hoy me estuvo hablando de eso. Major Spencer es el hombre más progresista y lleno de espíritu popular de todo Avonlea. Y el señor William Bell va a poner un seto de abetos frente al camino y a lo largo de su sendero. Nuestra sociedad va espléndidamente, Ana. Ha pasado ya el período experimental y es un hecho aceptado. Los más ancianos están comenzando a interesarse y en White Sands ya se habla de fundar una. Hasta Elisha Wright se entusiasmó desde el día en que las turistas americanas hicieron la excursión a la playa. Alabaron muchísimo las márgenes de nuestros caminos y dijeron que son mucho más lindos que los de cualquier otra parte de la isla. Y, más adelante, cuando los demás granjeros sigan el buen ejemplo del señor Spencer y planten árboles ornamentales y setos a lo largo de sus caminos, Avonlea será el pueblo más hermoso de la provincia.

—Las de la Sociedad de Ayuda están hablando de arreglar el cementerio —dijo Ana—, y espero que lo harán, porque ellas podrán conseguir algo en una colecta, ya que es inútil que nosotros probemos después de lo del Salón. Pero a las de la Sociedad de Ayuda nunca se les hubiera ocurrido pensar en el asunto si la S. F. A. no lo hubiera indicado extraoficialmente. Los árboles que plantamos en los terrenos de la iglesia están floreciendo y los síndicos han prometido que cercarán los de la escuela el año próximo. Si lo hacen, decretaré un «día del árbol» y cada escolar plantará uno; y tendremos un jardín en el recodo que da al camino.

—Hemos conseguido rápidos triunfos en todos los planes con excepción de la vieja casa de Boulter —expresó Gilbert—, y he abandonado esa idea. Levi la ignora nada más que por molestarnos. Todos los Boulter tienen muy desarrollado el espíritu de contradicción.

—Julia Bell quiere enviar otra comisión a verle, pero creo que lo mejor será dejarlo en paz —dijo Ana sabiamente.

—Y confiar en la Providencia, como dice la señora Lynde —sonrió Gilbert —. Ciertamente, no más comisiones. Sólo consiguen irritarle. Julia Bell cree que todo se puede conseguir con sólo contar con una comisión que lo intente. La próxima primavera, Ana, debemos iniciar una cruzada por hermosos prados y terrenos. Este invierno distribuiremos semillas. Tengo aquí un tratado sobre prados y formas de crearlos y voy a preparar un informe. Bueno, supongo que nuestras vacaciones están casi terminadas. La escuela se abre el lunes. ¿Consiguió Ruby Gillis la escuela de Carmody?

—Sí; Priscilla escribió diciendo que había fundado su propia escuela particular y los síndicos de Carmody se la dieron a Ruby. Siento que Priscilla no vaya a regresar; pero ya que no puede, me alegro que Ruby haya conseguido el colegio. Volverá a casa los sábados y será como en los viejos tiempos, en que ella, Jane, Diana y yo estábamos juntas.

Cuando Ana volvió a casa, encontró a Marilla sentada en el escalón de la galería.

—Rachel y yo hemos decidido hacer mañana nuestro viaje a la ciudad —dijo—. El señor Lynde se siente mejor esta semana y Rachel quiere ir antes de que tenga otra recaída.

—Trataré de levantarme más temprano que de costumbre mañana por la mañana; tengo mucho que hacer —dijo Ana virtuosamente—. Primero, voy a pasar las plumas de mi viejo colchón al nuevo. Debí haberlo hecho hace tiempo pero he ido dejándolo de lado. ¡Es un trabajo tan aburrido! Es una mala costumbre dejar las tareas desagradables para otro día, y no volveré a obrar así, o de lo contrario no podré decir con tranquilidad a mis alumnos que no deben hacerlo. Sería incompatible. Luego, quiero hacer una torta para el señor Harrison y terminar mi informe sobre jardines para la S. F. A., y escribir a Stella y lavar y planchar mi vestido de muselina y hacerle a Dora el delantal nuevo.

—No harás ni la mitad —dijo Marilla pesimista—. Nunca he conseguido proponerme hacer un montón de cosas sin que sucediera algo que me lo impidiera.

CAPÍTULO VEINTE

Cosas que ocurren a menudo

Ana se levantó de un salto a la mañana siguiente y saludó al fresco día que iluminaban los rayos del sol a través del cielo perlado. «Tejas Verdes» estaba en un charco de sol, cruzado por las danzarinas sombras del sauce y de los álamos. Al otro lado del sendero, se extendía el trigal del señor Harrison, una sábana de pálido oro agitada por el viento. El mundo era tan hermoso que Ana pasó diez minutos junto a la puerta del jardín contemplándolo.

Después del desayuno, Marilla se preparó para el viaje. Dora debía acompañarla, pues se lo había prometido hacía tiempo.

—Davy, trata de ser bueno y de no molestar a Ana —le dijo—. Si te portas bien te traeré un caramelo.

¡Ay! Marilla había caído en la mala costumbre de sobornar a la gente para que se comportara bien.

—No seré malo a propósito —dijo el niño—. Pero supón que soy malo accidentalmente.

—Debes tener cuidado con los accidentes —le advirtió Marilla—. Ana, si viene el señor Shearer, compra un buen trozo de asado y un buen filete. Si no trae, tendrás que matar un pollo para el almuerzo de mañana.

Ana asintió.

—Hoy no me voy a preocupar por cocinar para Davy y para mí —dijo—. Almorzaremos jamón frío y tendré un filete listo para cuando regrese esta noche.

—Voy a ayudar al señor Harrison a juntar algas comestibles esta mañana —anunció Davy—. Me lo pidió y sospecho que me invitará a almorzar. El señor Harrison es un hombre muy gentil. Es muy sociable. Espero ser como él cuando crezca. Me refiero a portarme como él, pero no quiero tener su apariencia. Me parece que no hay peligro, porque la señora Lynde dice que soy un buen niño. ¿Te parece que eso durará, Ana? Quiero saber.

—Me atrevo a decir que sí —respondió Ana—. Tú eres un niño bueno, Davy —Marilla mostraba su desaprobación—, pero debes hacer honor a ello y ser tan bueno y caballeroso como aparentas.

—Y el otro día le dijiste a Minnie May Barry, cuando la encontraste llorando porque alguien dijo que era fea, que si era buena, gentil y amable, a nadie le iba a importar su apariencia —dijo Davy descontento—. Me parece que en este mundo no se puede dejar de ser bueno por una u otra razón. Hay

que portarse bien.

—¿Tú no quieres ser bueno? —preguntó Marilla que, aunque aprendiera mucho, aún no sabía lo fútil de hacer tales preguntas.

—Sí, quiero ser bueno, pero no demasiado bueno —respondió Davy cauteloso—. Para ser director de la Escuela Dominical no es necesario ser demasiado bueno. El señor Bell es un hombre realmente malo.

—De ninguna manera —dijo Marilla indignada.

—Lo es, él mismo lo dice —afirmó Davy—. Lo dijo cuando rezó el domingo en la Escuela Dominical. Dijo que era un vil gusano, un miserable pecador y culpable de la iniquidad más grande. ¿Por qué es tan malo, Marilla? ¿Mató a alguien? ¿O robó la colecta? Quiero saber.

Por fortuna, en aquel momento llegó la señora Lynde en su coche y Marilla partió con la sensación de haber escapado al ansia de un cazador y deseó devotamente que el señor Bell no fuera tan figurativo en sus oraciones públicas, especialmente ante el auditorio de muchachitos que siempre «quieren saber».

Ana trabajó a conciencia. Barrió el piso, hizo las camas, alimentó las aves, lavó el vestido de muselina y lo puso a secar. Entonces se preparó para las plumas. Fue a la buhardilla y se puso el primer vestido viejo que halló a mano, un vestido de cachemira que llevara cuando tenía catorce años. Era decididamente corto y tan ridículo como aquel que vistiera en la memorable ocasión de su presentación en «Tejas Verdes»; pero, por lo menos, las plumas no iban a echarlo a perder. Ana terminó de vestirse atándose a la cabeza un pañuelo de lunares blanco y rojo que perteneciera a Matthew y con ese atavío se trasladó a la antecocina, donde Marilla, antes de partir, la ayudara a llevar el colchón de plumas.

Colgado junto a la ventana había un espejo roto y allí se miró Ana en un mal momento. En su nariz estaban las siete pecas, más rampantes que nunca, o por lo menos así lo parecían a la luz de la ventana.

—Oh, anoche olvidé frotarme con esa loción —pensó—. Será mejor que corra a la despensa y lo haga ahora.

Ana ya había tenido algunos disgustos por tratar de hacer desaparecer las pecas. En una ocasión, cambió toda la piel de su nariz, pero las pecas permanecieron. Pocos días antes, había encontrado una receta de loción contra las pecas en una revista y, como los ingredientes se hallaban al alcance de su mano, la preparó en seguida, ante el disgusto de Marilla, quien pensaba que si la Providencia le obsequiaba a una con pecas, era deber ineludible dejarlas.

Ana bajó a la despensa que, siempre oscura por el gran sauce que crecía

junto a la ventana, estaba ahora casi sin luz, debido a la cortina contra las moscas. Ana cogió la botella que contenía la loción y se untó la nariz utilizando una esponja. Una vez realizado ese importante deber, retornó a su labor. Alguien que haya cambiado plumas de un colchón a otro sabrá que cuando Ana terminó era digna de verse. Su vestido estaba blanco por los plumones, y el cabello que escapaba bajo el pañuelo se hallaba adornado por un verdadero halo de plumas. En aquel preciso momento sonó un golpe en la puerta de la cocina.

—Debe ser el señor Shearer —pensó Ana—. Estoy horrible, pero debo bajar, pues siempre tiene prisa.

Ana voló a la puerta de la cocina. Si alguna vez se abrió el suelo para tragar a una emplumada damisela, debió haber sido en aquel momento en «Tejas Verdes». En la puerta se hallaba Priscilla Grant, dorada y rubia con un vestido de seda; una baja y rolliza dama con un traje de tweed y cabellos grises, y otra dama, alta, majestuosa, vestida maravillosamente, con una cara hermosa y grandes ojos violeta, que produjo a Ana la «instintiva sensación» (como hubiera dicho en sus años primeros) de ser la señora Charlotte E. Morgan.

En lo embarazoso del instante, sobresalió un pensamiento entre la confusión de la mente de Ana y a él se aferró. Todas las heroínas de la señora Morgan se destacaban por «hacer frente a la situación». No importa cuáles fueran sus preocupaciones, se enfrentaban a la situación y mostraban su superioridad sobre todos los males del tiempo, espacio y cantidad. Por lo tanto, Ana sintió que era su deber hacer frente a la situación y lo hizo, tan perfectamente que Priscilla dijo más tarde que nunca admiró más a Ana Shirley que en aquel momento. No importa cuáles fueran sus pensamientos; no los demostró. Saludó a Priscilla y fue presentada a sus compañeras con tanta calma y compostura como si se hallara vestida con sus mejores galas. En realidad, se sorprendió al saber que aquella dama que le produjera la instintiva sensación de ser la señora Morgan, no era tal, sino una desconocida señora Pendexter, mientras que la robusta y pequeña mujer de cabellos grises era la señora Morgan. Pero aquella sorpresa perdió fuerza ante la situación. Ana condujo a sus huéspedes a la sala donde las dejó para ayudar a Priscilla a desuncir su caballo.

—Es terrible haber llegado así, tan inesperadamente —se disculpó Priscilla —, pero hasta anoche no supe que veníamos. Tía Charlotte se va el lunes y había prometido pasar el día de hoy con una amiga del pueblo. Pero anoche, su amiga la llamó por teléfono para decirle que no fuera porque se hallaba en cuarentena por la escarlatina. De modo que yo sugerí que viniéramos aquí, pues sabía que tenías ganas de verla. Pasamos por el hotel de White Sands y trajimos a la señora Pendexter con nosotros. Es amiga de mi tía; su marido es

millonario y viven en Nueva York. No podremos estar mucho tiempo, pues la señora Pendexter debe estar de regreso a las cinco en el hotel.

Mientras estaban liberando al caballo de sus arreos, Ana notó que Priscilla la miraba perpleja.

«No tiene necesidad de mirarme así» pensó Ana un poco resentida. «Si no sabe qué es traspasar un colchón de plumas, puede imaginarlo».

Cuando Priscilla hubo entrado a la sala y antes de que Ana pudiera escapar escaleras arriba para asearse, Diana entró a la cocina. Ana tomó del brazo a su sorprendida amiga.

—Diana Barry, ¿quién supones que está en esa sala en este mismo momento? La señora Charlotte E. Morgan… y la esposa de un millonario de Nueva York… y aquí me tienes a mí de este modo… y sin otra cosa en la casa para almorzar que un hueso de jamón.

Para entonces, Ana ya había percibido que Diana la contemplaba precisamente con la misma perplejidad que Priscilla. Aquello era demasiado.

—Oh, Diana, no me mires así —imploró—. Tú, por lo menos, debes saber que ni la persona más pulcra del mundo podría cambiar un colchón de plumas sin ponerse así.

—No… son… las… plumas —dijo Diana—. Es… tu nariz, Ana.

—¿Mi nariz? ¡Oh, Diana, no le ha pasado nada raro!

Ana corrió hasta el pequeño espejo del fregadero. Una mirada le reveló la cruda realidad. ¡Su nariz estaba de un escarlata brillante!

Ana se sentó en el sofá, con el espíritu vencido por fin.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Diana, en quien la curiosidad venció a la delicadeza.

—Creí que la estaba frotando con la loción para las pecas, pero debo haber usado la tinta para los dibujos de las alfombras de Marilla. ¿Qué haré?

—Lávala —dijo Diana.

—Quizá no salga. Primero tiño mis cabellos; luego, la nariz. Marilla me cortó el pelo entonces, pero ese remedio no será posible en este caso. Bueno, ése es otro castigo por ser vanidosa y supongo que me lo merezco… aunque eso no me consuela mucho. Es como para hacerle creer a uno en la mala suerte, aunque la señora Lynde diga que no hay tal cosa, porque todo está escrito.

Por fortuna, el tinte salió con facilidad y Ana, algo consolada, se dirigió a la buhardilla mientras Diana corría a casa. Al poco rato, Ana bajó, bien vestida

y de buen humor. El vestido de muselina que esperara vestir, bailaba afuera en la cuerda, de mañera que se vio forzada a contentarse con uno negro. Ya tenía el fuego encendido y el té casi listo cuando regresó Diana, con su vestido de muselina y una fuente cubierta en la mano.

—Mamá te envía esto —dijo, alzando la tapa y mostrando un pollo trinchado ante los ojos agradecidos de Ana.

El pollo fue complementado con pan, excelente mantequilla y queso, torta de frutas de Marilla y un plato de cerezas en almíbar. Un gran jarrón de flores blancas y rosadas decoraba la mesa. Sin embargo, todo aquello parecía magro ante el programa que prepararan para la señora Morgan.

Las hambrientas huéspedes, sin embargo, no parecieron pensar que faltaba algo y comieron los alimentos con aparente alegría. Al poco rato, las preocupaciones de Ana se desvanecieron. La apariencia exterior de la señora Morgan podía ser un poco desilusionante, como se vieron forzadas a admitir sus más leales admiradoras, pero su conversación resultó magnífica. Había viajado mucho y era una excelente narradora. Conocía muchas clases de hombres y mujeres y sus experiencias se cristalizaban en una serie de frases y epigramas que hacían que sus oyentes creyeran estar escuchando a uno de sus personajes. Pero bajo su brillantez, se podía sentir una fuerte corriente de verdadera simpatía y de buen corazón, que le ganaba afectos con tanta facilidad como su brillantez le ganaba admiraciones. Tampoco monopolizaba la conversación. Podía hacer hablar a los demás con tanta habilidad y franqueza como lo hacía ella, y Ana y Diana se encontraron charlando tranquilamente con su visitante. La señora Pendexter habló poco; simplemente sonrió con sus hermosos ojos y labios y comió pollo, torta de frutas y confituras con tan exquisita gracia que daba la impresión de estar almorzando mieles y ambrosías. Pero, como dijo Ana más tarde a Diana, alguien tan divinamente hermoso como la señora Pendexter no tenía necesidad de hablar, era suficiente que mirara.

Después de almorzar, pasearon por el Sendero de los Amantes, por el Valle de las Violetas y el Camino de los Abedules, y después cruzaron el Bosque Embrujado hacia la Burbuja de la Dríada, donde se sentaron y charlaron durante la deliciosa última hora. La señora Morgan quiso saber el porqué del nombre del Bosque Embrujado y rio hasta que se le saltaron las lágrimas cuando supo la historia y el dramático relato de Ana de cierto paseo a través de él a la hora embrujada del crepúsculo.

—Ha sido una fiesta para el espíritu —dijo Ana cuando se hubieron marchado sus huéspedes y se hallaba sola con Diana otra vez—. No sé qué me gustó más, si escuchar a la señora Morgan o contemplar a la señora Pendexter. Creo que hemos pasado un rato mejor que si hubiéramos sabido que venían y

nos hubiéramos preocupado por la comida. Debes quedarte a tomar el té, Diana, y así charlaremos.

—Priscilla dice que la cuñada de la señora Pendexter está casada con un duque inglés y sin embargo, se sirvió dos raciones de ciruelas en almíbar —dijo Diana, como si los dos hechos fueran incompatibles.

—Me atrevo a decir que ni siquiera el duque inglés hubiera hecho un desprecio a las ciruelas de Marilla —contestó Ana orgullosa.

La muchacha no mencionó la desgracia que le ocurriera a su nariz cuando contó aquella noche a Marilla los acontecimientos del día. Pero cogió la botella de loción para las pecas y la vació.

—Nunca volveré a probar tratamientos de belleza —dijo firmemente resuelta—. Sólo deben hacerlo las personas cuidadosas; pero en alguien tan propenso a cometer errores como yo, me parece que es tentar a la fatalidad.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La dulce señorita Lavendar

La escuela comenzó de nuevo y Ana volvió al trabajo con menos teorías pero mayor experiencia. Tenía algunos nuevos alumnos de seis y siete años, que se aventuraban con los ojos muy abiertos por el camino del saber. Entre ellos se contaban Davy y Dora. Davy se sentó junto a Milty Boulter, quien ya hacía un año que iba a la escuela y por lo tanto era casi un hombre de mundo. Dora ya había hecho arreglos el día anterior para sentarse con Lily Sloane; pero ésta no fue a la escuela el primer día y Dora se sentó temporalmente junto a Mirabel Cortón, que tenía diez años y, por esa razón, aparecía ante los ojos de Dora como una de las «niñas grandes».

—Creo que la escuela es muy divertida —le dijo Davy a Marilla al regresar a casa—. Dijiste que me iba a resultar muy difícil estar tanto tiempo sentado y así es, casi es completamente cierto; pero se pueden retorcer las piernas debajo del pupitre y eso ayuda mucho. Es espléndido tener tantos niños con quienes jugar. Me siento con Milty Boulter y es excelente. Es más alto que yo, pero yo soy más ancho. Es mejor estar en los asientos de atrás, pero no puedo hacerlo hasta tener las piernas lo suficientemente largas como para que lleguen al suelo. Milty hizo un retrato de Ana en su pizarra y era tan horriblemente feo que le dije que si hacía dibujos de Ana como ése le daría una paliza durante el recreo. Primero pensé en hacer un retrato suyo con cuernos y cola, pero temía herir demasiado sus sentimientos, y Ana dice que nunca hay que lastimar los sentimientos de nadie. Debe ser terrible tener los

sentimientos heridos. Es mejor dar un golpe a un niño que herir sus sentimientos. Milty dijo que no me tenía miedo, pero que le cambiaría el nombre por complacerme, de modo que borró el nombre de Ana y escribió Barbara Shaw.

Milty no quiere a Barbara porque ella dice que él es un niño delicado y una vez le golpeó con suavidad la cabeza.

Dora dijo puntillosamente que le gustaba el colegio; pero estaba muy quieta, más que de costumbre; y cuando Marilla la envió arriba a acostarse, comenzó a llorar.

—Estoy… estoy asustada —sollozó—. No… no quiero ir arriba sola.

—¿Qué se te ha metido ahora en la cabeza? —inquirió Marilla—. Te has ido a dormir sola todo el verano y nunca has tenido miedo.

Dora continuaba llorando, de modo que Ana la alzó abrazándola cariñosamente y dijo:

—Cuéntaselo todo a Ana, querida. ¿De qué tienes miedo?

—De… del tío de Mirabel Cotton —lloriqueó Dora—. Hoy, en la escuela, Mirabel me lo contó todo sobre su familia. Casi todos han muerto… todos sus abuelos y abuelas y un montón de tíos y tías. Mirabel dice que tienen la costumbre de morirse. Mirabel está muy orgullosa de tener tantos parientes muertos y me contó cómo se murieron y lo que parecían en sus ataúdes. Y Mirabel dice que uno de sus tíos fue visto cuando caminaba alrededor de la casa después de enterrado. Su madre lo vio. No me importa todo lo demás, pero no puedo dejar de pensar en ese tío.

Ana subió con Dora y se sentó a su lado hasta que ésta se quedó dormida. Al día siguiente, Mirabel Cotton fue abordada durante el recreo y advertida «suave pero firmemente» de que cuando una tenía la desgracia de tener un tío que insistía en pasearse por las casas después de haber sido decentemente enterrado, no era de buen gusto contárselo a una compañera de pocos años. A Mirabel no le gustó que se lo dijeran. Los Cotton no tenían mucho de qué presumir. ¿Cómo iba a mantener su prestigio entre los escolares si le prohibían hablar del fantasma de la familia?

Septiembre pasó. Un viernes por la tarde, Diana fue a visitarla.

—Hoy he recibido una carta de Ella Kimball, Ana, y quiere que vayamos a tomar el té mañana por la tarde para presentarnos a su prima Irene Trent, que vive en la ciudad. Pero no puedo disponer de ningún caballo mañana y tu poni está rengo, de modo que no tenemos con qué ir.

—¿No podemos ir caminando? —sugirió Ana—. Si cortamos por atrás, a través de los bosques llegaremos al camino de West Grafton no lejos de lo de

Kimball. Anduve por allí el invierno pasado y conozco el camino. No son más que seis kilómetros y no tendremos que volver caminando a casa, porque con toda seguridad nos traerá Oliver Kimball. Estará encantado por la excusa, porque él va a visitar a Carrie Sloane y dicen que su padre raramente le deja usar el caballo.

Quedó arreglado que irían caminando y la tarde siguiente emprendieron la marcha, yendo por el Sendero de los Amantes hasta la parte de atrás de la granja de los Cuthbert, donde hallaron una senda que se internaba en el corazón de acres de brillantes hayas y bosques de arce, en medio de una inmensa paz y tranquilidad.

—Es como si el año estuviera arrodillado rezando en una vasta catedral llena de suaves y coloridas luces. ¿No es cierto? —dijo Ana soñadoramente—. No parece correcto apresurarse por aquí, es una irreverencia, como si corrieras por una iglesia.

—De cualquier modo debemos darnos prisa —respondió Diana, mirando su reloj—. Ya casi no nos queda tiempo.

—Bueno, andaré deprisa, pero no me pidas que hable —dijo Ana aligerando su marcha—. Quiero beber el encanto del día… Siento como si tocara mis labios cual un vaso de vino eterno y debo degustar un sorbo a cada paso.

Quizá fuera porque se encontraba tan absorta «bebiendo», que Ana dobló hacia la izquierda cuando llegaron a un cruce del camino. Debió haber ido por la derecha, pero más tarde consideró este error como el más afortunado de su vida. Finalmente llegaron a un solitario camino cubierto de césped sin otra cosa que abedules en derredor.

—¿Pero, dónde estamos? —exclamó Diana asombrada—. Este no es el camino de West Grafton.

—No, es el camino de Middle Grafton —dijo Ana algo avergonzada—. Debo haberme equivocado en la bifurcación del camino. No sé exactamente dónde estamos, pero debemos hallarnos a unos cuatro kilómetros de lo de Kimball.

—Entonces no podremos estar allí antes de las cinco, porque ya son las cuatro y media —dijo Diana con una intranquila mirada a su reloj—. Llegaremos después de que hayan tomado el té y tendrán que molestarse en servirlo de nuevo para nosotras.

—Mejor sería que regresáramos a casa —sugirió Ana humildemente. Pero Diana, después de considerarlo, resolvió lo contrario.

—No, debemos seguir y aprovechar la tarde ya que estamos en esto.

Unos metros más adelante, las jóvenes llegaron a un lugar donde el camino volvía a bifurcarse.

—¿Cuál debemos seguir? —preguntó Diana dubitativamente. Ana sacudió la cabeza.

—No sé, y no podemos exponernos a cometer más equivocaciones. Aquí hay un sendero que se interna directamente en el bosque. Debe de haber una casa al otro lado. Vayamos y preguntemos.

—¡Qué camino tan viejo y romántico! —dijo Diana mientras recorrían sus vueltas y recovecos. Se extendía bajo viejos y patriarcales abetos cuyas ramas se encontraban en lo alto, creando una eterna tiniebla donde no podía crecer más que musgo. Sobre uno de los lados estaba la tierra parda, cruzada aquí y allá por rayos de sol. Todo era muy tranquilo y remoto, como si el mundo y sus problemas estuvieran muy lejos.

—Me siento como si caminara por un bosque encantado —dijo Ana en voz baja—. ¿Crees que alguna vez hallaremos el camino de vuelta al mundo, Diana? Pienso que de repente llegaremos a un palacio en el que encontraremos una princesa encantada.

Al dar la vuelta al siguiente recoveco del sendero, se hallaron, no ante un castillo, sino ante una pequeña casa, casi tan sorprendente como lo hubiera sido un castillo en esta provincia de convencionales granjas de madera, tan parecidas todas. Ana se detuvo asombrada y Diana exclamó:

—¡Oh!, ahora sé dónde estamos. Ésta es la casita de piedra donde vive la señorita Lavendar Lewis… creo que la llama «La Morada del Eco». A menudo he oído hablar de ella pero nunca la había visto antes… ¿No es un lugar romántico?

—Es el sitio más dulce y bonito que he visto o imaginado —dijo Ana, encantada—. Parece sacado de un libro de cuentos o de un sueño.

La casa era un edificio bajo, construido con bloques de piedra arenisca roja de la isla, con un pequeño tejado puntiagudo, donde asomaban dos ventanas con exquisitos frontones de madera y dos grandes chimeneas. Toda la casa estaba cubierta por una exuberante enredadera que hallaba fácil apoyo sobre la ruda obra de sillería y que la escarcha del otoño había tornado de un hermoso tono bronceado y rojo.

Delante de la casa había un jardín del que partía el sendero donde estaban detenidas las muchachas. Bordeaba la casa por un lado y los otros tres estaban rodeados por una vieja pared de piedra, tan cubierta de musgo, hierbas y helechos, que parecía una inmensa loma verde. A derecha e izquierda, altos y oscuros abetos extendían sus ramas como palmas sobre él, pero a sus pies

había un pequeño prado reverdecido de tréboles que descendían suavemente hasta el lago azul del río Grafton. No se veía otra casa o claro por los alrededores; sólo cumbres y valles cubiertos por jóvenes abetos.

—¿Qué clase de persona será la señorita Lewis? —preguntó Diana, mientras abrían la puerta del jardín—. Dicen que es muy peculiar.

—Entonces debe ser muy interesante —afirmó Ana decididamente—. La gente peculiar por lo menos es eso. ¿No te había dicho que llegaríamos a un palacio encantado? Por algo los duendes han entretejido magia por ese sendero.

—Pero la señorita Lavendar Lewis no tiene nada de princesa encantada —rio Diana—. Es una anciana… he oído que tiene cuarenta y cinco años y que es toda gris.

—Oh, eso es sólo parte del hechizo —aseguró Ana confidencialmente—. Su corazón es aún joven y hermoso… y si sólo supiéramos cómo conjurar el encantamiento, volvería a ser radiante y bella. Pero no lo sabemos. Sólo el príncipe lo sabe, y el de la señorita Lavendar no ha llegado aún. Quizá lo ha detenido algún fatal infortunio… aunque eso está contra las leyes de todos los cuentos de hadas.

—Me temo que llegó hace mucho tiempo y volvió a irse —dijo Diana—. Dicen que estuvo comprometida con Stephen Irving, el padre de Paul, cuando eran jóvenes. Pero discutieron y se separaron.

—¡Silencio! —previno Ana—. La puerta está abierta.

Las jovencitas se detuvieron en la galería bajo la enredadera de hiedra y golpearon la puerta abierta. Hubo ruido de pasos dentro y apareció una personita singular, una niña de unos catorce años, de rostro pecoso, nariz chata, una boca tan grande que realmente parecía llegarle «de oreja a oreja», y dos largas trenzas de cabello rubio atadas con enormes lazos de cinta azul.

—¿Está la señorita Lewis? —preguntó Diana.

—Sí, señora. Pase, señora… por aquí, señora… y siéntese, señora. Le diré a la señorita Lavendar que está usted aquí, señora. Está arriba, señora.

Con estas palabras desapareció la pequeña criada y las jóvenes, al quedar solas, miraron en derredor con ojos encantados. El interior de la maravillosa casita era tan interesante como su exterior. La habitación era de techo bajo y tenía dos pequeñas ventanas cuadradas, adornadas con cortinas de muselina llenas de volantes. Todos los muebles eran muy antiguos, pero tan limpios y bien conservados, que el efecto resultaba delicioso. Pero debemos admitir que el mueble más atractivo para dos muchachas llenas de salud que han caminado seis kilómetros en una fresca tarde de otoño, era una mesa servida con

delicada porcelana azul pálido y cargada de deliciosos manjares, mientras pequeños helechos dorados esparcidos sobre el mantel le daban lo que Ana hubiera llamado «un aire festivo».

—La señorita Lavendar debe esperar gente a tomar el té —murmuró—. Hay servicio para seis personas. ¡Qué criada tan graciosa tiene! Parece un heraldo del país de los duendes. Supongo que ella podría habernos indicado el camino, pero tenía curiosidad por ver a la señorita Lavendar… Sssssh, allí viene.

Y la señorita Lavendar apareció en la puerta. Las jóvenes se llevaron tal sorpresa que olvidaron los buenos modales y se quedaron con la boca abierta. Subconscientemente habían esperado ver el tipo común de solterona, una persona angulosa, de estirados cabellos grises y anteojos. No podían haber imaginado nada más distinto de la señorita Lavendar.

Era una dama pequeña, de espesos cabellos blancos como la nieve, maravillosamente ondulados y peinados con cuidado. Debajo de ellos asomaba un rostro juvenil de rosadas mejillas y dulces labios, con grandes ojos castaños y hoyuelos, verdaderos hoyuelos. Llevaba un exquisito traje de muselina color crema con rosas pálidas… un vestido que habría parecido ridículamente juvenil en la mayoría de las mujeres de su edad, pero que le quedaba tan perfectamente que no podía pensarse en ello.

—Charlotta IV dice que desean verme —dijo con una voz acorde con su apariencia.

—Queríamos preguntar por el camino a West Grafton —dijo Diana—. Estamos invitadas a tomar el té en casa de Kimball, pero equivocamos el rumbo y en vez de llegar al camino de West Grafton desembocamos en el camino lateral. ¿Debíamos doblar hacia la derecha o hacia la izquierda a la entrada de su camino?

—A la izquierda —dijo la señorita Lavendar con una indecisa mirada a la mesa del té. Luego exclamó, como si se hubiera resuelto de pronto.

—Pero ¿por qué no se quedan a tomar el té conmigo? Por favor, quédense. En lo del señor Kimball ya habrán terminado cuando ustedes lleguen y Charlotta IV y yo estaremos encantadas de tenerlas con nosotras.

Diana hizo una muda pregunta a Ana.

—Nos encantaría —dijo Ana rápidamente, porque había decidido que quería saber más de la sorpresiva señorita Lavendar—, si no fuera mucha molestia para usted. Porque está esperando otros invitados, ¿no es cierto?

La señorita Lavendar volvió a mirar la mesa y se sonrojó.

—Sé que les pareceré terriblemente tonta —dijo—. Lo soy y me

avergüenzo cuando me descubren, pero nunca si esto no ocurre. No espero a nadie. Sólo lo simulaba; estoy muy sola, ¿saben? Adoro la compañía, es decir, la verdadera compañía, pero son tan pocas las personas que vienen hasta aquí. Charlotta IV también estaba sola. De modo que simulé que iba a dar un té.

Cociné, decoré la mesa, puse la porcelana de bodas de mi madre y me vestí para la ocasión.

Diana secretamente pensó que la señorita Lavendar era tan peculiar como la pintaban. ¡Una mujer de cuarenta y cinco años jugando a las visitas como si fuera una niña! Pero Ana, con los ojos brillantes, exclamó gozosa:

—¡Oh!, ¿usted también imagina cosas? El «también» le reveló a la señorita Lavendar que tenía ante sí un alma gemela.

—Sí, lo hago —confesó libremente—. Por supuesto es una tontería en alguien de mi edad. Pero ¿de qué vale ser una solterona independiente si no puede ser tonta cuando tiene ganas sin herir los sentimientos de nadie? Una persona debe tener algunas compensaciones. A veces pienso que no podría vivir sin la imaginación. No me sorprenden así a menudo y Charlotta IV nunca dice nada. Pero me alegro que haya ocurrido, porque ustedes han venido en realidad y yo tengo el té listo. ¿Quieren pasar al cuarto de huéspedes a dejar sus sombreros? Es esa puerta blanca frente a la escalera. Debo ir a la cocina a vigilar que Charlotta IV no deje hervir el té. Charlotta IV es una niña muy buena, pero deja hervir el té.

La señorita Lavendar corrió a la cocina y las jovencitas subieron al cuarto de huéspedes, una habitación tan blanca como su puerta, iluminada por la ventana cubierta de hiedra y con todo el aspecto, como dijo Ana, de ser el lugar donde nacen los sueños.

—Es toda una aventura, ¿no te parece? —dijo Diana—. ¿No es dulce la señorita Lavendar aunque sea algo rara? No parece en absoluto una solterona.

—Creo que parece un sonido musical —respondió Ana.

Cuando bajaron, la dueña de casa estaba llevando la tetera y detrás de ella, con aspecto muy complacido, iba Charlotta IV con un plato de bizcochos calientes.

—Ahora, deben decirme sus nombres —dijo la señorita Lavendar—. Estoy tan contenta de que sean jóvenes. Adoro las jóvenes. Es fácil pretender que yo misma soy una muchacha cuando estoy con ellas. Odio —continuó con una mueca— pensar que soy vieja. Ahora bien, ¿quiénes son ustedes? ¿Diana Barry y Ana Shirley? ¿Puedo imaginar que las conozco hace cien años y llamarlas Ana y Diana directamente?

—Puede hacerlo —dijeron las niñas al unísono.

—Entonces sentémonos a comer —dijo la señorita Lavendar alegremente —. Es una suerte que haya preparado el bizcocho y los buñuelos. Por supuesto, era una tontería hacerlos para huéspedes imaginarios. Sé que Charlotta IV lo pensaba; ¿no es así, Charlotta? Pero ya ven qué bien se ha resuelto todo. Claro que no se iban a desperdiciar, porque Charlotta y yo los hubiéramos ido comiendo. Pero el bizcocho no es algo que mejore con el tiempo.

Fue una alegre y memorable merienda y cuando terminaron, salieron al jardín bajo el resplandor de la puesta de sol.

—Pienso que vive en el más maravilloso de los lugares —dijo Diana mirando en torno de ella admirativamente.

—¿Por qué lo llama «La Morada del Eco»? —preguntó Ana.

—Charlotta —dijo la señorita Lavendar—, trae el pequeño cuerno de hojalata que está colgado sobre el estante del reloj.

Charlotta IV salió corriendo y regresó con el cuerno.

—Sopla, Charlotta —le ordenó.

Charlotta sopló y se oyó un sonido algo ronco y estridente. Hubo un momento de silencio… y luego, desde los bosques, llegó una multitud de hermosos ecos, dulces, fugaces, argentinos, como si todos los «cuernos de la región del encanto» estuvieran soplando. Ana y Diana quedaron maravilladas.

—Ahora ríe, Charlotta. Ríe fuerte.

Charlotta, que probablemente hubiera obedecido a la señorita Lavendar aunque le hubiera ordenado que se pusiese cabeza abajo, subió al banco de piedra y rio fuerte y con todas sus ganas. El eco lo devolvió, como si una horda de duendes estuvieran haciendo burlas a su risa en los bosques púrpura y a lo largo de la orla de abetos.

—La gente siempre ha admirado mi eco —dijo la señorita Lavendar como si el eco fuera de su propiedad—. Yo lo quiero mucho. Son muy buena compañía, con un poquito de imaginación. En los calmos atardeceres, Charlotta IV y yo nos sentamos aquí y nos entretenemos con él. Charlotta, llévate el cuerno y cuélgalo en su sitio con cuidado.

—¿Por qué la llama Charlotta IV? —preguntó Diana, que se consumía de curiosidad.

—Sólo para no confundirla con todas las otras Charlotta de mis pensamientos —dijo la señorita Lavendar seriamente—. Todas se parecen tanto que no puedo distinguirlas. Su nombre no es realmente Charlotta. Es… déjeme pensar… ¿cómo era? Creo que Leonora… sí, es Leonora. Verás, la

cosa es así, cuando murió mi madre hace diez años, no podía quedarme aquí sola… y no tenía medios para pagar el sueldo de una criada. De modo que hice venir a vivir conmigo a Charlotta Bowman a cambio de casa y comida. Su verdadero nombre era Charlotta: fue Charlotta I. Tenía trece años y se quedó conmigo hasta los dieciséis. Luego se fue a Boston, porque allí podría abrirse camino mejor. Entonces vino su hermana a quedarse aquí. Se llamaba Julietta. Me parece que la señora Bowman tiene debilidad por los nombres caprichosos, pero era tan parecida a Charlotta que continué llamándola por este nombre y no se opuso. De manera que abandoné mis esfuerzos por recordar su verdadero nombre. Fue Charlotta II y cuando se fue, vino Evelina y fue la III. Ahora tengo a Charlotta IV y cuando tenga dieciséis años —ahora tiene catorce— se irá también a Boston y realmente no sé que haré entonces. Charlotta IV es la última de las hermanas Bowman y la mejor. Las otras Charlotta siempre me demostraron que pensaban que era una tontería el que yo imaginara cosas, pero Charlotta IV nunca lo hace, no importa lo que piense realmente. No me importa lo que pueda pensar la gente de mí mientras no me lo haga ver.

—Bueno —dijo Diana mirando pesarosa el sol que se ponía en el horizonte —. Supongo que debemos irnos si queremos llegar a casa del señor Kimball antes de que oscurezca. Hemos pasado un rato delicioso, señorita Lewis.

—¿Vendréis a verme otra vez? —rogó ésta.

La alta Ana puso su brazo sobre el hombro de la pequeña dama.

—Claro que sí —prometió—, ahora que la hemos descubierto. Sí, debemos irnos, «debemos arrancarnos de aquí», como dice Paul Irving cada vez que viene a «Tejas Verdes».

—¿Paul Irving? —Hubo una repentina mutación en la voz de la señorita Lavendar—. ¿Quién es? No sabía que hubiera alguien de ese nombre en Avonlea.

Ana se sintió molesta por su propia imprudencia; cuando nombró a Paul, había olvidado el viejo romance de la señorita Lavendar.

—Es un pequeño alumno mío —explicó pausadamente—. Llegó de Boston el año pasado a vivir con su abuela, la señora Irving, sobre el camino de la playa.

—¿Es el hijo de Stephen Irving? —preguntó la señorita Lavendar inclinándose sobre la franja de flores de lavanda de modo que su rostro quedó oculto.

—Sí.

—Voy a darles un manojo de lavandas a cada una —dijo la señorita Lewis

brillantemente, como si no hubiera oído la respuesta a su pregunta—. Son muy dulces, ¿no les parece? Mamá siempre las amó. Ella plantó estos canteros hace mucho tiempo. Papá me llamó Lavendar porque también a él le gustaban mucho. Vio a mi madre por primera vez cuando visitó su casa en East Grafton. Se enamoró a primera vista. Le pusieron en el cuarto de huéspedes; las sábanas estaban perfumadas con lavanda. Y permaneció despierto toda la noche pensando en ella. Desde entonces papá siempre amó el perfume de la lavanda. Y por eso me dieron su nombre. No olvidéis regresar, queridas. Charlotta IV y yo os estaremos esperando.

Abrió la puertecilla para que pasaran. Repentinamente parecía vieja y cansada; el resplandor y brillo de su rostro se había desvanecido; su sonrisa era tan dulce como siempre, pero cuando las jóvenes se giraron en la primera curva del sendero, la vieron sentada sobre el viejo banco de piedra bajo los plateados álamos en medio del jardín, con la cabeza entre las manos.

—Parece muy triste —dijo Diana suavemente—. Debemos venir a verla a menudo.

—Pienso que sus padres le dieron el nombre más apropiado y conveniente que podían darle —dijo Ana—. Si hubieran sido tan ciegos como para llamarla Elisabeth o Nellie o Muriel, igual debía ser llamada Lavendar. Ese nombre está lleno de sugerencias de antiguas gracias y «trajes de seda». Ahora mi nombre me suena a pan y manteca, remiendos y tareas domésticas.

—Oh, yo no pienso así —exclamó Diana—. Ana me parece realmente majestuoso, como una reina. Pero hasta Kerrenhappuch me gustaría si fuera tu nombre. Creo que la gente hace bonitos o feos a los nombres, según cómo se comporte. Ahora no puedo soportar los nombres de Josie o Gertie, pero antes de conocer a los Pye, pensaba que eran nombres bonitos.

—Es una idea espléndida, Diana —dijo Ana entusiasmada—. Vivir para embellecer el nombre, aunque no sea tan hermoso en sí mismo y hacerlo, resaltar en la mente de las gentes como algo bello y placentero en lo cual nunca pensarían. Gracias, Diana…

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Retazos

—De modo que tomaste el té en la casa de piedra con Lavendar Lewis —dijo Marilla a la mañana siguiente—. ¿Cómo es ahora? Hace más de quince años que no la veo. Desde un domingo en la iglesia de Grafton. Supongo que ha cambiado mucho. Davy Keith: cuando quieras algo que no esté a tu

alcance, pídelo y no te estires sobre la mesa de esa manera. ¿Has visto hacer eso a Paul Irving cuando viene a comer?

—Pero los brazos de Paul son más largos que los míos —gruñó Davy—. Han tenido once años para crecer, y los míos nada más que siete. Además, pedí, pero tú y Ana estabais charlando y no me hicisteis caso. Además, Paul sólo ha venido a tomar el té y es más fácil ser bien educado en el té que en el desayuno. Se tiene la mitad de hambre. Además, Ana, esa cucharilla es tan pequeña como el año pasado y yo soy más grande.

—Desde luego, no sé cuál sería el aspecto de la señorita Lavendar, pero no creo que haya cambiado mucho —dijo Ana, después de dar a Davy dos cucharadas de miel, doble dosis que de costumbre, para apaciguarle—. Su cabello está como la nieve, pero su cara es fresca y casi infantil y posee unos dulces ojos pardos, un hermoso tono de pardo boscoso con destellos dorados, y su voz hace pensar en el raso blanco, en el agua cristalina y en las campanas de las hadas, todo junto.

—Cuando era joven, se reconocía que era una belleza —dijo Marilla—. Nunca la conocí mucho, pero me gustó con lo poco que la traté. Ya entonces, algunos la consideraban peculiar. Davy, si te descubro otra vez haciendo esas cosas, te obligaré a esperar a que todos terminen de comer para empezar tú, como hace el francés.

La mayoría de las conversaciones que mantenían Ana y Marilla en presencia de los mellizos estaban jalonadas por estos comentarios a Davy. En esta ocasión, el pequeño, al no serle posible recoger las últimas gotas de miel del plato con la cuchara, había resuelto la dificultad alzando el plato con ambas manos y pasándole la lengua.

Ana le miró con ojos tan horrorizados, que el pequeño pecador enrojeció y dijo, mitad avergonzado, mitad desafiante:

—Así no se pierde nada.

—Quienes son distintos a los demás, reciben siempre el calificativo de peculiares —dijo Ana—. Y la señora Lavendar es distinta, aunque es difícil señalar dónde reside tal diferencia. Quizá esté en que es una de esas personas que nunca envejecen.

—Uno puede envejecer cuando lo hace su generación —dijo Marilla—. Si no lo haces, estás fuera de tono. Por lo que se ve, Lavendar se apartó de todo. Ha vivido en ese lugar alejado hasta que todos la olvidaron. Esa casa de piedra es una de las más viejas de la isla. El anciano señor Lewis la construyó hace ochenta años, cuando llegó de Inglaterra. Davy, deja de dar codazos a Dora. ¡Oh, te vi! No necesitas hacerte el inocente. ¿Qué te hace portarte así esta mañana?

—Quizá me levanté con mal pie —sugirió Davy—. Milty Boulter dice que si eso ocurre, todo va mal durante el día. Su abuela se lo dijo. ¿Pero, cuál es el pie correcto? ¿Y qué pasa cuando la cama está contra la pared? Quiero saber.

—Me habría gustado saber qué ocurrió entre Stephen Irving y Lavendar Lewis —continuó Marilla, ignorando a Davy—. Hace veinticinco años estaban comprometidos y de pronto, todo se acabó. No sé cuál fue la causa, pero debió ser algo terrible, pues él se marchó a Estados Unidos y ya no regresó.

—Quizá no fue algo tan terrible después de todo. Creo que en la vida, las pequeñas cosas hacen más daño que las grandes —dijo Ana, con uno de esos relámpagos de sabiduría que la experiencia no puede perfeccionar—. Marilla, por favor, no le diga a la señora Lynde que he estado con la señorita Lavendar. Empezará a hacer preguntas y eso no me va a gustar, ni tampoco a la señorita Lavendar, si se entera. Estoy segura.

—Me atrevo a decir que a Rachel le gustaría curiosear —admitió Marilla —, aunque ahora no tiene tanto tiempo como antes para meterse en las cosas de los demás. Está atada a su casa por culpa de Thomas y empieza a descorazonarse, pues creo que no hay esperanzas de que mejore. Rachel se quedará muy sola si algo le pasa a él, con todos sus hijos afincados en el oeste, excepto Eliza, que está en la ciudad; pero a Rachel no le gusta su marido.

Los chismes de Marilla atacaron a Eliza, quien estaba en muy buenos términos con su marido.

—Rachel dice que si se levantara y tuviera voluntad, mejoraría. Pero ¿qué se puede conseguir con pedir a un trozo de jalea que se ponga de pie? —continuó Marilla—. Thomas Lynde nunca tuvo voluntad propia. Su madre le dominó hasta que se casó y entonces, Rachel se hizo cargo de la tarea. Es extraño que se atreviera a ponerse enfermo sin permiso. Pero no debería hablar así. Rachel ha sido una buena esposa. Él nunca hubiera llegado a nada sin ella, eso es verdad. Nació para obedecer y fue una suerte que cayera en manos de una mujer inteligente y capaz como Rachel. A él no le importaba la manera de ser de su mujer. Le ahorraba hasta la preocupación de tomar una decisión. Davy, deja de retorcerte como una anguila.

—No tengo otra cosa que hacer —protestó Davy—. No puedo comer más y no es muy divertido veros comer a ti y a Ana.

—Bueno, tú y Dora podéis ir a dar de comer a las aves —dijo Marilla—. Y no trates de quitarle las plumas de la cola a la gallina blanca.

—Necesitaba algunas plumas para mi tocado indio —contestó Davy—. Milty Boulter tiene uno muy elegante hecho con las plumas que le diera su madre cuando mataron la vieja gallina blanca. Me podrían dejar tener algunas.

Esa gallina tiene más de las que necesita.

—Puedes usar el viejo plumero que hay en el desván —dijo Ana—; yo te las teñiré de verde, rojo y amarillo.

—Estás malcriando al niño —protestó Marilla cuando Davy, con cara radiante, siguió a la peripuesta Dora.

La educación de Marilla había hecho grandes progresos durante los últimos seis años, pero todavía no se podía librar de la idea de que era malo para los niños que accedieran muy a menudo a sus deseos.

—Todos los muchachos de su edad tienen tocados indios y Davy quiere el suyo —dijo Ana—. Y sé lo que se siente. Nunca olvidaré cuánto añoré las mangas abullonadas cuando todas las chicas las llevaban. Y Davy no está malcriado. Progresa día a día. Piense cuan diferente es de cuando llegó hace un año.

—Es cierto que no hace tantas diabluras desde que empezó a ir a la escuela —reconoció Marilla—. Supongo que la tendencia se diluye con los otros muchachos. Pero es raro que no tengamos noticias de Richard Keith. Ni una palabra desde mayo.

—Tengo miedo de sus noticias —suspiró Ana, mientras recogía los platos —. Si llega una carta, temeré abrirla, por miedo a que nos diga que le enviemos a los mellizos.

Una carta llegó un mes más tarde. Pero no era de Richard Keith. Un amigo suyo escribió para decir que había muerto de tisis hacía quince días. El corresponsal era su albacea y en el testamento figuraba un legado de dos mil dólares para la señorita Marilla Cuthbert, como albacea de Davy y Dora Keith, hasta que fueran mayores de edad o hasta que se casaran. Entre tanto, los intereses debían ser empleados para su manutención.

—Me parece horrible alegrarse por algo relacionado con la muerte —dijo Ana—. Lo siento por el pobre señor Keith, pero me alegro de que nos quedemos con los mellizos.

—El dinero nos vendrá bien —dijo la práctica Marilla—. Quería quedarme con ellos, pero no veía cómo, especialmente cuando crecieran. El alquiler de la granja no da más que para mantener la casa y estaba decidida a que no se gastara en ellos un centavo de tu dinero. Ya haces bastante. Dora no necesitaba ese sombrero nuevo que le compraste. Pero ahora todo irá bien y ellos tendrán sus propios fondos.

Davy y Dora se alegraron cuando supieron que se quedarían en «Tejas Verdes» para siempre. La muerte de un tío a quien no conocían no pesaba para nada en la balanza. Pero Dora tenía una duda.

—¿Enterraron al tío Richard? —inquirió.

—Sí, querida, desde luego.

—¿Él… no… es… como el tío de Mirabel Cortón? —insistió aún más agitada—. ¿No caminará por la casa después de enterrarlo, Ana?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El romance de la señorita Lavendar

—Creo que iré hasta la «Morada del Eco» esta tarde —dijo Ana en el atardecer de un viernes de diciembre.

—Parece que va a nevar —dijo Marilla dubitativamente.

—Estaré allí antes de que empiece y me quedaré a dormir. Diana no puede ir porque tiene visitas, pero estoy segura de que la señorita Lavendar me estará esperando esta tarde. Hace quince días que no voy.

Ana había hecho muchas visitas a «La Morada del Eco» desde aquel día de octubre. Algunas veces ella y Diana iban por el camino y otras atravesaban los bosques. Cuando Diana no podía acompañarla, Ana iba sola. Entre ella y la señorita Lavendar había surgido una de esas amistades fieles y fervientes, posibles sólo entre una mujer que ha conservado la frescura de la juventud en su corazón, y una jovencita cuya imaginación e intuición suplen la falta de experiencia. Por fin Ana había descubierto una verdadera «alma gemela», mientras que para la solitaria vida de la pequeña dama, Ana y Diana significaban toda la alegría y regocijo del mundo exterior, en el que la señorita Lavendar, «olvidada del mundo, por el mundo olvidada», hacía ya mucho que no participaba; habían llevado a la pequeña casa de piedra una atmósfera de juventud y realidad. Charlotta IV siempre las recibía con su más amplia sonrisa… y las sonrisas de Charlotta eran inmensamente amplias. Las quería tanto por el bien que hacían a su adorada señora, como por ella misma. Nunca hubo en la casita de piedra risas y alegrías como las de aquel hermoso y largo otoño, cuando en pleno noviembre parecía continuar octubre y hasta aun diciembre remedaba los rayos de sol y las brumas del verano.

Pero aquel día, parecía como si diciembre hubiera recordado que ya era tiempo de que llegara el invierno, y repentinamente se presentó oscuro y amenazador, con una quietud que predecía nieve. A pesar de todo, Ana disfrutó de su paseo a través de la gran masa gris de terrenos cubiertos de hayas. Aunque iba sola, no sentía la soledad; su imaginación poblaba su camino de alegres compañeros, con quienes mantenía una divertida

conversación que resultaba más ingeniosa y fascinante que las de la vida real.

En una «fingida» reunión de espíritus elegidos, cada uno dice justamente lo que uno quiere que diga; y así da oportunidad a contestarle lo que uno quiere decir. Asistida por esta invisible compañía, Ana atravesó los bosques y llegó al Camino de los Abedules justo cuando empezaban a caer los primeros copos. En el primer recodo, encontró a la señorita Lavendar, de pie bajo un inmenso abeto de espeso ramaje. Llevaba un traje de color rojo vivo y envolvía su cabeza y los hombros con un mantón de seda gris plata.

—Parece la reina de las hadas del bosque de los abetos —dijo Ana alegremente.

—Pensé que vendría esta tarde, Ana —dijo la señorita Lavendar corriendo hacia ella—. Y estoy doblemente contenta, porque Charlotta IV no está. Su madre está enferma y fue a pasar la noche a su casa. Me hubiera sentido muy sola si no hubiera venido. Ni los sueños ni los ecos habrían resultado suficiente compañía. ¡Oh, Ana, qué hermosa es usted! —agregó repentinamente mirando a la alta y delgada muchachita sonrosada por el paseo —. ¡Qué hermosa y qué joven! Es delicioso tener diecisiete años, ¿no es cierto? La envidio —concluyó la señorita Lavendar cándidamente.

—Pero usted tiene diecisiete años en el corazón —sonrió Ana.

—No, soy una vieja de edad mediana, que es mucho peor —suspiró—; algunas veces pretendo que no es así, pero otras me doy cuenta. Y no puedo reconciliarme con la idea como parece hacerlo la mayoría de las mujeres. Siento la misma rebelión que el día que descubrí mi primera cana. Ana, no me mire como si estuviera tratando de comprender. Diecisiete años no pueden entenderlo. Voy a imaginar que yo también los tengo, y podré hacerlo, ahora que está aquí y trae la juventud en las manos, como un don. Vamos a pasar una tarde divertida. Primero el té. ¿Qué quiere comer? Tendremos cuanto guste. Pensemos en algo rico e indigesto.

Esa noche, ruidos de júbilo y alboroto poblaron la casita de piedra, si bien es cierto que al cocinar, reír, hacer dulces e «imaginar», la señorita Lavendar y Ana no se comportaron de acuerdo a su dignidad de solterona de cuarenta y cinco años la una, y de sosegada maestra de escuela la otra. Luego se sentaron a descansar sobre la alfombra del comedor iluminado sólo por las suaves llamas y perfumado por las rosas. El viento se había desatado y suspiraba y se quejaba por los aleros y la nieve golpeaba suavemente contra las ventanas, como si un centenar de duendes de las tormentas trataran de entrar.

—¡Estoy tan contenta de que haya venido, Ana! —dijo la señorita Lavendar acariciándola dulcemente—. Si no estuviera aquí, me sentiría triste, muy triste, terriblemente triste. Los sueños y las suposiciones están muy bien

de día, a la luz del sol; pero cuando llega la noche y la tormenta, ya no satisfacen. Entonces se desean cosas reales. Pero usted no puede comprenderlo. Diecisiete años no lo entienden. A esa edad, los sueños sí satisfacen, porque uno piensa que las realidades la esperan más adelante. Cuando tenía sus años, Ana, no pensaba que a los cuarenta y cinco estaría convertida en una solterona de cabellos blancos con la vida llena nada más que de sueños.

—Pero usted no es una solterona —dijo Ana sonriendo—. Las solteronas nacen, no se hacen.

—Algunas nacen solteronas, otras ganan la soltería y otras la reciben a la fuerza.

—Entonces usted es una de las que la ganaron —rio Ana—, y lo ha hecho tan encantadoramente que si todas las solteronas fueran como usted creo que se implantaría la moda.

—Siempre me gusta hacer las cosas lo mejor posible —dijo Lavendar—. Y ya que debí ser una solterona, decidí ser una agradable. La gente dice que soy rara; pero es porque yo sigo mi propio método de solterona, en vez de copiar los ya establecidos. Ana, ¿alguna vez le han contado algo sobre Stephen Irving y yo?

—Sí —dijo Ana cándidamente—. He oído que estuvieron comprometidos.

—Lo estuvimos… hace veinticinco años… una eternidad. Y teníamos que casarnos en la primavera. Tenía mi vestido de novia hecho aunque nadie, excepto mamá y Stephen, lo sabía. Podría decirse que estuvimos comprometidos casi toda la vida. Cuando Stephen era un niño, su madre lo trajo aquí una vez que vino a ver a la mía. Y la segunda vez que vino tenía nueve años y yo seis. Me dijo en el jardín que ya tenía decidido casarse conmigo cuando creciera. Recuerdo que le dije «gracias». Y cuando se fue le dije a mamá que me había quitado un gran peso de encima, pues ya no temía llegar a ser solterona. ¡Cómo rio la pobre mamá!

—¿Y qué sucedió?

—Tuvimos una estúpida disputa, tonta y vulgar. Tan vulgar que ni siquiera recuerdo cómo empezó; apenas si recuerdo quién tuvo más culpa. Stephen empezó, pero supongo que yo debí haberlo provocado con alguna de mis tonterías. Él tenía uno o dos rivales. Yo era vanidosa y coqueta y me gustaba atormentarlo un poquito. Stephen era un hombre muy sensible. Bueno, nos separamos enfadados. Pero yo pensaba que todo iba a terminar bien y hubiera resultado de no regresar tan pronto Stephen. Ana, querida, lamento confesar… —la señorita Lavendar se detuvo como si fuera a declarar su predilección por asesinar gente— que soy una persona terriblemente malhumorada. ¡Oh!, no,

no sonría…, es la verdad. Soy malhumorada, y Stephen volvió antes de que yo terminara de calmarme. No quise escucharle ni perdonarle; y él se fue para siempre. Era demasiado orgulloso para insistir. Y entonces me enfurecí porque no regresaba. Quizá pude haberlo mandado buscar, pero no pude humillarme hasta ese extremo. Era tan orgullosa como él. Orgullo y mal genio combinan mal, Ana. Pero nunca pude querer a otro, ni quise intentarlo. Prefería ser solterona durante mil años que casarme con alguien que no fuera Stephen Irving. Bueno, todo esto parece un sueño. Con cuánta simpatía me mira, Ana… con toda la benevolencia que puede despertar en sus diecisiete años. Pero no se exceda. Realmente soy muy feliz a pesar de tener destrozado el corazón. Mi corazón se rompió, si un corazón puede romperse, cuando comprendí que Stephen Irving no volvería. Pero Ana, un corazón destrozado en la vida real, no es la mitad de terrible de lo que resulta en los libros. Se parece mucho a tener un diente cariado, aunque no le parezca una comparación muy romántica. Tiene períodos de dolor y no deja dormir de vez en cuando, pero permite disfrutar de la vida, de los sueños, de los ecos y del guirlache de cacahuetes como si no ocurriera nada. Y ahora me mira desilusionada. Ya no me encuentra ni la mitad de interesante que hace cinco minutos, cuando creía que vivía presa de un trágico recuerdo que ocultaba valientemente con sonrisas. Esto es lo peor, o lo mejor, de la vida real, Ana. No te deja ser desgraciada. Sigue tratando de conformarla, y lo consigue, aun cuando se esté decidida a ser infeliz y romántica. ¿No es magnífico este dulce? Ya he comido más de lo que conviene a mi salud, pero no importa; seguiré comiendo.

Después de un breve silencio la señorita Lavendar dijo repentinamente:

—Me sorprendió oír hablar del hijo de Stephen el primer día que estuvo aquí, Ana. Desde entonces, no me había atrevido a nombrárselo, pero deseaba saberlo todo sobre él. ¿Qué clase de niño es?

—Es la criatura más dulce y encantadora que he conocido, señorita Lavendar. Y también imagina cosas como usted y yo.

—Me gustaría conocerlo —dijo la señorita Lavendar suavemente, como hablando consigo misma—. Me pregunto si se parecerá algo al pequeño niño de mis sueños. Mi pequeño niño.

—Si quiere conocer a Paul, puedo traerlo conmigo alguna vez —dijo Ana.

—Me gustaría, pero no demasiado pronto. Quiero acostumbrarme a la idea. Habrá en ello más dolor que alegría, si se parece demasiado a Stephen o si no se le parece lo suficiente. Dentro de un mes, puede traérmelo.

De acuerdo con esto, un mes más tarde, Ana y Paul atravesaron los bosques rumbo a la casita de piedra y hallaron a la señorita Lavendar en el

sendero. Ella no les esperaba y palideció al verles.

—Así que éste es el hijo de Stephen —dijo en voz muy baja, tomando la mano de Paul y observándolo en toda su hermosura y su niñez, con su elegante abrigo y la gorra de piel—. Es… es muy parecido a su padre.

—Todos dicen que soy una astilla del viejo tronco —dijo Paul con su desenvoltura de costumbre.

Ana, que había estado observando la escena, respiró aliviada. Vio que la señorita Lavendar y Paul se habían «aceptado» mutuamente y que no se trataban con modales afectados. La señorita Lavendar era una persona muy sensata a pesar de su romance y de sus sueños, y después de esa pequeña traición, escondió sus sentimientos y entretuvo a Paul como si éste fuera el hijo de cualquier persona que hubiera ido a visitarla. Pasaron una tarde muy divertida y comieron manjares que habrían hecho que la anciana señora Irving levantara las manos horrorizada, por creer arruinada para siempre la digestión de Paul.

—Vuelve a visitarme, querido —dijo la señorita Lavendar estrechándole la mano al despedirse.

—Puede besarme, si lo desea —dijo Paul seriamente.

La señorita Lavendar lo hizo.

—¿Cómo sabías que quería hacerlo? —murmuró.

—Porque usted me miraba igual que mamá cuando tenía ganas de besarme. En general no me gusta. A los muchachos no se les besa ¿sabe? Pero me gusta que usted me bese. Y por supuesto que vendré a verla otra vez. Me gustaría tenerla por amiga particular, si usted no se opone.

—No, no me opondré —dijo la señorita Lavendar. Se volvió y echó a andar rápidamente: pero al momento siguiente los despedía desde la ventana con una alegre sonrisa.

—Me gusta la señorita Lavendar —anunció Paul mientras cruzaban los bosques de hayas—. Me gusta el modo como me miraba y su casita de piedra y Charlotta IV. Desearía que abuelita tuviera una Charlotta IV en vez de a Mary Joe. Estoy seguro de que Charlotta IV no pensaría que estoy mal de la cabeza cuando le contara lo que pienso sobre las cosas. ¿No ha sido un espléndido té, señorita? Abuelita dice que un niño no debe estar pensando qué va a comer, pero no puedo evitarlo cuando tengo mucha hambre. Creo que la señorita Lavendar no le haría comer potaje a un niño por las mañanas si él no quisiera. Le dejaría hacer lo que deseara. Pero, por supuesto —Paul era un niño justo—, eso no podría ser muy bueno para él. Aunque está bien, para variar, señorita.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Un profeta en su tierra

Cierto día de mayo, los vecinos de Avonlea fueron alborotados por algunas «Notas de Avonlea», firmadas «Observador», que aparecieron en el Daily Enterprise de Charlottatown. Los rumores le adjudicaron la paternidad a Charlie Sloane, en parte porque el tal Charlie tuviera devaneos literarios en el pasado y en parte porque dichas notas parecían envolver una pulla a Gilbert Blythe. La juventud de Avonlea persistía en considerar rivales a Gilbert y a Charlie en el aprecio de cierta damisela de ojos grises y gran imaginación.

La maledicencia, como de costumbre, se equivocaba. Gilbert, ayudado e instigado por Ana, era el autor de aquellas notas y puso una sobre sí mismo para despistar. Sólo dos de esas notas tienen relación con esta historia.

Se rumorea que habrá boda en el pueblo para cuando florezcan las margaritas. Un nuevo y muy respetable ciudadano conducirá al altar del himeneo a una de nuestras más populares damas.

La otra decía:

El tío Abe, nuestro bien conocido profeta meteorológico, predice una violenta tormenta con truenos y relámpagos para la tarde del veintitrés de mayo, que comenzará a las siete en punto. El área de la tormenta cubrirá la mayor parte de la provincia Quienes tengan que viajar esa tarde, será mejor que lleven sus paraguas e impermeables.

—El tío Abe ha predicho realmente una tempestad para algún momento de esta primavera —dijo Gilbert—. Pero ¿supones que el señor Harrison va en realidad a ver a Isabella Andrews?

—No —respondió riendo Ana—. Estoy segura de que sólo va a jugar al ajedrez con su padre, pero la señora Lynde dice que sabe que Isabella Andrews debe estar por casarse, pues esta primavera está de muy buen talante.

El pobre tío Abe se sintió algo indignado por las notas. Sospechó que el «Observador» se estaba burlando de él. Negó airadamente haber asignado fecha particular a su tormenta, pero nadie le creyó.

La vida continuó en Avonlea con la suavidad de costumbre. Los «fomentadores» celebraron un Día del Árbol. Cada «fomentador» plantó, o hizo que plantaran, cinco árboles ornamentales. Como la sociedad contaba con cuarenta socios, esto significó un total de doscientos retoños. La avena temprana reverdecía sobre los rojos campos; los manzanos echaban sus

grandes brazos cubiertos de capullos en las huertas y la Reina de las Nieves se adornó como una novia esperando a su amado. A Ana le gustaba dormir con las ventanas abiertas para gozar de la fragancia de los cerezos durante la noche. Lo creía muy poético. Marilla pensaba, en cambio, que arriesgaba su vida.

—El Día de Acción de Gracias debería celebrarse en primavera —le dijo Ana a Marilla una tarde, mientras escuchaban el croar de las ranas, sentadas en los escalones de la galería—. Creo que sería mejor que celebrarlo en noviembre, cuando todo está muerto o dormido. Entonces es necesario recordar, para estar agradecida, mientras que en mayo, el agradecimiento es inevitable, aunque sólo sea por la vida. Me siento exactamente como Eva en el Paraíso antes del pecado. La hierba de la hondonada, ¿es verde o dorada? Creo que en días como éste, cuando florecen los capullos y los vientos soplan con tan loca alegría, la tierra se parece al paraíso.

Marilla pareció escandalizada y echó una aprensiva mirada, no fuera que los mellizos estuvieran cerca. En aquel mismo instante, éstos aparecieron por detrás de la casa.

—¿No huele muy bien esta tarde? —preguntó Davy, oliendo plácidamente, mientras jugueteaba con un azadón.

Aquella primavera, Marilla, para encauzar la costumbre de Davy de andar entre el barro y la arcilla, les había dado a éste y a Dora un trozo de jardín para cuidar. Ambos se pusieron a trabajar ansiosamente en su forma característica. Dora plantó, sembró y regó cuidadosa, sistemática y desapasionadamente. Como resultado en su parcela ya habían brotado pequeñas y ordenadas filas de hortalizas. Davy, sin embargo, trabajaba con más celo que perseverancia; cavaba, abonaba, rastrillaba y trasplantaba con tanta energía, que a sus semillas no les quedaba oportunidad de crecer.

—¿Cómo va tu jardín, Davy? —preguntó Ana.

—Un poco lento —dijo Davy con un suspiro—. No sé por qué no crecen mejor las cosas. Milty Boulter dice que debo haber plantado en luna nueva y por eso no crece. Dice que no se debe sembrar, matar cerdos, cortarse los cabellos o hacer cualquier otra cosa de importancia en fase contraria de la luna. ¿Es eso verdad, Ana? Quiero saber.

—Quizá si no les sacaras las raíces a tus plantas para ver si crecen «del otro lado», te iría mejor —dijo sarcásticamente Marilla.

—No miré más que a seis —protestó Davy—. Quería saber si había larvas en las raíces. Milty dijo que si la culpa no era de la luna, era de las larvas. Pero no encontré más que una. Era grande y gorda. La puse encima de una piedra y la aplasté con otra. Siento que no hubiera más. El jardín de Dora fue plantado

al mismo tiempo que el mío y crece bien. No puede ser la luna —concluyó Davy con tono reflexivo.

—Marilla, mire ese manzano —dijo Ana—. Es casi humano. Está alargando sus luengos brazos para alzarse las rosadas faldas y provocar nuestra admiración.

—Esos manzanos siempre crecen hermosos —dijo Marilla complacida—. Ese árbol estará cargado este año. Me alegro… son muy buenas para las tortas.

Pero ni ella, ni Ana, ni nadie haría torta con esos frutos aquel año.

Llegó el veintitrés de mayo, un día excepcionalmente caluroso, como lo notaron más que nadie Ana y su enjambre de alumnos, que luchaban con los quebrados y la sintaxis en el aula de Avonlea. Antes del mediodía había soplado una brisa cálida, pero a esa hora se trasformó en una pesada quietud. A las tres y media, Ana escuchó el lejano retumbo del trueno. Despachó pronto a sus alumnos, de modo que los pequeños pudieran llegar a sus casas antes de que se desatara la tormenta.

Cuando salieron al patio, Ana percibió cierta sombra y oscuridad en el ambiente, a pesar de que brillaba aún el sol. Annetta Bell se cogió nerviosamente de la mano.

—¡Señorita, mire esa horrible nube!

Ana miró y lanzó una exclamación de consternación. Hacia el noroeste se alzaba un banco de nubes como no había visto en su vida. Negro, excepto en los bordes, donde era blancuzco. En él había algo de indescriptible amenaza mientras se destacaba sobre el claro cielo azul; cada tanto, la atravesaba un relámpago, seguido por un salvaje rugido. Estaba tan bajo, que casi parecía tocar las cimas de las colinas.

El señor Harmon Andrews apareció en la colina, en su coche, a toda la velocidad que podía. Se detuvo frente a la escuela.

—Sospecho que el tío Abe acertó por una vez en su vida —gritó—. Su tormenta llega un poquito adelantada. ¿Vio alguna vez algo como esa nube? A ver, todos los que vivan por mi lado, suban, y los que no, corran a la oficina de correos si tienen que caminar más de medio kilómetro y quédense allí hasta que pase el chaparrón.

Ana cogió a los mellizos y voló colina abajo, por el Camino de los Abedules, cruzando el Valle de las Violetas y Willowmere. Llegaron a tiempo a «Tejas Verdes» y Marilla, que venía de reunir a las aves, se les unió en la puerta. Mientras entraban en la cocina, la luz pareció desvanecerse, como ahuyentada por un poderoso bufido; los nubarrones cubrieron el sol y se extendió un temprano crepúsculo por el mundo. Al mismo tiempo, con

retumbo de truenos y luz de relámpagos, el granizo azotó los campos.

Entre el clamor de la tormenta, llegó el golpe de las ramas rotas que azotaban la casa y el ruido de vidrios hechos pedazos. A los tres minutos, todos los cristales de las ventanas que daban al oeste y al norte estaban hechos trizas y el granizo entraba por las aberturas cubriendo el suelo con trozos, el más pequeño de los cuales tenía el tamaño de un huevo de paloma. La tormenta siguió durante tres cuartos de hora y quien la pasó, no pudo olvidarla. Marilla, arrancada por una vez de su compostura, se arrodilló junto a su mecedora en un rincón de la cocina, llorando entre los ensordecedores truenos. Ana, blanca como el papel, había arrastrado el sofá lejos de la ventana y estaba allí sentada con un mellizo a cada lado. Davy, al primer estallido, había dicho:

—Ana, Ana, ¿es éste el día del Juicio Final? —Y entonces hundió su cara en la falda de la muchacha, quedándose así, con el cuerpecito temblando.

Dora, algo pálida pero bastante segura de sí, se sentó con su mano entre las de Ana, silenciosa e inmóvil. Ni siquiera un terremoto hubiera sido capaz de conmoverla.

Entonces, casi con tanta rapidez como sobreviniera, la tormenta cesó. El granizo dejó de caer; el trueno se alejó hacia el este y el sol emergió alegre y radiante sobre un mundo tan cambiado que parecía absurdo pensar que sólo tres cuartos de hora hubieran podido realizar tal trasformación.

Marilla se alzó, débil y temblorosa, y se dejó caer en la mecedora. Su cara estaba ojerosa y parecía diez años mayor.

—¿Hemos salido todos con vida? —preguntó solemnemente.

—Creo que sí —fue la alegre respuesta de Davy, bastante recobrado—. No tuve nada de miedo… excepto al principio. Llegó de repente. Decidí no pelearme el lunes con Teddy Sloane como había prometido, pero ahora puede que lo haga. Dime, Dora, ¿tenías miedo?

—Sí, un poco —dijo ésta—; pero apreté la mano de Ana y recé mucho.

—Bueno, yo hubiera rezado si me hubiese acordado —dijo Davy—; pero —añadió triunfalmente— ya ves que me salvé igual sin hacerlo.

Ana dio a Marilla una buena copa de su potente vino casero, de cuya potencia tenía muy buena noción, y corrió a la puerta para contemplar un extraño cuadro.

A lo lejos se extendía una blanca alfombra de granizo, alta hasta la rodilla; bajo los aleros y sobre los escalones, se amontonaban los trozos de hielo. Cuando, a los tres o cuatro días, se licuaron, pudieron ver los destrozos que habían producido; todo cuanto brotaba en los campos estaba destruido. No

sólo habían sido arrancados los capullos de los manzanos, sino que grandes ramas aparecían desgajadas, y de los doscientos árboles plantados por los «fomentadores», un buen número estaba arrancado de raíz o hecho pedazos.

—¿Será posible que éste sea el mismo mundo de hace una hora? —preguntó Ana—. Debe haber llevado mucho más tiempo destrozarlo todo.

—Nunca se había visto nada parecido en la isla del Príncipe Eduardo —dijo Marilla—, nunca. Recuerdo que cuando era niña hubo una tormenta terrible, pero no fue como ésta. Los daños serán horribles, estoy segura.

—Espero que ninguno de los niños estuviera al aire libre —murmuró Ana ansiosa.

Más tarde se supo que nada les había ocurrido, ya que los que debían recorrer una gran distancia hicieron caso del excelente consejo del señor Andrews y buscaron refugio en el correo.

—Ahí viene John Henry Cárter —dijo Marilla.

John Henry venía sorteando el granizo con cara de susto.

—¿No ha sido horrible, señorita Cuthbert? El señor Harrison me manda a ver si están bien.

—Estamos todos vivos —dijo Marilla con una mueca—, y no ha caído ningún rayo sobre los edificios. Espero que a ustedes les haya ido igual.

—Sí, señora; no tan bien, señora. A nosotros nos cayó un rayo en la cocina, bajó por el desagüe, tiró la jaula de Ginger, abrió un agujero en el piso y fue a parar al sótano. Sí, señora.

—¿Se hizo daño Ginger? —murmuró Ana.

—Sí, señora. Bastante. Murió.

Más tarde, Ana fue a consolar al señor Harrison. Le encontró sentado junto a la mesa, acariciando el cuerpo muerto de Ginger con mano temblorosa.

—La pobre Ginger ya no le dirá inconveniencias, Ana.

La muchacha nunca se hubiera podido imaginar que lloraría por causa de Ginger, pero las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Era toda la compañía que tenía, Ana, y ahora está muerta. Bueno, soy un viejo tonto por preocuparme tanto. Sé que va a decirme algo consolador en cuanto termine de hablar. No lo haga. Sería capaz de echarme a llorar como un niño. ¿No ha sido una tormenta terrible? Creo que la gente ya no se volverá a reír de las predicciones del tío Abe. Parece como si todas las tormentas que se pasó profetizando sin que ocurrieran, se hubieran presentado juntas esta vez. Y acertó con la fecha. Mire qué revoltijo hizo aquí. Debo ir a buscar algunas

maderas para arreglar el suelo.

Los habitantes de Avonlea no hicieron otra cosa al día siguiente excepto visitarse y comparar los daños. Los caminos estaban intransitables para los vehículos, de manera que fueron a pie o a caballo. El correo llegó tarde con las noticias de toda la provincia. Rayos, gente herida y muerta; todo el sistema telegráfico y telefónico estropeado y todos los terneros que se hallaban a campo abierto, muertos.

El tío Abe fue a la herrería temprano y pasó allí todo el día. Era su hora triunfal y la gozó plenamente. Seríamos injustos con él si dijéramos que se alegraba de que hubiera ocurrido la tormenta; pero ya que había ocurrido así, le alegraba que su predicción se hubiese cumplido, y en la fecha exacta. El tío Abe olvidó que hasta negara haber dado fecha. Y en cuanto a la ligera discrepancia en la hora, eso eran minucias.

Gilbert llegó a «Tejas Verdes» al atardecer y encontró a Ana y a Marilla ocupadas en clavar tela encerada sobre las rotas ventanas.

—Sólo Dios sabe cuándo encontraremos vidrios —dijo Marilla—. El señor Barry fue esta tarde a Carmody, pero no se consiguen por nada del mundo. A las diez no quedaba ni uno en lo de Lawson y Blair. ¿Cómo fue la tormenta en White Sands, Gilbert?

—Horrorosa. Me cogió en el colegio con todos los niños y creí que algunos de ellos enloquecerían de terror. Tres se desvanecieron y dos niñas tuvieron ataques de histeria, mientras Tommy Blewett no hacía otra cosa que gritar con todas sus ganas.

—Yo sólo chillé una vez —dijo Davy orgulloso—. Mi jardín ha quedado destrozado —continuó tristemente—. Pero también el de Dora —añadió con tono no muy fraternal.

Ana llegó corriendo desde su habitación.

—¡Oh, Gilbert!, ¿sabes las noticias? Un rayo cayó en la vieja casa de Levi Boulter y la quemó. Creo que soy terriblemente mala al alegrarme por eso, cuando hay tantos daños. El señor Boulter dice que la S. F. A. produjo la tormenta con ese propósito.

—Bueno, una cosa es cierta —dijo Gilbert riendo—. «Observador» ha creado reputación de profeta meteorológico al tío Abe. «La tormenta del tío Abe» figurará en la historia local. Es una extraordinaria coincidencia que ocurriera en el día que elegimos. Tengo cierto resquemor, como si la hubiera provocado. Podemos también regocijarnos por la vieja casa, ya que respecto a los retoños no nos queda mucha alegría. No han quedado ni diez en pie.

—Oh, bueno, tendremos que volverlos a plantar la primavera próxima —

dijo Ana, filosófica—. Es una de las cosas buenas de este mundo. Uno está siempre seguro de que habrá más primaveras.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Escándalo en Avonlea

Una alegre mañana de junio, quince días después de la tormenta del tío Abe, Ana entró lentamente al patio de «Tejas Verdes», procedente del jardín, llevando dos ajados tallos de narcisos blancos.

—Mire, Marilla —dijo tristemente, alzando las flores ante los ojos de una ceñuda dama que llevaba el cabello envuelto en una cofia verde y entraba a la casa con un pollo desplumado—: éstos son los únicos brotes que respetó la tormenta… y así y todo son imperfectos. Cuánto lo siento. Quería llevar algunas flores a la tumba de Matthew. ¡Siempre le gustaron tanto las lilas de junio!

—Yo también las extraño —admitió Marilla—, pero no es justo lamentarse por eso cuando han sucedido cosas mucho más terribles. Todas las cosechas están destruidas, igual que la fruta.

—Pero la gente ha sembrado otra vez su avena —dijo Ana alentadoramente—, y el señor Harrison dice que si tenemos un buen verano, aunque tarde, crecerá magníficamente. Y mis flores están brotando otra vez, pero nada puede reemplazar las lilas de junio. Tampoco las tendrá la pobre Hester Gray. Anoche fui hasta su jardín y no quedaba ninguna. Estoy segura de que las extrañará.

—No creo que esté bien que digas estas cosas, Ana. Realmente no lo creo —dijo Marilla severamente—. Hace treinta años que Hester Gray ha muerto y su alma está en el cielo… espero.

—Sí, pero creo que aún ama y recuerda su jardín —dijo Ana—. Estoy segura de que, no importa cuántos años lleve viviendo en el cielo, me gustará mirar y ver que alguien pone flores en mi tumba. Si yo hubiera tenido aquí un jardín como el de Hester Gray, tardaría más de treinta años en olvidarlo; en el cielo, sentiría nostalgia de vez en cuando.

—Bueno, no dejes que los mellizos te oigan hablar así —fue la endeble protesta de Marilla mientras entraba el pollo a la casa.

Ana prendió los narcisos entre sus cabellos y se detuvo un rato a gozar de la gloria de junio antes de comenzar a atender sus tareas de sábado por la mañana. El mundo volvía a surgir maravilloso; la madre naturaleza ponía

todos sus esfuerzos en la tarea de restaurar los daños ocasionados por la tormenta y, aunque a veces no tenía éxito, en general realizaba maravillas.

—Hoy me gustaría poder haraganear todo el día —le dijo Ana a un pajarillo que cantaba y se mecía sobre una rama de sauce—; pero una maestra de escuela que también está educando a un par de mellizos, no puede darse el lujo de holgazanear, pajarito. ¡Oh, qué dulce es tu canto, pajarito! Estás haciendo vibrar mi corazón con una canción mucho mejor que la que podría cantar yo. Pero ¿quién viene?

Un coche venía sacudiéndose por el sendero. Llevaba dos personas sentadas delante y un gran baúl detrás. Cuando estuvo más cerca, Ana reconoció al conductor, que resultó ser el hijo del jefe de la estación de Bright River; pero su compañera era una extranjera, una mujer que saltó ágilmente ante la puerta casi antes de que el caballo se detuviera. Era una personita muy bonita, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años, pero de sonrosadas mejillas, brillantes ojos y cabellos negros, coronados por un magnífico sombrero lleno de flores y plumas. A pesar de haber viajado doce kilómetros por un camino sucio y polvoriento, éste estaba tan limpio como si acabara de salir de la sombrerera.

—¿Es aquí donde vive el señor James A. Harrison? — preguntó prestamente.

—No, el señor Harrison vive más allá —respondió Ana completamente sorprendida.

—Bueno, ya me parecía que este lugar estaba muy limpio, demasiado limpio para que viviera James A., a no ser que haya cambiado mucho desde que no lo veo —gorjeó la pequeña dama—. ¿Es verdad que James A. va a casarse con una mujer de este pueblo?

—No, oh, no —gritó Ana ruborizándose tan culpablemente que la dama la miró con curiosidad, como si medio sospechara sus designios matrimoniales respecto al señor Harrison.

—Pero lo vi en un periódico de la isla —insistió la bella desconocida—. Una amiga me envió una copia con la noticia recuadrada. Las amigas siempre están prontas para hacer esas cosas. El nombre de James A. estaba escrito bajo el de «un nuevo ciudadano».

—Oh, esa nota fue sólo una broma —murmuró Ana—. El señor Harrison no tiene intenciones de casarse con nadie. Puedo asegurárselo.

—Me alegra mucho oírlo —dijo la rosada dama volviendo ágilmente a su sitio en el coche—, porque resulta que ya está casado. Yo soy su esposa. ¡Oh!, puede sorprenderse. Supongo que se las debe haber estado dando de solterón y

que habrá roto corazones a diestro y siniestro. Bueno, bueno, James A. —señaló a través de los campos hacia la gran casa blanca—: tu juego ha terminado. Aquí estoy yo… aunque no me hubiera molestado en venir de no haber pensado que andabas en algún enredo. Supongo —dijo dirigiéndose a Ana— que la cotorra sigue tan indecente como siempre.

—Su cotorra… está muerta… creo —murmuró la pobre Ana, quien en ese momento no estaba segura ni de su propio nombre.

—¡Muerta! Todo irá bien entonces —gritó la dama jubilosamente—. Puedo manejar a James A. si la cotorra está fuera de juego.

Con un grito siguió gozosa su viaje y Ana voló hacia la puerta de la cocina en busca de Marilla.

—Ana, ¿quién era esa mujer?

—Marilla —dijo Ana solemnemente, pero con ojos que le bailaban—, ¿parezco loca?

—No más que de costumbre —respondió Marilla sin intención de ser irónica.

—Bueno, entonces, ¿le parece que estoy despierta?

—Ana, ¿qué tonterías estás diciendo? Te he preguntado quién era esa mujer.

—Marilla, si no estoy loca ni dormida… tiene que ser real. De cualquier modo no puedo haber imaginado un sombrero como ése. Dice que es la esposa del señor Harrison.

Le llegó el turno de sorprenderse a Marilla.

—¡Su esposa! ¡Ana Shirley! Entonces, ¿por qué ha estado pasando por soltero?

—En realidad, no creo que lo haya hecho —dijo Ana tratando de ser justa—. Nunca dijo que no fuera casado. La gente simplemente lo dio por sentado. ¡Oh, Marilla!, ¿qué dirá de esto la señora Lynde?

Y esa misma tarde supieron qué tenía que decir la señora Lynde, cuando ésta fue a visitarlas. ¡La señora Lynde no estaba sorprendida! ¡La señora Lynde siempre había esperado algo por el estilo! ¡La señora Lynde siempre supo que había algo raro en el señor Harrison!

—¡Pensar que abandonó a su esposa! —dijo indignada—. ¡Parece algo que uno lee que sucede en los Estados Unidos; pero que una cosa así ocurra en Avonlea!

—Pero nosotras no sabemos si él la abandonó —protestó Ana decidida a

creer inocente a su amigo hasta que quedara demostrada su culpabilidad—. No nos consta cómo sucedieron las cosas.

—Bueno, lo sabremos pronto. Me voy en seguida para allá —dijo la señora Lynde que nunca había sabido que existía en el diccionario la palabra «delicadeza»—. Se supone que yo no sé nada de su llegada y el señor Harrison tenía que traerme de Carmody una medicina para Thomas; de modo que será una buena excusa. Descubriré toda la historia y vendré a contársela en mi camino de regreso.

La señora Lynde se precipitaba hacia lo que Ana nunca se hubiera atrevido. Por nada del mundo habría ido a casa del señor Harrison; pero tenía su propio y natural caudal de curiosidad, y se sentía secretamente contenta de que la señora Lynde fuera a desentrañar el misterio. Ella y Marilla aguardaban llenas de ansiedad el regreso de la buena señora, pero esperaron en vano. La señora Lynde no volvió a «Tejas Verdes» esa noche. Davy, al regresar de casa de los Boulter, explicó la razón.

—Encontré a la señora Lynde y a una mujer extraña en la hondonada —dijo—, y había que verlas hablar al mismo tiempo. La señora Lynde me dijo que te dijera que sentía mucho que fuera tan tarde para venir esta noche. Ana, tengo muchísima hambre. Tomamos el té a las cuatro y creo que la señora Boulter es realmente tacaña. No nos dio dulces ni torta. Y hasta el pan fue escaso.

—Davy, cuando se va de visita, no hay que criticar lo que se nos da de comer —dijo Ana solemnemente—. Es de muy mala educación.

—Muy bien. Sólo lo pensaré —dijo Davy alegremente—. Dale algo de comer a un pobre hombre, Ana.

Ana miró a Marilla, quien la había seguido a la despensa y cerrado la puerta cuidadosamente.

—Puedes ponerle un poco de dulce en el pan, Ana. Sé cómo sirven el té en casa de los Boulter.

Davy recibió su rebanada de pan con dulce con un suspiro.

—Éste es un mundo de desilusiones, después de todo —afirmó—. Milty tiene una gata que sufre ataques; desde hace tres semanas tiene uno todos los días. Milty dice que son muy divertidos. Yo fui hoy a propósito para verla, pero la desconsiderada no tuvo ninguno y se mantuvo completamente saludable aunque Milty y yo la rondamos toda la tarde. Pero no importa —Davy se iluminó a medida que comía el pan con dulce—. Quizá pueda verla algún otro día. No es probable que haya dejado de tenerlos de improviso, si ya estaba acostumbrada a ellos, ¿no es cierto? Este dulce es bárbaramente rico.

Para Davy no había penas que el dulce de ciruelas no pudiera curar.

El domingo llovió tanto que no hubo chismes; pero el lunes todos tenían ya alguna versión del caso Harrison. La escuela estuvo llena de cuchicheos y Davy volvió a casa con muchas noticias.

—Marilla, el señor Harrison tiene una esposa nueva… bueno, no exactamente nueva, pero Milty dice que han dejado de estar casados por un tiempo. Yo siempre creí que la gente tenía que seguir casada una vez que empezaba, pero Milty dice que no, que hay maneras de terminar si uno no puede aguantarlo. Milty dice que una manera es irse y dejar a la esposa, y eso es lo que hizo el señor Harrison. Y dice que el señor Harrison abandonó a la suya porque ella le tiraba cosas… cosas duras… y Arty Sloane dice que fue porque no lo dejaba fumar; y Ned Clay dice que lo hizo porque ella nunca cesaba de regañarlo. Yo no dejaría a mi esposa por cualquiera de esas cosas. Simplemente golpearía el suelo con el pie y diría: «Señora Keith, tiene que hacer lo que a mí me gusta pues para eso soy el hombre». Supongo que eso la calmaría bastante rápido. Pero Annetta Clay dice que ella lo dejó a él porque no restregaba sus botas en la puerta; y no la culpa. Me voy ahora mismo a casa del señor Harrison a ver cómo es ella.

Davy volvió en seguida, algo descorazonado.

—La señora Harrison no estaba. Fue a Carmody con la señora Lynde a comprar papel nuevo para la sala y el señor Harrison me pidió que le dijera a Ana que fuera, porque tiene que hablar con ella. Y el suelo está limpio y el señor Harrison se está afeitando, aunque ayer no hubo predicación.

Ana encontró desconocida la cocina del señor Harrison. El suelo estaba escrupulosamente limpio, lo mismo que cada uno de los muebles de la habitación; la cocina tan pulida que uno podía verse reflejado en ella; las paredes habían sido blanqueadas y los vidrios de la ventana brillaban bajo los rayos del sol. Junto a la mesa se encontraba sentado el señor Harrison con sus ropas de trabajo, que el viernes presentaban varios jirones, pero que ahora estaban cuidadosamente remendadas y lavadas. Su rostro estaba bien afeitado y había alisado cuidadosamente el poco cabello que le quedaba.

—Tome asiento, tome asiento —dijo el señor Harrison en un tono dos grados más bajo que el que usaba la gente de Avonlea en los funerales—. Emily fue a Carmody con Rachel Lynde. Ya han firmado una amistad eterna. Bueno, Ana, mi tranquilidad ha terminado, ha terminado completamente. Supongo que de hoy en adelante, sólo le espera limpieza y pulcritud a mi pobre vida.

El señor Harrison hizo lo posible por parecer pesaroso, pero el brillo de sus ojos desmentía su tono.

—Señor Harrison: ¡Usted se alegra de que haya vuelto su esposa! —exclamó Ana sacudiendo su dedo ante él—. No necesita simular que no es así, porque puedo verlo perfectamente.

El señor Harrison cedió con una tímida sonrisa.

—Bueno… Bueno… me estoy acostumbrando —concedió—. No puedo decir que siento ver a Emily. En realidad, un hombre necesita algún tipo de protección en una comunidad como ésta, donde no puede jugar a las damas con un vecino sin que se diga que quiere casarse con la hermana de éste y lo publiquen los diarios.

—Nadie había supuesto que iba para ver a Isabella Andrews, si usted no hubiera pasado por soltero —dijo Ana seriamente.

—Yo no dije que lo era. Si alguno me hubiera preguntado si era casado, habría contestado que sí. Pero dieron las cosas por sentadas. Yo no tenía muchas ganas de hablar del asunto… me resultaba muy penoso. La señora Lynde hubiese tenido de qué hablar de haberse sabido que mi esposa me había dejado, ¿no es cierto?

—Pero hay quien dice que usted la dejó a ella.

—Ella comenzó, Ana, ella comenzó. Voy a contarle toda la historia, porque no quiero que piense peor de mí de lo que me merezco… ni siquiera por Emily. Pero salgamos a la galería. Todo está tan limpio aquí dentro, que me hace sentir nostálgico. Supongo que me acostumbraré; pero por ahora me alivia mirar el patio. Emily todavía no ha tenido tiempo de limpiarlo.

Tan pronto como estuvieron cómodamente sentados en la galería, el señor Harrison comenzó la historia de sus infortunios.

—Antes de venir a Avonlea, Ana, yo vivía en Scottsford, Nueva Brunswick. Mi hermana atendía mi casa y lo hacía muy bien; era razonablemente limpia y me dejaba solo y me malcriaba como dice Emily. Pero murió hace tres años. Antes de morir se preocupaba muchísimo sobre mi futuro y me hizo prometerle que me casaría. Me aconsejó que lo hiciera con Emily Scott, porque tenía dinero y era una perfecta ama de casa. Yo dije: «Emily Scott no querrá», y mi hermana contestó: «Pregúntale y verás», y sólo por tranquilizarla, le dije que lo haría… y lo hice. Y Emily dijo que me aceptaba. Nunca me sorprendí más en mi vida, Ana; una inteligente y linda mujercita como ella y un viejo como yo. Le aseguro que al principio creí que tenía suerte. Bueno, nos casamos, estuvimos quince días en St. John, en viaje de bodas, y luego fuimos a casa. Llegamos a las diez y le doy mi palabra, Ana, de que a la media hora esa mujer estaba limpiando la casa. ¡Oh!, sé que está pensando que mi casa lo necesitaría. Tiene usted un rostro muy expresivo, Ana; sus pensamientos se reflejan en él… pero la verdad es que no estaba tan

sucia. Admito que todo estaba muy revuelto mientras era soltero, pero antes de casarme había contratado una mujer para hacer la limpieza, y hecho reparar y pintar varias cosas. Le aseguro que si llevara a Emily a un flamante palacio de mármol blanco, se pondría a fregar en cuanto vistiera un traje viejo. Bueno, estuvo limpiando la casa hasta la una y a las cuatro se levantó y comenzó otra vez. Así continuó, hasta que comprendí que nunca terminaría. Se pasaba el tiempo barriendo, limpiando y fregándolo todo, con excepción de los domingos, día que pasaba suspirando por que llegara el lunes, para volver a empezar. Ésa era su manera de divertirse y yo mismo podía haberme reconciliado con ella si me hubiera dejado en paz. Pero no lo hizo. Había decidido hacerme cambiar, pero yo ya no era joven. No me permitía entrar a la casa a menos que me cambiara los zapatos por chinelas en la puerta. No podía fumar mi pipa por nada del mundo, a no ser que fuera al establo. Y mi lenguaje no era lo suficientemente correcto. Emily fue maestra de escuela en su juventud y nunca lo olvidó. Luego, odiaba verme comer con el cuchillo. Bueno, así era todo. Pero para ser sincero, Ana, supongo que yo era algo pendenciero. No traté de mejorar tal como podría haberlo hecho. Simplemente, me ponía de mal humor y descortés cuando ella me hacía ver mis faltas. Un día le dije que no se había quejado de mi lenguaje cuando le propuse matrimonio. Esto no es algo muy correcto. Una mujer le perdonaría a un hombre que le pegara, pero no que creyera que ella estaba loca por atraparlo. Bueno, nuestros altercados continuaron y no era muy agradable vivir así, pero hubiéramos terminado por habituarnos uno al otro de no ser por Ginger. Ginger fue la gota que colmó el vaso. A Emily no le gustaban las cotorras y no podía soportar el profano modo de hablar de Ginger. Yo tenía cariño al bicho en recuerdo de mi hermano el marino. Éste era mi favorito cuando éramos pequeños, y me envió a Ginger cuando se estaba muriendo. Yo no veía que tuviera ningún sentido el preocuparse tanto por su modo de jurar. No hay nada que odie más que eso en una persona, pero en una cotorra, que todo lo que hace es repetir lo que oye sin entenderlo más que lo que yo entendería el chino, puede perdonarse. Pero Emily no podía comprenderlo así. Las mujeres no tienen lógica. Se empeñaba en que Ginger dejara de jurar, obteniendo el mismo éxito que cuando trataba de que yo no dijera «ya sé» y «lo que». Parecía que cuanto más se afanaba, peor lo hacía Ginger, y también yo.

»Bueno, así continuaron las cosas, irritándose cada vez más hasta que llegó la culminación. Emily invitó a tomar el té a nuestro ministro y a su esposa y a otro ministro con su esposa que estaban visitándolos. Prometí poner a Ginger en lugar seguro donde nadie pudiera oírla. Emily no tocaba su jaula ni con una vara de tres metros de largo. Y yo tenía intenciones de hacerlo, porque no quería que los ministros oyeran cosas inconvenientes en mi casa. Pero me olvidé. Emily me enloqueció con sus recomendaciones sobre cuellos limpios y

lenguaje y ni me acordé del pobre pájaro hasta que nos sentamos a tomar el té. Justo en el instante en que el ministro número uno bendecía la mesa, Ginger, que se hallaba en la galería a la que daba la ventana del comedor, dejó oír su voz. Había visto un pavo en el corral, y la visión de un pavo siempre tuvo mal efecto sobre Ginger. Y aquella vez se superó. Puede sonreír, Ana, y no voy a negarle que yo mismo lo he hecho varias veces desde entonces, pero en aquel momento me sentí casi tan mortificado como Emily. Salí y llevé a Ginger al granero. No puedo decir que disfrutara de aquella comida. Por la expresión de Emily, sabía que se avecinaban grandes trastornos para Ginger y para James A. Cuando las visitas se fueron, salí para el campo de pastoreo y en el camino medité algo. Sentía pena por Emily y sospechaba que no había pensado en ella tanto como debía, y además, cavilaba si los ministros pensarían que Ginger había aprendido de mí su vocabulario. Tal como estaban las cosas, decidí que Ginger tendría que ser misericordiosamente puesta a un lado y cuando llegué a casa entré a decírselo a Emily. Emily no estaba, pero había una carta sobre la mesa… igual que en las novelas. Emily decía que yo debía elegir entre ella y Ginger; que regresaba a su propia casa y que allí estaría hasta que yo fuera a decirle que me había deshecho de la cotorra. Me enfurecí, Ana, y dije que podía quedarse esperando hasta el día del juicio; y persistí en ello. Embalé sus pertenencias y se las envié. Eso dio lugar a muchísimas habladurías. Scottsford es casi tan malo como Avonlea a ese respecto, y todos se solidarizaron con Emily. Esto me hizo enfurecer y comprendí que si no me iba de allí, nunca podría vivir en paz. Terminé por venirme a la isla. Había estado aquí cuando niño y me gustaba; pero Emily siempre había dicho que nunca viviría en un lugar donde la gente tuviera miedo de pasear después del crepúsculo por temor de caerse de la orilla. De manera que, por llevarle la contraria, me mudé aquí. Y eso es todo. No había tenido noticias de Emily hasta el sábado, cuando al volver de mis campos la encontré fregando el suelo y hallé sobre la mesa la primera comida decente que probara desde que me dejó. Me dijo que primero comiera y que después hablaríamos, por lo que comprendí que Emily había aprendido algunas cosas respecto al modo de tratar a los hombres. De manera que aquí está y aquí se quedará al ver que no está Ginger y que la isla es algo más grande de lo que pensaba. Ahí llega con la señora Lynde. No, no se vaya, Ana. Quédese y conozca a Emily. Ya se vieron el sábado. Emily quería saber quién era la linda joven de cabellos rojos de la casa vecina.

La señora Harrison dio a Ana una radiante bienvenida e insistió en que se quedara a tomar el té.

—James A. me lo ha estado contando todo sobre usted y lo buena que había sido al hacerle tortas y otras cosas. Quiero hacer amistad con todos mis nuevos vecinos lo antes posible. La señora Lynde es una mujer encantadora, ¿no es cierto? Muy amable.

Cuando Ana regresó a su casa en medio del dulce crepúsculo de junio, la señora Harrison la acompañó a través de los campos donde las luciérnagas encendían sus lamparitas.

—Supongo que James A. le ha contado nuestra historia, Ana —dijo confidencialmente.

—Sí.

—Entonces no necesito hacerlo yo, pues James A. es todo un hombre y siempre dice la verdad. La culpa está lejos de ser toda suya. Ahora puedo verlo. No llevaba una hora en casa de mamá cuando lamentaba mi apresuramiento. Ahora comprendo que esperaba demasiado de un hombre. Y era realmente tonta al darle importancia a su vocabulario. No importa que un hombre tenga mal vocabulario mientras sea buen trabajador y no ande rondando por la despensa para ver cuánto azúcar se ha gastado en la semana. Siento que James A. y yo seremos muy felices ahora. Quisiera saber quién es «Observador» para poder darle las gracias. Tengo con él una gran deuda de gratitud.

Ana guardó su secreto y la señora Harrison nunca supo que su gratitud había llegado a su destino. Ana pensó que había algo de magia en las consecuencias de esas tontas «notas». Reconciliaron a un hombre con su mujer y dieron reputación a un profeta.

La señora Lynde estaba en la cocina de «Tejas Verdes». Le había estado contando toda la historia a Marilla.

—Bueno, ¿te ha gustado la señora Harrison? —le preguntó a Ana.

—Mucho. Creo que es realmente una espléndida mujercita.

—Exactamente —dijo la señora Rachel con énfasis—. Y como acabo de decirle a Marilla, creo que por ella todos debemos olvidar las rarezas del señor Harrison y tratar de hacerla sentir cómoda, eso es. Bueno, debo irme; Thomas me estará reclamando. Salgo un poco desde que vino Eliza, y creo que estos últimos días está mucho mejor, pero no me gusta estar mucho tiempo lejos de él. He oído que Gilbert Blythe ha renunciado a la escuela de White Sands. Asistirá a la universidad en otoño, supongo —la señora Rachel observó a Ana, pero ésta se hallaba inclinada sobre Davy, quien se había amodorrado en el sillón, y nada podía leerse en su rostro.

Se llevó al pequeño, apoyando su aniñada mejilla contra la rubia cabecita rizada. Mientras subían la escalera, Davy le rodeó el cuello con un brazo y le dio un caluroso abrazo y un pegajoso beso.

—Eres muy buena, Ana. Milty Boulter escribió hoy en su pizarra y se lo enseñó a Jennie Sloane:

La rosa es roja, la violeta, azul,

la miel es dulce, y también lo eres tú.

»Y eso expresa mis sentimientos hacia ti, Ana.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El recodo del camino

Thomas Lynde dejó este mundo tan quieta y recatadamente como viniera. Su esposa fue una enfermera tierna, paciente e incansable. En otros tiempos, cuando su pequeño y entonces saludable Thomas la provocara con su lentitud o docilidad, Rachel había sido un poco dura; pero cuando enfermó, no hubo voz más queda, mano más suave, vigilia más voluntaria.

—Has sido una buena esposa —dijo él simplemente una vez, cuando ella estaba sentada a su lado en el crepúsculo, mientras sostenía su mano, delgada y pálida, entre las suyas—. Una buena esposa. Lamento no dejarte mejor, pero los muchachos te cuidarán. Son inteligentes y capaces, igual que su madre… una buena madre… una buena esposa.

Entonces se quedó dormido; y la mañana siguiente, justo cuando el alba se deslizaba entre los puntiagudos pinos de la hondonada, Marilla subió a despertar suavemente a Ana.

—Ana, Thomas Lynde se ha ido. El criado acaba de traer la noticia. Voy junto a Rachel.

Al día siguiente del funeral de Thomas Lynde, Marilla recorría «Tejas Verdes» con aire extrañamente preocupado. Ocasionalmente miraba a Ana, parecía a punto de decir algo, sacudía la cabeza y apretaba los labios. Después del té, fue a ver a la señora Lynde y a su regreso subió a la buhardilla, donde Ana se hallaba corrigiendo los ejercicios escolares.

—¿Cómo se encuentra esta noche la señora Lynde? —preguntó Ana.

—Se siente más tranquila —respondió Marilla, sentándose en la cama de Ana, procedimiento que anunciaba alguna excitación mental, pues para el código de ética casera de Marilla sentarse en una cama después de hecha era una ofensa imperdonable—. Pero está muy sola. Eliza tuvo que volver hoy a casa; su hijo no está bien y no podía quedarse.

—Cuando termine estos ejercicios, iré a charlar un rato con ella —dijo Ana—. Tenía pensado estudiar un poco de composición latina esta noche, pero eso puede esperar.

—Supongo que Gilbert irá a la universidad este otoño —dijo Marilla de pronto—. ¿Te gustaría ir, Ana? La muchacha la miró sorprendida.

—Desde luego que sí, Marilla. Pero no es posible.

—Sospecho que puede serlo. Siempre he creído que debes ir. Nunca me sentí contenta de que abandonaras todo por mí.

—Pero, Marilla, si nunca he lamentado quedarme aquí. He sido tan feliz. Oh, estos últimos dos años han sido deliciosos.

—Sí, sé que estás contenta. Pero ése no es el problema. Debes continuar tu educación. Has ahorrado bastante para ir un año a Redmond y el producto del legado será suficiente para otro. Y hay becas que puedes ganar.

—Sí, pero no puedo ir, Marilla. Sus ojos están mejor, desde luego, pero no puedo dejarla sola con los mellizos. Necesitan que se les cuide.

—No me quedaré sola con ellos. Eso es lo que quiero discutir contigo. Esta noche he tenido una larga conversación con Rachel. Se siente terriblemente mal en ciertos aspectos. No ha quedado en muy buena posición económica. Parece que hipotecaron la granja hace ocho años para ayudar al menor de sus hijos a irse al oeste y nunca ha podido pagar más que los intereses. Y luego, la enfermedad de Thomas costó bastante. Debe vender la granja y Rachel cree que poco quedará después de pagar las cuentas. Dice que deberá irse a vivir con Eliza y que se le desgarra el corazón por tener que dejar Avonlea. Una mujer de su edad no se desarraiga con facilidad. Y mientras me hablaba, Ana, se me ocurrió pedirle que viniera a vivir aquí, pero creí que debía hablarlo antes contigo. Si Rachel viniera conmigo, tú podrías ir a la universidad. ¿Qué te parece?

—Me… parece… como… si alguien… me hubiera… dado… la luna… y no… supiera… qué… hacer… con ella —dijo Ana—. Pero en lo que se refiere a pedirle a la señora Lynde que venga a vivir aquí, eso es cosa suya, Marilla. ¿Cree usted… está segura… de que le gustará? La señora Lynde es una buena mujer y una vecina amable, pero…

—Tiene sus defectos. Bueno, así es, pero creo que resistiría peores cosas antes de ver a Rachel lejos de Avonlea. La extrañaría terriblemente. Es la única amiga íntima que tengo y me sentiría perdida sin ella. Hemos sido vecinas durante cuarenta y cinco años sin una disputa… aunque estuvimos al borde de ella cuando te enfadaste con Rachel por llamarte fea y pelirroja. ¿Te acuerdas, Ana?

—Desde luego que sí —respondió ésta tristemente—. La gente no olvida cosas así. ¡Cómo odié en aquel momento a la pobre señora Rachel!

—Y las «disculpas» que le pediste. Bueno, eras un problema, Ana. Me

sentía tan perpleja sobre ti. Matthew te comprendió mejor.

—Matthew comprendía todo —dijo Ana, suavemente, como siempre lo hacía al hablar de él.

—Bueno, creo que pueden arreglarse las cosas para que Rachel y yo no choquemos. Siempre me pareció que la razón de que dos mujeres no se lleven bien en la misma casa es que tratan de compartir la misma cocina y se ponen una en el camino de la otra. Ahora bien: si Rachel viniera aquí, tendría la buhardilla que da al norte como dormitorio y el cuarto de huéspedes como cocina, porque no necesitamos esa habitación para nada. Podría poner allí su cocina y todos los muebles que quisiera y vivir cómoda e independientemente. Tendrá bastante con qué vivir. Sus hijos se encargarán de eso, desde luego, de manera que todo cuanto le daré será habitación. Sí, Ana, en lo que a mí respecta, me gusta.

—Entonces, pregúnteselo —dijo Ana con presteza—. Yo también me entristecería si la señora Lynde se fuera.

—Y si viene —continuó Marilla—, puedes ir a clase. Me acompañará y puede hacer por los mellizos tanto como yo, de modo que no hay motivo para que te quedes.

Ana meditó largo rato aquella noche frente a su ventana. En su corazón luchaban la alegría y el dolor. Por fin había llegado, de pronto, al recodo del camino y allí estaba la universidad, con cien arcoíris de esperanzas y visiones. Pero Ana comprendió también que si seguía ese camino, debía dejar tras sí muchas cosas dulces, todos los pequeños deberes e intereses que se le hicieran tan queridos en los últimos dos años y que elevara a la belleza y delicia gracias al entusiasmo que en ellos pusiera. Debía abandonar su escuela, y amaba a cada uno de sus discípulos, hasta a los tontos y malos. El solo pensar en Paul Irving la hacía cavilar si Redmond valía la pena después de todo.

—Durante estos últimos dos años he echado raicitas —le dijo Ana a la luna — y cuando las arranque, me dolerán un poco. Pero es mejor irse y, como dice Marilla, no existe razón para no hacerlo. Debo sacar a la luz otra vez mis ambiciones.

Ana envió su renuncia al día siguiente y la señora Rachel, tras una sincera conversación con Marilla, aceptó vivir en «Tejas Verdes». Sin embargo, eligió permanecer en su casa durante el verano; la granja no había de venderse hasta el otoño y debía arreglar unas cuantas cosas antes.

—Nunca había pensado en vivir tan lejos del camino —suspiró para sí la señora Rachel—. Pero, en realidad, «Tejas Verdes» no parece tan alejado del mundo como antes. Ana acompaña mucho y los mellizos animan el ambiente. Y, por otra parte, sería capaz de vivir en el fondo de un pozo antes de dejar

Avonlea.

Estas dos decisiones, al esparcirse, contrarrestaron las murmuraciones creadas por la llegada de la señora Harrison. Muchos vacilaron ante la decisión de Marilla de pedir a Rachel que la acompañara. Se opinó que no podrían vivir juntas. Ambas eran demasiado «amigas de hacer su voluntad» y se hicieron terribles predicciones, ninguna de las cuales turbó a las partes en cuestión. Habían llegado a una mutua y clara comprensión de sus respectivos derechos y deberes en el nuevo acuerdo y tenían intención de soportarse.

—Yo no me meteré con usted ni usted conmigo —dijo la señora Rachel con decisión—. Y en lo que respecta a los mellizos, haré con gusto cuanto pueda por ellos. Eso sí, no me haré cargo de dar respuesta a las preguntas de Davy, eso es. No soy una enciclopedia ambulante. En eso echaremos de menos a Ana.

—Algunas veces, las respuestas de ella son tan estrafalarias como las preguntas de Davy —respondió secamente Marilla—. No cabe duda de que los mellizos la echarán de menos, pero su futuro no puede ser sacrificado al ansia de saber de Davy. Cuando haga preguntas que no pueda contestar, le diré que a los niños debe vérselos, pero no oírselos. Así me educaron a mí y creo que es un método tan bueno como los modernos.

—Bueno, los métodos de Ana parecen haber dado bastante buen resultado con Davy —dijo la señora Rachel sonriendo—. Es un carácter reformado, eso es.

—¡No es malo! —concedió Marilla—. Nunca esperé encariñarme tanto con estos niños. Davy tiene una forma de hacerse querer. Y Dora es una niña encantadora, aunque es… un poco… bueno, un poco…

—¿Aburrida? Exactamente —completó la señora Rachel—. Como un libro con todas las páginas iguales, eso es. Dora será una mujer buena y digna de confianza, pero nunca se saldrá de la línea. Bueno, es una comodidad tener gente así alrededor, aunque no sean tan interesantes como los demás.

Gilbert Blythe fue probablemente la única persona que se sintió alegre ante la renuncia de Ana. Los alumnos de ésta lo consideraron como una catástrofe. Annetta Bell llegó histérica a su casa. Anthony Pye dio vía libre a sus sentimientos en dos riñas innecesarias con otros compañeros. Barbara Shaw lloró toda la noche. Paul Irving dijo desafiante a su abuela que no esperara que comiera potaje por una semana.

—No puedo hacerlo, abuela —dijo—. En realidad, no sé si podré comer cosa alguna. Siento un horrible nudo en la garganta. Hubiera llorado de regreso de la escuela si James Donnell no hubiese estado mirándome. Creo que lloraré después de acostarme. Mañana no se me notará en los ojos, ¿no es

cierto? Será un gran alivio. Pero, de todos modos, no puedo comer potaje. Necesitaré toda mi fuerza de voluntad para resistir esto, abuelita, y no me quedará nada para la lucha contra el potaje. ¡Oh, abuelita, no sabes qué hermosa maestra se va! Milty Boulter apuesta a que Jane Andrews se hará cargo del colegio; supongo que ella es muy buena. Pero sé que no comprenderá las cosas como la señorita Shirley.

También Diana consideró las cosas de modo pesimista.

—Estaré terriblemente sola el próximo invierno —se quejó un atardecer, cuando la luz de la luna entraba entre las ramas del cerezo y llenaba la habitación de Ana con una radiación suave que rodeaba a las muchachas mientras hablaban: Ana en su mecedora baja junto a la ventana, Diana sentada a la turca sobre la cama—. Tú y Gilbert os habréis ido y los Alian también. Llamaron al señor Alian de Charlottetown y desde luego que aceptará. Es terrible. Supongo que el cargo quedará vacante todo el invierno y deberemos soportar una larga lista de candidatos, la mitad de los cuales de nada servirá.

—Espero que no llamen al señor Baxter de East Grafton —dijo Ana decidida—. Quiere esta parroquia, pero dice unos sermones tan lúgubres. El señor Bell dice que es un ministro de la vieja escuela, pero la señora Lynde insiste en que lo único que tiene es indigestión. Parece que su mujer no es muy buena cocinera y la señora Lynde dice que cuando un hombre debe comer pan duro dos semanas de cada tres, su teología tiene muchas probabilidades de fallar por algún lado. La señora Alian lamenta mucho irse. Dice que todos han sido muy gentiles con ella desde que llegó aquí como recién casada y que siente como si abandonara amigos de toda la vida. Además, aquí queda la tumba del bebé. Dice que no sabe cómo podrá irse y dejarla; era tan pequeño, sólo tenía tres meses y dice que teme que éste eche de menos a su madre, aunque por nada del mundo se lo diría a su marido. Dice que casi todas las noches ha ido al camposanto a cantarle una canción de cuna. Me lo contó ayer tarde, mientras yo estaba colocando rosas silvestres en la tumba de Matthew. Le prometí que mientras estuviera en Avonlea, pondría flores en la tumba del bebé y que cuando me fuera estaba segura de que…

—Yo lo haría —finalizó Diana—. Desde luego que sí. Y las pondré, en tu nombre, en la tumba de Matthew.

—¡Oh, gracias! Tenía pensado pedírtelo. Y también en la de la pequeña Hester Gray. Por favor, no te olvides de ella. ¿Sabes?, he pensado y soñado tanto con Hester Gray que se me ha hecho extrañamente real. Pienso en ella, en su pequeño jardín, en ese rincón frío, verde y tranquilo y tengo la sensación de que si pudiera deslizarme allí uno de estos atardeceres de primavera, justo en el instante que separa la luz de las sombras, y subir por la colina de los abetos con suavidad, para que mis pisadas no la pudieran asustar, encontraría

el jardín tal como era, con sus lirios y sus rosas tempranas, con la casita cubierta por los pámpanos. Y la pequeña Hester Gray estaría allí, con los ojos suaves y el viento que jugaría con su oscura cabellera, vagabundeando, acariciando los lirios con la punta de los dedos y murmurando secretos a las rosas. Y entraría tan, tan suavemente, y extendiendo los brazos, le diría: «Pequeña Hester Gray, ¿me dejas ser tu compañera de juegos, ya que amo también las rosas?». Y nos sentaríamos en el viejo banco y hablaríamos y soñaríamos un poco, o quizá nos quedaríamos silenciosas. Y entonces saldría la luna y miraría a mi alrededor… y no habría Hester Gray, ni casita con parras, ni rosas… sólo un viejo y abandonado jardín, cubierto de lirios entre el césped y el viento que suspiraría muy tristemente entre los cerezos. Y no hubiese podido saber si aquello había sido realidad o fantasía.

Diana se estiró y se apoyó contra la cabecera de la cama. Cuando un compañero de crepúsculo dice cosas tan raras, es bueno cerciorarse de que uno tiene cosas sólidas tras sí.

—Temo que la Sociedad de Fomento decaerá cuando no estéis ni tú ni Gilbert —comentó tristemente.

—No lo temo en lo más mínimo —dijo Ana con energía, volviendo de la tierra de ensueño a los asuntos prácticos de la vida—. Está demasiado establecida para eso, especialmente desde que los mayores sienten tanto entusiasmo por ella. Mira lo que están haciendo en sus campos este verano. Además, estaré a la caza de ideas en Redmond y escribiré un informe el próximo invierno. No tengas una visión tan trágica de la vida, Diana. Y no eches a perder mi instante de felicidad. Ya tendré bastante tristeza a la hora de partir.

—Tienes razón para estar contenta. Vas a la universidad y lo pasarás bien haciendo montones de nuevos amigos.

—Espero hacer nuevas amistades —dijo Ana pensativa—. La posibilidad de conocer nuevos amigos ayuda a hacer más fascinante la vida. Pero no importa cuántos nuevos amigos haga, nunca me serán más queridos que los viejos, especialmente no más que una muchacha de ojos negros y hoyuelos. ¿Adivinas quién es, Diana?

—¡Pero habrá tantas muchachas inteligentes en Redmond! —suspiró ésta —, y yo sólo soy una estúpida campesina que dice «ya sé» algunas veces, aunque sepa razonar cuando me detengo a pensar. Bueno, estos dos últimos años han sido demasiado hermosos para durar. Sé de alguien que está contento de que vayas a Redmond, Ana. Voy a hacerte una pregunta, una pregunta seria. No te enfades y contesta seriamente: ¿te interesa Gilbert?

—Mucho como amigo y nada en el sentido que tú piensas —respondió

Ana con calma y sinceridad, pensando para sí que contestaba francamente.

Diana suspiró. Deseaba que Ana le hubiera contestado de otro modo.

—¿No piensas casarte nunca, Ana?

—Quizás… algún día… cuando encuentre la persona indicada —contestó la muchacha, sonriendo soñadoramente a la luz de la luna.

—Pero ¿cómo estarás segura?

—Oh, lo sabré… algo me lo dirá. Tú sabes cómo es mi ideal, Diana.

—Pero los ideales de la gente cambian algunas veces.

—El mío, no. Y no podría importarme un hombre que no lo llenara.

—¿Y si nunca lo encuentras?

—Entonces moriré solterona —fue la alegre respuesta—. Creo que no es la peor de las muertes.

—Oh, supongo que el morir será bastante fácil; es el vivir como solterona lo que no me atrae —dijo Diana, sin intención humorística—. Aunque no me preocuparía mucho ser una solterona, si pudiera serlo como la señorita Lavendar. Pero nunca podré. Cuando llegue a los cuarenta y cinco, seré terriblemente gorda. Y mientras que en una solterona delgada puede haber algo romántico, no hay esperanzas para una gorda. ¿Sabes que Nelson Atkins se declaró a Ruby Gillis hace tres semanas? Ruby me lo contó todo. Dice que nunca tuvo intención alguna de aceptarle, porque quien se casara con él debía ir a vivir con sus padres; pero le hizo una declaración tan hermosa y romántica, que la convenció. Mas no quería apresurarse; le pidió una semana para considerarlo. Dos días más tarde, cuando fue al Círculo de la Costura con su madre, vio allí un libro llamado La guía completa de las buenas costumbres. Ruby dice que no puede describir sus sentimientos desde que en una sección llamada «La conducta durante el noviazgo y el casamiento» encontró, palabra por palabra, la declaración que le hiciera Nelson. En cuanto regresó a casa, le escribió una negativa muy cruel. Dice que desde entonces, los padres del muchacho se turnan para vigilarle, no vaya a ser que se tire al río; pero Ruby dice que no deben asustarse, pues en «La conducta durante el noviazgo y el casamiento» dice cómo debe comportarse un amante rechazado y no dice nada sobre ahogarse. Y dice que Wilbur Blair está bebiendo los vientos por ella, pero que no le hace caso. Ana hizo un movimiento de impaciencia.

—Oh, me disgusta decirlo… parece tan desleal… pero ahora no me gusta Ruby Gillis. Me gustaba cuando fuimos juntas a la Academia de la Reina… aunque no tanto como tú y Jane, desde luego. Pero este último año en Carmody parece tan distinta… tan… tan…

—Ya sé —asintió Diana—. Es que «el Gillis» le está saliendo a flor de piel. No puede evitarlo. La señora Lynde dice que las de esa familia no pueden olvidar a los hombres. Ruby no habla más que de chicos, de los cumplidos que le hacen y cuan locos están por ella en Carmody. Y lo raro es que es verdad —admitió algo resentida Diana—. Anoche cuando me encontré con ella en la tienda del señor Blair, me murmuró que acababa de hacer una «conquista». No le pregunté quién era, porque lo estaba deseando. Bueno, supongo que eso es lo que Ruby ha querido siempre. ¿Recuerdas cuando era niña? Siempre decía que pensaba tener docenas de pretendientes cuando creciera y pasarlo lo mejor posible antes de sentar cabeza. Es tan distinta de Jane. Ésta sí que es una muchacha sensata, agradable y digna.

—La querida Jane es una joya —asintió Ana—, pero —añadió inclinándose para dar un tierno golpe en la gordezuela mano que colgaba sobre su almohada— no hay nadie como mi Diana. ¿Recuerdas aquella noche cuando nos encontramos por vez primera y nos juramos amistad eterna en el jardín? Me parece que hemos guardado el juramento. No hemos tenido nunca una rencilla, ni siquiera un alejamiento. Nunca olvidaré el estremecimiento que tuve el día que me dijiste que me querías. Había tenido un corazón tan solitario y hambriento de cariño durante toda mi niñez. Ahora estoy comenzando a comprender cuan solitaria y hambrienta estaba. Nadie se preocupaba por mí ni quería que se le molestara por mi causa. Hubiera sido muy desgraciada a no ser por esa extraña vida interior mía, donde imaginaba todo el amor y los amigos de que no disponía. Pero cuando vine a «Tejas Verdes», todo cambió. Y entonces, te encontré. No sabes cuánto significó tu amistad para mí. Quiero agradecerte en este momento todo el cariño sincero que me has dado siempre.

—Y siempre te lo daré —sollozó Diana—. Nunca querré a nadie, a ninguna muchacha… ni la mitad de lo que te quiero a ti. Y si me caso alguna vez y tengo una hija, la llamaré Ana.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Una tarde en la casa de piedra

—¿Adónde vas tan emperifollada? —quiso saber Davy—. Estás fenomenal con ese vestido.

Ana había bajado a comer con un vestido nuevo de muselina verde pálido, el primer traje de color que usaba desde la muerte de Matthew. Le sentaba muy bien, haciendo resaltar los delicados tintes de su rostro y el brillo satinado

de su cabello.

—Davy, cuántas veces te he dicho que no debes usar esa palabra —le regañó—. Voy a «La Morada del Eco».

—Llévame contigo —rogó el niño.

—Lo haría si fuera en el coche, pero voy a ir caminando y está demasiado lejos para las piernas de un niño de ocho años. Además, Paul viene conmigo y me temo que no disfrutes mucho de su compañía.

—Oh, ahora Paul me gusta mucho más que antes —dijo Davy comenzando a hacer incursiones en su budín—. Desde que soy más bueno, no me importa mucho que él lo sea un poco más que yo. Si continúo así, ya lo alcanzaré algún día, en piernas y bondad. Además, Paul es realmente bueno con los más pequeños de la escuela. No deja que los grandes se metan con nosotros y nos enseña montones de juegos.

—¿Cómo se cayó Paul al arroyo ayer a mediodía? —preguntó Ana—. Lo encontré en el patio de recreo tan empapado que lo envié inmediatamente a su casa a cambiarse antes de averiguar qué había sucedido.

—Bueno, fue un accidente —explicó Davy—. Metió la cabeza a propósito, pero el resto del cuerpo se cayó por accidente. Estábamos todos echados junto al arroyo y Prillie Rogerson hizo enfadar a Paul. Es terriblemente mala y ofensiva, pero es guapa. Dijo que la abuela de Paul le rizaba el cabello todas las noches con bigudíes. Paul no le hubiera hecho caso, supongo, pero Gracie Andrews se rio y Paul se puso muy colorado, porque Gracie es su chica, ¿sabes? Está completamente loco por ella. Le trae flores y le lleva los libros hasta más allá del camino de la playa. Se puso tan rojo como una remolacha. Y dijo que eso no era cierto y que su cabello era rizado de nacimiento. Y entonces se echó sobre la orilla y metió la cabeza en la corriente para demostrarlo, no en la parte de donde sacamos el agua para beber —exclamó, viendo la horrorizada cara de Marilla—, sino más abajo. Pero la orilla estaba resbaladiza y Paul se cayó. Te aseguro que fue una zambullida fenomenal. ¡Oh, Ana, Ana!, no quise decir eso… se me escapó… fue una espléndida zambullida. Pero parecía muy gracioso cuando se levantó, empapado y lleno de barro. Las chicas se reían a más no poder, pero Gracie no. Ella estaba triste. Gracie es una niña encantadora, pero tiene la nariz chata. Cuando yo sea lo suficientemente grande para tener una novia, no querré una que tenga la nariz chata. Elegiré una con una nariz tan bonita como la tuya, Ana.

—Un chico que se mancha toda la cara cuando come su budín, nunca conseguirá que una joven le mire —dijo Marilla seriamente.

—Pero yo me lavaré antes de hacerle la corte —dijo Davy y trató de mejorar los hechos pasándose el dorso de la mano por la cara—. Y también me

lavaré las orejas sin que me lo digan. Esta mañana me acordé de hacerlo, Marilla. Ya no me olvido tan a menudo. Pero… —suspiró Davy— hay tantos rincones por el cuerpo que es muy difícil recordarlos todos. Bueno, si no puedo ir a lo de la señorita Lavendar, iré a ver a la señora Harrison. Puedo asegurarte que la señora Harrison es una mujer magnífica. Guarda en su despensa un tarro de dulces, especialmente para los niños, y siempre me da lo que queda en el molde cuando hace tarta de ciruelas. El señor Harrison fue siempre un hombre bueno, pero lo es el doble desde que está casado otra vez. Creo que el casarse hace mejor a la gente. ¿Por qué tú no te casas, Marilla? Quiero saber.

El hecho de ser soltera nunca había apenado a Marilla, de modo que después de un cambio de significativas miradas con Ana, respondió amablemente que suponía que era porque nadie la había querido.

—Pero quizá tú nunca le pediste a nadie que te quisiera —protestó Davy.

—Oh, Davy —dijo Dora puntillosamente, metiéndose en la conversación—, es el hombre quien debe pedirlo.

—No sé por qué debe hacerlo siempre —gruñó el niño—. Me parece que en este mundo todo se le carga al hombre. ¿Puedo comer un poco más de budín, Marilla?

—Ya has comido más de lo que te conviene —dijo Marilla, pero le dio otro trozo.

—Me gustaría que la gente pudiera vivir sólo de budín. ¿Por qué no se puede, Marilla? Quiero saber.

—Porque se cansaría pronto de él.

—Por mi parte me gustaría probar —dijo Davy escépticamente—. Pero supongo que es mejor tener budín sólo los días de pescado, cuando vienen visitas, que no tenerlo en absoluto. En casa de Milty Boulter nunca hacen. Milty dice que cuando van visitas su madre sirve queso y ella misma corta un pedacito para cada uno.

—Si Milty Boulter habla así de su madre, por lo menos tú no tienes necesidad de repetirlo —dijo Marilla seriamente.

—¡Bendito sea Dios! —Davy había aprendido la expresión del señor Harrison y la repetía con sumo placer—. Milty lo dice como un cumplido. Está muy orgulloso de su madre porque la gente dice que es capaz de sacar agua de una roca.

—Me… me parece que las gallinas andan sueltas —dijo Marilla incorporándose y saliendo apresuradamente. Pero cuando llegó al corral ni las miró. En cambio se sentó y rio hasta que se avergonzó de sí misma.

Cuando Ana y Paul llegaron a la casa de piedra, encontraron a la señorita Lavendar y a Charlotta IV en el jardín, arrancando hierbas, rastrillando y podando con todas sus ganas. La señorita Lavendar, alegre y hermosa con los volantes y cintas que tanto amaba, arrojó sus tijeras y corrió jubilosamente al encuentro de sus huéspedes, mientras Charlotta sonreía con alegría.

—Bienvenida, Ana. Suponía que vendría hoy. Usted pertenece a la tarde, de modo que ésta tenía que traerla. Las cosas que se pertenecen siempre llegan juntas. ¡Cuántas molestias se evitarían algunas gentes con sólo saberlo! Pero no lo saben… y pierden sus energías removiendo cielo y tierra tratando de reunir cosas que no se pertenecen. ¡Y tú, Paul… vaya, has crecido! Estás media cabeza más alto que la última vez que viniste a verme.

—Sí, he comenzado a crecer como los hongos, como dice la señora Lynde —dijo Paul francamente encantado del hecho—. Abuelita dice que es el potaje que por fin hace efecto. Quizá, Dios lo sabe —suspiró Paul profundamente—. He comido el suficiente para hacer crecer a cualquiera. Espero que ahora que he empezado, continúe hasta ser tan alto como mi padre. ¿Sabe, señorita Lavendar? Mide metro ochenta.

Sí; la señorita Lavendar lo sabía. Por un instante brilló el rubor en sus mejillas. Tomó a Paul con una mano y a Ana con la otra y caminó hacia la casa en silencio.

—¿Es hoy un buen día para el eco, señorita Lavendar? —dijo Paul ansiosamente. El día de su primera visita había demasiado viento y Paul se sintió muy desilusionado.

—Sí, realmente especial —respondió la señorita Lavendar despertando de su arrobamiento—. Pero primero entraremos a comer algo. Sé que tendréis hambre después de caminar tanto. Y Charlotta IV y yo podemos comer a cualquier hora del día. Tenemos un apetito muy caprichoso. De manera que haremos una excursión hasta la despensa. Afortunadamente es encantadora y está repleta. Hoy tuve el presentimiento de que iba a tener compañía y Charlotta IV y yo hemos preparado algo.

—Creo que usted es de las personas que siempre tienen cosas ricas en la despensa —dijo Paul—. Abuelita también es así. Pero no aprueba los bocados entre comidas. No sé —agregó dubitativamente— si debo comerlos fuera de casa sabiendo que ella no lo aprueba.

—No creo que no lo aprobara después de todo lo que has andado. Eso cambia las cosas —dijo la señorita Lavendar cambiando divertidas miradas con Ana por encima de la rizada cabeza castaña de Paul—. Supongo que los bocados son muy malos. Ésa es la razón por la que los comemos tan a menudo en «La Morada del Eco». Nosotras, Charlotta IV y yo, vivimos en oposición a

todas las dietas establecidas. Comemos toda clase de cosas indigestas a cualquier hora que se nos ocurra, del día o de la noche, y florecemos como verdes laureles. Siempre tenemos intenciones de reformarnos. Cuando leemos algún artículo de un periódico que previene contra algo que nos gusta, lo recortamos y lo clavamos en la pared de la cocina para recordarlo. Pero nunca lo conseguimos hasta después de haber comido eso precisamente. Hasta ahora nada nos ha matado; pero Charlotta IV tiene pesadillas cuando comemos buñuelos, pastel de carne y torta de frutas antes de acostarnos.

—Mi abuela me deja tomar un vaso de leche y comer un trozo de pan con mantequilla antes de irme a la cama, y los domingos por la noche añade un poco de dulce sobre el pan —dijo Paul—. De modo que siempre me alegra que sea domingo por la noche, por más de una razón. El domingo es un día muy largo en el camino de la playa. Abuelita dice que para ella es demasiado corto y que papá nunca lo encontró aburrido cuando era niño. No me resultaría tan largo si pudiera hablar con la gente de las rocas, pero nunca lo hago porque abuelita no lo aprueba en domingo. Pienso mucho; pero temo que mis pensamientos sean mundanos. Abuelita dice que los domingos sólo deben tenerse pensamientos religiosos. Pero aquí la señorita dijo una vez que todas las ideas hermosas son religiosas, no importa sobre qué tema ni en qué día los pensemos. Pero estoy seguro de que los únicos pensamientos religiosos que admite mi abuela son los referentes a los sermones o a la Escuela Dominical y cuando surge una diferencia de opinión entre la abuelita y mi maestra, no sé qué hacer. En el fondo de mi corazón —Paul alzó sus serios ojos azules hasta el benévolo rostro de la señorita Lavendar— estoy de acuerdo con mi maestra. Pero sucede que abuelita ha criado a papá a su manera, consiguiendo un éxito rotundo, y la señorita todavía no ha criado a nadie, aunque está ayudando a educar a Davy y Dora. Pero no se sabrá el resultado hasta que sean grandes. De modo que a veces pienso que es más seguro seguir el método de mi abuelita.

—Creo que sí —asintió Ana solemnemente—. De cualquier modo, yo diría que si tu abuelita y yo nos explicáramos mutuamente lo que queremos decir, encontraríamos que es la misma cosa, expresada de distintas formas. Será mejor que actúes como ella dice, dado que es el resultado de la experiencia. Debemos esperar a que crezcan los mellizos para poder asegurar que mi método es igualmente bueno.

Después de comer volvieron al jardín, donde Paul trabó conocimiento con el eco, para su contento y asombro, mientras Ana y la señorita Lavendar se sentaron a conversar en el banco de piedra debajo del álamo.

—¿De modo que se irá para el otoño, Ana? —dijo la señorita Lavendar pensativamente—. Debería alegrarme por usted, pero estoy terrible, desesperadamente triste. La extrañaré muchísimo. A veces pienso que no vale

la pena hacer amigos. Se van de nuestra vida después de un tiempo y dejan una herida mucho más dolorosa que la soledad anterior a ellos.

—Eso es algo que podría haber dicho la señorita Eliza Andrews, pero nunca la señorita Lavendar —dijo Ana—. Nada es peor que la soledad y yo no me voy de su vida. Están las cartas y las vacaciones. Querida, la noto pálida y cansada.

—Hoo… hoo… ho… —gritaba Paul en el malecón donde había estado haciendo toda clase de ruidos, no todos melodiosos, pero que volvían trasmutados en oro y plata por los hados alquimistas del río.

La señorita Lavendar hizo un impaciente movimiento con sus bonitas manos.

—Oh, estoy cansada de todo, hasta de los ecos. No hay nada más que ecos en mi vida, ecos de sueños e ilusiones perdidas. Son hermosos y burlones. Ana, es horrible que hable así cuando estoy acompañada. Es simplemente que me estoy volviendo vieja y no me gusta. Sé que seré una lunática cuando tenga sesenta años. Pero quizá todo lo que necesite es una medicina.

En aquel momento Charlotta IV, que había desaparecido después de la comida, volvió anunciando que el rincón nordeste del campo del señor Kimball estaba rojo de tempranas fresas y preguntó si la señorita Shirley querría recoger algunas.

—¡Fresas para el té! —exclamó la señorita Lavendar—: ¡Oh, no estoy tan vieja como creía, y no necesito ni una sola medicina!

Chicas, cuando regreséis con las fresas, tomaremos el té aquí, debajo del álamo. Lo tendré preparado con crema casera.

Ana y Charlotta IV fueron hacia el campo del señor Kimball, un lugar apartado y verde donde el aire era suave como terciopelo, fragante como un lecho de violetas y dorado como el ámbar.

—¿No es esto dulce y fresco? —aspiró Ana—. Me siento como si estuviera bebiendo de un rayo de sol.

—Sí señora, yo también. Así es exactamente como me siento yo, señora —asintió Charlotta IV, que hubiera dicho exactamente lo mismo de haber afirmado Ana que se sentía como un pelícano del desierto. Siempre después de las visitas de Ana a «La Morada del Eco», Charlotta IV subía a su cuartito y, delante del espejo, trataba de hablar y actuar como ella. Charlotta nunca pudo admitir que lo conseguía, pero había aprendido en la escuela que la perseverancia conducía al triunfo; y tenía esperanzas de que, con el tiempo, podría descubrir el misterio de aquella exquisita barbilla levantada, el repentino brillo de los ojos, el modo de andar como si fuera una rama mecida

por el viento. Parecía tan fácil en Ana. Charlotta IV la admiraba de todo corazón. No era que la considerara muy hermosa. La belleza de Diana Barry con sus mejillas carmesí y sus negros bucles, era mucho más del gusto de Charlotta que el claro encanto de Ana, con sus luminosos ojos grises y las pálidas rosas de sus mejillas.

—Pero preferiría ser como usted a ser hermosa —le dijo a Ana sinceramente.

Ana rio, degustando la miel del piropo y apartando el aguijón. Estaba acostumbrada a que le dijeran cumplidos mixtos. La opinión pública no estaba de acuerdo sobre su apariencia. Gente que había oído decir que era bonita, la conocía y se desilusionaba. Gente que había oído decir que no valía nada, la veía y pensaba dónde tenían los demás los ojos. La misma Ana nunca se había creído hermosa. Cuando se miraba al espejo, todo lo que veía era un pálido rostro con siete pecas sobre la nariz. Su espejo no le revelaba la fugaz y siempre cambiante gama de sentimientos que iluminaba sus facciones como una rosada llama, o el encanto de risas o sueños que alternaban en sus grandes ojos.

Aunque Ana no era hermosa en el sentido estricto de la palabra, poseía cierto encanto y distinción que dejaba en quien la contemplaba un sentido placentero causado por su suave feminidad. Aquellos que conocían a Ana, sentían sin darse cuenta que su mayor atracción consistía en el aire de posibilidades que la rodeaba, en el poder del desarrollo futuro que había en ella. Parecía andar en una atmósfera de cosas por ocurrir.

Mientras recogían las fresas, Charlotta IV le confío sus temores respecto a la señorita Lavendar. La pequeña y ferviente doncella estaba verdaderamente preocupada por su adorada ama.

—La señorita Lavendar no está bien, señorita Shirley, señora. Estoy segura, aunque nunca se queja. Hace un tiempo que no parece la misma, desde el día que usted y Paul vinieron por primera vez. Estoy segura de que aquella noche cogió frío, señora. Después de que ustedes se fueron, caminó por el jardín hasta que se hizo de noche con sólo un chal sobre las espaldas. Había un montón de nieve por los senderos y estoy segura de que cogió frío. Desde entonces he notado que parece cansada y triste. No parece interesarse en nada, señora. No quiere que venga nadie, ni se arregla, ni nada, señora. Sólo cuando viene usted parece animarse un poco. Y la peor señal, señorita Shirley, señora —Charlotta IV bajó la voz como si fuera a referirse a un síntoma terrible— es que ahora nunca se enfada cuando rompo algo. Porque ayer, señorita Shirley, señora, rompí el jarrón verde y amarillo que estaba encima de la biblioteca. Su abuela lo había traído de Inglaterra y la señorita Lavendar lo tenía en gran estima. Lo estaba limpiando con todo cuidado, señorita Shirley, señora, y se

me resbaló antes de que pudiera sostenerlo, rompiéndose en cuarenta millones de pedazos. Le aseguro que estaba triste y asustada. Pensé que la señorita Lavendar me iba a reprender severamente, señora; y hubiera preferido que lo hubiera hecho antes de que hiciera lo que hizo. Simplemente vino, apenas lo miró y dijo: «No importa, Charlotta. Recoge los trozos y tíralos». Sólo eso, señorita Shirley, señora… «recoge los trozos y tíralos», como si no fuera el jarrón de Inglaterra de su abuela. ¡Oh!, no está bien, y estoy terriblemente preocupada. No tiene a nadie que la cuide más que a mí.

Los ojos de Charlotta IV estaban llenos de lágrimas. Ana golpeó suavemente su morena mano.

—Creo que la señorita Lavendar necesita un cambio, Charlotta. Aquí está demasiado sola. ¿No podríamos convencerla de que hiciera un pequeño viaje?

Charlotta sacudió desconsoladamente la cabeza.

—No lo creo, señorita Shirley, señora. La señorita Lavendar odia las visitas. Sólo tiene tres parientes a quienes va a ver de vez en cuando y dice que lo hace por un deber de familia. La última vez que fue, al regresar a casa, dijo que no volvería a cumplir más con su deber de familia. «He vuelto a casa enamorada de la soledad, Charlotta», me dijo, «y no quiero apartarme nunca más de ella. Mis parientes se empeñan en hacer de mí una anciana; no me gusta nada». Exactamente así, señorita Shirley, señora, «no me gusta nada». De manera que no creo que ganemos nada con presionarla para que vaya de visita.

—Veremos qué puede hacerse —dijo Ana decididamente, mientras ponía la última fresa en su cubo rosado.

—En cuanto tenga mis vacaciones, vendré a pasar una semana entera aquí. Saldremos de excursión todos los días e imaginaremos toda clase de cosas interesantes, y veremos si logramos levantar el ánimo de la señorita Lavendar.

—Eso será lo mejor, señorita Shirley —exclamó Charlotta IV encantada. Estaba contenta por la señorita Lavendar y por sí misma. Con toda una semana para estudiar a Ana constantemente, con seguridad que podría aprender a moverse y comportarse como ella.

Cuando las jóvenes regresaron a «La Morada del Eco» se encontraron con que la señorita Lavendar y Paul habían llevado al jardín la pequeña mesa cuadrada de la cocina y tenían todo listo para el té. Nada podía ser más sabroso que aquellas deliciosas fresas con crema, saboreadas bajo un gran cielo azul salpicado de tenues y pequeñas nubes blancas y a la sombra de los bosques con sus balbuceos y murmullos. Después del té, Ana ayudó a Charlotta a lavar los platos mientras la señorita Lavendar escuchaba el relato de Paul sobre la gente de las rocas, sentados ambos en el banco de piedra. La

dulce señorita Lavendar era una oyente atenta, pero al fin Paul se dio cuenta de que había perdido interés en sus Mellizos Marineros.

—Señorita Lavendar, ¿por qué me mira así? —preguntó gravemente.

—¿Cómo, Paul?

—Como si en mí estuviera viendo a alguien que le recuerdo —dijo Paul, que en ocasiones podía ver tan adentro que era inútil tener secretos estando él cerca.

—Tú me recuerdas a alguien a quien conocí hace mucho tiempo —dijo la señorita Lavendar soñadoramente.

—¿Cuando era joven?

—Sí, cuando era joven. ¿Te parezco muy vieja, Paul?

—¿Sabe? No puedo decirlo —dijo Paul confidencialmente—. Su cabello parece viejo… nunca conocí a una persona joven que tuviera el cabello blanco. Pero cuando ríe, sus ojos son jóvenes como los de mi hermosa maestra. Le diré, señorita Lavendar… —la voz y el rostro de Paul eran tan solemnes como los de un juez— creo que usted sería una espléndida mamá. Tiene en sus ojos la mirada precisa, la que siempre tenía mi madre. Pienso que es una pena que no tenga hijos.

—Tengo un niño en sueños, Paul.

—¿Es cierto? ¿Cuántos años tiene?

—Más o menos tu edad, supongo. Debería ser mayor porque sueño con él desde mucho antes de que tú nacieras. Pero nunca le dejaré tener más de once o doce años; porque si lo hiciera, algún día crecería y entonces lo perdería.

—Ya lo sé —asintió Paul—. Ésa es la hermosura de las personas de los sueños. Se quedan en la edad que uno quiere. Usted, mi querida maestra y yo mismo, son las únicas personas que conozco en el mundo que tienen amigos sólo en sus fantasías. ¿No es gracioso que nos hayamos encontrado? Pero creo que esta clase de gente siempre se reúne. Abuelita nunca tiene fantasías y Mary Joe cree que estoy mal de la cabeza porque las tengo. Pero creo que es maravilloso. Usted lo sabe, señorita Lavendar. Cuéntemelo todo sobre su niñito de los sueños.

—Tiene ojos azules y cabello rizado. Entra a hurtadillas y me despierta todas las mañanas con un beso. Luego juega en el jardín durante todo el día y yo le acompaño. Sabemos muchos juegos. Hacemos carreras, hablamos con el eco y yo le narro cuentos. Y luego llega el crepúsculo…

—Ya sé —interrumpió Paul ansiosamente—. Viene y se sienta a su lado… así… porque naturalmente a los doce años es muy grande para subirse a su

falda… y recuesta su cabeza sobre su hombro… así… y usted lo rodea con sus brazos fuerte, muy fuerte, y apoya su mejilla en sus cabellos… así… eso es lo que sucede, señorita Lavendar. Oh, usted sí lo sabe.

Así los halló Ana al salir de la casa de piedra y algo en el rostro de la señorita Lavendar le hizo sentirse a disgusto por molestarlos.

—Me temo que debemos irnos, Paul, si queremos llegar a casa antes de que oscurezca. Señorita Lavendar, voy a invitarme pronto a pasar una semana entera en «La Morada del Eco».

—Si viene por una semana, le haré quedarse dos —amenazó la señorita Lavendar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El príncipe regresa al palacio encantado

El último día de clase llegó y pasó. Se llevó a cabo un triunfal «examen semestral» y los alumnos de Ana se comportaron espléndidamente. Al terminar, le dijeron un discurso y le regalaron un escritorio. Todas las chicas lloraron y se rumoreó que algunos de los chicos también, aunque siempre lo negaron.

Las esposas de Harmon Andrews, de Peter Sloane y de William Bell volvieron juntas a casa, comentando los acontecimientos.

—Creo que es una lástima que Ana se vaya, cuando los pequeños están tan apegados a ella —suspiró la señora de Peter Sloane, que tenía costumbre de suspirar por todo, hasta por los chistes—. Pero también —añadió apresurada— me he enterado de que el año próximo tendremos una buena maestra.

—Estoy segura de que Jane cumplirá con su deber —dijo la señora Andrews, algo estirada—. No creo que pase todo el tiempo contándoles cuentos de hadas a los niños o vagando por los bosques con ellos. Pero su nombre figura en la Lista de Honor del Inspector y la gente de Newbridge está muy triste por su partida.

—Me alegra de verdad que Ana vaya a la universidad —dijo la señora Bell —. Siempre lo quiso y será muy bueno para ella.

—Bueno, no sé —la señora Andrews estaba determinada a no estar completamente de acuerdo con nadie ese día—. No veo que Ana necesite más educación. Probablemente se case con Gilbert Blythe, si a éste le dura el entusiasmo hasta después de terminar sus estudios, y, ¿de qué le servirán

entonces el griego y el latín? Si allí pudiera aprender cómo manejar a un hombre, entonces tendría sentido que se fuera.

Según murmuraciones que corrían por Avonlea, la señora Andrews nunca había aprendido a manejar a su «hombre» y, como resultado, el hogar de los Andrews no era exactamente un modelo de felicidad doméstica.

—He visto que la citación de Charlottatown para el señor Alian estaba en el presbiterio —dijo la señora Bell—. Eso significa que pronto le perderemos.

—No se irán antes de septiembre —comentó la señora Sloane—. Será una gran pérdida para la comunidad, aunque siempre me pareció que la señora Alian se vestía demasiado alegremente para ser la esposa de un pastor. Pero ninguno de nosotros es perfecto. ¿Se han dado cuenta cuan pulcro parecía el señor Harrison? Nunca vi un hombre tan cambiado. Va a misa todos los domingos y contribuye al pago del sueldo del pastor.

—Paul Irving se ha hecho un muchachito —dijo la señora Andrews—. Era tan pequeño para su edad cuando vino aquí. Hoy casi no le reconocí. Está empezando a parecerse a su padre.

—Es un muchacho muy inteligente —dijo la señora Bell.

—Lo es, pero… —la señora Andrews bajó la voz— creo que dice cosas raras. Gracie me dijo al regresar del colegio la semana pasada que él le contó un terrible galimatías sobre gentes que viven en la costa, cosas en las que no puede haber un punto de verdad. Le dije a Gracie que no las creyera y me dijo que Paul no esperaba esto tampoco. Pero si no esperaba que le creyese, ¿para qué se las contó?

—Ana dice que Paul es un genio —dijo la señora Sloane.

—Puede que lo sea. Uno nunca sabe qué esperar de estos americanos —dijo la señora Andrews. El único contacto de esta señora con la palabra «genio», era bajo la forma popular de decir «que tiene su genio» a la persona de carácter algo irritable.

En el aula, Ana se hallaba sentada sola ante su escritorio tal como lo estuviera dos años atrás, el primer día de clase, con la cara apoyada en la mano y los húmedos ojos mirando pensativamente el Lago de las Aguas Refulgentes a través de la ventana. Su corazón estaba tan triste por la partida de sus alumnos que la universidad había perdido todo su encanto por el momento. Todavía sentía el abrazo infantil de Annetta Bell y escuchaba su lamento: «Nunca querré a otra maestra tanto como a usted, señorita Shirley; nunca, nunca».

Durante dos años había trabajado con ganas y fidelidad, cometiendo muchos errores y sacando enseñanzas de ellos. Tuvo su premio. Había

enseñado algo a sus alumnos, pero sentía que éstos le habían enseñado mucho más; lecciones de ternura, de autocontrol, de inocencia, de ciencia de los corazones infantiles. Quizá no había tenido éxito en «inspirar» alguna ambición hermosa en sus alumnos pero, gracias a su dulce personalidad más que a todos sus cuidadosos preceptos, les había imbuido enseñanzas que les serían necesarias en el futuro; adoptando la verdad, la cortesía y la bondad; manteniéndose alejados de toda falsedad, mezquindad y vulgaridad. Quizá eran inconscientes de haber aprendido tal lección, pero la recordarían y la pondrían en práctica hasta mucho después de haber olvidado la capital de Afganistán o las fechas de la Guerra de las Dos Rosas.

—Se cierra otro capítulo de mi vida —dijo Ana en alta voz, mientras echaba llave al pupitre. Se sentía realmente muy triste por ello, pero lo romántico de la idea del «capítulo cerrado» la consolaba un poco.

Ana pasó una semana al comienzo de las vacaciones en «La Morada del Eco» y todos se divirtieron mucho.

Llevó a la señorita Lavendar de compras al pueblo y la convenció para que se comprara un nuevo vestido de organdí; luego llegó la excitación de cortarlo y coserlo juntas, mientras la feliz Charlotta IV se encargaba del tijereteo. La señorita Lavendar se había quejado de que no podía sentir mucho interés por nada, pero los ojos le volvieron a brillar ante su bonito vestido.

—Qué tonta y frívola debo ser —suspiró—. Estoy completamente avergonzada de que un vestido nuevo, aunque sea de organdí, me ponga tan alegre, cuando una buena conciencia y una contribución adicional a las Misiones Extranjeras no lo consiguieron.

En la mitad de su visita, Ana regresó a «Tejas Verdes» para remendar las medias de los mellizos y responder al cúmulo de preguntas de Davy. Por la noche, fue hasta el camino de la costa a ver a Paul Irving. Mientras cruzaba frente a la baja y cuadrada ventana de la sala de estar de los Irving, vio al pequeño Paul sentado en el regazo de alguien, pero al instante siguiente el niño cruzó corriendo el salón.

—¡Señorita Shirley! —gritó excitado—, ¿sabe qué ha ocurrido? Algo maravilloso. ¡Papá está aquí… qué le parece! ¡Papá aquí! Pase. Papá, ésta es mi maestra.

Stephen Irving se adelantó con una sonrisa a recibir a Ana. Era un cincuentón alto y guapo, con cabellos grises, ojos azules y profundos y una cara fuerte y triste. «Justo la cara de un héroe de novela», pensó Ana, mientras se estremecía de satisfacción. Hubiera sido desilusionante conocer a alguien que debiera ser héroe y encontrarle calvo o encorvado o carente de belleza masculina. Ana hubiera considerado terrible que el objeto del romance de la

señorita Lavendar no hubiese estado a la altura de sus antecedentes.

—De modo que ésta es la «linda maestra» de mi hijo, de quien tanto he oído hablar —dijo el señor Irving con un sincero apretón de manos—. Las cartas de Paul hablaban tanto sobre usted, que casi me siento como si la conociese desde hace tiempo. Quiero agradecerle lo que ha hecho por mi hijo. Creo que su influencia ha sido exactamente lo que necesitaba. Mamá es una mujer muy buena y cariñosa, pero su sentido común escocés no podía comprender un temperamento como el de mi pequeño. Usted le ha dado lo que le faltaba. Me parece que gracias a ambas, la educación de Paul durante estos dos años ha sido casi la ideal para un niño sin madre.

A todo el mundo le gusta ser apreciado. Ante las alabanzas del señor Irving, la cara de Ana «se sonrojó como un capullo de rosa» y el ocupado y triste hombre de mundo que la miraba pensó que nunca había visto un ejemplo más dulce y hermoso de adolescencia que esta pequeña maestra, con su roja cabellera y sus hermosos ojos.

Paul se sentó entre ambos terriblemente feliz.

—Nunca soñé que papá viniera —dijo radiante—. Ni abuelita lo sabía. Fue una gran sorpresa. Por lo general —Paul sacudió su rizada cabellera con gravedad— no me gusta que me sorprendan. Cuando a uno lo sorprenden, se pierde toda la diversión de esperar las cosas. Pero en un caso como éste, está bien. Papá llegó anoche cuando ya me había acostado. Y tras la sorpresa de la abuelita y de Mary Joe, él y abuelita subieron a verme. No pensaban despertarme hasta por la mañana. Pero me desperté y vi a papá. Le aseguro que salté hacia él.

—Con un abrazo de oso —dijo el señor Irving sonriendo mientras ponía su brazo sobre el hombro de Paul—. Apenas pude reconocerlo, tan crecido, fuerte y tostado por el sol está.

—No sé quién estaba más contento de ver a papá, si la abuelita o yo —continuó Paul—. Ella ha estado todo el día en la cocina, haciendo las comidas que le gustan a papá. Dice que no se fía de Mary Joe. Ésa es su manera de demostrar la alegría. A mí me gusta más sentarme a conversar con papá. Pero ahora les voy a dejar por un momento, si me lo permiten. Debo reunir las vacas. Es uno de mis deberes diarios.

Cuando Paul hubo salido a cumplir con su «deber diario», el señor Irving habló con Ana de varios temas. Pero la muchacha tuvo la sensación de que él pensaba en otra cosa durante todo ese tiempo. Y de pronto, salió a la superficie.

—En la última carta, Paul me habló de una visita que usted hiciera a una vieja… amiga mía… la señorita Lewis, en la casa de piedra de Grafton. ¿La

conoce usted bien?

—Sí, es una amiga muy querida —fue la seria respuesta de Ana, que no dio muestras del repentino estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza ante la pregunta del señor Irving. Ana «sintió instintivamente» que el romance asomaba ante ella.

El señor Irving se levantó, fue junto a la ventana y se puso a contemplar el mar, inmenso y dorado, donde jugueteaba el viento. Durante unos momentos, el silencio reinó en la oscura habitación. Entonces se volvió y miró a la cara comprensiva de Ana con una sonrisa, mitad caprichosa, mitad tierna.

—Me gustaría saber cuánto sabe usted.

—Lo sé todo —respondió Ana prestamente—. Verá usted, la señorita Lavendar y yo somos amigas íntimas. Ella no diría cosas tan sagradas a cualquiera. Somos almas gemelas.

—Sí, creo que lo son. Bueno, le voy a pedir un favor. Me gustaría ver a la señorita Lavendar, si ella lo consiente. ¿Le preguntaría usted si puedo ir?

¡Claro que sí! ¡Desde luego que lo haría! Sí, éste era un romance real, con todo el encanto de la poesía, el cuento y el sueño. Era un poco tardío, quizá, cual una rosa que florece en octubre, cuando debiera haberlo hecho en junio, pero sin embargo era una rosa, toda dulzura y fragancia, con el brillo del oro en su corazón. Nunca la llevaron sus pies con más voluntad que aquella mañana a Grafton, a través de los bosques. Encontró a la señorita Lavendar en el jardín. Sus manos se helaron y la voz le tembló.

—Señorita Lavendar, tengo algo que decirle, algo muy importante. ¿Adivina qué es?

Ana nunca supuso que su interlocutora podría adivinarlo, pero la cara de la señorita Lavendar palideció y lo dijo en voz muy queda, de la cual se habían desvanecido todo el color y la chispa habituales.

—¿Stephen Irving ha regresado?

—¿Cómo lo supo? ¿Quién se lo dijo? —gritó Ana desilusionada, dolida de que alguien se hubiera anticipado a su revelación.

—Nadie. Supe que era así por la forma en que me habló.

—Quiere venir a verla —dijo Ana—. ¿Puedo decirle que sí?

—Sí, desde luego. No hay razón para lo contrario. Sólo viene como viejo amigo.

Ana tenía una opinión particular sobre el asunto cuando entró apresuradamente en la casa para escribir una carta sobre el escritorio de la

señorita Lavendar.

«¡Oh!, es delicioso estar viviendo una novela», pensó alegre. «Desde luego que todo saldrá bien, debe salir. Y Paul tendrá una madre como necesita y todos serán felices. Pero el señor Irving se llevará lejos a la señorita Lavendar, y Dios sabe qué le ocurrirá a la casita de piedra. De manera que esto tiene dos caras, como todo en el mundo».

La carta importante fue escrita y la propia Ana la llevó al correo de Grafton, donde pidió al cartero que la dejara en la oficina de Avonlea.

—Es muy importante —le aseguró Ana ansiosamente.

El cartero era un viejo personaje algo rezongón, que no tenía en absoluto el aspecto de un mensajero de Cupido y Ana no estaba demasiado segura de poder confiar en su memoria. Pero él dijo que haría todo lo posible por acordarse y la muchacha tuvo que conformarse con eso.

Charlotta IV tuvo la sensación de que existía algún misterio en la casa de piedra esa tarde, misterio del cual estaba excluida. La señorita Lavendar vagaba distraída por el jardín. Ana parecía poseída por el demonio de la inquietud y caminaba sin cesar. Charlotta IV resistió hasta que se le acabó la paciencia. Entonces preguntó a Ana, aprovechando su tercera peregrinación inútil a la cocina.

—Por favor, señorita Shirley, señora —dijo Charlotta IV con un indignado movimiento de sus azules lazos—. Se ve bien claro que usted y la señorita Lavendar tienen un secreto y creo, con perdón si me adelanto demasiado, señorita Shirley, señora, que está muy mal que no me lo digan cuando hemos sido tan amigas.

—Querida Charlotta, se lo hubiera contado todo si fuera cosa mía, pero se refiere a la señorita Lavendar. Se lo explicaré pero, si nada ocurre, nunca deberá decir palabra a nadie. Verá: el Príncipe Encantado viene esta noche. Vino hace mucho, pero huyó en un momento de locura y vagó a lo lejos, olvidando el secreto del mágico sendero al castillo encantado, donde la princesa lloraba por él hasta quebrársele su fiel corazón. Pero al fin lo recordó y la princesa aún espera, porque nadie, excepto su príncipe encantado, puede sacarla del castillo.

—Oh, señorita Shirley, señora, ¿qué es eso en prosa? —dijo la sorprendida Charlotta.

Ana rio.

—En prosa, es que esta noche vendrá de visita un viejo amigo de la señorita Lavendar.

—¿Quiere decir un antiguo pretendiente?

—Probablemente eso sea lo que quiero decir en prosa —contestó Ana con seriedad—. Es el padre de Paul, Stephen Irving. Y Dios sabe qué pasará, aunque debemos desear lo mejor, Charlotta.

—Espero que se case con la señorita Lavendar —fue la inequívoca respuesta de Charlotta—. Algunas mujeres están destinadas a ser solteronas y temo que yo soy una de ellas, señorita Shirley, señora, porque tengo muy poca paciencia con los hombres. Pero la señorita Lavendar, no. Y he sufrido mucho pensando qué haría ella cuando yo creciera y tuviera que irme a Boston. No hay más mujeres en nuestra familia y Dios sabe qué sería de ella si diera con alguna extranjera que se riera de sus fantasías y dejara las cosas fuera de su lugar y no le gustara que la llamasen Charlotta IV. Puede que consiga alguna que no le rompa los platos, pero es seguro que no tendrá otra que la quiera más.

Y la fiel doncella abrió la puerta del horno con un bufido.

Aquella tarde cumplieron con la costumbre de tomar el té en «La Morada del Eco», pero en realidad nadie comió nada. Después del té, la señorita Lavendar fue a su habitación a ponerse su nuevo vestido de organdí; Ana le arreglaba el cabello. Ambas estaban muy nerviosas, pero la señorita Lavendar fingía estar tranquila e indiferente.

—Mañana debo coser el roto de la cortina —dijo ansiosamente, inspeccionándola como si fuese la cosa más importante en esos momentos—. Esa cortina no ha dado el resultado que esperaba, considerando lo que pagué por ella. Charlotta ha olvidado sacar el polvo al pasamanos de la escalera otra vez. Tengo que hablarle sobre eso.

Ana se hallaba sentada en la escalera de la galena cuando llegó Stephen Irving por el sendero y cruzó el jardín.

—Este es el lugar donde el tiempo no corre —dijo mirando en derredor—. Nada ha cambiado en la casa ni en el jardín desde que estuve aquí hace veinticinco años. Me hace sentir joven otra vez.

—Ya sabe usted que el tiempo no pasa en un lugar encantado —dijo Ana seriamente—. Las cosas comienzan a ocurrir sólo cuando llega el príncipe.

El señor Irving sonrió un poco tristemente a aquella cara llena de juventud y promesa.

—Algunas veces el príncipe llega demasiado tarde —dijo. Pero no le pidió a Ana que pusiera en prosa ese comentario. Como todas las almas gemelas, «comprendía».

—Oh, no, no si se trata del verdadero príncipe que llega para la verdadera princesa —dijo Ana, mientras abría la puerta. Cuando él hubo entrado, cerró y

se volvió y vio a Charlotta IV, que era «toda sonrisas» en el salón.

—Oh, señorita Shirley, señora —suspiró—. Espié por la ventana de la cocina, y es muy guapo y justo de la edad ideal para la señorita Lavendar, y, ¡oh, señorita Shirley, señora! ¿Le parece que estará muy mal oír tras la puerta?

—Sería horroroso, Charlotta —dijo Ana con firmeza—, de manera que venga conmigo, lejos de la tentación.

—No puedo hacer nada y es horrible estar esperando —suspiró Charlotta—. ¿Y qué ocurre si no se le declara? Uno nunca puede estar segura de los hombres. Mi hermana mayor, Charlotta I, creyó una vez estar comprometida con uno. Pero resultó que él tenía una opinión diferente y ella dice que no volverá a confiar otra vez en ellos. Y sé de otro caso en que un hombre pensó que quería mucho a una mujer, cuando en realidad a quien quería todo el tiempo era a la hermana. Si un hombre no sabe lo que quiere, ¿cómo va a estar segura una pobre mujer?

—Iremos a la cocina y sacaremos brillo a las cucharas de plata —dijo Ana—. Ésa es una tarea que afortunadamente no requiere mucha concentración, pues esta noche no podría pensar. Y nos ayudará a pasar el tiempo.

Pasó una hora. Entonces, en el momento en que Ana sacaba brillo a la última cuchara, oyeron cerrarse la puerta principal. Ambas buscaron apoyo en los ojos de la otra.

—Oh, señorita Shirley, señora —tartamudeó Charlotta—: si se va tan temprano, es que no hay nada, si lo había.

Volaron a la ventana. El señor Irving no tenía intención de partir. Él y la señorita Lavendar estaban recorriendo lentamente el sendero central, en dirección al banco de piedra.

—Oh, señorita Shirley, señora, le ha pasado el brazo por la cintura —murmuró contenta Charlotta IV—; él debe haberse declarado, de lo contrario, ella no se lo permitiría.

Ana cogió a Charlotta por la cintura y se pusieron a bailar hasta quedar sin resuello.

—¡Oh, Charlotta! —gritó la muchacha alegremente—. No soy una profetisa, pero voy a hacer una profecía. Habrá boda en esta vieja casa de piedra antes de que enrojezcan las hojas del arce. ¿Quiere que le ponga eso en prosa, Charlotta?

—No, eso puedo entenderlo —dijo ésta—. Una boda no es poesía. ¡Señorita Shirley, señora, está llorando! ¿Por qué?

—Oh, porque es todo tan hermoso… y tan novelesco… y romántico… y

triste… —dijo Ana, secándose las lágrimas—. Es todo muy hermoso… pero también triste.

—Desde luego que es un riesgo casarse con alguien —concedió Charlotta IV—; pero una vez que está hecho, hay muchas cosas peores que el marido.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Poesía y prosa

Durante el mes siguiente, Ana vivió en medio de lo que para Avonlea significaba un remolino de excitación. Los preparativos de su modesta partida a Redmond pasaron a un segundo plano. La señorita Lavendar se estaba preparando para su boda y la casa de piedra era el escenario de infinitas consultas, planes y discusiones, con Charlotta IV que revoloteaba por todos lados presa de delicia y expectativa. Luego vino la modista y entonces comenzó la tarea de elegir modelo y tomar medidas. Ana y Diana pasaban la mitad de su tiempo en «La Morada del Eco» y hubo noches en las que Ana no pudo dormir pensando si había hecho bien en aconsejarle a la señorita Lavendar el color marrón en vez del azul marino para su vestido de viaje.

Todos los que participaban de la aventura de la señorita Lavendar estaban muy contentos. Paul Irving corrió a «Tejas Verdes» a comentar las nuevas con Ana, no bien su padre se las hubo notificado.

—Sabía que podía confiar en que papá elegiría bien a mi segunda madre —dijo orgullosamente—. Es grande tener un padre en quien uno pueda confiar, señorita. Adoro a la señorita Lavendar. La abuela también está contenta. Dice que le alegra mucho que papá no haya elegido una americana para segunda esposa, porque aunque todo resultó bien la primera vez, hay pocas probabilidades de que algo así se repita. La señora Lynde dice que aprueba la unión de todo corazón. Y cree que quizá la señorita Lavendar olvide sus ideas raras y sea como los demás ahora que se casa. Pero espero que no sea así, pues a mí me gusta como es ahora. Y no quiero que sea como los demás. Hay demasiada gente alrededor que es así.

Charlotta IV también estaba radiante.

—¡Oh, señorita Shirley, señora!, todo ha resultado tan hermoso. Cuando el señor Irving y la señorita Lavendar vuelvan de su luna de miel iré a Boston a vivir con ellos. Y sólo tengo quince años, y las otras chicas no fueron hasta los dieciséis. ¿No es fantástico el señor Irving? Besa el terreno que ella pisa y a veces me hace sentir algo rara cuando veo sus ojos al mirarla. No hay palabras para describirlo, señorita Shirley, señora. Estoy terriblemente agradecida de

que se quieran tanto. Es lo mejor, cuando todo está dicho y hecho, aunque algunas personas pueden pasar sin ello. Yo tengo una tía que se casó tres veces y dice que la primera vez lo hizo por amor y las otras dos por puro negocio y que fue feliz las tres veces, excepto en el momento de los funerales. Pero creo que corrió un riesgo, señorita Shirley, señora.

—¡Es todo tan romántico! —suspiró Ana aquella noche hablando con Marilla—. Si aquel día no hubiera tomado el camino equivocado habríamos llegado a casa del señor Kimball sin conocer a la señorita Lavendar y de no haberla conocido no habría llevado allí a Paul, y él nunca hubiera escrito a su padre sobre sus visitas a la señorita Lavendar justo cuando el señor Irving partía para San Francisco. El señor Irving dice que cuando recibió esa carta, cambió de idea, mandó allí a su socio y él vino aquí. Hacía quince años que no sabía nada de la señorita Lavendar. Alguien le había dicho que estaba a punto de casarse, él lo creyó y nunca más le preguntó a nadie por ella. Y ahora todo termina bien. Y yo he contribuido a que así sea. Quizá, como dice la señora Lynde, todo está predestinado y acaba por pasar de cualquier modo. Pero así y todo es agradable pensar que he sido un instrumento del destino. Sí, sin ninguna duda, es muy romántico.

—No veo dónde está todo ese romanticismo —dijo Marilla algo bruscamente. Pensaba que Ana ya tenía bastante trabajo con preparar sus cosas para la universidad, sin «correr» a «La Morada del Eco» dos días de cada tres, a ayudar a la señorita Lavendar—. En primer lugar dos jóvenes disputan y se separan enfadados; entonces Stephen Irving se va a los Estados Unidos y después de un tiempo se casa y es feliz. Luego muere su esposa y, pasado un período decente, piensa en volver a su hogar a ver si su primera novia lo recibe. Mientras tanto ella continúa soltera, quizá porque no la pretendió nadie lo suficientemente agradable, y se encuentran y deciden casarse. Ahora dime, ¿dónde está el romanticismo?

—Oh, no hay ninguno si plantea las cosas de ese modo —murmuró Ana, como si alguien le hubiera tirado encima un cubo de agua fría—. Supongo que así es como suena en prosa. Pero es muy distinto si uno lo observa a través de la poesía; yo creo que es más bello —Ana se recobró, sus ojos brillaron y enrojecieron sus mejillas— mirarlo a través de la poesía.

Marilla miró el radiante rostro juvenil y refrenó sus impulsos sarcásticos. Quizá comprendió que, después de todo, era mejor tener «la visión y la facultad divinas»; ese regalo que el mundo no puede dar ni quitar, de mirar la vida a través de un cristal que hace que todo parezca rodeado de una luz celestial y de una gloria y frescura invisibles para quienes, como Charlotta IV y ella, veían la vida sólo en prosa.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó después de una pausa.

—El último miércoles de agosto. Se casarán en el jardín debajo de la enredadera de madreselvas, que es donde el señor Irving se le declaró hace veinticinco años. Marilla, es tan romántico, aun en prosa. No estaremos más que la señora Irving, Paul, Gilbert, Diana y yo, y los primos de la señorita Lavendar. Y partirán en el tren de las seis hacia las costas del Pacífico. Cuando regresen en el otoño, Paul y Charlotta IV irán a Boston a vivir con ellos. Pero «La Morada del Eco» la conservarán tal como es. Por supuesto venderán las gallinas y la vaca y asegurarán las ventanas; pero volverán todos los veranos. Estoy tan contenta. Me sentiría tan herida en Redmond si pensara que la querida casa de piedra estaba desnuda y desierta, con las habitaciones vacías… o lo que es peor aún, que vivían en ella otras personas. Pero ahora puedo pensar, tal como ha sido siempre, en un verano feliz que traerá vida y alegrías.

Había en el mundo más romances que el que vivían los maduros amantes de la casa de piedra. Ana lo comprendió repentinamente una tarde que iba a «La Cuesta del Huerto» por el atajo y llegó al jardín de los Barry. Diana Barry y Fred Wright estaban sentados bajo el gran sauce. Diana se hallaba recostada contra el tronco gris, con las pestañas bajas y las mejillas ruborosas; Fred le sostenía una mano e inclinaba su rostro hacia ella, murmurándole algo en el tono más bajo y formal. En aquel mágico instante sólo existían ellos sobre el mundo; de manera que no vieron a Ana, quien con una rápida y comprensiva mirada, se volvió silenciosamente y emprendió el regreso a través del bosque de abetos; no se detuvo hasta que llegó a su buhardilla donde tomó asiento sin aliento junto a la ventana y trató de reunir sus dispersos pensamientos.

—Diana y Fred están enamorados —murmuró—. ¡Oh!, eso nos hace parecer tan… tan… tan desesperanzadamente crecidos.

Ana sospechaba que Diana estaba dejando de ser fiel al melancólico héroe byroniano de sus más tempranos sueños. Pero como «las cosas que se ven son más potentes que las que se oyen», la constatación de que era realidad la alcanzó casi con la fuerza de una perfecta sorpresa. A ésta siguió una extraña y algo triste sensación, como si Diana hubiera entrado a un nuevo mundo y cerrado la puerta tras ella, dejando a Ana fuera.

«Las cosas cambian tan rápidamente que a veces me asusta», pensó Ana algo triste, «y me temo que traerá algún cambio entre Diana y yo. Estoy segura de que después de esto no podré contarle todos mis secretos. Podría repetírselos a Fred. ¿Qué verá en él? Es muy buen mozo y alegre… pero simplemente Frederic Wright».

Esta es siempre una pregunta confusa: ¿qué puede ver esa persona en la otra? Pero cuan afortunado es que sea así, pues si todos vieran igual, como dijo el viejo indio: «Todos querrían mi squaw». Era claro que Diana veía algo en Frederic Wright, que estaba oculto a los ojos de Ana. La tarde siguiente,

Diana fue a «Tejas Verdes» convertida en una dama pensativa y tímida y le contó a Ana toda la historia en el oscuro retiro de la buhardilla. Las jóvenes lloraron, se besaron y rieron.

—Soy tan feliz —dijo Diana—, pero ¿no suena ridículo pensar que estoy comprometida?

—¿Cómo es estar comprometida? —quiso saber Ana con curiosidad.

—Bueno, todo depende de con quién lo estés —respondió Diana, con ese hiriente aire de superioridad que adoptan los que están comprometidos para con quienes no lo están—. Es maravilloso estarlo con Fred, pero pienso que sería horrible estarlo con cualquier otro chico.

—No hay mucho consuelo para el resto de las mujeres, desde el momento en que existe un solo Fred —rio Ana.

—Oh, Ana, no lo entiendes —dijo Diana ofendida—. No quise decir eso. Es tan difícil de explicar. No importa, ya lo entenderás cuando te llegue el turno.

—Dios te bendiga, mi querida Diana, ahora lo entiendo: ¿para qué sirve la imaginación si no es capaz de ayudarte a mirar la vida a través de los ojos de los demás?

—Tú debes ser mi dama de honor, ya sabes, Ana. Prométélo. No importa dónde estés cuando yo me case.

—Si es necesario, vendré desde el confín de la tierra —prometió Ana solemnemente.

—Claro que no será muy pronto —dijo Diana ruborizándose—. Tres años por lo menos, porque yo tengo dieciocho y mamá dice que una hija suya no se casará antes de los veintiuno. Además, el padre de Frederic va a comprar la granja de Abraham Fletcher y dice que quiere tener pagadas unas dos terceras partes antes de ponerla a nombre de su hijo. Pero de cualquier modo, tres años no es demasiado tiempo para prepararse para ser ama de casa. No tengo hecha ninguna labor. Pero mañana empezaré a hacer tapetes de ganchillo; Myra Gillis tenía treinta y siete tapetes cuando se casó, y estoy decidida a tener tantos como ella.

—Supongo que sería imposible poner una casa con sólo treinta y seis tapetes —concedió Ana con rostro solemne pero bailarines ojos.

Diana se sintió herida.

—Nunca creí que te burlarías de mí, Ana —dijo en tono de reproche.

—No me burlaba —dijo Ana arrepentida—. Sólo te estaba molestando un poquito. Creo que serás el ama de casa más dulce del mundo. Y creo que es

encantador que ya hagas planes para la casa de tus sueños.

Aún no había terminado de pronunciar «casa de tus sueños», que ya ésta había cautivado su fantasía e inmediatamente comenzó el montaje de una de su propiedad. Por supuesto, era de un dueño ideal, enigmático, arrogante y melancólico; pero Gilbert Blythe persistía en tomar parte en todo, ayudándola a disponer cuadros, a proyectar jardines y a llevar a cabo mil funciones que un héroe melancólico y orgulloso consideraría que rebajaban su dignidad. Ana trató de separar la imagen de Gilbert de su castillo en el aire, pero, como él continuaba allí, Ana, viéndose en un apuro, renunció a su intento y continuó su arquitectura aérea con tal éxito que su «casa de los sueños» estuvo construida y amueblada antes de que Diana volviera a hablar.

—Supongo que pensarás que es raro que me guste tanto Frederic, cuando es tan distinto al tipo de hombre con quien yo siempre dije que me casaría, un hombre alto y esbelto; pero mira, si fuera así, no sería Frederic. Por supuesto —agregó Diana algo penosamente—, haremos una pareja terriblemente gordinflona. Pero, después de todo, es preferible esto, a que uno de nosotros sea bajo y grueso y el otro alto y delgado, como Morgan Sloane y su esposa. La señora Lynde dice que no puede dejar de pensar en su diferencia cuando los ve juntos.

—Bueno —se dijo Ana aquella noche, mientras se cepillaba el cabello ante su espejo de marco dorado—. Estoy contenta de que Diana esté tan feliz y satisfecha. Pero cuando llegue mi turno, si es que llega, espero que sea más emocionante. Pero también Diana lo pensaba antes. La he oído decir una y otra vez que nunca se comprometería de un modo vulgar y… que él tendría que hacer algo extraordinario para ganar su corazón. Pero ha cambiado. Quizá yo también lo haga. Pero no, estoy decidida a no hacerlo. ¡Oh!, creo que estos compromisos son turbadores cuando le suceden a los amigos íntimos.

CAPÍTULO TREINTA

Boda en la casa de piedra

La semana en que la señorita Lavendar debía contraer matrimonio llegó. Quince días después, Ana y Gilbert partirían hacia el colegio de Redmond. En el término de una semana la señora Lynde se mudaría a «Tejas Verdes» y se instalaría en el hasta entonces vacío cuarto de huéspedes. Había vendido todas sus pertenencias superfluas en subasta y en aquellos momentos se distraía ayudando a los Alian a empacar. El señor Alian debía pronunciar su sermón de despedida el domingo siguiente. El viejo orden cambiaba rápidamente para dar

lugar al nuevo, como pensaba Ana un poco triste, mientras enhebraba toda su excitación y felicidad.

—Los cambios no son totalmente placenteros, pero sí excelentes —dijo el señor Harrison filosóficamente—. Dos años es casi suficiente para que las cosas permanezcan exactamente iguales. Si se quedasen así mucho tiempo, enmohecerían.

El señor Harrison se hallaba fumando en la galería. Su mujer, en un rapto de autosacrificio, le había dicho que podía fumar dentro de la casa, si se sentaba junto a la ventana abierta. A esto respondió el esposo yendo a fumar al aire libre durante el buen tiempo, de manera que reinaba la paz.

Ana había acudido a pedirle al señor Harrison algunas de sus dalias amarillas. Diana y ella irían esa tarde a «La Morada del Eco» a ayudar a la señorita Lavendar y a Charlotta IV en los preparativos finales para la boda del día siguiente. La señorita Lavendar nunca tuvo dalias; no le gustaban y no eran adecuadas para el hermoso retiro de su antiguo jardín. Pero las flores de cualquier tipo eran escasas aquel verano en Avonlea y los distritos vecinos, por culpa de la tormenta del tío Abe, y Ana y Diana creían que cierto cántaro de piedra, generalmente dedicado a guardar buñuelos, decorado con dalias amarillas, sería exactamente lo necesario para un sombrío ángulo de las escaleras de la casa de piedra, contra el oscuro fondo del rojo empapelado del vestíbulo.

—Supongo que dentro de quince días saldrá usted para la universidad —continuó el señor Harrison—. Bueno, Emily y yo vamos a echarla muchísimo de menos. Seguramente que la señora Lynde estará allí en lugar de usted. No podían haber encontrado mejor sustituto.

La ironía en la voz del señor Harrison no puede trasladarse al papel: a pesar de la intimidad entre su esposa y la señora Lynde, lo mejor que podía decirse de las relaciones entre esa señora y Harrison era que, bajo el nuevo régimen, mantenían una neutralidad armada.

—Sí, me voy —dijo Ana—. Estoy muy contenta con la cabeza… y muy triste con el corazón.

—Supongo que conseguirá todos los premios que anden sueltos por Redmond.

—Puede que trate de obtener uno o dos —confesó Ana—, pero ya no me importan tanto como hace dos años. Lo que quiero sacar del curso es algún conocimiento sobre la vieja forma de vivir la vida y sacarle el máximo provecho. Quiero aprender a ayudar a los demás y a mí misma.

El señor Harrison asintió.

—Ésa es la idea exacta. Ése es el fin que debería tener la universidad, en lugar de producir bachilleres tan llenos de enciclopedias y vanidad, que no les queda lugar para otra cosa. Tiene razón, la universidad no le podrá hacer mucho daño.

Diana y Ana fueron a «La Morada del Eco» después del té, llevando consigo todas las flores que obtuvieron de varias expediciones a los jardines propios y de la vecindad. La casa bullía de excitación. Charlotta IV iba de un lado a otro con tal energía que sus lazos azules parecían poseer el don de la ubicuidad. Como el estandarte de Navarra, los lazos azules de Charlotta siempre estaban en lo más reñido de la lucha.

—Gracias a Dios que han venido —dijo devotamente—, pues hay montones de cosas por hacer. Y el rebozado de esa torta que no se endurece. Y todavía queda toda la plata por pulir, y el baúl por cerrar, y los pollos para el salpicón andan corriendo por el gallinero, cacareando, señorita Shirley, señora. Y no se puede confiar en que la señorita Lavendar haga nada. Me alegré cuando el señor Irving vino y la llevó a pasear por los bosques. El noviazgo está muy bien, señorita Shirley, señora, pero si se mezcla con la cocina, todo se echa a perder. Ésa es mi opinión, señorita Shirley, señora.

Las dos muchachas trabajaron tanto, que para las diez hasta Charlotta IV estaba satisfecha. Se hizo innumerables rizos y dio con sus cansados huesos en la cama.

—Pero estoy segura de que no voy a pegar ojo, señorita Shirley, señora, por temor a que algo vaya mal en el último minuto, que la crema no se espese o que el señor Irving tenga un ataque y no pueda venir.

—¿No tendrá la costumbre de tener ataques? —preguntó Diana, con un fruncimiento en las comisuras de los labios. Para la muchacha, Charlotta IV era, si no una belleza, por lo menos un constante motivo de risa.

—Ésas no son cosas para acostumbrarse —contestó Charlotta IV con dignidad—. Ocurren, nada más. Cualquiera puede tener un ataque. No es necesario aprender cómo. El señor Irving se parece mucho a un tío mío que tuvo uno cuando se sentaba a almorzar. Pero quizá todo salga bien. En este mundo se debe esperar lo mejor, prepararse para lo peor y tomar lo que Dios envía.

—Lo único que me preocupa es que mañana no haga buen tiempo —dijo Diana—. El tío Abe predijo lluvia para mediados de semana y desde la gran tormenta no puedo evitar pensar que hay mucho de cierto en lo que dice.

Ana, que sabía mejor que Diana cuánto tenía que ver el tío Abe con la tormenta, no estaba muy preocupada por aquello. Durmió bien y fue despertada a hora intempestiva por Charlotta IV.

—Oh, señorita Shirley, señora, es terrible llamarla tan temprano —decía junto al ojo de la cerradura—, pero todavía queda tanto por hacer y, señorita Shirley, señora, tengo miedo de que llueva y quisiera que se levantase a decirme que no.

Ana voló a la ventana, ansiando de todo corazón que Charlotta IV hablara así para hacerla levantarse rápido. Pero ¡oh!, la mañana parecía poco propicia. Bajo la ventana, el jardín de la señorita Lavendar, que debiera ser una gloria iluminada por la naciente luz solar, estaba oscuro e inmóvil y el cielo se hallaba cubierto de amenazadoras nubes.

—¡Esto es terrible! —dijo Diana.

—Debemos esperar lo mejor —dijo Ana decidida—. Si no llueve, es preferible un día fresco como éste a uno caluroso y soleado.

—Pero lloverá —profetizó Charlotta, entrando en la habitación y componiendo una divertida figura con sus innumerables rizos atados con cintas, apuntando en todas direcciones—. Amenazará hasta el último momento y entonces comenzará a llover a cántaros. Y todos los invitados se empaparán, y se llenará la casa de lodo, y no se podrán casar bajo la madreselva, y es de muy mal augurio que no brille el sol en una boda, diga usted lo que quiera, señorita Shirley, señora. Yo sabía que las cosas iban demasiado bien para durar.

Charlotta IV parecía pertenecer al clan de Eliza Andrews.

No llovió, aunque todo el día amenazó con hacerlo. A mediodía las habitaciones estaban decoradas, la mesa magníficamente preparada, y arriba aguardaba una novia, «vestida para su esposo».

—Está muy hermosa —dijo Ana.

—Hermosa —confirmó Diana.

—Todo está preparado, señorita Shirley, señora, y todavía no ha ocurrido nada malo —fue el alegre comentario de Charlotta cuando se trasladó a su habitación para vestirse. Volaron los rizos y la maraña consiguiente fue reducida a dos trenzas y atada, no con dos lazos, sino con cuatro, de flamante cinta azul brillante. Los dos lazos superiores daban la impresión de ser dos alas que surgían del cuello de la muchacha, con un aire a los querubines de Rafael. Pero para Charlotta eran hermosas y después de deslizarse dentro de un vestido blanco, tan almidonado que se quedaba solo de pie, se contempló en el espejo con gran satisfacción, sentimiento que duró hasta que salió al vestíbulo y vio una alta muchacha con un vestido de suave caída, que estaba prendiendo blancas flores como estrellas en las suaves guedejas de su rojo cabello.

«Oh, nunca podré parecerme a la señorita Shirley», pensó tristemente la pobre Charlotta. «Hay que nacer así… no parece que la práctica puede dar ese aire».

A la una, los huéspedes habían llegado, incluyendo al señor Alian y a su esposa, pues el pastor debía llevar a cabo la ceremonia en ausencia del pastor de Grafton, que estaba de vacaciones. No hubo formulismos en la boda. La señorita Lavendar bajó las escaleras, al pie de las cuales la esperaba el novio y, al tomarle él la mano, le miró a los ojos en forma que hizo sentirse a Charlotta IV más rara que nunca. Fueron bajo la madreselva, donde los esperaba el señor Alian. Los huéspedes se agruparon a su capricho. Ana y Diana permanecieron junto al banco de piedra, con Charlotta IV entre ellas, tomando desesperada sus manos entre las suyas, frías y trémulas.

El señor Alian abrió su libro azul y la ceremonia comenzó. En el mismo momento en que la señorita Lavendar y Stephen eran consagrados marido y mujer, ocurrió algo muy hermoso y simbólico. El sol brilló de pronto y alumbró a la feliz novia. El jardín revivió inmediatamente con sus luces danzarinas y sus sombras cambiantes.

«¡Qué presagio más hermoso», pensó Ana mientras corría a besar a la novia. Luego, las tres chicas dejaron a la pareja rodeada de los invitados, para correr dentro de la casa a cuidar que todo estuviera dispuesto para la fiesta.

—Gracias al cielo, todo ha terminado, señorita Shirley, señora —suspiró Charlotta IV—, y ya están casados; no importa qué pueda pasar ahora. Las bolsitas con arroz están en la despensa, señora, y los zapatos viejos detrás de la puerta.

El señor Irving y su esposa se fueron a las dos y media, y todos fueron a Bright River para verles tomar el tren de la tarde. Cuando la señorita Lavendar, quiero decir la señora Irving, salió a la puerta de su antiguo hogar, Gilbert y las chicas tiraron arroz y Charlotta IV lanzó un zapato viejo con tan buena puntería, que dio al señor Alian en la cabeza. Pero estaba reservado a Paul el dar el más hermoso adiós. Salió a la galería agitando furiosamente una gran campanilla de bronce que adornaba la repisa de la chimenea del comedor. La única intención de Paul era hacer ruido, pero cuando cesó, llegó el tañido de «Hermosas campanas de bodas», que sonaban clara y dulcemente, cada vez más débiles, como si los amados ecos de la señorita Lavendar la estuviesen despidiendo. Y así, en medio de esta bendición de dulces sonidos, la señorita Lavendar partió de la vieja vida de sueños y fantasías hacia una vida nueva de realidades.

Dos horas más tarde, Ana y Charlotta IV volvían por el sendero; Gilbert había ido a West Grafton con un recado y Diana tenía un compromiso en casa. Las dos muchachas regresaban para poner las cosas en orden y cerrar la casita

de piedra. El jardín era un charco de tardía luz solar, con mariposas que volaban y abejas zumbantes; pero la casita tenía ya ese aire indefinido de desolación que siempre sigue a una fiesta.

—¿No parece solitaria? —dijo Charlotta IV, que había estado llorando todo el camino—. Después de todo, una boda no es más alegre que un funeral, una vez que todo ha terminado, señorita Shirley, señora.

Siguió una tarde ocupada. Debían quitar la decoración, lavar los platos y guardar las golosinas sobrantes en una cesta, para deleite de los hermanos menores de Charlotta IV. Ana no descansó hasta que todo estuvo en perfecto orden. Después de la partida de Charlotta IV, Ana recorrió las quietas estancias, sintiéndose como alguien que recorre solo el desierto salón de un banquete, y cerró los postigos. Entonces echó llave a la puerta y se sentó bajo el álamo plateado a esperar a Gilbert, sintiéndose muy cansada, pero sin dejar por eso de pensar.

—¿En qué piensas, Ana? —preguntó Gilbert al llegar. Había dejado su coche en el camino.

—En la señorita Lavendar y en el señor Irving —respondió soñadoramente —. ¿No es hermoso cómo ha sucedido todo, cómo se han reunido después de todos estos años de separación e incomprensión?

—Sí, es hermoso —dijo Gilbert, mirando a Ana a la cara—, pero ¿no hubiese sido aún más hermoso si no hubiera habido separación e incomprensión, si hubieran recorrido de la mano todo el camino de la vida, sin otros recuerdos que los mutuos?

Por un instante, el corazón de Ana aceleró su ritmo y por vez primera no pudo sostener la mirada de Gilbert, mientras se teñían de rojo sus pálidas mejillas. Era como si se hubiera alzado un velo en su conciencia, revelándole sentimientos y realidades insospechados. Quizá, después de todo, el romance no llegaba con pompa y esplendor, como un caballero andante; quizá se deslizaba a nuestro lado calladamente como un viejo amigo; quizá se revelaba en prosa, hasta que una repentina iluminación que recorría sus páginas traicionaba el ritmo y la música; quizá el amor se desprendía naturalmente de una hermosa amistad, cual una rosa de corazón dorado de su tallo.

Entonces volvió a caer el velo; pero la Ana que recorriera el oscuro sendero no era la misma que llegara alegre la noche antes. Un dedo invisible había dado la vuelta a la hoja de la niñez, y ante ella estaba la página de la adolescencia, con todo su encanto y misterio; su dolor y alegría.

Gilbert, sabiamente, no dijo nada más; pero en su silencio leyó la historia de los cuatro años siguientes. Cuatro años de trabajo feliz… y luego el galardón del útil conocimiento y de una novia ganada.

Tras ellos, la casita de piedra quedaba en las sombras. Estaba sola, mas no abandonada. Todavía no había terminado con los sueños, la risa y la alegría de vivir; había futuros veranos para la casita de piedra. Mientras tanto, podía esperar. Y sobre el río, en púrpuras prisiones, el eco esperaba su hora.